

Francisco Cándido Xavier

¡AVE, CRISTO!

EPISODIOS DE LA HISTORIA
DEL CRISTIANISMO EN EL SIGLO III

***ROMANCE DICTADO POR EL ESPÍRITU
EMMANUEL***

<http://www.espiritismo.es>

ÍNDICE

¡AVE, CRISTO!	3
----------------------------	---

PRIMERA PARTE

I -. Preparando caminos	5
II -. Corazones en lucha	23
III -. Compromiso del corazón	49
IV -. Aventura de mujer.....	83
V -. Reencuentro	105
VI -. En el camino redentor.....	136
VII -. Martirio y amor	168

SEGUNDA PARTE

I -. Pruebas y luchas	198
II -. Sueños y aflicciones	219
III -. Almas en la sombra	237
IV -. Sacrificio	260
V -. Expiación	333
VI -. Solidez y reajuste.....	364
VII -. Fin de la lucha.....	392

¡AVE, CRISTO!

Hoy, como antiguamente, en la organización social en decadencia, Jesús avanza en el mundo, restaurando la esperanza y la fraternidad, para que el santuario del amor sea reconstituido en sus legítimos fundamentos.

Por más que se desenfrene la tormenta, Cristo pacifica.

Por más que se oscurezca la sombra, Cristo ilumina.

Por más que se desmande la fuerza, Cristo reina.

La obra del Señor, sin embargo, ruega recursos en la realización de la paz, pide combustible para la luz y reclama buena voluntad en la orientación para el bien.

La idea divina reclama brazos humanos.

La bendición del Cielo exige recipientes en la Tierra.

El Espiritismo, que actualmente revive el apostolado redentor del Evangelio, en sus tareas de reconstrucción, clama por almas valerosas en el sacrificio de sí mismas para extenderse victorioso.

Hay llamamientos del Señor en todas partes.

En cuanto la perturbación se derrama envolvente, y mientras la ignorancia y el egoísmo levantan trincheras de incompreensión y discordia entre los hombres, se quiebran las fronteras del Más Allá, para que las voces inolvidables de los vivos de la eternidad se expresen, consoladoras y convincentes, proclamando la inmortalidad soberana y la necesidad del Divino Escultor en nuestros corazones, con el fin de que podamos alcanzar nuestro fulgurante destino en la vida imperecedera.

Alineando, pues, las reminiscencias de este libro, no nos proponemos romancear, hacer literatura de ficción, pero sí traer a nuestros compañeros del Cristianismo redivivo, en la siembra espiritista, una breve página de la historia sublime de los pioneros de nuestra fe.

¡Que el ejemplo de los hijos del Evangelio, en los tiempos pos-apostólicos, nos inspire hoy la simplicidad y el trabajo, la confianza y el amor, con que sabían abdicar de sí mismos, en servicio del Divino Maestro!
¡Que sepamos, como ellos, transformar espinos en flores y piedras en panes, en las tareas que lo Alto depositó en nuestras manos!...

Hoy, como ayer, Jesús prescinde de nuestras guerrillas de palabras, de nuestras tempestades de opinión, de nuestro fanatismo sectario y de nuestro exhibicionismo en las obras de experiencia seductora y mente enfermiza.

El Excelso Benefactor, por encima de todo, espera de nuestra vida el corazón, el carácter, la conducta, la actitud, el ejemplo y el servicio personal incesante, únicos recursos con que podremos garantizar la eficiencia de nuestra cooperación, en Su compañía, en la edificación del Reino de Dios.

Suplicándole, así, nos ampare el ideal renovador, en los caminos de ardua ascensión que nos cabe recorrer, repetimos con nuestros venerables instructores de los primeros siglos de la Buena Nueva:

- ¡Ave, Cristo! ¡Los que aspiran a la gloria de servir en Tu nombre te glorifican y saludan!

EMMANUEL

Pedro Leopoldo, 18 de abril de 1953.

PRIMERA PARTE

I

Preparando caminos

Casi doscientos años de Cristianismo comenzaban a modificar el paisaje del mundo.

Desde Nerón a los Antoninos, las persecuciones a los cristianos se habían recrudecido. Triunfantemente asentada sobre las siete colinas, Roma proseguía dictando el destino de los pueblos, con la fuerza de las armas, alimentando la guerra contra los principios del Nazareno, pero el Evangelio caminaba siempre, por todo el Imperio, construyendo el espíritu de la Nueva Era.

Si en la organización terrestre la Humanidad se desdoblaba en movimiento intenso, en el trabajo de la transformación ideológica, el servicio en los planos superiores alcanzaba puntos culminantes.

Presididas por los apóstoles del Divino Maestro, todos entonces en la vida espiritual, las obras del levantamiento humano se multiplicaban en varios sectores.

Jesús volvió al trono resplandeciente de la sabiduría y del amor, desde donde legisla para todas las criaturas terrenas, pero los continuadores de su ministerio, entre los hombres encarnados, cual enjambre creciente de abejas de la renovación, proseguían activos, preparando el suelo de los corazones para el Reino de Dios.

Mientras que ejércitos compactos de cristianos desaparecían en las hogueras y en las cruces, en los suplicios interminables o en las mandíbulas de las fieras,

templos de esperanza se levantaban felices, mas allá de las fronteras de las sombras, dentro de las cuales enormes falanges de Espíritus convertidos al Bien se ofrecían para la batalla de sudor y sangre, en que, usando la vestimenta física, darían testimonio de fe y buena voluntad, colaborando en la expansión de la Buena Nueva, para la redención de la Tierra.

Así es como, en una hermosa ciudad espiritual, en las adyacentes de la Costra Planetaria, vamos a encontrar una gran asamblea de almas atraídas al Derrotero Divino escuchando la exhortación de iluminado orientador, que les hablaba, con el corazón puesto en los labios:

Hermanos - decía él, envuelto en suaves irradiaciones de luz -, ¡el Evangelio es un código de paz y felicidad que precisamos introducir dentro de nuestra propia vida!

El Sol que derrama bendiciones sobre el mundo se incorpora a la naturaleza, sustentándola y renovando las creaciones. La hoja del árbol, el fruto nutriente, el cántico de las aves y la riqueza de la colmena son dadas del astro sublime, materializadas por los principios de la Eterna Inteligencia.

Cristo es el Sol Espiritual de nuestros destinos.

Urge, pues, asociarnos voluntariamente a las enseñanzas de Él, concretándoles la esencia en nuestras actividades de cada día.

No podemos olvidar, entretanto, que la mente del hombre yace petrificada en la Tierra, durmiendo en las falsas concepciones de la vida celeste.

La política de dominación militar asfixió las bellas tradiciones de los primitivos santuarios. Las coortes

romanas abrigaron las voces de la filosofía griega, como los pueblos bárbaros sofocaron la revelación egipcia.

Se adensó la niebla de la paralización y de la muerte entre las criaturas.

Las águilas imperiales asentaron en la ciega idolatría de Júpiter la mentirosa religión de la vanidad y del poder...

Y mientras los dioses de piedra absorben los favores de la fortuna, se alarga la miseria y la ignorancia del pueblo, reclamando el pronunciamiento del Cielo.

¿Cómo se expresará, sin embargo, la intervención divina, sin la cooperación humana?

Sin la heroica renunciación de los que se consagran al progreso y al perfeccionamiento de las almas, la educación no pasará de ser letra muerta.

Es imprescindible, por tanto, que sepamos escribir con nuestro propio ejemplo las páginas vivas del Cristianismo redentor.

El Maestro Crucificado es divino desafío.

Hasta ahora, los conquistadores del mundo consiguieron avanzar en el vehículo purpúreo de la victoria, matando o destruyendo, valiéndose de las legiones de guerreros y líderes crueles.

Jesús, no obstante, triunfó por el sacrificio.

Cesar, atado a las vicisitudes humanas, gobierna los asuntos referentes a la carne en tránsito para la renovación.

Cristo reina sobre el alma que nunca muere, sublimándolas para la gloria imperecedera...

El tribuno venerable hizo una pausa intencionada, porque el clamor distante de muchos lítuos reunidos se hacía oír, en pleno cielo, dando la idea de una convocatoria para alguna batalla próxima.

Los centenares de entidades que se aproximaban unas a las otras, en el admirable recinto cuya bóveda dejaba percibir la luz reluciente de las estrellas remotas, se miraban, anhelantes...

Todos los Espíritus, allí congregados, parecían ansiosos por la oportunidad de servir.

Algunos traían en el semblante expresiones de añoranza y dolor, como si estuviesen ligados a la batalla de la Tierra por heridas de aflicción, solamente curables con el retorno a las angustias del pasado.

Pero, el espectáculo no duro mucho.

Superando las clarinadas, que se hacían notar por la noche, la voz del predicador resurgió:

- Muchos de vosotros, amados hermanos, dejasteis en la retaguardia viejos compromisos de amor y deseáis volver al áspero camino de la carne, como quien se enfrenta las llamas de un incendio para salvar afectos inolvidables. Entre tanto, dedicados ahora a la verdad divina, aprendisteis a colocar los designios del Señor por encima de los propios deseos. Desilusionados, consultáis la realidad, buscando engrandecerla, y la realidad acepta vuestro concurso decisivo para imponerse en el mundo.

No olvidéis que solamente colaborareis en la obra de Cristo, ayudando sin exigir y trabajando sin apego a los resultados. Como el pabito de la vela, que debe someterse y consumirse con el fin de que las tinieblas se deshagan, seréis constreñidos al sufrimiento y a la humillación para que nuevos horizontes se abran al entendimiento de las criaturas.

Por mucho tiempo aún, el programa de los cristianos no se apartará de las leyendas del Apóstol Pablo: En todo [II Corintios, 4:8-11. (Nota del Autor Espiritual.)] seréis atormentados, pero no aniquilados; perplejos,

pero no desalentados; perseguidos, pero no desamparados; abatidos, pero no destruidos; llevando siempre, por todas partes, la ejemplificación del Señor Jesús, en el propio cuerpo, para que la vida divina se manifieste en el mundo. Y, así, cuantos renacieran en las sombras de la materia más densa, estarán incesantemente entregados al sacrificio, por amor a la verdad, con el fin de que la lección del Divino Maestro brille más intensamente en los dominios de la carne mortal.

El mentor explico también, por varios minutos, sobre los deberes que aguardaban a los legionarios del Evangelio, entre los obstáculos del mundo, descendiendo, por fin, de la tribuna dorada para el cultivo de la conversación fraterna.

Varios amigos le besaron las manos, comentando con entusiasmo, los mapas de trabajo a que se prenderían en el futuro.

Disminuían los entendimientos y las rogativas de protección, cuando el predicador fue procurado por alguien con intimidad afectuosa.

-¡Varro!- exclamó él, abrazando al recién llegado y conteniendo la emoción.

Se trataba de viejo romano, de mirada hiriente y triste, cuya túnica muy blanca, confundida con el ropaje brillante del compañero, se asemejaba a una nesga de neblina apagada, como un repentino clarear de la aurora.

En el abrazo de ternura que intercambiaban, se veía bien la aproximación de los dos amigos que, por momentos, olvidaban la autoridad y la aflicción de que

eran portadores, para transfundirse uno en el otro, después de una larga separación.

Cambiadas las primeras impresiones en que antiguos eventos del pasado fueron recordados, Quinto Varro, el romano de fisonomía simpática y amargada, explico al compañero, entonces elevado a esfera superior, que pretendía volver al plano físico, en breve tiempo.

El representante de la Esfera Mas Alta lo escucho con atención, admirado:

- ¿Pero, por qué? Conozco tu cúmulo de servicios, no solamente a la causa del orden, sino también a la causa del amor. En el mundo patricio, tus últimas peregrinaciones fueron las del hombre correcto hasta el extremo sacrificio, y tus primeros ensayos en la edificación cristiana fueron de los más dignos. ¿No sería aconsejable el proseguimiento de tu marcha, por encima de los inquietantes paisajes de la carne?

El interlocutor fijó un gesto silencioso de suplica y adujo:

- ¡Clódio, bendito amigo! ¡Te suplico!... Sé que conservas el poder de autorizar mi vuelta. ¡Si, sin duda, las llamadas de arriba me conmueven el alma! ...Ansió poder reunirme, en definitiva, a los nuestros de la vanguardia... No obstante, - su voz se hizo casi muda por la emotividad -, de todos los que quedaron atrás, tengo un hijo del corazón perdido en las tinieblas, que yo desearía socorrer...

- ¿Taciano? - indago el mentor, intrigado.

- Él mismo...

Y Varro prosiguió, con encantadora humildad:

- Sueño con conducirlo hacia Cristo con mis propios brazos. Imploro al Señor semejante gracia, con todo el fervor de mi paternal cariño. Taciano es para mí lo que la rosa significa para el arbusto espinoso en que nació. En mi indignancia, él es mi tesoro y, en mi fealdad, es la belleza de que deseaba enorgullecerme. Daría todo por dedicarme a él de nuevo...Acariciarlo, junto al corazón, para orientarle los pasos en dirección a Jesús, es el Cielo al que aspiro...

Y, como si quisiese sondear la impresión que causaba en el amigo, acrecentaba:

- ¿Por ventura estaré equivocado en mi aspiración?

El viejo orientador lo abrazó, con visibles demostraciones de piedad, puso la diestra por la frente bañada de luz y hablo:

- No discuto tus sentimientos, que estoy obligado a respetar, pero... ¿valdrá tamaña renunciación?

Como si articulase las propias reminiscencias para expresarse con seguridad, hizo una larga pausa, que él mismo interrumpió, acentuando:

- No creo que Taciano este preparado. Lo vi hace algunos días, en el Templo de Vesta, dirigiendo una gran legión de enemigos de la luz. No me pareció inclinado a ningún servicio del Evangelio. Vagaba en los santuarios de las divinidades olímpicas, promoviendo alborotos contra el Cristianismo naciente, y aún se complace en los festines de los circos, encontrando incentivo y alegría en las efusiones de sangre.

- He acompañado a mi hijo, en ese lamentable estado - concordó Quinto Varro, melancólico -, con todo, en los últimos días, lo noto amargado y afligido. ¿Quién sabe, si estará Taciano al borde de la gran renovación? Comprendo que la ha sido recalcitrante en el mal,

consagrándose indefinidamente a las sensaciones inferiores que le impiden la percepción de más altos horizontes de la vida. Pero concluyo, conmigo mismo, que algo se debe hacer cuando tenemos la necesidad del reajuste de aquellos a quienes amamos...

Y tal vez porque Clódio silenciase, pensativo, el afectuoso padre volvió a decir:

-Abnegado amigo, permíteme volver...

- ¿Eres consciente de los peligros de la empresa? Nadie salvará a un naufrago sin exponerse al azote de las olas. Para ayudar Taciano, te has de sumergir en los peligros en que él se encuentra.

- Lo sé - atajo Varro, decidido, prosiguiendo en tono de suplica -, auxíliame en la pretensión, en nombre de nuestra vieja amistad. Procurare servir al Evangelio con todas mis fuerzas, aceptaré todos los sacrificios, comeré el pan de hiel empapado en sudor y llanto; con todo, ruego permiso para convocar a mi hijo al trabajo de Cristo, con todos los recursos que estuvieran a mi alcance... Es cierto que el camino estará rodeado de obstáculos, entre tanto, con el amparo del Señor y con el auxilio de los amigos, espero vencer.

El respetable mentor, francamente compadecido, como quien no deseaba alargarse en la conversación de orden personal, indago:

- ¿Cuánto tiempo consideras imprescindible para el acometimiento?

- Dejo la respuesta a tu propio criterio.

- Pues bien - concluyo el compañero generoso -, ésta es mi decisión, confiando en ti. Te concedo veinte lustros para realizar el trabajo. Creo que un siglo bastará. Determinaremos medidas para que seas ayudado en el nuevo ropaje carnal. Tus servicios a la causa del

Evangelio serán acreditados en la Esfera Superior y, en cuanto al merito o desmerito de Taciano, frente a tu renunciación, admito que el asunto será privado de tu propia responsabilidad.

Instado por amigos, en la liquidación de otros problemas, Clódio le lanzo una compasiva mirada y finalizo:

-No te olvides de que, por la oración, continuaremos juntos. Aún bajo el pesado velo del olvido en la lucha física, oiremos tus llamadas, amparándote con nuestro esfuerzo asistencial. Ve en paz cuando quisieres, y que Jesús te bendiga.

Varro le dirigió unas conmovedoras palabras de reconocimiento, reafirmo las promesas que formuló y se ausento, meditando, sin saber en verdad qué extrañas emociones le llenaban el alma, entre rayos de alegría y dardos de amargura.

En un espléndido crepúsculo, cuando el Sol incandescente, se inclinaba hacia Ostia, el Espíritu de Quinto Varro, solitario y pensativo, llegó a Ponte Cestio, demorándose en la contemplación de la corriente del Tibre, como detenido por alucinados recuerdos.

Brisas suaves se deslizaban cantando, como si fuesen ecos aislados de melodías ocultas en el cielo claro.

Roma se engalanaba para celebrar las victorias de Séptimo Severo sobre sus temibles competidores. Pescenio Níger, después de una triple derrota, fue sorprendido por las fuerzas imperiales y decapitado, en las márgenes del Eufrates, y Albino, el escogido de las legiones de Bretaña, fue vencido en las Galias, matándose, desesperado.

Varios días de fiesta conmemoraban la gloria brillante del emperador africano, pero por solicitud de los augustos, el término de las solemnidades estaba marcado para la noche próxima, en el gran anfiteatro, con todas las pompas del triunfo.

Mostrando una fisonomía expectante y entristecida, Varro atravesó el pequeño territorio de la isla del Tibre y, llegando al Templo de la Fortuna, observó a la multitud de los grupos esparcidos por el pueblo, y se agrupándose en la plaza, en dirección al soberbio edificio.

Las literas de altos dignatarios de la Corte, rodeadas de esclavos, dispersaban pequeñas asambleas de cantores y danzarines. Bigas fastuosas y carros adornados atravesaban por entre la turba, conduciendo tribunos jóvenes y damas patricias de familias tradicionales. Marineros y soldados regateaban con vendedores de refrescos y frutas, mientras la ola popular crecía siempre.

Gladiadores de cuerpo descomunal llegaban sonrientes, cortejados por antiguos jugadores de la arena.

Mientras los sonidos de laúdes y atabales se mezclaban a distancia con el rugido de las fieras enjauladas para el soberbio espectáculo, la gloria de Severo y el suplicio de los cristianos eran los temas preferidos de todas las conversaciones.

El viandante espiritual miraba no solo a la multitud ávida de placeres, sino también a las falanges alborotadoras de entidades ignorantes o perversas que dominaban en las sombrías conmemoraciones.

Varro intentó adelantarse, revelando estar a la espera de alguien, pero la pesada atmósfera reinante lo

obligó a retroceder. Rodeo el famoso anfiteatro, recorrió las callejuelas que se estrechaban entre el Célio y el Palatino, atravesó la Puerta Capena y alcanzo el campo, dirigiéndose hacia los sepulcros de la Vía Apia.

La noche clara descendiera sobre el caserío romano.

Millares de voces entonaban cánticos de júbilo, a la plateada claridad del lugar en el plenilunio. Eran cristianos desencarnados, preparándose para recibir a los compañeros de sacrificio. Los mártires supuestamente muertos iban a saludar a los mártires que, en esa noche, iban a morir.

Quinto Varro se unió al extenso grupo y oró, fervorosamente, suplicando a lo Alto fuerzas para la difícil empresa a la que pretendía consagrarse.

Oraciones y comentarios santificantes fueron oídos.

Después de algunas horas, la enorme asamblea espiritual se dirigió en dirección al anfiteatro.

Himnos de alegría se elevaron a las alturas.

No solamente a los mensajeros de la Vía Apia alcanzaban el anfiteatro en armoniosas oraciones.

Enviados del Monte Vaticano y trabajadores espirituales de los grupos de predicación evangélica del Esquilino, de la Vía Nomentana y de la Vía Salaria, incluyendo representantes de otras regiones romanas, penetraban el tumultuoso recinto como ejércitos de luz.

Introducidos en la arena para los últimos sacrificios, los seguidores de Jesús también cantaban.

Aquí y allí, vísceras de fieras muertas, mezcladas con los cuerpos horriblemente mutilados de los gladiadores vencidos, eran retiradas aprisa por guardias de servicio.

Algunos discípulos del Evangelio, notadamente los más viejos, atados en postes de martirio, recibían setas envenenadas, incendiándoles después los cuerpos, a fin de servir como antorchas en la festiva exhibición, en cuanto a otros, con las manos atadas, se entregaban, inermes, a los zarpazos de las panteras y de los leones de la Numidía.

Casi todos los torturados se desprendían de la carne, en sublimes éxtasis de fe, recogidos cariñosamente por los hermanos que los esperaban con cánticos de victoria.

Quinto Varro, mientras tanto, en medio de la claridad intensa con que las legiones espirituales habían desintegrado las tinieblas, no se mostraba interesado en la exaltación de los héroes.

Lanzando la mirada por los asientos del anfiteatro repletos, hasta que, por fin, se detuvo con evidentes señales de angustia, con un conjunto de Espíritus turbulentos, en osadas libaciones.

Ansiosamente, Varro se aproximó a un joven que desprendía estrepitosas carcajadas y, abrazándolo, con extremada ternura, susurraba:

- ¡Taciano, hijo mío! ¡Hijo mío!...

El rapaz que se sumergía en la más profunda corriente de sensaciones inferiores no vio al benefactor que lo aproximaba a su pecho, pero una repentina inquietud lo silenció de inmediato, abandonando el recinto dominado por una invencible amargura.

El joven no percibía la presencia del venerable amigo a su lado, con todo, abrazado por él, experimentó una inmensa aversión por la odiosa solemnidad.

Se alejó de los compañeros y, sintiendo hambre de soledad se apartó, rápido, devorando calles y plazas.

Deseaba pensar y reconsiderar a solas, la senda recorrida por él mismo.

Después de un largo trayecto, alcanzo la Puerta Pinciana, en busca de aislamiento. En los jardines donde se veneraba la memoria de Esculapio, había una soberbia estatua de Apolo, junto a la cual, a veces, le gustaba meditar.

El cuerpo marmóreo de la divinidad olímpica se levantaba magnífico, llevando una primorosa copa en una de las manos, con los bordes volcados hacia el suelo, como si quisiera fecundar a la madre Tierra.

En un recipiente, a los pies del ídolo, humeaba el incienso colocado allí por manos devotas y anónimas, embalsamando el lugar con aroma delicioso.

Atormentado por una insoportable angustia, Taciano lloraba sin querer, rememorando las propias experiencias.

Sabía que no tenía cuerpo físico, pero lejos de encontrar los paisajes de las narraciones de Virgilio, cuya lectura le mereciera especial atención, se vio incomprensiblemente atraído para las orgías de la sociedad en decadencia, siendo sorprendido, después de la tumba, tan solamente por sí mismo, con su vieja sed de sensaciones. Deliraba con banquetes y juegos, sorbiera el placer de todas las copas a su alcance, pero se rendía al tedio y al arrepentimiento. ¿En que se resumía la vida? - se preguntaba a sí mismo en monólogo doloroso - ¿Dónde vivían los dioses de su antigua fe? ¿Valdría la búsqueda de la felicidad, en la temporal satisfacción de los sentidos humanos, después de la cual había siempre larga dosis de hiel? ¿Cómo encontrar los antiguos afectos en el misterioso país de la muerte? ¿Por que razones vagaba preso en el reino

domestico, sin equilibrio y sin rumbo? ¿No sería más justo, si fuera posible, adquirir un nuevo cuerpo y respirar entre los hombres comunes? Suspiraba por el más íntimo contacto con el plano carnal, en cuya penetración podría olvidarse de sí mismo... ¡Oh! ¡Si pudiese olvidar los enigmas tortuosos de la existencia y rehacerse! - meditaba.

Conocía amigos que, después de largas súplicas al Cielo, habían desaparecido en dirección al renacimiento. No ignoraba que el espíritu inmortal puede usar varios cuerpos entre los hombres; entre tanto, no se sentía con la fuerza necesaria para dominarse y ofrecer a las Divinidades una oración basada en el verdadero equilibrio moral.

En aquel instante, sin embargo, se sentía más angustiado que otras veces.

Una indefinible e inmensa nostalgia le pungía el corazón.

Después de llorar en silencio, miro el semblante impasible de la estatua y suplico:

- ¡Gran Helios! ¡Dios de mis abuelos!... ¡Compadécete de mí! ¡Renuévame el pensamiento en la pureza y en la energía que encarnas para nuestra raza! Si es posible, hazme olvidar lo que fui. ¡Ampárame y concededme la gracia de vivir, de conformidad con el ejemplo de mis antepasados!...

Con las inexpresables reminiscencias de su antiguo hogar, Taciano, inclinado hacia el suelo, se lamentaba amargamente; pero, cuando enjugo sus lágrimas que le oscurecían la visión y volvió a mirar la imagen del dios, no vio al ídolo primoroso y sí el Espíritu de Quinto Varro, rodeado de intensa luz, mirándolo con enternecimiento y tristeza.

El joven quiso retroceder, penetrado de asombro, pero indefinibles emociones le subyugaban ahora todo el ser.

Una fuerzas misteriosas, le hizo arrodillarse ante la visita inesperada.

Deseó hablar, pero no lo consiguió, notando una extraña constricción en las cuerdas vocales.

Un llanto más intenso le brotaba de los ojos.

Identificó la personalidad del genitor y, oprimido por una inexplicable emoción, noto que Varro caminaba hacia él, con una afectuosa mirada y triste sonrisa.

La amorosa entidad le acarició la cabeza atormentada y hablo:

- ¡Taciano hijo mío! ... Que el Supremo Señor nos bendiga la senda de la redención. ¡Deja que las lágrimas te laven todos los rincones del alma! Milagrosa colada, el llanto purifica nuestras llagas de vanidad e ilusión.

¡No te creas que estás abandonado!...

Aún incluso cuando nuestras oraciones se expandan ardientes, ante ídolos sin alma, el corazón augusto del Señor las recoge en la misteriosa concha de su amor infinito, apresurando el socorro a nuestras necesidades.

¡Ten calma y confianza, hijo mío! Volveremos a la experiencia de la carne para rescatar y seguir aprendiendo.

En ese instante, Taciano, magnetizado por la mirada paterna, intento levantarse para abrazarlo o arrojarse en el suelo, con la finalidad de besarle los pies; no obstante, como si estuviese inmovilizado por lazos invisibles, no consiguió articular ningún movimiento.

- ¡Óyeme! - prosiguió Varro, compadecido - pides el retorno al combate terrestre, enojado contigo mismo,

recibirás semejante concesión. Estaremos nuevamente reunidos, en la celda corpórea del mundo físico - bendita escuela de nuestra regeneración para la vida eterna, sin la exaltación del orgullo y del poder.

Nuestros dioses de piedra están muertos.

Júpiter, con su carro de triunfo, pasó para siempre. En su lugar, surge el Maestro de la Cruz, el escultor divino de la perfección espiritual imperecible, que nos toma por tutelados felices de su corazón.

En otro tiempo, creíamos que la púrpura romana sobre la sangre de los vencidos era el símbolo de nuestra felicidad racial y admitíamos que los genios celestes debían permanecer sometidos a nuestros impulsos caprichosos. Hoy, sin embargo, Cristo nos orienta los pasos por diversos caminos. La Humanidad es nuestra familia y el mundo es nuestro Hogar Mayor, donde todos somos hermanos. Delante del Cielo, no hay esclavos ni señores y sí criaturas ligadas entre sí por el mismo origen divino.

Los cristianos que no comprendes ahora, son los cimientos de la gloria futura. Humillados y escarnecidos, vilipendiados y muertos en sacrificio, representan la promesa de la paz y sublimación para el mundo.

Un día, nadie se acordara de lo fastuoso de nuestras mentirosas celebraciones. El viento que sopla de los montes helados esparcirá sobre el suelo oscuro la ceniza de nuestra miserable grandeza, entonces convertida en lamentación y polvo. ¡Pero la renuncia de los hombres y de las mujeres que hoy se dejan inmolar por una vida mejor estará cada vez más santificada y más viva, en la fraternidad que reinara soberana! ...

Tal vez reparando en la profunda sorpresa del joven que lo escuchaba, trémulo y abatido, Quinto Varro acentuó:

- Prepárate como un valeroso soldado del bien. En breve tiempo, regresaremos a la escuela de la carne. Serás para mí la estrella de la mañana indicándome, cada día, la llegada del Sol. Es cierto que crueles sufrimientos se abatirán sobre nosotros, como les ocurre a los servidores de la verdad en esta noche de tormentosa flagelación. Indudablemente, el dolor nos acechará la existencia, porque el dolor es el sello del perfeccionamiento moral en el mundo... Conoceremos la separación y la desventura, el odio y el martirio, pero el pan de la gracia celeste entre los hombres, por muchos siglos, aún seguirá amasándose con el sudor y en las aflicciones de los servidores de la luz. Seguiré tus pasos, como un perro fiel, y espero que, unido a mi corazón, podrás repetir más tarde:

- ¡Ave Cristo! ¡Los que van a vivir para siempre te glorifican y saludan!...

El mensajero hizo una larga pausa, mientras que las aves nocturnas piaban dolorosamente, en la arboleda sumergida en las sombras.

Roma dormía ahora en pesada quietud.

Quinto Varro se inclinó cariñosamente, apretó al hijo contra su pecho, y le besó la frente.

En ese instante, sin embargo, tal vez porque sensaciones contradictorias le turbasen el campo íntimo, Taciano cerró los ojos para interrumpir la corriente de las copiosas lágrimas, pero al abrirlos de nuevo, observo que su padre había desaparecido.

El paisaje se hiciera inalterable.

La estatua de Apolo brillaba, reflejando el esplendor de la luna descolorido de la madrugada.

Oprimido de angustia, Taciano levantó los brazos hacia la noche que le pareció desolada y vacía, gritando, desesperado:

- ¡Padre mío! ¡Padre mío!...

Y perdiéndose sus gritos sin respuesta en el espacio inmenso, cansado y abatido se tendió en la tierra, sollozando...

Años y años pasaron sobre estos acontecimientos...

II

Corazones en lucha

En su villa adornada de rosas, al pie del Aventino, hacia el lado del Tibre, Quinto Varro, joven patricio romano, meditaba...

Regresando al templo doméstico, después de un largo trabajo en la galera de la flota comercial de Opilio Veturio, en la cual disfrutaba la distinción de comandante, para un ligero descanso en el hogar, y después de besar cariñosamente a la esposa y al hijito, que se deleitaban jugando en el comedor, reposaba ahora, leyendo algunas sentencias de Emilio Papiniano, bajo un florido emparrado del jardín.

Roma atravesaba, el año 217, bajo una pesada atmósfera de crímenes e inquietudes, los últimos días del emperador Marco Aurelio Antonio Bassiano, apellidado de Caracala.

Desde la muerte de Papiniano, cruelmente asesinado por orden del Cesar, se desengañó el Imperio en cuanto al nuevo dominador.

Bassiano, lejos de respetar las tradiciones paternas, en la esfera gubernamental, se desmandó en vasta conspiración de tiranía contra el derecho, no sólo alimentando la persecución contra los grupos nazarenos más humildes, sino también contra todos los ciudadanos honrados que osasen desaprobador su conducta.

(2) El gobierno de Caracala, aunque fue un tanto benigno para los cristianos situados en la posición favorable en la vida pública, permitió la persecución metódica a los esclavos y plebeyos dedicados al Evangelio, entonces considerados enemigos del orden político y social. - (Nota del Autor espiritual).

Encantado con los conceptos sabios del celebre abogado, Varro los confrontaba con las enseñanzas de Jesús, que retenía en la memoria, reflexionando sobre las facilidades de la conversión de la cultura romana a los principios del Cristianismo, desde que la buena voluntad pudiese penetrar el espíritu de sus compatriotas.

Descendiente de una importante familia, cuyas raíces remontaban a la Republica, no obstante la gran pobreza de bienes materiales en que se debatía, era apasionado adorador de los ideales de libertad que invadían el mundo.

Doliéndole en el alma la ignorancia y la miseria con que las clases privilegiadas mantenían a la multitud y se perdía en vastas meditaciones para encontrar un punto final a los milenarios desequilibrios de la sociedad de su patria.

Se reconocía incapaz de cualquier mensaje salvador y eficiente al poder administrativo. No poseía oro ni soldados con que pudiese imponer las opiniones que le hervían en la cabeza, entre tanto, no ignoraba que un mundo nuevo se formaba sobre las ruinas del viejo.

Millares de hombres y mujeres se modificaban mentalmente bajo la inspiración del espíritu renovador. La autocracia del patriciado luchaba, desesperadamente, contra la reforma religiosa, pero el pensamiento de Cristo, que se sostenía sobre la Tierra, aclamando a las almas a abrir un nuevo camino al progreso espiritual, incluso a costa de sudor y sangre en sacrificio.

Sumergido en reflexiones, fue traído a la realidad por la esposa, Cintia Julia, que venia a traer con él,

guardando en los brazos al hijito Taciano, con apenas un año de edad, sonriente, dulce y tierno, como si fuera un ángel arrebatado de la cuna celeste.

Cintia revelaba en los ojos oscuros la llama de la vivacidad femenina, dejando entrever de inmediato, la trama de las pasiones que le desbordaban del alma inquieta. Larga túnica de blanco lino le realzaba las formas de madona y niña, evocando el perfil simpático y lindo de alguna ninfa que se hubiera transformado repentinamente en mujer, contrastando con la severa expresión del marido, que parecía infinitamente distanciado de la compañera, por las afinidades psíquicas.

Quinto Varro, no obstante muy joven, traía la máscara fisonómica del filósofo, habituado a sumergirse permanentemente en el océano de las ideas.

Con la alegría de un ave charlatana, Cintia asistió a la fiesta de Ulpia Sabina, a la que visitó en la víspera, junto con Veturio, que fue cuidadoso compañero.

Se detuvo, entusiasmada, en la descripción de los bailes de invención de la propia dueña de la casa, reaprovechaba la vocación de esclavas jóvenes, intentando repetir para el esposo, con armoniosa voz, algunos fragmentos de la música simbólica.

Varro sonreía condescendiente, como si fuera un padre austero y bondadoso escuchando las infantilidades de una hija, y pronunciaba, de cuando en cuando, una que otra frase corta de comprensión y ánimo.

A cierta altura de la conversación, mirando a la esposa, como quien pretendía tocar un asunto más serio, observo:

- ¿Sabes, querida, que ésta noche será posible oír una de las voces más autorizadas de nuestro movimiento en las Galias?

Y tal vez porque la mujer callase, pensativa, continuó:

- Me refiero a Apio Corvino, el viejo predicador de Liao (3) que se despide de los cristianos de Roma. En la mocedad, fue contemporáneo de Atalo de Pergamo, admirable héroe entre los mártires galeses. Corvino cuenta más de setenta años, pero según las impresiones generales, es portador de un espíritu juvenil.

La joven señora esbozó un largo gesto de enfado y murmuró:

- ¿Porque preocuparnos tanto con esos hombres? Francamente, la única vez que te acompañe a las catacumbas, volví afligida y desanimada. ¿Habría algún sentido práctico en las divagaciones que oímos? ¿Por qué arrastrar con los peligros de un culto ilegal para solamente insistir en desvaríos de la imaginación?

Con ironía y agresividad, prosiguió dirigiéndose al esposo triste:

- ¿Crees que yo puedo conformarme con la loca renunciación de las mujeres, como Sofronia y Cornelia, que descendieron del fausto patricio para la inmundicia de las cárceles, codeándose con esclavas y lavanderas?

Soltó una ruidosa carcajada y acrecentó:

- Hace algunos días, cuando aún te encontrabas de viaje en Aquitania, Opilio y yo conversábamos en la intimidad, cuando Popeya Cilene vino hacia nosotros, pidiendo limosna para las familias que fueron víctimas en las últimas persecuciones, y viendo mis utensilios de belleza me insistió en que abandonara el uso de los cosméticos. Nos reímos mucho de la sugerencia.

(3) En tiempos de la dominación de Roma, en las Galias, el nombre de la ciudad de Liao era Lugdunum. – (Nota del Autor espiritual)

Para atender los principios de un hombre que murió en la cruz de los malhechores, hace casi doscientos años, ¿precisamos adoptar la indigencia y vagar por el mundo como si fuésemos fantasmas? Nuestros dioses no nos reservan un paraíso de mendigos discutidores. Nuestros sacerdotes guardan dignidad y compostura.

Tras una leve pausa, en que miró al esposo sarcásticamente, adujo:

- Además, debo decirte que he sacrificado a Esculapio, en tu favor. Temo por tu salud. Veturio es de parecer que los cristianos son dementes. ¿No observas cuánta modificación se desprende de tu procedimiento para conmigo, desde el inicio de tus nuevas prácticas? Después de largas ausencias de la familia, no regresas en la posición del marido afectuoso de antes. En vez de volver a nuestra intimidad cariñosa, guardas el pensamiento y la palabra en sucesos del culto abominable. Hace tiempo, afirmaba Sabina que la peligrosa mística de Jerusalén debilita los lazos del amor que los numes domésticos nos legaron y se diría que ese Cristo te domina por dentro, apartándote de mí...

Cintia, ahora con semblante conturbado, enjugaba el llanto nervioso, mientras al hijito sonreía, ingenuo, en su regazo.

- ¡Gran engaño! - obtempero el marido, preocupado,
- ¿podrás admitir que te pueda olvidar? ¿Dónde reside el amor sino en el santuario del corazón? Te quiero como siempre. Eres todo en mi vida...

- ¿Más... y la subordinación en que vivimos? -
Clamó Cintia, descorazonada - la pobreza es horrible. Eres empleado de Opilio y residimos en una casa que él nos cede de favor... ¿Por qué no te dedicas, como mi primo, al campo de los negocios, para que tengamos también navíos y esclavos, palacios y casas de campo? ¿Acaso no te sientes humillado, ante nuestra posición de inferioridad?

Quinto Varro estampo indescifrable amargura en el semblante sereno. Acaricio la linda cabellera de la esposa y objeto, contrariado:

- ¿Por qué motivo te irritas así? ¿No aprecias nuestra riqueza de carácter? ¿Convendría el favor de la riqueza sobre la desgracia de tantos? ¿Cómo tener esclavos, cuando intentamos libertarlos? ¿Estimarías verme en transacciones inconfesables, con la pérdida de nuestra conciencia recta?

La esposa lloraba, desagradablemente, pero, evidenciando el propósito de alterar el rumbo de la conversación, Varro acentuó:

- Olvidemos las futilidades, ¡Vamos! Oiremos juntos la palabra de Corvino. Un carruaje nos llevará al anochecer...

- ¿Para regresar al hogar, muertos de fatiga? -
respondió la mujer, derramando copiosas lagrimas. - ¡No! ¡No iré! Estoy harta. ¿Qué nos pueden enseñar los galeses bárbaros, cuyas pitonisas leen los augurios en las vísceras, aun calientes, de los soldados muertos?

El joven esposo dejó reflejar en los ojos una invencible tristeza y considero:

- ¿Crueldad en los galeses? ¿Y nosotros? Con tantos siglos de cultura, ahogamos mujeres indefensas, en la corriente viciada del Tibre, asesinamos criaturas,

crucificamos la juventud y faltamos al respeto a la vejez, sentenciando a ancianos venerables al pasto de las fieras, simplemente porque se consagran a ideales de fraternidad y trabajo con la dignificación de la vida para todos. Jesús...

Varro iba hacer una citación evangélica, recurriendo a las palabras del Divino Maestro; Cintia, sin embargo, elevando el tono de voz, que se hizo más áspera, grito:

- ¡Siempre Cristo!... ¡Siempre Cristo!... ¡Acuérdate de que nuestra condición social es miserable! Huye a la punición de los dioses, rindiendo culto a Cesar, para que la Fortuna nos favorezca. Estoy enferma, fatigada... ¡No tengo la vocación de la cruz! ¡Detesto a los nazarenos, que esperan el Cielo entre discusiones y miseria!...

El mozo patricio contempla a la compañera compadecidamente, como si lamentase en lo íntimo, la insensatez de las palabras que pronunciaba, y notando que el pequeño lloraba al extenderle los brazos, intento acariciar al niño, observando:

- ¿Por qué tanto referirte a la pobreza? ¿Nuestro hijito no es, por sí mismo, un tesoro?

Cintia, con todo, lo arrebató de la ternura paterna y, retrocediendo de un salto precipitado, exclamo:

- ¡Taciano jamás será cristiano! ¡Es mi hijo! Lo consagre a Dindimene. La madre de los dioses lo defenderá contra la brujería y la superstición.

Enseguida, busco el interior apresuradamente, llena de una incomprensible tortura moral.

Quinto Varro no torno a la lectura.

Perdido en profundas reflexiones, se inclinó en el muro que separaba el jardín de la vía pública y se demora en la contemplación del extenso grupo de niños, que se ocupaban en el juego infantil, lanzando

piedrecillas sobre las aguas y, con el pensamiento centralizado en su pequeño Taciano, sin saber definir los oscuros presentimientos que le envolvían el pecho, reparo que una extraña amargura le llenaba el corazón.

En el crepúsculo próximo a su fin, sin conseguir verse aún con la esposa, que se ocultara con el hijito en la cámara matrimonial, tomo el carruaje de un amigo que lo condujo hasta la casa humilde del venerable Lisipo de Alejandría, un griego ilustre, profundamente dedicado al Evangelio, que residía en una humilde choza en ruinas en el camino de Ostia.

Una pequeña asamblea de adeptos se había reunido en la sala sencilla.

Con sorpresa, fue informado de que la despedida del gran cristiano galés no se realizaría aquella noche y, sí, en la siguiente.

Corvino se hallaba de ese modo, a disposición de los amigos para un entendimiento familiar.

No había, sin embargo, otro asunto may fascinante para el grupo que las reminiscencias de las persecuciones de 177.

Los tormentos de los cristianos lioneses eran narrados minuciosamente por el noble visitante.

Mientras el círculo escuchaba, extático, al anciano de las Galias recordaba, con prodigiosa memoria, los mínimos acontecimientos. Repetía los interrogatorios efectuados, incluyendo las respuestas inspiradas de los mártires. Se reportaba a las oraciones ardientes de los compañeros de Asia y de Frigia que, piadosamente, habían socorrido a las comunidades de Lión y Viena (4). Hablaba, entusiasmado, de la inmensa caridad de Vetio Epágato, el abnegado señor que renunciara a la noble posición que disfrutaba, con el fin de convertirse en

(4) Ciudad de Francia, próxima a Lyon. - (Nota del Autor espiritual)

abogado de los cristianos humildes. Se le exaltaba la mirada, comentando el extraño coraje del Santo, el diacono de Viena, y el heroísmo de la débil esclava Blandina, cuya fe confundiera el animo de los verdugos.

Pinto la alegría de Potino, el jefe de la Iglesia de Lión, cruelmente ultrajado y apaleado en la calle, sin una palabra de rebeldía, a los noventa años de edad.

Por fin, se detuvo con misteriosa alegría rociada de lagrimas, en las aventuras y tormentos de Átalo de Pérgamo, que le inicio en la fe.

Relacionaba todos los pormenores de los suplicios a que se sometiera el venerable amigo. Se acordaba de la demora habida en el proceso, en razón de la consulta del Propretor a Marco Aurelio, y se demoraba en la discreción de los últimos sufrimientos del gran cristiano, apaleado, azotado, atado a la silla de hierro incandescente, y finalmente degollado, en compañía de Alexandre, el dedicado médico frígido que, en Lión, ofreciera al Señor un admirable testimonio de fe.

La asamblea escuchaba, embelesada con las referencias. Pero, como el predicador tenía un trabajo intensivo en la noche próxima, Lisipo mando servir algunos tazones de leche y rebanadas de pan fresco y la conversación fue cerrada.

Con el espíritu confortado por las narrativas del viejo galés, Varro torno a la casa.

Regresaba de madrugada y un sólo pensamiento le absorbía ahora la mente: apaciguar el alma inquieta de la compañera, proporcionándole calma y alegría, con la reafirmación de su ternura y dedicación.

Se aproximó, muy despacio, con la intención de sorprenderla, afectuoso.

Atravesó el pequeño atrio, atravesó la puerta semi-cerrada, pero delante de su cuarto de reposo, se detuvo intrigado.

Escuchó voces en diálogo excitado.

Opilio Veturio se hallaba en su cuarto de dormir.

Intento comprender la tempestad moral que le maltrataba el destino.

No suponía al hombre para quien trabajaba capaz de seducir a su esposa a semejante procedimiento.

Opilio era primo de Cintia y siempre fue recibido allí como un hermano. Era diez años más viejo que él, Varro, enviudó hacía algún tiempo. Heliodora, la esposa muerta, fue para Cintia una segunda madre. Dejó dos hijitas, Helena, y Galba, gemelos infelices, cuyo nacimiento ocasionó el fallecimiento de la genitora, y que residían con el padre, rodeados de esclavos dedicadísimos, en un palacete magnífico, para ilustrar a los blasones de la familia.

Trabajaba para Veturio en las embarcaciones y vivía en una villa que le pertenecía. Se hallaba lamentablemente empeñado con él, desde el casamiento, por deudas pesadas, que se proponía rescatar honestamente, con el servicio personal, respetable.

Sintiendo que la cabeza se le transformaba en un volcán de preguntas, Varro pensaba...

¿Por qué razón se entregaba así su esposa a la aventura menos digna? ¿No era el un compañero leal, extremadamente dedicado a la felicidad de ella y del hijito? Se ausentaba comúnmente de Roma, guardándolos en su corazón. Si las tentaciones de orden inferior le asediaban el espíritu, durante los habituales viajes, Cintia y Taciano eran su invariable defensa...

¿Cómo ceder a las sugerencias de la maldad, cuando se creía el único apoyo de la mujer y del angelito que le poblaban el alma de santificadas aspiraciones? ¿Por qué Veturio le corrompía, así su hogar? ¿No se sentía en la condición de un amigo convertido en dedicado servidor? ¡Cuántas veces, en puertos distantes, era convidado al lucro fácil y renunciaba a cualquier ventaja económica de procedencia dudosa, atento a las responsabilidades que le unían al primo de su mujer! ¡En cuantas ocasiones, constreñido por la gratitud, era obligado a olvidar posibilidades seguras de mejorar su suerte, simplemente por ver en Opilio, no solamente el patrono de su pan material, sino también al compañero merecedor de su más amplio reconocimiento...

Angustiado y abatido, consideraba consigo mismo, dentro del aflictivo minuto: - Si Cintia amaba a su primo, ¿por qué se caso con él? Si ambos habían recibido una bendición del Cielo, con la llegada del hijito, ¿como repudiar los lazos conyugales, si Taciano era su mejor esperanza de hombre de bien?

Semi-alucinado, reflexionaba contra la propia argumentación. ¿Y si estuviese prejuzgando? ¿Y si Opilio Veturio estuviera allí en misión de auxilio, atendiendo la solicitud de la propia Cintia? Era necesario, pues, calmar la mente inquieta y escuchar con imparcialidad de ánimo.

Colocó la diestra sobre el corazón oprimido y escucho:

- Nunca te habituarás a los devaneos de Varro - decía Veturio, fuera de sí -, es inútil cualquier tentativa.

- ¿Quién sabe? - aventuró la prima, preocupada - espero que él deje, algún día, la odiosa convivencia con los cristianos.

- ¡Nunca! - exclamo el interlocutor, riéndose, francamente - no hay noticia de personas que volviesen enteramente a la razón después de haber vivido en el ambiente de esa plaga. Incluso cuando parecen traer los votos, con temor de las autoridades, al frente de nuestros dioses, vuelven más tarde al encantamiento. He acompañado varios procesos de recuperación de esos locos. Se diría que sufren una temible obsesión por el sufrimiento. Golpes, fieras, cruces, hogueras, degüellos, todo es poco para hacer disminuir la voluptuosidad con que se entregan al dolor.

- Realmente, estoy harta... - suspiro la joven señora, bajando el tono de voz.

Comprobando la seguridad de los lazos afectivos que le cautivaban el espíritu a la dueña de la casa, Opilio acentuó, decidido:

- Aunque Varro alterase las propias opiniones, no conseguirías modificar nuestra posición. Nos pertenecemos mutuamente. ¿Hace seis meses que eres mía y que diferencia hay?

Sarcástico, observo:

- ¿Acaso tu marido disputa a la mujer? Está demasíadamente interesado en el reino de los ángeles... No admito, sinceramente, que esté a la altura de tu expectativa. ¡Por Júpiter! Todos mis conocidos que se rindieron a la mistificación nazarena, se apartaron de la vida. Varro te hablará del paraíso de los judíos, repleto de patriarcas inmundos, en vez de conversar contigo sobre nuestros juegos, y seguro que si desearas una excursión alegre, más que natural en tu gusto femenino, te conduciría sin duda a algún cementerio aislado, exigiendo que te regocijes al lado de huesos podridos.

Una carcajada irónica le remato la frase, pero notando, probablemente, algún gesto inesperado en la prima, prosiguió:

- Además de eso, necesitas considerar que tu marido no pasa de ser mi cliente (5). Tiene todo y nada tiene. Pero por Serapis, no le veo cualidades para rodearlo favores.

¡Sabes que te amo, Cintia! No ignoras que te quería, en silencio, desde el primer instante en que te conocí, joven y hermosa. ¡Nunca había preferido a Heliadora, si los servicios de Cesar no me hubieran mantenido en la Acaia por tanto tiempo! Cuando te encontré, enamorada de Varro, sentí un tormento en mi corazón. Hice todo por tu felicidad. ¡Procuré que mi mujer sintiera simpatía en tu favor, te rodeé de mimos, te ofrecí una residencia digna de tus dotes, para que jamás te confundieses con las mujeres miserables, que la privación obliga a la vejez prematura y, por ti, incluso soporte al esposo que te acompaña, incapaz de comprender tu corazón! ¿Que harás de mí, ahora, viudo y triste como estoy? Nunca proporcione a Heliadora, después de reencontrarte, sino la estima respetuosa de que se hacia merecedora por su virtud irreprochable. Nuestros esclavos saben que te pertenezco. Mecenio, mi viejo paje, vino a traerme la noticia de que los siervos creían que Heliadora había sido envenenada por mí, para que tú ocupases su lugar. ¿Y realmente, que madre más honrada y cariñosa podría encontrar para mis hijos? Decide, pues. Una palabra tuya bastará.

- ¿Y mi esposo? - indago Cintia, con inexpresable temor en la voz.

(5) Persona pobre, entre los antiguos romanos, que se valía de los favores de un amigo rico. – *(Nota del Autor espiritual)*

Hubo un silencio expresivo, dentro del cual Veturio parecía meditar, intencionadamente, expresándose después:

- Pretendo ofrecer a tu esposo la anulación de todos los débitos. Además, puedo ampararlo en otros sectores de la vida imperial. Lejos de nosotros, conseguiría dar expansión a sus propios ideales. Temo por él. Las autoridades no perdonan. De aquellos de cuya intimidad disfrutamos, varios han sido presos, castigados o muertos. Aulo Macrino y dos hijos fueron encarcelados. Claudia Sextina, por todos los títulos venerables, apareció asesinada en su casa de campo. Sofronio Calvo tuvo los bienes confiscados y fue apedreado en la plaza pública. Tu marido podría dar salida a sus sentimientos donde quisiese, menos aquí.

- ¿Pero que sería de Taciano, si llegáramos a una solución favorable?

- Hoy, por hoy - acentuó el interlocutor, como un hombre no habituado a considerar obstáculos - mis hijos están en la edad del tuyo. Crecería al lado de Helena y de Galba en el mejor ambiente. No podemos olvidar, igualmente, que mi hacienda, en Lión, necesita de alguien. Alesio y Pontimiana, mis administradores, siempre reclaman la presencia de por lo menos uno de nuestros familiares. Dentro de algunos años, el pequeño Taciano podría trasladarse para la Galia y asumir, en nuestra propiedad, la posición que le corresponde. Vendría a Roma, tanto cuanto desease, y desarrollaría su personalidad en diversos ambientes, sin ninguna unión con la influencia paterna...

En ese punto de la conversación, Varro no pudo soportarlo más.

Sintiendo que un volcán de angustia le estallaba en el pecho, salió por el corredor próximo, en busca del aposento donde el hijito reposaba, junto a Cirila, joven esclava de la que Cintia se hacia acompañar.

Se arrodillo, ante la cuna adornada, y, escuchando la sofocada respiración del niño, exteriorizó las propias emociones.

Como un hombre que se viese arrojado al fondo de un abismo, de un momento para otro, sin encontrar de pronto ninguna base firme para sujetarse, no consiguió por algunos minutos, conciliar los propios pensamientos.

Recurrió a la oración, con el fin de tranquilizarse y, entonces, pasó a reflexionar...

Contempló la fisonomía serena de la criatura, a través del espeso velo de las lágrimas, y se pregunto a sí mismo - ¿Para donde iría? ¿Cómo resolver el delicado problema creado por su mujer?

No desconocía, ahora, la crueldad de Opilio. Lo sabía detector de las atenciones de Cesar que, según la versión popular, utilizo su cooperación en el asesinato de Geta, por lo que recibió un enorme patrimonio de tierras en la lejana Galia y, en aquél momento no dudaba de que él hubiese facilitado la muerte de la abnegada Heliadora, movido de pasión por Cintia.

Consideró la situación vejatoria a la que fue llevado, y albergó el propósito de vengarse.

La inolvidable figura de Cristo, no obstante, le vino a la imaginación súper excitada...

¿Cómo armonizar la venganza con las enseñanzas de la Buena Nueva, que él mismo divulgaba en sus viajes? ¿Cómo destacar el impositivo del perdón para los otros, sin disculpar las faltas del prójimo? El Maestro, cuya tutela buscaba, había olvidado los golpes de todos

los ofensores, aceptando la propia cruz... Recordaba a muchos amigos presos y perseguidos, en nombre del Celeste Benefactor. Todos demostraban coraje, serenidad, confianza... Conocía al dedicado predicador del Evangelio, en la Vía Salaria, Hostilio Fulvio, cuyos dos hijos habían sido destrozados bajo las patas de dos caballos, conducidos intencionadamente sobre ellos por un tribuno embriagado. Él mismo, Varro, ayudó a recoger los despojos de los inocentes y vio que el padre oraba de rodillas, llorando, agradeciendo al Señor los sufrimientos con que él y la familia eran rudamente probados.

La aflicción de aquella hora ¿no sería la mano de Dios que le exigía un testimonio de fe? ¿Pero no sería mejor perecer en el anfiteatro o ver a Taciano devorado por animales feroces que entregarse ambos a la vergüenza de la muerte moral?

Y se preguntaba en llanto mudo: - ¿cómo se portaría Jesús, si hubiese sido padre? ¿Entregaría una criatura inocente a un lobo terrible de la floresta social, sin la mínima reacción?

Por sí mismo, no se consideraba con derecho a ninguna exigencia. Se reconocía en la posición de ser un hombre común y, por eso mismo, pecador, con la necesidad indiscutible de adaptarse a la virtud.

No podía reclamar dedicación a la esposa, aunque perderla le costase un inmenso dolor.

Mientras tanto, ¿y el pequeño? ¿Sería justo abandonarlo a la merced del crimen?

¡Oh Dios! - sollozaba, íntimamente - ¿cómo luchar con un hombre poderoso, como Opilio Veturio, capaz de alterar las determinaciones del propio Cesar? Que la mujer amada lo siguiese era una herida que la esponja del tiempo, seguramente, le absorbería en el fondo del

alma, no obstante, ¿cómo separarse del hijito, que era su razón de vivir?

Se levantó maquinalmente, retiró al niño adormecido, de entre los paños de lana en donde descansaba, y albergó la tentación de huir.

¿No sería, sin embargo, una indisculpable temeridad exponer a la criatura a la intemperie? ¿Y cómo situaría a la compañera, al día siguiente, frente a la vida social? Cintia no había pensado en él, padre cariñoso y amigo, pero ¿podría él, discípulo de las enseñanzas de Jesús, consagrarla al desprecio de sí misma o a la desconsideración pública?

Como si estuviese amparado por una extraña fuerza invisible, depositó al pequeño en el lecho y, después de besarlo enternecidamente, se inclinó despacio sobre él y lloró, humilde, derramando copiosas lágrimas, como si vertiese el cálido rocío del propio corazón en la preciosa flor de su vida.

Después, cerciorándose de que el diálogo continuaba en la cámara íntima, regresó a la vía pública buscando aire renovado para el cuerpo debilitado...

Paró en las márgenes del Tíber, invocando a la memoria los padecimientos de todas las víctimas de aquellas aguas misteriosas y tranquilas, que debían ocultar los gemidos de innumerables faltos de justicia de la Tierra. El silencio del viejo río ¿no representaba una inspiración para el campo agitado de su alma?

Los raros transeúntes y los lentos carruajes no notaban su presencia.

Dividiendo la mirada entre el firmamento centelleante y las aguas tranquilas, se sumió en profundas indagaciones que nadie podría sondear...

Al amanecer, volvió a la casa, apático y desorientado y encerrándose en un cuchitril, se entregó al sueño pesado y sin sueños, del cual despertó con el sol ya avanzado, por los gritos de los esclavos que transportaban material para próximas construcciones.

Quinto Varro procedió a la higiene de la mañana y, buscado por Cirila y el niño, acarició al hijo, entre triste y afectuoso, recibiendo el recado de la mujer, anunciándole que se ausentaría, en compañía de amigas, a una festividad religiosa en el Palatino.

Agobiado, se ausentó de la residencia en dirección de la vía Ostia. Deseaba entenderse con alguien que le pudiese suavizar la llaga íntima y, recordando la noble figura de Corvino, se propuso hacerlo confidente de todas las amarguras que le fustigaban el corazón.

Recibido por Lisipo, éste le informó bondadoso que el anciano se había ausentado, para atender a varios enfermos, acentuando, sin embargo, que él estaría a la noche, en la Vía Ardeatina.

El anfitrión, observó tamaña palidez en el visitante inesperado que lo convidó a sentarse y servirse de un caldo reconfortante.

Varro aceptó, experimentando gran mejoría espiritual. La paz del recinto sencillo le calmaba el espíritu desordenado.

Adivinándole los tormentos morales, el viejito desenrolló diversas páginas consoladoras, que contenían informaciones sobre el heroísmo de los mártires, como pretendiendo cicatrizarle las úlceras invisibles.

El joven escuchó atento; leyó largos trechos de las descripciones y, alegando abatimiento físico, decidió permanecer junto a Lisipo, hasta más tarde, cuando

ambos se dirigirían para los sepulcros en un carruaje del viejo amigo.

Llegaron a los túmulos ya de noche.

Tras pasaron la puerta que uno de los compañeros vigilaba atento y entraron en las galerías, junto a numerosos hermanos que seguían, conduciendo antorchas, en conversaciones coronadas de esperanza.

Los cementerios cristianos, en Roma, eran lugares de gran alegría. Inquietos y desalentados en la vida de relación, con infinitas dificultades para comunicarse unos con otros, se diría que allí, en el hogar de los muertos que las tradiciones patricias habitualmente respetaban, los seguidores de Cristo encontraban el clima único, favorable a la comunión de los que vivían sedientos. Allí se abrazaban con indefinible ternura fraterna, cantaban jubilosos y oraban con fervor...

El Cristianismo de entonces no se limitaba a los ritos sacerdotales. Era un río de luz y fe, bañando a las almas, acaparando corazones para la jornada divina del ideal superior. Las lágrimas no surgían en la condición de gotas de hiel incendiada, sino como perlas de amor y reconocimiento, en lo referente a los suplicios de los compañeros sacrificados.

Aquí y allí, sepulturas róseas y blancas ostentaban letreros afectuosos, que no recordaban ninguna idea oscura de la muerte. Sólo la bondad de Dios e la vida eterna merecían exaltación.

Varro releía con avidez las palabras que le eran familiares, buscando apoyo moral para la resistencia íntima de que se reconocía necesitado.

No lejos, la cariñosa amistad de alguien escribiera la salutación: "Festo, Jesús te bendiga" Más adelante, un padre dedicado escribía: "Glaucia, querida hija, estamos

juntos” En otro lugar, brillaba la inscripción: “Crescencio vive”, más allá, se distinguía otra: “Popeya glorificada”.

Nunca sintió Varro una paz tan grande en los sepulcros. Reconociéndose en la posición de un hombre expulsado de su propio hogar, ahora sentía en la multitud anónima de los compañeros a su propia familia. Se detenía en los semblantes desconocidos, con más simpatía e interés, y pensaba consigo mismo que en aquella hilera de criaturas, que ansiosamente buscaban las enseñanzas del Señor, tal vez existieran dramas más dolorosos que el de él y llagas más profundas sangrándoles en los corazones. Sostenía a Lisipo en su brazo robusto, como si hubiera reencontrado la alegría de ser útil a alguien y, por las miradas felices que intercambiaban entre sí, parecía que ambos agradecían la influencia de Jesús, que concedía al viejo afectuoso la gracia de ampararse en un hijo y al mozo infortunado la ventura de encontrar a un padre a quien podría servir.

En un gran recinto iluminado, himnos de alegría precedieron a la palabra del predicador que, acercándose a la tribuna, habló con indescriptible belleza, acerca del Reino de Dios, encareciendo la necesidad de paciencia y de esperanza.

Cuando terminó la enternecedora alocución, Lisipo y Varro se aproximaron para conducirlo a casa.

Un carruaje, los aguardaba más allá de los sepulcros, solícito.

Y en la intimidad doméstica, ante los dos viejecitos que lo escuchaban sorprendidos, el mozo patricio, explicando la narrativa en lágrimas, expuso lo que sufría, en los recesos de la vida particular, rogando a Corvino un bálsamo para las heridas que le oprimían el corazón.

El viejo Galés lo hizo sentarse y, acariciándole la cabeza, como si lo hiciese a un niño atormentado, indagó:

- Varro, ¿aceptaste el Evangelio para que Jesús se transforme en tu servidor o para que tú te conviertas en servidor de Jesús?

- ¡Oh! Sin duda - suspiró el rapaz - si a alguna cosa aspiro en el mundo, es el ingreso en las filas de los esclavos del Señor.

- Entonces, hijo mío, aceptemos los designios de Cristo y olvidemos nuestros deseos.

Y, mirando el cielo por la ventana humilde, dejando percibir que solicitaba la inspiración de lo Alto, acrecentó:

- Ante todo, no condenes a tu mujer. ¿Quiénes somos nosotros para sondear el corazón del prójimo? ¿Podríamos, acaso, torcer el sentimiento de otra alma, usando la maldad y la violencia? ¿Quién de nosotros será perfecto para castigar?

- Además, ¿cómo extinguir el mal, si no nos disponemos a combatirlo? - juzgó Varro, gravemente.

El anciano sonrió y considero:

- ¿Crees, no obstante, que podamos vencerlo a fuerza de palabras bien dichas? ¿Admites, por ventura, que el Maestro haya descendido de las Alturas, simplemente para hablar? Jesús vivió las propias lecciones, combatiendo las sombras con la luz que irradiaba de si mismo, hasta el último sacrificio. Nos hallamos en un mundo envuelto en tinieblas y no poseemos otras antorchas para iluminarlo, sino nuestra alma, que precisamos inflamar en el verdadero amor. El Evangelio no es solamente una propaganda de ideas liberadoras. Por encima de todo, es la construcción de un mundo nuevo por la edificación moral del nuevo hombre.

Hasta ahora, la civilización ha mantenido a la mujer, como nuestra madre y nuestra hermana, en el nivel de mercancía vulgar. Durante milenios, de ella hicimos nuestra esclava, vendiéndola, explotándola, apedreándola o matándola, sin que las leyes nos consideren posibles de juzgar. Pero, ¿no es ella igualmente un ser humano? ¿Vivirá indemne de flaquezas iguales a las nuestras? ¿Por qué darle un tratamiento inferior a aquél que dispensamos a los caballos, si de ella recibimos la bendita vida? En todas las fases del apostolado divino, Jesús la dignificó, santificándole la misión sublime. Recordando su enseñanza, será lícito repetir: - quién de nosotros, en sana conciencia, podrá tirar la primera piedra.

Y, mirando significativamente a los dos oyentes, acentuó:

-El Cristianismo, para redimir a las criaturas, exige una vanguardia de espíritus decididos para ejecutar su plan de acción.

- ¿Mientras tanto - ponderó el joven romano, algo tímido -, ¿podremos negar que Cintia esté en un error?

- Hijo mío, quien atiza el fuego al campo de la propia vida, de cierto seguirá bajo las llamas del incendio. ¡Compadécete de los extraviados! ¿No serán suficientemente infelices por sí mismos?

- ¿Y mi hijo? - preguntó Varro con la voz embargada de llanto.

- Comprendo tu aflicción.

Y, vagando la mirada lúcida por la estrecha sala, Corvino pareció mostrar un fragmento del propio corazón, diciendo:

- En otro tiempo, bebí en el mismo cáliz. Separarme de mis hijos fue para mí la visita de una terrible angustia.

Peregrine dolorido, como una hoja relegada al remolino del viento, pero acabe percibiendo que los hijos son de Dios, antes de ponerlos dulcemente en nuestras manos. Entiendo tu infortunio. Morir mil veces, bajo cualquier genero de tortura, es un padecimiento menor que ese de la separación de una flor viva que deseáramos retener al tronco de nuestro destino...

- Entre tanto - comentó el patricio amargado -, ¿no sería justo defender a un inocente, reclamando para nosotros el derecho de protegerlo y educarlo?

- ¿Quién te escucharía tu la voz, cuando una insignificante orden imperial podría sofocarte los gritos? Y además de eso - dijo el anciano afectuosamente -, si estamos interesados en servir a Cristo, ¿como imponer a otro la hiel que la lucha nos impone sorber? La esposa podrá no haber sido generosa para con tu corazón, pero probablemente será abnegada madre del pequeño. ¿No será pues, más aconsejable aguardar a las determinaciones del Altísimo, con la gracia del tiempo?

Deteniéndose en la dolorosa expresión fisonómica del padre desventurado, Corvino observo, después de una larga pausa:

- No te sometas al frío desengaño, anulando los propios recursos. El dolor puede ser comparado a la fuerte corriente de un río, susceptible de conducirnos a la felicidad en la tierra firme, o de ahogarnos cuando no sabemos nadar. Escúchanos. El Evangelio no es sólo un camino de acceso al júbilo celestial, después de la muerte. Es una luz para nuestra existencia en este mismo mundo, que debemos transformar en Reino de Dios. ¿No recuerdas la visita de Nicodemos al Divino Maestro, cuando el Señor asevero, convincente: - "importa renacer de nuevo?".

Ante la señal afirmativa de Quinto Varro, el anciano continuó:

- Yo también sufrí mucho, cuando aun era joven, me decidí al trabajo de la fe. Repudiado por todos, fui compelido a distanciarme de las Galias, donde nací, demorándome por diez años consecutivos en Alejandría, donde renové mis conocimientos. La iglesia de allá permanece abierta a las más amplias consideraciones, en torno del ser y del destino. Las ideas de Pitágoras son allí mantenidas en un gran centro de estudios, con real provecho, y después de oír atentamente a padres ilustres y adeptos más esclarecidos, me convencí de que renacemos muchas veces en la Tierra. El cuerpo es pasajera vestimenta de nuestra alma que nunca muere. El túmulo es resurrección. Volveremos a la carne, tantas veces como fueran necesarias, hasta que tengamos limadas todas las impurezas de lo íntimo, como el metal noble que tolera el crisol purificador, hasta que arroje lejos de él la escoria que lo desfigura.

Corvino hizo un ligero intervalo, como para dar oportunidad a la reflexión de los oyentes, y prosiguió:

- Jesús no hablaba simplemente al hombre que pasa, sino, por encima de todo, al espíritu imperecedero. En cierto pasaje de sus sublimes enseñanzas advierte: "mejor será entrar en la vida lisiado que, teniendo dos manos, te aproveches de ellas para el descenso a las regiones inferiores" (6). Cristo se refería al mundo, como escuela en que procuramos nuestro propio mejoramiento. Cada uno de nosotros viene a la Tierra, con los problemas que necesita. La prueba es remedio saludable. La dificultad es un peldaño en la gran subida. Nuestros antepasados, los druidas, enseñaban que nos hallamos en un mundo de viajes o en un campo de

reiteradas experiencias, con el fin de que podamos alcanzar, más tarde, los astros de la luz divina para ser uno con Dios, nuestro Padre. Creamos los sufrimientos, descatando las Leyes Universales y lo soportamos para regresar a la armoniosa comunión con ellas. La justicia es perfecta. Nadie llora sin necesidad. La piedra soporta la presión del instrumento que la desgasta, con el fin de brillar, soberana. La fiera es conducida a la prisión para domesticarla. El hombre lucha y padece para aprender y reaprender, perfeccionándose cada vez más. La Tierra no es el único teatro de la vida. ¿No dijo el propio Señor - a quien pretendemos servir - que “existen muchas moradas en la Casa de Nuestro Padre”?

El trabajo es la escalera luminosa hacia otras esferas, donde nos reencontraremos, como pasajeros que, después de perderse unos de los otros, bajo las ráfagas del invierno, se reagrupan de nuevo al sol bendito de la primavera...

Pasando la mano por los cabellos blancos, el viejo acentuó:

- Tengo la cabeza tocada por la nieve del desencanto... muchas veces, la agonía me visito el alma llena de sueños... En torno de mis pies, la tierra fría me solicita el cuerpo fatigado, pero dentro de mi corazón la esperanza es un sol que me abrasa, revelando en sus proyecciones resplandecientes el glorioso camino del futuro... ¡Somos eternos, Varro! Mañana nos reuniremos felices, en el hogar de la eternidad, sin el llanto de la separación o de la muerte...

Escuchando aquellas palabras, repletas de convicción y de ternura, el mozo patricio aquietó el espíritu atormentado.

Algunos minutos más de animada conversación corrieron rápidos y, algo rehecho, se dispuso a partir.

Una biga ligera, solicitada por él, lo esperaba a poca distancia.

Cuando el galope de los caballos se fundió en el gran silencio, a la puerta del templo doméstico, el joven, más tranquilo, noto que pocas estrellas aún brillaban pálidamente, mientras el firmamento se teñía de rojo.

Alboreaba la mañana...

Varro, contemplando el hermoso cielo romano y pidiendo a Jesús le conservase la fe aspirada en el entendimiento con el viejo cristiano galés, en el camino de Ostia, creyó encontrar en aquella madrugada de sorprendente belleza, el símbolo del nuevo día que le marcaba ahora el destino.

III

Compromiso del corazón

Dos días transcurrieron uniformes para Quinto Varro que, apático y melancólico, escuchaba en el hogar las quejas interminables de la esposa, azotándole los principios con el látigo de la crítica insidiosa y contundente.

Aunque las amarguras le oprimiesen el alma, no dejó notar ninguna señal de desaprobación a la conducta de Cintia, que proseguía al lado de Veturio, entre excursiones y entendimientos.

Recibiendo, no obstante, la recomendación de partir en dirección de un puerto de Acaia, no consiguió calmar el ansia de renovación de la cual se veía poseído.

Buscó a Opilio personalmente, y siendo recibido por él, con largas demostraciones de caballerosidad, expuso lo que deseaba. Sentía la necesidad de una vida nueva. Pretendía abandonar el negocio marítimo y consagrarse a tareas diferentes, en Roma.

Con todo, confesaba con desilusión, los débitos que le retenían al servicio en la flota.

Debía una suma tan grande al jefe de la organización, que ignoraba cómo empezar el cambio de camino.

Veturio, revelando gran sorpresa, buscó disfrazar los verdaderos pensamientos que le brotaban en el raciocinio. Risueño y acogedor, se aproximó al visitante, afirmando decisivo, que jamás lo consideró empleado y sí compañero de trabajo, que nada le quedaba a deber.

Declaro comprender su fatiga y le justificó el propósito de reajustarse en la vida romana.

Colorado de vergüenza, Varro recibió de él el perdón de todas las deudas. Opilio no sólo le hacía semejante concesión, sino también se ponía a su disposición para cualquier nuevo emprendimiento.

Se informó delicadamente de los planes que ya hubiese delineado para el futuro, pero el esposo de Cintia, atónito con el fingimiento del interlocutor, mal sabía responder, alineando monosílabos que le denunciaban la inseguridad.

Se despidieron cordialmente, prometiendo Opilio acompañarle en la trayectoria, con cariño fraternal.

Sintiéndose profundamente desanimado, Quinto Varro se dirigió al Forum, en la expectativa de encontrar a alguien que le pudiese conseguir un trabajo honrado; entre tanto, la sociedad de la época parecía dividirse entre señores poderosos y esclavos misérrimos. No había lugar para quien quisiese vivir del servicio ennoblecedor. Los propios libertos de la ciudad se ausentaban a regiones distantes del Lacio, buscando renovación e independencia.

Hizo varias tentativas en vano.

Nadie deseaba ocupar brazos honestos con remuneración merecida. Se alegaba que los tiempos estaban difíciles, se destacaba la retracción de los negocios con la probable caída de Bassiano de un momento para otro. Las dificultades gubernamentales tocaban a término y los partidarios de Macrino, el prefecto de los pretorianos, prometían revueltas. Roma vivía bajo un régimen de terror. Millares de personas habían sido muertas, en pocos más de cinco años, por

asesinos libres que disfrutaban de sustanciales recompensas.

El joven patricio, algo desalentado, se fijaba en la multitud que iba y venía en la plaza pública, indiferente a los problemas que le torturaban el alma, cuando apareció Flávio Súbrio, antiguo soldado de dudosa reputación, abriéndole los brazos acogedores.

Hombre maduro, pero ágil y mañoso, Súbrio fue herido en servicio del Estado, al mantener el orden en las Galias, razón por la que, ahora cojo, era utilizado por varios nobles en expedientes secretos.

Lejos de sospechar que estuviese él atado a los intereses del perseguidor de su familia, Varro correspondió afectuoso al gesto de fraternidad que le era ofrecido.

Además, aquella expresión placentera le constituía un valioso incentivo en la posición de inseguridad en la que se hallaba. La súbita aparición del antiguo soldado podría ser el inicio de alguna empresa feliz.

La conversación empezó con éxito.

Después de saludarlo, el ex-legionario, expuso el asunto que le traía, acentuando:

- Hijo de Júpiter ¿cómo agradecer a los dioses el favor de encontrarte? Serápis se compadeció de mi pierna enferma y me guió los pasos. Me comprometí a buscarte, pero los tiempos andan escasos y un carruaje es privilegio de senadores. Felizmente, sin embargo, no fue necesario mover los huesos en la caminata difícil.

El mozo patricio sonreía, intrigado, y antes que pudiese pronunciar cualquier pregunta, Súbrio lanzó la mirada astuta alrededor, como si quisiese revisar el ambiente, y habló bajando la voz:

- Mi querido Varro, sé que te desvelas por nuestros compatriotas perseguidos, los cristianos. Francamente, por mí, no se como separarme de los numes domésticos y preferí siempre una fiesta de Apolo a cualquier reunión en los cementerios, mientras tanto, estoy convencido de que hay mucha gente buena en el laberinto de las catacumbas. Ignoro si frecuentas el culto detestado, pero no desconozco tu simpatía por él. Con sinceridad, no puedo atinar con la epidemia de sufrimiento voluntario que presenciamos hace tantos años.

En ese punto de las consideraciones, imprimió en el rostro una mentirosa expresión de tristeza y prosiguió:

- A pesar de mi indiferencia para con el Cristianismo, aprendí con nuestros antepasados que debemos hacer el bien. Creo que a llegado el instante de prestar señalado servicio a la causa despreciada. No comprendo la fe nazarena, responsable de tanta flagelación y tanta muerte, con todo, me apiado de las victimas. Por eso, hijo querido de Júpiter, no menoscabas la misión que las circunstancias te ofrecen.

Ante la muda ansiedad del interlocutor, acrecentó:

- El pretor galo, advertido por Macrino, necesita del concurso de alguien para cierto servicio en Catargo. Admito que, si es efectuado por ti, podrá transformarse en precioso aviso a los cristianos de África.

Varro, más con el propósito de colocarse en un trabajo digno que con la idea de erigirse en salvador de la comunidad, preguntó sobre la tarea a llevar a acabo.

Mostrando un entusiasmo bien estudiado, Súbrio esclareció que el alto dignatario lo llamaba a palacio para confiarle un delicado negocio.

El rapaz no vaciló.

Acompañando al experimentado lidiador, buscó a Galo, en la propia residencia, en vista del carácter confidencial que Súbrio imprimiera a la conversación.

El viejo pretor, encuadrado en las más arraigadas costumbres patricias, lo recibió armonizando el rigor de la etiqueta y fue sin rodeos, al asunto, después de saludos usuales.

- Varro – dijo él, solemne – conozco tu lealtad a los compromisos asumidos y espero que aceptes una importante misión. Nuestras legiones proclamarán al nuevo emperador en breves días, y no podemos prescindir de los patriotas irreprochables para auxiliarnos en la obra de reajuste social. El hábil político se mordió los labios marchitos, revelando ocultar las verdaderas intenciones que lo movían, y continuó:

- No sé si después de tiempo suficiente, a la vez que no desconoces las obligaciones que te atan a la flota de Veturio...

El joven se apresuro a notificarle que ya no tenía ninguna obligación con los servicios habituales.

Se hallaba realmente a la expectativa de nuevos encargos.

El pretor sonrió, triunfante, y prosiguió:

- Si me fuese posible ausentarme de Roma, iría yo mismo, entre tanto...

Ante la frase recelosa, Quinto Varro indago en qué le podría ser útil, a lo que el magistrado adujo:

- Cartago debería estar reducida a cenizas, conforme el sabio consejo del viejo Catan, pero, después del hecho brillante de Emiliano, arrasándola, Graco cometió la locura de reconstruir aquél nido de serpientes. Dudo que haya otra provincia capaz de traernos mayores aborrecimientos. Si es posible combatir aquí la plaga de

los galileos, por allá el problema es cada vez más complicado. Altos funcionarios, damas patricias, autoridades y hombres de inteligencia se dedican al Cristianismo, con tamaño rechazo por nuestros principios, que llegan a promover reuniones públicas para el fortalecimiento del proselitismo desenfrenado. No podemos, con todo, vivir a ciegas. Nuestras providencias no pueden fallar.

Clavando los ojos indagadores en el rapaz, como sondeándole los más íntimos sentimientos, interrogo:

- ¿Estas dispuesto a llevar determinado mensaje al Procónsul?

- Perfectamente – informó Varro, decidido

- Tengo una relación de quinientas personas que precisamos alejar de la ciudad. No obstante el edicto de Bassinio, declarando ciudadanos romanos a todos los habitantes de la provincia, que pasaron a disfrutar, indebidamente, derechos iguales a los nuestros, concordamos en la eliminación total de todos los portadores de la mistificación nazarena. Los principales deben responder al proceso, antes de ser sentenciados a la muerte o a la cárcel, las mujeres serán tratadas con indulgencia, según a la clase que pertenezcan, después de una advertencia justa, y los plebeyos serán circunscritos en servicio en las galeras imperiales.

El mozo patricio, esforzándose por disfrazar las penosas impresiones de que se veía poseído, hacía señales afirmativas con la cabeza, entendiendo, por fin, lo que significaba la insinuación de Flavio Súbrio.

Aceptando la invitación, conseguiría salvar a muchos compañeros. Podría penetrar en Cartago, con tiempo suficiente para informar a los perseguidos. No le sería difícil. Tendría consigo el nombre de todos los

implicados. Antes de hablar al Procónsul, se comunicaría con la Iglesia africana.

Un mundo de posibilidades constructivas le afloraba en la imaginación.

El propio Corvino tal vez pudiese orientarlo en la ejecución del encargo en perspectiva.

- ¿Puedes viajar de hoy a dos días? – vociferó la voz de Galo, irritado con la pausa que el mozo imprimiera a la conversación.

- Ilustre pretor – respondió Varro, pálidamente – estoy preparado.

Demostrando despedirlo con los gestos de enfado que le eran característicos, el magistrado concluyó:

- Seguirás en la galera comercial de Máximo Pratense, bajo el comando de Helcio Lucio. Mañana a la noche, te entregaré el mensaje aquí mismo y podrás combinar cualquier medida, referente al viaje, con Flavio Súbrio, que seguirá en la misma embarcación, como asesor del capitán, en tareas de orden político junto a amigos del Prefecto, domiciliados en Numidia.

El entendimiento terminó.

En plena vía pública, Varro, agradecido, abrazó al ex-legionario, quedando para encontrarse en el Forum el día siguiente.

Aunque amargos presentimientos le ocupaban el corazón, con respecto al hijito, el joven estaba satisfecho. Alcanzaría, como suponía, el trabajo deseado. No se sentía inútil. Al regresar de Cartago, seguro que no le faltarían otras oportunidades. El viaje le daba medios para auxiliar a los hermanos en la fe, representando igualmente el primer peldaño de acceso a responsabilidades mayores.

Después de una rápida permanencia en el hogar, se dirigió a la vía Ostia, ansioso de entrar en comunicación con los viejos amigos.

Anuncio a Corvino y a Lisipo la decisión de partir.

El anciano galés comentó los obstáculos que venía encontrando para salir de Roma, e interpelado por Varro, en cuanto al puerto donde se destinaría, esclareció que le cabía visitar la comunidad cristiana de Cartago, antes de volver a Lión, definitivamente.

El semblante del rapaz se iluminó.

¿Por qué no siguieron juntos? Tenían camino idéntico.

Corvino vibró de satisfacción.

El mozo patricio expuso en pocas palabras su manera de comunicarse con Flavio Súbrio, en cuanto al nuevo compañero de viaje, guardando, sin embargo, los reales objetivos de la misión que lo llevaba a África para entendimientos posteriores con Apio Corvino, cuando estuviesen a solas en el mar.

Al día siguiente, cuando presentó el asunto al viejo soldado cojo, Súbrio acogió la idea con indefinible sonrisa, acrecentando con buen humor:

- ¿Cómo no? El viajante puede ser llevado bajo la responsabilidad de un pariente. Tienes ese derecho.

Varro se presto para el viaje de acuerdo con el programa previsto.

Comunicó a la esposa la resolución de alterar los rumbos del propio destino, siendo escuchado por Cintia con especial atención. Y después de una particular entrevista con el pretor, se despidió de ella y de Taciano, con el espíritu ahogado en dolorosa emoción.

Llevando expresiva documentación, embarcó en Ostia, con el alma llena de angustiosas expectativas.

Corvino se reunió con él agradecido. Con el amparo del joven patricio y de Flavio Súbrio, que extrañamente se desvelaba en la instalación de él, se disponía a compartir el estrecho camarote, reservado a Quinto Varro, junto al alojamiento del capitán, en la popa, pero lo estaciono en el estrado, que separaba el aposento de los bancos de los remadores, admirando la soberbia trirreme en que viajarían. Contemplaba los mástiles magníficos, no obstante, alertado por Varro, satisfecho con la posibilidad de proporcionarle el hermoso espectáculo, el viejito respondió:

-Si, observo la anchura del cielo y del mar, batidos por el sol, siento los soplos del viento libre que parece cantar la gloria divina de la Naturaleza, pero pienso en los esclavos encallecidos en los remos...

El predicador iba a continuar, entre tanto, Súbrio, que ejercía inexplicable vigilancia sobre él, percibió el sentido evangélico de la anotación, mostró mayor preocupación en el semblante ceñudo y se dirigió a Quinto Varro, exclamando:

- Agasajemos a tu huésped.

El mozo patricio, contrariado con la interferencia, expreso el deseo de presentarlo a Hélcio Lúcio, pero el asesor del comandante objetó, rápido:

- No, ahora no. Hélcio esta ocupado. Aguardemos el momento propicio.

Corvino fue acomodado en el camarote, con su reducido equipaje, que se componía de una túnica manchada, una piel de cabra y una bolsa con documentos.

Para disfrazar la desagradable impresión dejada por Súbrio, cortándole abruptamente la palabra, el rapaz se quedó largo tiempo junto al anciano, escogiendo aquél

minuto para estudiar en su compañía, el verdadero sentido de su viaje.

Corvino lo escuchó con visible espanto.

Conocía a los patriarcas cartagineses y a los adeptos más destacados de la importante Iglesia africana.

Varro le dio a conocer el nombre de las personas indicadas en la relación del pretor, que el valeroso misionero examinó en gran parte.

Cambiaron impresiones en cuanto a la época peligrosa que venían atravesando y sentaron providencias, como viejos amigos, para los días más oscuros del porvenir, en el caso de que las tempestades políticas no fuesen amainadas.

El anciano de las Gálias habló detenidamente sobre la iglesia de Lión.

Se proponía, consolidar allí el gran movimiento de asistencia social, en nombre de Cristo.

Los prosélitos no admitían la fe no productiva.

La iglesia, a su parecer, debía enriquecerse de obras prácticas, a la manera de fuente incesante de servicios redentores.

Recibían, frecuentemente, la visita de cofrades de Asia y de Frigia, de los cuales obtenían instrucciones directas para la materialización de los ideales evangélicos, y aceptaban la Buena Nueva, no solamente como senda de esperanza para el Cielo, sino también como plan de trabajo activo en el perfeccionamiento del mundo.

Y así, de consideración en consideración y de anotación en anotación, permanecieron ambos absortos y felices, estructurando proyectos y avivando la llama rosácea de los sueños.

Cuando el navío se puso en movimiento, Apio Corvino sonrió al compañero, como si fuera una criatura viajando a una fiesta.

Al principio, escucharon los golpes rítmicos de los martillos que controlaban el ritmo de los remadores, pero enseguida, el viento comenzó a silbar fuertemente.

Varro se ausentó, prometiendo buscar al amigo con el fin de presentarlo al capitán; mas tarde, entre tanto, Corvino le pidió que fuese aplazada la visita para el día siguiente, aseverando que pretendía orar y descansar.

El joven se apartó en dirección de la proa, donde paso a dialogar con algunos marineros. Intento entrevistarse con el comandante, pero Hélcio Lucio, en compañía de Flavio Súbrio y de dos patricios destacados, cambiaba ideas con ellos, en una mesa distante, conversando animadamente.

Anocheció del todo.

Temiendo la obligación de tomar bebidas fuertes, Varro se refugió en sí mismo.

Fue hasta el camarote en que se alojaba para ofrecer algún alimento al viejo compañero, pero Corvino parecía dormir tranquilamente.

Viendo que Helcio Lucio y los amigos proseguirán bebiendo y jugando ruidosamente, a distancia, el joven patricio subió a proa y busco un solitario rincón para dar largos vuelos al pensamiento.

Sentía sed de meditación y oración y suspiraba por algunos minutos de silencio, en los cuales, a solas consigo mismo, pudiese rememorar los sucesos de los últimos días.

Contemplo las aguas que el fuerte viento cantante encrespaba y dejo que las ráfagas refrescantes le acariciasen los cabellos sueltos, con la idea de que los

balsámicos fluidos de la Naturaleza le endulzarían las inquietudes de la cabeza atormentada.

Fascinado por la calma nocturna, miró la Luna creciente que se elevaba en el cielo y paseó la mirada por las constelaciones centelleantes.

¡Qué misterioso poder comanda la existencia de los hombres! - pensaba en soliloquio triste.

Algunos días antes, estaba lejos de pensar en la aventura de un viaje como aquél. Se aseguraba en un derrotero de felicidad domestica, amparado por el más amplio respeto social. ¡Entre tanto, notaba su destino en franca transformación!... ¿Dónde estarían Cintia y Taciano en aquél momento? ¿Porque motivo la conducta de su mujer le alteraba de aquél modo la vida?... Sin la idea de Cristo en el corazón, no contaría con mayores dificultades para resolver los problemas que lo atormentaban en lo íntimo, con todo, conocía el Evangelio y no ignoraba los testimonios que le cabía movilizar. Si pudiese sobreponerse a la influencia de Opilio... No en tanto, no sería lícito alimentar cualquier ilusión. Poseía parientes ricos en Roma que se encargarían de la manutención del hijito, hasta que pudiese enfrentar las sorpresas de la suerte, con finanzas mas firmes; todavía, en la condición de adepto del Cristianismo, no sería justo imponer a Cintia el suplicio moral de que se veía objeto.

Deteniéndose en la visión de la noche magnifica, oró fervorosamente, implorando a Jesús le aliviase el espíritu dilacerado.

Recordaba a amigos presos y perseguidos por amor a la fe sublime a que se dedicaban, apoyándose en los ejemplos de humildad de la cual se hacían padrón

vivo, y rogaba al Benefactor Celeste que no le permitiese la caída en desesperaciones inútiles.

¿Cuánto tiempo paso así, consigo mismo, en soledad?

Varro no pensaba en eso, hasta que alguien le tocó en los hombros, sacándole de la monótona melodía del viento.

Era Súbrio, que parecía contener la respiración, hablándole torpemente.

- Escogido de los dioses, creo haber llegado el instante de entendernos francamente.

En aquellas palabras había algo extraño, cuyo significado Varro busco en balde.

El corazón le latió descompasado en el pecho. Aquella fisonomía pálida del compañero habitualmente tan cínico denunciaba algún doloroso acontecimiento, no obstante, no se sintió suficientemente valiente para preguntar.

- Hace muchos años - prosiguió el soldado - recibí de tu padre un favor que jamás conseguiré olvidar. Me salvo la vida en Iliria y nunca pude ayudarlo en parte alguna. Prometí, sin embargo, a mi ennegrecida conciencia el rescate de esa deuda y admito que hoy puedo atender al compromiso que el tiempo no consiguió apagar...

Clavando los ojos felinos en el semblante torturado del rapaz, continuó:

- ¿Crees que el pretor ha solicitado tu cooperación por juzgarte bastante maduro? ¿Admites que Helcio Lucio te cedería un lugar al lado de sus propios alojamientos, por hallarte simpático? Hijo de Júpiter, sé más prudente. Opilio Veturio tramó con ellos tu muerte. a Tu destaque social no le proporcionaba una

arbitrariedad en Roma, donde además, espera conquistar a tu mujer. Me da pena tu mocedad rodeada de tan poderosos enemigos. Helcio guarda instrucciones para arrojar tu cadáver, hoy mismo, al fondo de las aguas. Alguien fue encargado de quitarte la vida. Para la sociedad Romana, debes desaparecer esta noche, para siempre...

Escuchando semejantes palabras, Quinto Varro se puso pálido.

Se imaginó frente a sus últimos instantes en el mundo.

Quiso hablar, pero no lo consiguió. Una intensa emoción le constreñía la garganta.

Observando la expresión indefinible de la mirada de Súbrio, presumió que el asesor del comandante venía a exigirle la vida.

Como la pausa se hizo más larga, reunió todas las fuerzas que le restaban y preguntó:

- ¿Qué quieres de mí?

- Quiero salvarte - informo el soldado con ironía.

Y, después de cerciorarse de la ausencia de otros oídos en la sombra, adjunto:

- Mas preciso salvarme yo también. Debo ayudarte, sin olvidarme...

Casi murmurando, acentuó:

- Una vida, a veces, pide otra. Ese viejo que te acompaña es mi conocido. Es un macrobio galés, cansado de vivir. Sé que predicó en las catacumbas, pidiendo limosnas a los idiotas... Te dominó, es cierto, con fascinaciones, con la finalidad de ganar el premio de un viaje a Cartago. La peregrinación de él, sin embargo, será más larga. Deje que embarcase en nuestra compañía a propósito. Era la única solución para mi

enigma. ¿Cómo defender tu cabeza sin comprometer la mía? Apio Corvino...

El mozo patricio escuchaba la confidencia, trémulo de pavor, pero en el instante en que el nombre del amigo fue pronunciado, hizo un esfuerzo supremo e inquirió:

- ¿Qué osas insinuar?

Flavio Sobrio, entre tanto, era demasiado frío para tener de compasión. Aunque sorprendido con el sufrimiento moral que imponía al interlocutor, sonrió mordaz y aclaró:

- Apio Corvino morirá en tu lugar.

- ¡No! ¡Eso no! - clamó Varro, sin fuerzas para enjugar el sudor de su frente.

Hizo intención de seguir hasta la popa apresuradamente pero Súbrio lo detuvo, murmurando:

- Es tarde. Alguien ya maneja un puñal.

Varro, como si fuera herido de muerte, se sintió morir.

Reunió, no obstante, todas las energías que le restaban e hizo el impulso de ir hacia el camarote donde se instalara; el asesor lo contuvo de un salto, advirtiéndole:

- ¡Cuidado! Helcio puede observarte. Es posible que el anciano esté ya muerto, pero si pretendes escuchar su adiós, sigue cautelosamente...

Entretendrá al comandante y a los amigos, por algún tiempo y te buscaré en el aposento, antes de conducir a Lucio hasta allá.

En ese punto de la conversación, abandono al compañero al propio dolor y se apartó.

El mozo, conteniendo el llanto que le oprimía del pecho, se alejó enloquecido de angustia, hasta el alojamiento, donde Corvino, amordazado, se hallaba en

un charco de sangre encima de la cubierta de lino blanco.

Los ojos del anciano parecían más lucidos.

Los clavó en el amigo con la ternura de un padre, al despedirse de un hijo querido, antes del largo viaje de la muerte.

- ¿Quién fue el miserable que se atrevió? – pregunto Quinto Varro, liberándole la boca amordazada.

Sustentando el tórax con la diestra rugosa, el viejito se esforzó y hablo:

- ¿Hijo mío, por qué encolerizar el corazón, cuando precisamos de la paz? ¿Crees acaso, que alguien nos puede herir sin el permiso de Dios? Cálmate. Tenemos pocos instantes para hablar.

- ¡Pero, el señor es todo lo que tengo ahora! ¡Mi benefactor, mi amigo, mi padre! ... - clamó el rapaz, sollozando de rodillas, como si quisiese beber las palabras aún firmes del anciano.

-Yo sé, Varro, como te sientes - explicó Apio, en voz baja -, yo también reconocí, de pronto, en tu dedicación, el hijo espiritual que el mundo me negó... No llores. ¿Quién te dice que la muerte pueda representar el fin? Ya vi a muchos compañeros nuestros bajo la corona de la flagelación gloriosa. Todos partieron hacia el reino celeste, alabando al Maestro de la Cruz y, mientras los años me deterioraban el cuerpo, muchas veces me pregunte por qué razón venía siendo indultado... Temía no merecer del Cielo la gracia de morir en servicio, ahora estoy en paz. Tengo la felicidad del testimonio y, para cúmulo de mi alegría, tengo alguien que me escucha en el umbral de la nueva vida...

El viejo hizo un largo un intervalo para recobrar las energías y Quinto Varro, acariciándolo, con lágrimas abundantes, acrecentó:

- ¡Que difícil es resignarme a la injusticia! El señor esta muriendo en mi lugar...

- ¿Cómo puedes creer eso, hijo mío? La Ley Divina está hecha de equilibrios eternos. No te reveles, ni blasfemes. Dios nos dirige. Nos cabe obedecer...

Después de una ligera pausa, prosiguió:

- Yo era un poco más viejo que tú, cuando Atalo se fue... Se me destrozó el corazón, cuando lo vi marchar para el sacrificio. Antes, no obstante, de entrar en el anfiteatro, conversamos en la cárcel... Prometió seguirme los pasos, después de la muerte, y volvió a orientarme. En las horas más aflictivas del ministerio y en los días oscuros de tristeza e indecisión, le veo y escucho su voz junto a mí. ¿Quién podría admitir en el túmulo el marco de la separación para siempre? No podemos olvidar que el propio Maestro regreso del sepulcro para fortalecer a los aprendices...

Varro lo abrazó con más ternura, y adujo:

- El señor tiene fe y virtudes que estoy lejos de poseer. De ahora en adelante, me sentiré solo, solo...

- ¿Dónde pones la confianza en Dios? Es joven. El tiempo maduran la experiencia. Atiende a las instrucciones del Maestro y una nueva luz brillará en tu alma... En León, muchos de nuestros hermanos se relacionan con los muertos, que son simplemente los vivos de la eternidad. En nuestros oficios, se comunican con nosotros y nos amparan cada día... En muchas ocasiones, en los martirios, hemos visto a compañeros que nos precedieron recibiendo a los que son perseguidos hasta la muerte... Creo, pues, que

podremos continuar siempre juntos... La iglesia para mí, no es sino el Espíritu de Cristo en comunión con los hombres...

En ese instante, Corvino respiró penosamente. Fijó en el amigo los ojos serenos, con más insistencia, y prosiguió:

- Sé que te ves relegado a la soledad, sin parientes, sin hogar... Pero no te olvidas de la inmensa familia humana... Por muchos siglos aún, los servidores de Jesús serán almas desajustadas en la Tierra... Nuestros hijos y hermanos se encuentran dispersos en todas partes... Mientras haya un gemido de dolor en el mundo o un poco de sombra en el espíritu del pueblo, nuestra tarea no terminará... Por ahora, somos despreciados y escarnecidos, en el camino del Pastor Celeste que nos legó el sacrificio por la bendita libertad y mañana, tal vez, legiones de hombres se inclinarán por los principios del Maestro que, siendo tan simples en sus fundamentos, provocan el furor y la reacción de las tinieblas que aún gobiernan las naciones... Moriremos y renaceremos en la carne muchas veces... hasta que podamos contemplar la victoria de la fraternidad y de la verdadera paz... Con todo, es indispensable amar mucho, para vencernos antes a nosotros mismos. ¡Nunca odies, hijo mío! Bendice constantemente las manos que te hieren. Disculpa los errores de los otros, con sinceridad y pleno olvido de todo mal. Ama y ayuda siempre, incluso a los que te parezcan duros e ingratos... Nuestras aficiones no desaparecen. Quien ejercita la comprensión del Evangelio enciende la luz en el propio corazón para iluminar la senda de los seres queridos, en la Tierra o más allá de la muerte... Tu mujer y tu hijo no se perderán... Volverás a encontrarlos en un nuevo nivel de

amor... Hasta entonces, lucha en la conquista de ti mismo... El mundo reclama servidores leales al bien... No procures riquezas que el desengaño oxida... No te prendas a ilusiones y ni exijas de la Tierra más de lo que la Tierra te pueda dar... Sólo una felicidad jamás termina – la felicidad del amor que honra a Dios en el servicio a los semejantes...

Enseguida, descanso por algunos momentos.

Con mucha dificultad, sacó de debajo de la túnica una vieja bolsa grasienta, que contenía un puñado de monedas, y se la dio al rapaz, solicitando:

- Varro, en la iglesia de León, existe un antiguo predicador de nombre Horacio Níger. Es mi compañero de trabajo, a quien te pido que presentes mis noticias y saludos... Cuando te sea posible, entrégale las cartas de que soy mensajero y, en mi nombre, confíale éstos recursos... Dile que es todo cuanto pude recoger en Roma, en favor de nuestras criaturas asiladas en la iglesia...

El mozo recibió el depósito con respetuosa ternura.

Después, con mucho esfuerzo, Corvino le pidió que abriera alguna pagina cristiana para leerla en voz alta.

Quería guardar un pensamiento de las Sagradas Anotaciones, antes de morir.

Quinto Varro lo atendió con presteza.

Retiro, al acaso, una hoja gastada del pergamino, en un rollo de instrucciones, y a la claridad oscilante de la antorcha que ardía junto al lecho, repitió las bellas palabras de Simón Pedro al lisiado de la Puerta Hermosa: - "Oro y plata no tengo, más lo que tengo, eso te doy" (7)

(7) Actos de los Apóstoles, 3:6. - (Nota del Autor Espiritual.

Corvino miro al compañero, dibujando larga sonrisa en los labios descoloridos, como diciendo que ofrecía en aquella hora a Dios y a los hombres su propio corazón.

Largos instantes se manifestaban pesados y aflictivos.

El muchacho juzgo que al venerable amigo le había llegado el último minuto, todavía, el anciano cual si despertase de una corta pero concentrada oración, hablo aún:

- Varro, si es posible... desearía ver el cielo antes de morir...

El interpelado lo atendió en seguida.

Descorrió una pequeña abertura del interior del cuarto, que hacía las veces de ventana. El viento entró de inmediato, en ráfagas fuertes y frescas, apagando la luz mortecina, mas el resplandor de la luna con un plateado rayo, invadió el recinto.

Con inexcusable cariño, el muchacho tomo al viejo en su regazo, dando la idea de satisfacer a un niño enfermo, y lo condujo a la magnífica vista de la noche.

A la dulce claridad de la Luna, el semblante de Apio Corvino se asemejaba al vivo retrato de algún antiguo profeta que surgiese allí de improviso, inundado de esplendor. Sus ojos serenos y brillantes invadían el firmamento, donde multitudes de estrellas centelleaban sublimes...

Después de un minuto de silenciosa expectativa, hablo con voz apagada:

- ¡Que linda es nuestra verdadera patria!...

Y volviéndose con ternura hacia el muchacho en lágrimas, concluyo:

- ¡He aquí la ciudad de nuestro Dios!...

En ese instante, con todo, el cuerpo del patriarca fue sacudido por una onda de vida nueva. Su mirada, que empalideciera lentamente, volvió a poseer un extraño brillo, como reanimado por una milagrosa fuerza.

Denunciando una alegría desvariada, grito:

- ¡Sé abrió el gran camino!... ¡Es Átalo que viene!... ¡OH Dios mío, que sublime es el carro de oro!... ¡Centenares de estrellas brillan!... ¡OH!... es Átalo y Maturo, Santo y Alexandre... Alcibíades y Póntico... Pontimiana y Blandina... (8)

El anciano hacía el gesto de quien se disponía a caer de rodillas, totalmente olvidado de la presencia de Varro y de la precariedad de la propia condición física.

- ¡OH!... ¡Señor! ¡Cuanta bondad!... ¡No merezco! ... ¡Soy indigno!... - continuaba diciendo, con voz baja.

El llanto resbalaba ahora de los ojos inexplicablemente revigorizados, con todo, Varro, cuidadosamente, lo condujo al lecho manchado de sangre.

Nuevamente en el lecho, el viejito se calló. Todavía, a los rayos de la luna que iluminaba la cámara, el mozo patricio vio la mirada, en las ansias de la muerte, coronado de indefinibles fulguraciones, pareciendo quedar alucinado, en santo deslumbramiento.

Con las manos en las de él, noto que el agonizante le apretaba la diestra para despedirse.

La corriente sanguínea parecía contenida por la fuerza mental del moribundo, interesado en satisfacer los últimos deberes, pero cuando la tranquilidad se le estampó en la fisonomía marchita y noble, la sangre brotó abundantemente de la herida abierta, encharcando el sudario de lino.

(8) El agonizante recibía la visita espiritual de algunos de los mártires cristianos de Lión, flagelados en el año 177. - (Nota del Autor Espiritual.)

El joven notó que el fatigado corazón del apóstol se paró como una máquina actuando sin violencia. La respiración desapareció, como la de un pájaro que adormece en la muerte. El cuerpo quedó rígido.

Varro comprendió que era el fin.

Sintiéndose, entonces embargado por un dolor sin límites, se abrazó al cadáver, suplicando:

- ¡Corvino, mi amigo, mi padre!... ¡No me abandones! Desde donde estés, protégeme los pasos. No me dejes caer en la tentación. ¡Fortaléceme el ánimo débil! Dame fe, paciencia y coraje...

Los sollozos del joven se repetían sofocantes, cuando la puerta se abrió, estrepitosamente, y Súbrio entró con una antorcha, iluminando el cuadro doloroso. Viendo al muchacho agarrado al muerto, lo sacudió violento, exclamando:

- ¡Loco! ¿Qué haces? El tiempo es precioso. En breves minutos, Helcio vendrá. Es indispensable que no te encuentre. Lo embriagué para salvarte. No podrá ver el semblante del muerto.

Aparto a Quinto Varro, brutalmente, y envolvió el cuerpo ahora inerte en un gran lienzo, que fue amarrado, por encima de la cabeza rígida. Enseguida, se dirigió de nuevo al muchacho, en voz baja y enérgica:

- A la izquierda, encontraras una escalera, esperándote y bajo la escalera, hay un bote que yo mismo prepare. Huye en él. El viento te llevará hacia la costa. ¡Pero escucha! Busca otras tierras y cambia de nombre. A partir de hoy, para Roma y para tu familia, estás sepultado en las aguas.

El joven quiso reaccionar y afrontar dignamente la situación, con todo, recordó que, si Corvino había

tomado su lugar en la muerte, le cabía sustituirlo en la vida, y sintiendo en una de las manos el peso de la bolsa que el héroe le había confiado, silencio humilde, en lágrimas.

- Lleva contigo el equipaje del viejo, pero deja tus documentos, - aconsejo Flavio Súbrio, decidido - ; Opilio Veturio debe cerciorarse de que desapareciste para siempre.

Aún, cuando el joven reunió en las manos la herencia del apóstol, el bastón de Hélcio Lucio tocó rudamente a la puerta.

Súbrio arrastró a Varro para detrás de un armario de la borda y atendió.

El comandante ebrio entró, lanzó una carcajada seca, al observar el fardo ensangrentado, y habló:

- ¡Muy bien, Súbrio! Tu eficiencia me deja pasmado. ¿Todo rápido?

- Perfectamente - esclareció el asesor, en actitud servil.

Tambaleándose, Helcio aplicó algunos bastonazos en el cadáver y observo:

- Gran bribón, nuestro Opilio. Este pobretón de Varro podría haber sido liquidado en cualquier callejuela de Roma. ¿Por qué semejante homenaje, el de matarlo en el mar? En fin, comprendo. Un patricio decente nunca debe herir la sensibilidad de una bella mujer.

Reclamó del auxiliar la documentación del muerto y, con voz pintoresca, determino:

- Da comida a los peces, también hoy, y no nos olvidemos de esclarecer a la noble Cintia Julia de que el marido, en la misión de vigilante contra la plaga nazarena, fue asesinado por esclavos cristianos en la galera...

Con una risotada sarcástica, acentuó:

- Veturio se encargará de decir el resto.

El comandante se despidió e instado por Súbrio, Varro lanzó una última mirada a los despojos del amigo. Cargando consigo los recuerdos de él, se apartó con pasos vacilantes, bajó la escalera de servicio y se instaló en el bote minúsculo.

Solo en la noche fría y clara, se demoró largamente, en el barco, pensando, pensando...

El viento, al silbar, parecía lamerle el llanto, induciéndolo a marchar hacia delante, pero el muchacho, torturado por la amarga incertidumbre, en lo íntimo deseaba arrojarle al mar e igualmente morir.

Corvino, sin embargo, le marcaría el corazón para el resto de su vida. El sacrificio de él le imponía valeroso coraje. Era necesario luchar. Para Cintia y para el hijito querido no existía más, entre tanto, había un hueco en la iglesia de Lión, que le competía ocupar.

Costase lo que costase, alcanzaría las Galias con la resolución de consagrarse a la gran causa.

Confiándose a Dios, el muchacho soltó el bote y, con una y otra remada, se rindió al ventarrón.

Indiferente a los peligros del viaje, no experimentó ningún temor a la soledad sobre el abismo.

Arrastrado fuertemente sobre las aguas, llegó a una extensa playa al amanecer.

Cambió de vestimenta, vistiendo la túnica sudada de Corvino y, resuelto, tiro el noble traje patricio al mar, deliberando volver al mundo con el aspecto de otro hombre. Acogido en una aldea costera, donde consiguió alimento, peregrinó hasta alcanzar Tarracina, floreciente ciudad balnearia del Lacio.

No tuvo dificultad para encontrar el domicilio de algunos compañeros de fe. A pesar del terror que esparcía en la vida pública, el gobierno de Bassiano-Caracala dejaba a los cristianos en relativo reposo, no obstante, con la severa vigilancia con que les seguía los movimientos.

Declarándose caminante del Evangelio en tránsito para las Galias, Varro fatigado y enfermo, encontró ayuda en la residencia de Dácio Arcúrsio, piadoso varón que mantenía un albergue destinado a los indigentes.

Amparado por amigos anónimos, deliró tres días y tres noches, con fiebre alta; todavía, la juventud robusta venció la molestia que lo absorbiera de repente.

Porque nada podía informar, al principio, con referencia a sí mismo, frente a los mensajes que llevaba, de parte de los Cristianos de Roma, a los hermanos lioneses, en los cuales el portador era nombrado como siendo el "hermano de Corvino", por esa designación pasó a ser tratado entre sus nuevas relaciones.

Animado por inspiración superior, enseñó la Buena Nueva, predicando con lágrimas, y la comunidad de Tarracina, tocada en las fibras más íntimas, aunque no obstante deseaba retenerlo, lo auxilió en su viaje para las Galias, donde el muchacho partió, después de innumerables dificultades y enormes privaciones.

Finalizado cierto periodo de permanencia en Masilia (9), llegó finalmente a la ciudad a la que se dirigía.

Lión, por su admirable posición geográfica, desde la ocupación del procónsul Munácio Planco, se volvió un expresivo centro político administrativo del mundo galo.

Hacia ella convergían diversos caminos importantes, convirtiéndose, por eso mismo, en

(9) Hoy, Marsella. - (Nota del Autor espiritual)

residencia casi obligatoria de numerosas personalidades representativas de la nobleza romana.

Vipsanio Agripa, el yerno de Octavio, le fortaleció la situación privilegiada, ampliándole las vías de comunicación. Áulicos de la corte de Claudio habían construido en ella magníficos palacios. Las ciencias y las artes, el comercio y la industria allí florecían con inmensa vitalidad. Dentro de sus muros, se reunían anualmente, junto al famoso altar de Roma y Augusto, las grandes asambleas del “Concilium Galliarum”, en el cual cada ciudad de las tres Galias poseía su representante.

Las fiestas del primer día de agosto, en memoria del gran emperador Cayo Julio César Octaviano, eran allí celebradas con significativas solemnidades. Numerosas embajadas y millares de extranjeros allí se congregaban en ceremonias brillantes, donde el juramento de fidelidad a los dioses y a las autoridades se renovaba, con jubilosas manifestaciones.

La ciudad, que en otro tiempo fue la metrópolis de los segusiavos, desde la ocupación imperial pasó a vivir bajo el más apurado gusto latino. Situada en la confluencia de dos ríos, el Rodano y el Saona, ofrecía a los habitantes las mejores condiciones de confort. Dominada por la influencia patricia, mostraba calles y parques bien cuidados, templos y monumentos de gran belleza, teatros y balnearios, además de villas soberbias, destacándose del caserío vulgar, como pequeños castillos encantadores, encuadrados en jardines y viñedos, donde magistrados y guerreros, artistas y libres ricos de la capital del mundo se aislaban para gozar la vida.

En tiempo de Bassiano-Caracala, a quien sirvió de cuna, Lión alcanzó un inmenso esplendor.

El nuevo cesar, por varias veces, le dispense gracias especiales.

La corte se reunía allí, frecuentemente, en juegos y conmemoraciones.

Con todo, a pesar de la protección que el emperador concedía al territorio patrio, la ciudad guardaba aún, en el año 217, dolorosas y vivas reminiscencias de la matanza del 202, determinada por Séptimo Severo.

Años después del triunfo sobre el General Décio Clodio Septimo Albino, el elegido de las legiones de Bretaña, muerto en el 197, instigado por sus consejeros, el vencedor de Pescenio Níger promulgo un edicto de persecución. Autoridades inescrupulosas, después de señorearse el patrimonio de todos los ciudadanos contrarios a la política dominante, realizaron tremenda carnicería de cristianos, dentro de la ciudad de Lión y en las localidades vecinas.

Millares de seguidores de Cristo habían sido flagelados y conducidos a la muerte.

Por varios días perduró la persecución con asesinatos en masa.

Postes de martirio, espectáculos de fieras, cruces, hachados, hogueras, lapidaciones, látigos y puñales, sin reportarnos a las escenas de salvajismo para con las mujeres y criaturas indefensas, fueron puestos en práctica por las tropas inconscientes.

Durante la matanza, Ireneo, el gran obispo y orientador de la colectividad evangélica de la ciudad, fue torturado, con todos los esmeros de la violencia perversa, hasta el último suspiro. Nacido en Asia Menor, fue aprendiz de Policarpo, el abnegado y muy venerado

sacerdote de Esmirna que, a su vez, había recibido la fe por intermedio del apóstol Juan, el evangelista.

La iglesia de Lión, por esa razón, se sentía depositaria de las más vivas tradiciones del Evangelio. Poseía reliquias del hijo de Zebedeo y de otras personas notables del Cristianismo naciente, que le fortalecían el ánimo en la fe. En su círculo de profunda iluminación espiritual se hallaba casi intacto el espíritu piadoso de la comunidad de Jerusalén.

En cuanto Roma fue iniciada por bautismos de sangre, en tiempos de Nerón, la comunidad lionesa comenzó el servicio de evangelización en relativa calma.

Emisarios de Palestina, de Frigia, de Siria, de Acaia y de Egipto la visitaban incesantemente.

Las epístolas enviadas de Asia le clareaban la marcha.

Por ese motivo, era el centro de porfiados estudios teológicos, en el campo de las interpretaciones.

Ireneo se dedicaba a minuciosas observaciones de la Escritura. Manejando el griego y el latín con gran maestría, escribió expresivos trabajos, refutando a los adversarios de la Buena Nueva, preservando las tradiciones apostólicas y orientando a los diversos servicios de edificación cristiana.

Mas la colectividad no se caracterizaba solamente por las realizaciones intelectuales.

Haciendo del santuario consagrado a San Juan el centro de sus trabajos de orden general, la iglesia se distinguía por las obras de asistencia.

Difícilmente, en la distancia de los siglos, podrá alguien percibir, con exactitud, la sublimidad del Cristianismo primitivo.

Experimentados por el dolor, se amaban los hermanos en la fe, según los padrones del Señor.

En todas partes, la organización evangélica oraba para servir y dar, en vez de orar para ser servida y recibir.

Los cristianos eran conocidos por la capacidad del sacrificio personal, por el bien de todos, por la buena voluntad, por la humildad sincera, por la cooperación fraternal y por la diligencia que empleaban en el perfeccionamiento de sí mismos.

Se amaban recíprocamente, extendiendo los rayos de su abnegación afectiva por todos los núcleos de la lucha humana, jamás trayendo la vocación de ayudar sin recompensa, ni aún incluso delante de los más obstinados verdugos.

A la inversa de fomentar discordia y revuelta, entre los compañeros sometidos al yugo de la esclavitud, honraban en el trabajo digno la mejor manera de ampararles la liberación.

Sabían apagar los deseos del egoísmo para abrigar, bajo el mismo techo, a los remanescientes de las persecuciones.

Llenos de fe en la inmortalidad del alma, no temían a la muerte. Los compañeros martirizados partían como soldados de Jesús, cuyas familias, en la retaguardia, les cabía proteger y educar.

Así es que la comunidad de Lión guardaba bajo su custodia de amor centenares de viejos, enfermos, mutilados, mujeres, jóvenes y niños.

La iglesia de San Juan era, pues, por encima de todo, una escuela de fe y solidaridad, irradiándose en variados servicios asistenciales.

El culto reunía a los adeptos para la oración en común y para la extensión de las prácticas apostólicas, pero los hogares de fraternidad se multiplicaban, como impositivo de la obra espiritual en construcción.

Muchas organizaciones domesticas tomaban para sí la guardia de huérfanos y el cuidado para con los enfermos; todavía, aún así, el numero de necesitados era invariablemente muy grande.

La ciudad fue siempre un punto de convergencia para los extranjeros. Perseguidos de varios lugares batían a las puertas de la iglesia, implorando socorro y asilo.

La autoridad de la fe, expresada en los hermanos más viejos y más experimentados, designaba diáconos para diversos sectores de acción.

Los servicios de amparo y educación a la infancia, de confortamiento a los viejos abandonados, de la sustentación a los enfermos, de la cura a los locos, se distribuían en departamentos especiales, expandiéndose, así, en moldes más completos, la primitiva organización apostólica de Jerusalén, en la cual las obras de amor de Cristo, junto a los paralíticos y ciegos, leprosos y obsesos, encontraron la mejor continuidad.

Todos los hermanos dividían el esfuerzo de la institución entre el trabajo profesional que les determinaba el deber al lado de la familia y las actividades evangélicas que les señalaban la obligación de discípulos de la Buena Nueva, junto a la Humanidad.

En un crepúsculo de armoniosa belleza, Quinto Varro, ahora transformado en el "hermano Corvino" llevo a la sala estrecha y pobre destinada a las predicas de la iglesia de San Juan, donde, según informaciones

obtenidas, encontraría a Horacio Níger para el anhelado entendimiento.

En un ángulo del recinto, un viejo de largas barbas encanecidas, de rostro arrugado y noble, escuchaba a una joven señora de amargo semblante.

Se levanto atento, para recibir al recién llegado, lo hizo sentarse a su lado, en el banco de piedra, y continuó la conversación con la dama, en tono paternal.

Se trataba de una humilde viuda que procedía de Valenca, implorando socorro. Quedo sin el marido en la matanza del 202. Desde entonces, vivía con el genitor y un tío en la localidad mencionada, pero a disgusto, se envolvió en gran infortunio.

Por negarse, a los caprichos de un soldado influyente, vio a los dos familiares, con los cuales residía, asesinados en una noche de angustiosa prueba.

Dispuesta a resistir, pero totalmente desamparada, huyo de allí, en busca de abrigo.

Llorando, acentuaba, triste:

- Padre Horacio, no me abandonéis... No temo al sacrificio por nuestro Divino Maestro, con todo, no concuerdo en rendirme al vicio de los legionarios. Consérvame, por amor a Jesús, en los servicios de la iglesia...

El interpelado observo, atento:

- Si, no me opongo. Entre tanto, es preciso esclarecer que no poseemos servicio remunerado...

- No busco compensaciones - dijo la moza -, tengo necesidad de apoyo.

- Entonces - explicó el interlocutor, satisfecho -, cooperarás en el cuidado de los viejos enfermos. Realmente, perdiste el padre y el tío, no obstante,

encontraras muchos otros parientes, junto a los cuales Cristo te pide cariño y protección.

La humilde señora sonrió tranquila y se retiró.

Llegó la vez al peregrino romano de entrar en contacto con el anciano.

Varro, comedido y confiado, lo informo de todo lo que había ocurrido con Apio Corvino y con el mismo, desde el inicio de su primer encuentro con el inolvidable amigo apuñalado en el mar.

Horacio escuchó la narrativa, entre sereno y cortes, sin ninguna alarma, ante la noticia violenta.

Parecía endurecido por dolores mayores. Aún así mismo, cuando el muchacho terminó la confesión, habló sobre el amigo muerto, conmovido:

- ¡Gran Corvino!... Sea él feliz entre los servidores glorificados. Fue fiel hasta el fin.

Enjugando los ojos húmedos, acrecentó:

- Estará con nosotros en espíritu. La muerte no nos separa a unos de los otros, en la obra del Señor.

En seguida, se refirió al compañero desaparecido, con inmensa ternura. Apio Corvino tomó así el encargo de proveer las necesidades de las criaturas mantenidas por la iglesia. Para ese fin, trabajaba en la agricultura y jardinería, además de viajar frecuentemente, consiguiendo recursos.

Después del año 177, estuvo largo tiempo en Egipto, donde adquirió valiosas experiencias.

Los pequeños lo adoraban.

La senectud no le sustraía el entusiasmo por el trabajo. Cultivaba el suelo con alegre grupo de rapaces, a los cuales suministraba preciosos conocimientos.

Señaló, preocupado, la falta que la presencia de él les haría, pero ante el ofrecimiento de Varro para

substituirlo cuanto le fuese posible, Horacio se alegró intensamente, y acentuó:

- Bien acordado. Aquí, en la mayoría de los casos, los colaboradores de la iglesia trabajan de acuerdo con los desajustes espirituales de que son portadores. Las persecuciones constantemente alimentadas provocan, entre nosotros, diversos tipos de lucha y sufrimiento. Sé que traes el corazón paterno mortificado de nostalgias. Trabajas por las criaturas. Tenemos más de treinta huérfanos pequeñitos. Hablaré con las autoridades.

Y, en voz muy baja, le rogó que la personalidad de Quinto Varro fuese para siempre olvidada. Lo presentaría a todos como el hermano de Corvino, sucesor del venerable cofrade, llamado al Reino de Dios, y le afianzaba que tantas nubes de dolor pesaban sobre el alma cristiana, formando dramas tristes desarrollándose en la sombra, que nadie se sentiría con bastante curiosidad para cualquier indagación.

El acogimiento cariñoso reconfortaba el corazón del viajante fatigado, cuando dos niños, de tres y cinco años, respectivamente, penetraron en el recinto.

El mayor de ellos se dirigió al anciano con los ojos interrogantes y pregunto:

- Padre Horacio, ¿es verdad que el abuelo Corvino vino ya?

El patriarca le acarició los cabellos encaracolados y afirmó:

- No, hijo mío. Nuestro viejo amigo viajó para el Cielo, pero nos envió un hermano que ocupará su lugar.

Se levantó, abrazó a los niños y, sentándolos en las rodillas del recién llegado, habló bondadoso:

- ¡Vamos hijos míos! Abracen al compañero bendito, que llegó de muy lejos.

Los pequeños, con la dulzura ingenua de la infancia, abrazaron al mensajero.

El mozo patricio los tomó junto a su corazón y los acarició, demoradamente; con todo, solamente el viejo Níger consiguió ver el llanto que le brotaba de los ojos.

Quinto Varro había pasado.

Los años corrían y el ministerio del nuevo Corvino iba a comenzar.

IV

Aventura de mujer

El año 233 corría rápido, sobre el drama de nuestros personajes.

En Roma, la familia Veturio disfrutaba de todos los favores de la riqueza, rodeada de privilegios y de esclavos.

Opilio, en la madurez bien nutrida, parecía feliz contemplándose a sí mismo, en la distinción y el bienestar de la mujer y de los hijos, pero Cintia, que lo desposara desde la imaginaria muerte de Varro en el mar, exhibía considerables diferencias. Más reservada, se distanció de los paisajes festivos. No se ausentaba de casa, voluntariamente, sino para desinteresarse de votos religiosos, en la alabanza de los numes tutelares, a los cuales ofrecía su devoción. Se dedicó a Helena y Galba, los descendientes de Heliadora, con la misma ternura que dedicaba a Taciano, y recibía de los tres análogos testimonios de respeto y amor.

Semejante comportamiento de la compañera querida cristalizó en Veturio la veneración y el cariño. Observaba sus menores deseos para ejecutarlos como un siervo fiel. No se alejaba de la ciudad, sin la compañía de ella; no se confiaba a cualquiera de sus realizaciones de hombre práctico, sin asociarle la aprobación a los emprendimientos y, no obstante, romano de su época, con todos los delitos ocultos y vulgares en una sociedad en decadencia, constituía para Cintia un amigo leal, procurando entenderla y auxiliarla en los más íntimos pensamientos.

Entre los jóvenes, todavía, la situación era diversa.

Elena, con la hermosura griega de los diecisiete años, se distinguía por los placeres de la vida social, entregándose, asiduamente, a los juegos y distracciones sin ningún apego a las virtudes domésticas y, mientras Taciano se dedicaba al estudio, fascinado por las tradiciones patricias, sumergido casi constantemente en la Filosofía y en la Historia, Galba, que detestaba el ambiente espiritual, no guardaba secreto de su intimidad con tribunos maleducados y proxenetas inconscientes. No soportaba la superioridad intelectual del hermano. Turbulento, rebelde, se alteraba por bagatelas, perdiendo noches de sueño, en compañía de criaturas menos dignas, a pesar del esfuerzo paternal para atraerlo a la respetabilidad.

Taciano, al revés, aprovechaba sustanciosamente las oportunidades que la vida le ofrecía.

Aunque era niño y mozo, traía consigo la experiencia más valiosa de algunos viajes.

Conocía vastas regiones de Italia y de África, además de no pocos lugares de Acaia. Hablaba el griego, con la misma facilidad con que se expresaba en el idioma patricio, y comulgaba con los libros, con el hambre de luz que señala a los hombres inclinados a la sabiduría.

Se prendía, de modo particular, a los asuntos de la fe religiosa, con ardiente y profundo fervor.

No admitía cualquier restricción a los dioses olímpicos. Para él, las divinidades familiares eran las únicas inteligencias capaces de garantizar la felicidad humana. Extremadamente aficionado al culto de Cibele, el *Magna Mater*, visitaba constantemente el templo de la diosa en el Palatino, descansando y meditando allí, horas

y horas, buscando inspiración. Creía que Júpiter Máximo era el orientador invisible de todas las victorias imperiales, y aunque aún era joven, guardaban ideas propias en ese sentido, afirmando siempre que los romanos debían ofrecerle sacrificios con carácter obligatorio, o morir.

Por eso mismo, no obstante las dotes de espíritu que le exoneraban la personalidad, no conseguía afinarse con los principios del Cristianismo.

El Evangelio, examinado por él, precipitadamente, en conversación con Veturio o con muchachos de su edad, le parecía un montón de enseñanzas incomprensibles, destinadas a oscurecer el mundo, en el caso de vencer en la esfera de la filosofía y de la religión.

Se preguntaba así mismo, por qué motivo tantos hombres y tantas mujeres caminaban para el martirio, como si la vida no fuese una dádiva de los dioses, digna de difundir la ventura entre los mortales, y comparaba a Apolo, el inspirador de la fecundidad y de la belleza, con Jesucristo, el crucificado, admitiendo en el movimiento cristiano simple locura colectiva que el poder gubernamental debía prohibir.

¿Podría un patricio – pensaba él – amar a un esclavo como a asimismo? ¿Sería justo perdonar a los enemigos, con el pleno olvido de la ofensa? ¿Sería aconsejable dar sin retribución? ¿Cómo conciliar la fraternidad general con la defensa de la élite? ¿Un magistrado romano podría tratarse con un africano analfabeto y catalogarlo como a un hermano? ¿Por qué motivo rogar el favor celeste para los adversarios? ¿Cómo aceptar un programa de bondad para con todos, cuando los malos se multiplicaban en todas partes, exigiendo las represiones de la justicia? ¿La propia

naturaleza no constituía, por si misma, un campo de batalla perenne, en donde las ovejas eran ovejas y los lobos no dejaban de ser lobos? ¿De que modo aguardar victorias sociales y políticas, bajo la orientación de un salvador que expiró en la cruz? Los destinos de la patria estaban presididos por genios tutelares, que le daban la púrpura del poder. ¿Por qué despreciarlos con burla a los locos que morían, miserablemente, en las prisiones y en los circos?

En muchas ocasiones, mientras Cintia admiraba la conversación brillante del hijo, Vetulio ponderaba en la diferencia que separaba a los dos muchachos, criados bajo los mismos principios y tan distanciados moralmente uno del otro, lastimando la condición de inferioridad en la que se colocaba Galba, el hijo de su esperanza.

En un día ardiente, al crepúsculo, vamos a encontrar a nuestros conocidos en una amplia terraza, en cordial aproximación.

Cintia, silenciosa, tejía un delicado trabajo de lana, no lejos de Helena, que estaba acompañada por Anacleta, la gobernanta que Opilio le escogiera, entre antiguos lazos de parentesco de la primera esposa.

Un poco más vieja que la hija de Heliodora, Anacleta nació en Cipro (Chipre) y, desde muy pequeña, fue llevada a Roma, a los cuidados de Veturio, a petición de la genitora antes de fallecer. Huérfana, la niña creció bajo la protección de Cintia, haciendo compañía a la hijastra, que le dedicaba un profundo afecto.

Transigente y bondadosa, sabía esconder todas las faltas de Helena, constituyendo para ella no solamente una servidora leal, sino también un refugio afectivo, en todas las circunstancias.

Mientras las dos mozas conversaban, algo aprensivas, cerca de Cintia, que parecía exclusivamente interesada en el trabajo del hilo, en otro ángulo, Veturio y los muchachos se entendían animadamente.

La charla versaba sobre los problemas sociales, con el visible entusiasmo de Taciano y el indisfranzable retraimiento de Galba.

- Estoy de acuerdo en que la lucha iniciada, hace más de cien años - comentaba Opilio -, terminará naturalmente con la victoria del patriciado. Tengo gran confianza en Alexandre, reconocido como prototipo de prudencia y justicia.

- Con todo - observó Taciano, tocado de juvenil indignación -, el emperador tiene la familia infestada de mujeres nazarenas. Por el lado materno, está rodeado de señoras dementes, que no se avergüenzan de recibir instrucciones religiosas de vagabundos de Asia. La muerte de Ulpiano, sin ninguna providencia disciplinaria, le revela el carácter enfermizo. Es débil e indeciso. Puede ser un modelo de virtudes individuales, pero no muestra aptitud para comandar nuestra vida política.

Sonrió algo sarcástico, y anoto:

- Cuando la cabeza es frágil, no vale un cuerpo fuerte.

Es probable que la razón este contigo – volvió Opilio bien humorado -, entre tanto, has de convenir que el gobierno no duerme. No hemos tenido espectáculos punitivos, pero la persecución metódica viene siendo llevada a cabo, en moldes legales. La muerte de Calixto, (10) por ejemplo...

- ¿Quién era Calixto sino un esclavo fuera de la ley?

(10) Referencia al Papa Calixto - (Nota del Autor espiritual).

Realmente – concordó Veturio – no podemos comparar a un servidor de Carpóforo con los magistrados del imperio.

- La perdida de Ulpiano es irreparable...

- Pero ¿que tenemos nosotros que ver con la vida ajena? - atajó Galba, enfadado. Nunca dudare entre un vaso de vino y una discusión filosófica. ¿Que adelantamos con saber si el Olimpo está lleno de divinidades o si un loco murió en la cruz hace doscientos años?

- ¡No te expreses así, hijo mío! - dijo Veturio, preocupado - no podemos olvidar los destinos del pueblo y de la patria en que nacimos.

El mozo carcajeo irreverente, y tocando los hombros de Taciano, pregunto:

- ¿Qué harías, amigo mío, si la corona del emperador te buscara la cabeza?

El muchacho percibió el sarcasmo de la interpelación, pero respondió, firme:

-Si me fuese confiada cualquier tarea administrativa, no solamente exterminaría el Cristianismo, aniquilando a los prosélitos, sino también a todos los ciudadanos relajados y viciosos que de nuestras tradiciones se avergüenzan.

Galba ruborizado, busco la mirada paterna, como pidiendo reprobación para el hijo de Cintia, pero notando la firmeza con que Opilio, lo censuraba en silencio, pronunció algunas interjecciones irrespetuosas y se alejo.

A esa altura, Helena y Anacleto se retiraron, con el rostro sombrío, en dirección al jardín.

Reparando que la joven enjugaba lágrimas, Taciano se olvido de los problemas sociales que le calentaban la

cabeza y pregunto al padre adoptivo sobre las razones de semejante transformación de la hermana, habitualmente despreocupada, siendo entonces informado de que el joven Emiliano Secundino, de quien la moza se aproximara con gran esperanza de unión afectiva, fue asesinado en Nicomédia, según noticias llegadas por un correo unas horas antes.

Taciano se conmovió.

Conocía al muchacho y admiraba su inteligencia.

Como quien se valía de hora oportuna para un entendimiento difícil, Veturio se aproximó al hijastro, con visible emoción, y le habló en voz baja:

- Hijo mío, los años nos enseñan, poco a poco, la necesidad de reflexionar. Me gustaría tener en Galba un continuador seguro de mi trabajo, entre tanto, sabes que tu hermano, hasta ahora, no se decidió por la responsabilidad. A pesar de la tierna juventud, es jugador y reñidor contumaz. He estudiado con tu madre los problemas de nuestra familia y admito que precisamos de tu cooperación en las Galias, donde nuestras propiedades son importantes y numerosas. Poseíamos, en Viena, un amigo servicial en la persona de Lampridio Treboniano, pero Lampridio murió hace tiempo. Aléxio y Pontimiana, nuestros fieles servidores en Lión, están viejos y fatigados...Preguntan incesantemente por ti y esperan tu presencia, con el fin de que seas allí mi representante legal.

Opilio hizo un ligero intervalo, verificando el efecto de sus palabras, e interrogó:

- ¿Estarías de acuerdo en seguir al frente de la preservación de nuestro patrimonio provincial? Nuestra residencia lionesa, a mi modo de ver, es más confortable que nuestro domicilio de Roma y la ciudad disfruta de las

familias más representativas de nuestra nobleza. Estoy convencido de que harás valiosas relaciones y encontrarás gran estímulo en el trabajo. Nuestras tierras producen regularmente, pero no debemos relegarlas al abandono.

El muchacho se mostró satisfecho y observo:

- Varias veces mi madre me ha hablado sobre esa transferencia. Estoy dispuesto a obedecer. El señor es mi padre.

Veturio sonrió confortado, y adujo:

- Pero, eso no es todo.

Y fijando en él los ojos con insistencia, interrogo:

- ¿Ya pensaste en casarte, hijo mío?

El mozo se rió, apocado, y explico:

- Positivamente, los libros aún no me permitieron cualquier excursión mental en el asunto. Es difícil salir de la intimidad con Minerva para escuchar cualquier conversación de Afrodita...

Al tutor le hizo gracia y prosiguió:

- Para todos nosotros, sin embargo, llega invariablemente el instante de la madurez interior, que nos impele al refugio en el hogar.

Después de larga pausa, dando idea de la cuestión delicada que su palabra suscitaría, continuo:

- Ante la noticia de la muerte prematura de Emiliano, Cintia está naturalmente afligida con el disgusto de Helena y, como madre dedicada que es, después de oírla, instó conmigo para permitirle un paseo hasta Salamina, donde Anacleta posee varios parientes. Apolodoro, tío de ella, sigue para Cipro, en la quincena próxima, y tengo la intención de entregarle a las niñas para una excursión que, a nuestro parecer, les será extremadamente provechosa. Helena descansará

algunos meses de las agitaciones de Roma, rehaciéndose para abrazar más serios deberes. Como padre interesado en la seguridad del futuro, he pensado...pensado...

Ante el silencio de Taciano, Opilio completo la exteriorización del propósito que lo atormentaba:

- Confieso que estoy alimentando la esperanza de que tu casamiento con ella se convierta, más tarde, en realidad... No tengo la intención de imponeros mis deseos. Se que la unión matrimonial debe obedecer a las finalidades de sentimiento, ante todo, y reconozco que el dinero no trae la ventura del amor; entre tanto, nuestra tranquilidad será perfecta, si pudiésemos conservar nuestras posibilidades financieras y territoriales tan sólidas mañana, como hoy. No puedo esperar que nuestro Galba comprenda nuestras preocupaciones, frente al porvenir. Perdedor e indisciplinado, todo nos dice que será para nosotros un compañero difícil de llevar...

Las consideraciones de Veturio eran dichas en un timbre tan particularmente enternecedor, que el mozo sintió incoercible emotividad oprimiéndole el pecho. Apretó las manos del padrastro, con ternura, y respondió:

- Padre mío, disponga de mí, como desee. Saldré para León, cuando sea de su agrado y, en cuanto al futuro, los dioses decidirán.

La charla prosiguió cariñosa e íntima, evidenciando la seguridad espiritual del hijo de Quinto Varro. En un gracioso emparrado del patio florido, la posición de la hija de Heliodora se revelaba diferente.

Abrazada a la gobernanta, Helena lloraba bajo una fuerte irritación, clamando en desespero:

- Anacleta, ¿habrá infortunio mayor que el mío? El desastre me aniquila la vida. Emiliano prometió hablar con mi padre, tan pronto volviese de Bitinia... ¿Y ahora? ¿Qué será de mí? Estábamos comprometidos, hace más de tres meses...Sabes que nuestra unión secreta debía ser consagrada por el matrimonio... ¡Oh dioses inmortales, compadeceos de mi amargo destino!...

La moza chipriota le acariciaba los lindos cabellos, que una dorada red adornaba, y decía maternal:

- ¡Cálmate! El valor es cualidad para las grandes horas. No todo está perdido. Ya nos entendimos con tu madre, acerca de tus necesidades de medicación y reposo... Tío Apolodoro está de viaje para la isla. Conseguiremos el permiso de tu padre y continuaremos con él. Allá todo será más fácil. Esperaremos con relativo descanso aquello que los dioses nos reservan. Tengo buenos amigos en mi tierra. Esclavas fieles nos auxiliaran en secreto... No temas.

La joven, con todo, voluntariosa y rebelde, objetaba inquieta:

- ¿Cómo soportar la expectativa de tantos meses? Conuerdo con el viaje como expediente de último recurso... Emiliano no podía morir...

- ¿Qué sugieres entonces? -indago Anacleta, afligida.

- Busquemos a Orosio... El debe conocer algún remedio que me libere...

- ¿El hechicero?

- Si él mismo. No puedo entregarme a la maternidad con el escándalo público. Mi padre nunca me lo perdonaría...

La gobernanta, que conocía su lucha interior, intentó apaciguar su alma oprimida...

La muchacha, sin embargo, recriminándose en llanto, sólo muy tarde se retiró a los aposentos particulares, sin conseguir la bendición del sueño.

Toda la noche, suspiro y lloro afligida.

Aunque con obstinación, Anacleta la condujo, por la mañana, a la residencia de Orosio, un viejo de vil apariencia que se escondía en una miserable barraca del Velabro.

Arrugado, entre montones de raíces y diversos vasos rebosantes de tisanas de olor desagradable, recibió a las visitantes, procurando sonreír.

Helena, que se ocultaba con un supuesto nombre, intentó explicar la razón que las llevaba allí.

No era la primera vez que lo buscaba, aclaró, atenta. En otra ocasión ya le rogó ayuda, con éxito, para cierta amiga desamparada. Ahora, la pedía para sí misma. Se encontraba enferma, desesperanzada y afligida. Deseaba una consulta a los poderes sobrenaturales.

El mago recogió, cuidadosamente, las monedas que la moza le ofrecía, por remuneración anticipada, y se sentó frente a un trípode, sobre el cual una concha simbólica dejaba escapar bálsamos de incienso.

Orosio repitió algunas fórmulas en un idioma desconocido para ellas, extendió las manos descarnadas hacia el trípode y, con los brazos extendidos, cerró los ojos, exclamando:

- ¡Si!... ¡Veo a un hombre que se levanta del abismo!... ¡Oh! ¡Fue asesinado!... ¡Muestra larga herida en el pecho!... Pide perdón por el mal que le hizo, pero se declara unido, hace muchos años, a su destino de mujer... ¡Llora! ¡Que amargo es el dolor que le explota del llanto!... ¡Que lagrimas densas prenden a esa alma al

lodo de la Tierra!... Habla de alguien que nacerá...
Extiende los brazos y pide ayuda para una criatura...

Después de una ligera pausa, inquirió el viejo en trance:

- ¡Oh! Sí, ¿tan joven y será madre? Por todas las bendiciones que descienden de las Divinidades, el suplica de rodillas para que la señora le evite un dolor más... ¡No se deshaga del angelito que tomará nueva ropa en la carne!...

En ese punto de la extraña revelación, Orosio se cubrió de una tremenda palidez.

Un sudor abundante le corría por el rostro.

Parecía escuchar, atentamente, al fantasma, cuya presencia Helena y Anacleta presentían, aterrorizadas.

Pasados algunos momentos de torturante expectación, el mago retomó la palabra y profetizó:

- ¡Señora no rechacéis la maternidad!... ¡Nadie huye impunemente, los designios de Cielo!... La criatura le será protección y consuelo, reajuste y apoyo... Mas, si fuera consumado su propósito de deshacerse de ella...

La voz de Orosio se hizo ruda y cavernosa, como si fuese más directamente influenciado por la entidad que lo asistía.

Con un animado y misterioso impulso se levantó y, dirigiéndose a la hija de Veturio, afirmó:

-... ¡entonces la señora morirá bañada en sangre, vencida por el poder de las tinieblas!

Helena se arrojó a los brazos de Anacleta, sollozando agitadamente.

Comprendió que el Espíritu de Emiliano se manifestaba allí, para despertarle la conciencia en la responsabilidad maternal, y sintiéndose incapaz de

continuar en contacto con la inesperada manifestación, gritó a la compañera:

- ¡No puedo más! ¡Sácame de aquí! ¡Quiero viajar, olvidar!...

Orosio cayó nuevamente en trance, dejando percibir extremado interés en el coloquio con lo invisible, pero ambas mozas, aterrorizadas, amparándose la una en la otra, se apartaron de prisa buscando el vehículo que las esperaba a distancia.

Helena, en vez de encontrar remedio que la liberase del compromiso asumido, fue cogida por mayor aflicción.

Tan intensa se le exteriorizó la melancolía en casa que el genitor, inquieto, trató de organizarle el retiro en el mar.

Apolodoro, el amigo chipriota, fue llamado para hablar con la familia.

Veturio y Cintia, después de entregarle una respetable cuantía, les confiaron a las muchachas para el largo paseo.

Aunque garantizadas por grandes economías particulares, las mozas emprendieron el viaje sin alegría. Una profunda tristeza se revelaba en sus semblantes.

Absortas en la contemplación de las aguas tranquilas del Mediterráneo, muchas veces se encontraron en conversación en cuanto al futuro...

En muchas ocasiones, Helena divagaba en silencio, preguntándose a sí misma: - ¿Sería lícito creer en las palabras que escuchó? Orosio era un brujo. El meticuloso poder de que se revestía, con el fin de impresionarla, se derivaba, seguro, de la influencia de seres infernales, o ¿quien sabe? Tal vez la visión de Emiliano no pasase de ser simple demencia. Era joven, en el comienzo de la vida. Sé sentía con derecho de

escoger su propio camino... ¿No sería más aconsejable deshacerse de la obligación que le era un oscuro fardo? ¿Con qué derecho el alma del amante regresaba de la tumba para imponerle tan pesado deber?

Bajo constantes vacilaciones, llegó a la isla, cariñosamente asistida por Anacleta y por el viejo tío.

Salamina, la antigua capital, antes linda y próspera, fue destruida por una tremenda revolución judaica, en el Imperio de Trajano.

El éxodo de la población era lento, pero progresivo. Diversas aldeas y haciendas se formaban en los alrededores de la ciudad en decadencia.

En uno de esos pueblos pequeñitos, Apolodoro situó el nido doméstico.

Recibida con inequívocas pruebas de respeto y de estima, Helena, invariablemente amparada por Anacleta, adquirió los servicios de una encanecida esclava nubiana, Balbina, a quien prometió libertad y retorno a su patria, después que se liberara del tratamiento de salud al que se proponía someter. Y contra todas las protestas afectuosas del anfitrión, alquiló una villa confortable en pleno campo, alegando la necesidad de aire puro y absoluto descanso.

Los días corrían sobre los días.

Tomada por el tedio y la desesperación, la moza patricia deliberó intentar algún método de fuga.

Sutilmente consiguió de Balbina algunas informaciones sobre las hierbas que pretendía utilizar.

La sierva experimentada, sin percibir sus intenciones, le suministró los conocimientos de que disponía. Y la propia Helena, sin ninguna notificación a la gobernanta, preparó el brebaje cierta noche y se recogió en el lecho, para tomarla antes de dormir.

Depositó la taza en el mueble, al alcance de las manos, y reflexionó algunos momentos. Se sumergió en profunda abstracción, y cuando se esforzó mentalmente para tomar la plateada copa, y beber el contenido, se sintió envuelta por un extraño adormecimiento. Sin embargo consciente, como quien sueña despierta, vio a Emiliano pálido y abatido, junto a ella.

Colocaba la diestra sobre el tórax herido, como en la visión de Osorio y dirigiéndole la palabra, habló triste:

- ¡Helena, perdona y compadécete de mí!... Mi violenta separación del cuerpo fue una prueba terrible. ¡No me recrimines! Daría todo por permanecer y desposarte, pero ¿que podemos hacer cuando los Cielos se pronuncian contra nuestros deseos? ¿Podrás imaginar el martirio de un hombre, colocado más allá del túmulo, sin medios para amparar a la mujer que ama?

La moza, transitoriamente desligada del cuerpo físico, escuchaba aterrorizada... Si pudiese, huiría sin detenerse. Emiliano era apenas una sombra del atleta envidiable que conociera. Se asemejaba a un fantasma que la muerte vistiera de dolor. Solamente los ojos vivos y fascinantes eran los mismos. Hizo mención de retroceder y esconderse, entre tanto, se sintió como clavada en el suelo y presa por lazos imponderables al amante redivivo.

Mostrando el propósito de tranquilizarla, el recién desencarnado se aproximó con más cariño y le habló:

-No temas. La muerte es ilusión. Un día, estarás igualmente aquí, tal como todos los mortales... Sé cuán tempestuoso te parece el horizonte. Casi una niña, fuiste sorprendida por dolorosos problemas del corazón... Entre tanto, siempre vale conocer más pronto la verdad...

En lo íntimo, la joven deseo saber por qué volvía él del mundo de las sombras, amargándola.

¿No poseía ya suficientes razones para preocuparse?

Y, pensando que el amante estuviese exonerado de todos los deberes morales, consideraba, en lo íntimo de la conciencia: - ¿Por qué insistirá Emiliano en acompañarme, cuando se encontraba libre? ¿No fue arrebatado de la Tierra a la morada de la paz?

Dejando entrever que percibía las palabras no articuladas, el inesperado visitante respondió:

- No creas que el sepulcro es un pasaje directo para el domicilio de los dioses... Vivimos lejos de la luz cuando no deseamos encenderla en el propio corazón. Más allá de la carne, en que nuestra alma se agita, somos enfrentados por nosotros mismos. Los pensamientos que alimentamos son telas oscuras que nos prenden a las sombras o a las sendas de sublime esplendor, empujándonos hacia delante... Aquellos que dejamos atrás retardan nuestro paso o nos favorece el avance, conforme a los sentimientos que nuestra memoria les inspira. ¡No creas que hay impunidad en los tribunales de la justicia divina!... Recibimos invariablemente, según nuestras obras...

En ese punto de la singular entrevista, Helena recordó más nítidamente del enigma que la dilaceraba...

¿Acaso Secundino volvía del sepulcro para recordarle las obligaciones de las que pretendía deshacerse?

Súbita aflicción le asomó al alma inquieta.

¿Cómo aligerar el fardo de la angustia?

Se reconocía entre el Espíritu de Emiliano, al recordarle una felicidad que no más le sonreiría en la Tierra, y una criatura intrusa amenazarle la existencia.

En el fondo, quería ser madre y desarrollar en el propio corazón los potenciales de ternura que le explotaban en el pecho, pero no en las circunstancias en las que se hallaba.

Jamás sintió tan grande flagelación moral.

Lagrimas ardientes le brotaban de los ojos.

Se arrodillo desesperada, y grito:

- ¿Cómo me pides compasión, si soy más desventurada? ¿Comprenderás, por ventura, el tormento de la mujer bajo las cadenas de compromisos que le oscurecen la dignidad personal? ¿Sabes lo que significa esperar un acontecimiento deshonoroso sin el brazo que nos prometió seguridad y cariño? ¡Ah!... los muertos no consiguen penetrar el infortunio de los vivos, porque si así no fuera, me llevarías también... ¡La convivencia de los seres infernales debe ser más benigna que el contacto de los hombres crueles!...

El desfigurado mensajero le acarició la cabellera sedosa y observo:

- ¡No blasfemes! Vengo para rogarte valor... No desprecies la corona de la maternidad. Si aceptaras la prueba difícil, con sumisión a los Divinos Designios, no nos separaremos. Juntos en espíritu, proseguiremos en busca de la alegría inmortal... Soporta con serenidad, los golpes del destino que hoy nos hiere. No menoscabes el fruto de nuestro amor... A veces, en los brazos tiernos de una criatura, encontramos la fuerza que nos regenera y nos salva... ¡No rechaces, pues, la determinación de los Cielos! Guarda contigo la flor que germina entre nosotros. El perfume de sus pétalos nos alimentará la

comunión... Y un día nos reuniremos, de nuevo, en las esferas de la belleza y de la luz...

La joven intento prolongar el entendimiento de aquella hora inolvidable, con todo, tal vez porque expandiese la sensibilidad en desequilibrio, la figura de Emiliano como que se fundía en niebla blanquecina, se fue distanciando... distanciando...

Lo llamaba, en alta voz, pero en vano.

Despertó gesticulando en el lecho, braceando desvariada:

- ¡Emiliano!... ¡Emiliano!...

Uno de los brazos agitados derribo, involuntariamente, la taza próxima, vertiéndose el contenido.

Se derramo la criminal tisana.

Helena enjugo el copioso llanto y, como no podía conciliar más el sueño, se levanto y buscó el aire fresco de la madrugada en una terraza próxima.

La visión del firmamento estrellado le suavizó el tormento íntimo y las aterciopeladas brisas que venían del mar le secaron los ojos húmedos, calmándole el corazón.

Más reservada y más abatida, espero resignada la obra del tiempo.

Anacleto, leal y amiga, obtuvo indirectamente, en conversaciones reiteradas y supuestamente sin importancia, con Balbina, todos los informes imprescindibles para la asistencia que debía prestarle y , después de largas semanas, en que se mantuvo acostada, la moza patricia dio a luz a una pequeñita.

Asistida exclusivamente por Anacleto, que se desvelo por la tutelada en la posición de verdadera

madre, Helena contemplo a la hijita, con insoportables conflictos en el corazón.

No sabía si la odiaba con violencia o si la quería con ternura.

La gobernanta le hizo notar la coincidencia de la niña haber heredado cierta marca materna – una gran mancha negra en el hombro izquierdo.

Vistiéndola, cariñosamente, observo:

- Eso la hará reconocible en cualquier ocasión.

No obstante fatigada, Helena respondió resoluta:

- No pretendo reencontrarla.

- Entre tanto - conjeturó la amiga -, el tiempo corre tras del tiempo. Un día, será tal vez posible la aproximación. Me cuesta pensar que nos desharemos de una muñequita como ésta. No surgirá un medio...

Helena, con todo, atajó firme:

- Ella debe desaparecer. Es una hija que no pedí y que no me cabía esperar.

Anacleta, desilusionada, la cogió junto a su corazón, la envolvió en paños de lana y, enseguida, la presentó a la angustiada mirada materna, acrecentando:

- Es tuya... Dale algún recuerdo. ¡Pobre avecita! ¿Cómo se portará en los fuertes vientos de la vida?

La moza, extrañamente dominada por pensamientos contradictorios, sofocó las lágrimas en los ojos húmedos y, tomando del mueble próximo un bello camafeo, en donde se veía la imagen de Cibeles, admirablemente esculpida en marfil, adornó con él cuerpo de la niña.

Luego después, recomendó decidida:

-Anacleta, organízale el viaje. Es preciso ponerla en un cesto grande, bajo cualquier árbol del campo. Evita ponerla a la puerta de determinada persona, una vez que

no pretendo establecer ningún lazo de unión con el pasado, que considero muerto a partir de este instante.

¡Helena!... – suspiró la moza con evidente intención de aconsejar.

- No interfieras – afirmó la joven madre – cuando el día claree, seré portadora de un nuevo destino. No me hables más de eso. Sabré recompensarte. Dispón de mí como quieras.

Anacleta procuro aún imponerse, pero la hija de Veturio, sin tergiversar, exclamo:

- No discutas. Los dioses decidirán.

La sobrina de Apolodoro cumplido la orden, lloriqueando y, haciéndose fuerte, salió conduciendo el pequeño fardo.

El día estaba presto a amanecer.

En el horizonte, el Sol no tardaría en anunciarse.

Anacleta fue tentada en dejar a la criatura en el umbral de alguna casa, donde consiguiese acompañar su evolución, indirectamente; sin embargo, no concordaba con la actitud de Helena; vivía, a su vez, en la condición de subalterna. Dependía de la casa de Ópilio y mucho particularmente de la niña Veturio. Seguir a la niña, aunque de lejos, sería atraer aflicciones sobre su propia cabeza. No deseaba abandonar la posición social de la casa de Cintia. Era exageradamente feliz para perder con facilidad las ventajas de que se rodeaba en la vida. Con todo, se le rompía el corazón el dolor de abandonar a la niña completamente a la propia suerte. ¿Sería justo entregar de aquel modo, a un ser humano a la fortuna de los animales? ¿Qué destino podría esperar la inocente niña en pleno matorral?

Miró el rostro menudo, casi cubierto por la ropa que lo envolvía, y la compasión se le acentuó aun más, reconociendo que la niña se dejaba conducir, si llorar.

Soplaba el viento fresco, como si fuera una caricia del Cielo.

La valiente gobernanta había caminado aproximadamente tres kilómetros, rumbo a un pequeño poblado próximo.

No podría prolongar demasiado el camino, bajo pena de ser vista. Pero ¿cómo abandonar a la niña a los imprevistos del terreno? No se hacía a la idea de perpetrar semejante crueldad. La guardaría en un ángulo del camino, hasta que pudiese sentirse segura. Y orando, rogaba a los numes de su fe que encaminasen hasta allí a alguien, cuya presencia la tranquilizase.

Preocupada, espero.

Cuando la claridad del día comenzó a esparcirse, a través de los lienzos de niebla, vio que un hombre, como quien cultiva en el campo la meditación matutina, apareció a lo lejos, caminado despacio...

La moza se ocultó rápida, y la niña, presintiendo tal vez la aparición de manos amigas, gimió ruidosamente.

El paseante detuvo el paso, se acercó a ella y, arrodillándose junto al cesto, exclamó:

- ¡Gran Serápis! ¿Qué veo? Un ángel ¡Oh! dioses... ¡Un ángel sin nadie!...

Se inclinó con cuidado, cogió la cabecita desnuda y levantando los ojos a lo Alto, exclamó:

- ¡Divino Zeus! ¡Hace quince años condujiste a Livia, mi única hija y consuelo de mi viudez, para la gloria de tu seno!... Hoy, que sabes que soy un peregrino sin apoyo, me la restituyes. ¡Loado seas! De ahora en adelante no estaré más solito...

Con extremada ternura, retiro a la niña de la cuna improvisada y la apretó contra el corazón, bajo los dobleces de la capa acogedora en que estaba envuelta y retomo el camino por donde viniera.

Los primeros rayos de oro de la mañana develaron el paisaje, pareciendo que el Cielo reafirmaba su protección a la Tierra y los pájaros comenzaron a cantar, melodiosamente, como si agradeciesen a la Divina Providencia la alegría de una niña perdida, que había encontrado la bendición de un hogar.

V

Reencuentro

Al final del año 233, en una sala silenciosa de la iglesia de San Juan, en Lión, una pequeña asamblea de compañeros se instaló para examinar asuntos urgentes, relacionados con la obra del Evangelio.

Tres hombres de edad avanzada, y otro en plena madurez, discutían las necesidades del movimiento cristiano.

El Imperio vivía asolado por una peste que procedía de Oriente, haciendo innumerables víctimas.

En Roma, la situación era de las más graves.

La epidemia penetró en las Gálias y la comunidad cristiana, en Lión, movilizaba todos los recursos para amenizar los problemas del pueblo.

El más joven integrante del conjunto era el Hermano Corvino, que defendía la causa de los enfermos abandonados e infelices.

- Si despreciamos al prójimo - comentaba él, lleno de confianza - ¿cómo atender a nuestro mandato de caridad? Cristianismo es vivir el espíritu de Cristo en nosotros. Vemos en el estudio de las narrativas apostólicas que las legiones del Cielo se posan en la Tierra, en compañía del Señor, transformando a los hombres en instrumentos de la Infinita Bondad. Desde el primer contacto de Jesús con la Humanidad, observamos la manifestación del mundo espiritual, que busca en las criaturas puntos vivos de apoyo para la obra de regeneración. Zacarías es buscado por el ángel Gabriel que le comunica la venida de Juan Bautista. María

Santísima es visitada por el mismo ángel, que le anuncia la llegada del Salvador. Un enviado celeste busca a José de Galilea, en sueño, para tranquilizarlo en cuanto al nacimiento del redentor. Y levantándose el Maestro Divino, entre los hombres, no se limita a cumplir la Antigua Ley, repitiendo los preceptos con los labios. Sale de sí mismo y va al encuentro de las angustias del pueblo. Limpia a los leprosos del camino. Extiende las manos amigas a los paralíticos y los levanta. Restituye la visión a los ciegos. Levanta a Lázaro del sepulcro. Restaura a los enfermos. Reintegra a las mujeres desviadas en la dignidad personal. Infunde a los hombres nuevos principios de fraternidad y de perdón. Aún en la cruz, conversa amorosamente con dos malhechores, procurando encaminar sus almas para lo más alto. Y después de él, los apóstoles abnegados continúan la gloriosa tarea del erguimiento humano, prosiguiendo en el ministerio del esclarecimiento del alma y de la cura del cuerpo, dedicándose al Evangelio hasta el último sacrificio.

- Comprendemos la sensatez de la exposición - objetó el presbítero Galiano, viejo galés que vivió por mucho tiempo en Plafagonia - entre tanto, es preciso escapar a las arremetidas de la tentación. Pienso que ha llegado el momento de meditar en la construcción de nuestro retiro en las tierras que poseemos en Aquitania. No podemos atender al Cielo sin la centralización de nuestra alma en la oración...

- ¿Cómo conseguiremos, sin embargo, ayudar a la Humanidad, simplemente orando? - dijo Corvino seguro de sí. Tenemos compañeros admirables estacionados en el desierto. Organizan lugares solitarios, desfigurándose, atormentándose y creen auxiliar, de esa forma, a la obra

de redención humana. Pero si debemos procurar la tranquilidad propia, a fin de servir al Creador, ¿por que motivo habría venido Jesús hasta nosotros, compartiendo con nosotros el pan de la vida? ¿En que lucha se condecoraría el soldado que desiste del combate? ¿En que país habrá cosecha valiosa para el labrador que no hace nada más que contemplar la tierra, con el pretexto de amarla? ¿Como sembrar el trigo, sin el contacto con el suelo? ¿Cómo plantar el bien, entre las criaturas sin soportar el asedio de la miseria y de la ignorancia? No podemos admitir salvación sin la intimidad de aquél que salva con aquél que se encuentra desviado o perdido. Ante la pausa que se hizo espontánea, Galiano considero:

- Tus ponderaciones son más que justas, pero no podemos concordar con el pecado ni permitir que las almas desprevenidas se aproximen a él.

- Los paganos nos acusan de ladrones de la alegría - acentuó Pafos, un diácono aureolado de cabellos blancos - creen que el Evangelio es un manto de tristeza asfixiando al mundo.

- Y no falta quien vea en la peste una venganza de las divinidades olímpicas - informó Énio Pudens, excelente compañero que el tiempo envejeciera -; mucha gente ha vuelto a clamar contra nosotros, suponiendo que seamos los causantes de la ira celeste. Valeriano, un amigo nuestro que trabaja en el Forum, me contó, particularmente, que entre las solicitudes formuladas por el Concilio (11), en la fiesta de Augusto, consta un llamamiento para que seamos de nuevo flagelados. Y afirmó que la ejecución de semejante pedido está tardando, porque el Emperador Alexandre Severo no está suficientemente seguro.

(11) Asamblea galesa con derecho de opinar delante de la

Galiano sonrió y acrecentó:

- Un motivo más para el aislamiento de los que pretenden adorar a Dios, sin la perturbación de los hombres...

La frase reticente quedó en el aire, pero Corvino, tocado de profundo ardor por la causa del Evangelio, retomo la palabra, decidido:

- Venerables hermanos, admito que nos cabe el derecho de interferir en la resolución de los que buscan la soledad, con todo, creo que no debemos incentivar el movimiento que podemos clasificar por deserción. Estamos en una guerra de ideales. El primer legionario que cayó, en holocausto a la liberación del espíritu humano, fue el propio Maestro, nuestro Comandante Divino. Desde la cruz del Calvario, nuestros compañeros, en vasta frente de valeroso testimonio, sufren el martirologio de la fe viva. Hace casi doscientos años que somos pasto de las fieras y objeto despreciable en las diversiones públicas. Hombres y mujeres, viejos y niños han sido llevados a las arenas y a las cárceles, postes y hogueras, revelando el heroísmo de nuestra confianza en un mundo mejor. No sería lícito traerles a la memoria. Los adversarios de nuestra causa nos tienen como amargados portadores de indiferencia por la vida, pero es que ignoran la lección del Benefactor Celeste que nos indicó en el servicio de la fraternidad la fuente del verdadero bien y de la perfecta alegría. Urge, así, que no nos apartemos del trabajo y de la lucha. Hay construcciones en el plano del espíritu, como existen en el campo de la materia. La victoria del cristianismo, con la libre manifestación de nuestro pensamiento, es obra que nos compete concluir.

Surgió un pequeño intervalo en la conversación, que la palabra de Énio interrumpió:

- En lo que se refiere al servicio, nuestra posición no es de las mejores. Muchas familias, presintiendo la persecución, vienen prescindiendo de los empleados cristianos. Ayer mismo en las oficinas de Poponio dimitieron diez compañeros nuestros.

- Pero tenemos el derecho de pedir para la iglesia y la iglesia precisa sustentarlos. - observo Galiano, cuidadoso.

Corvino, sin embargo, obtemperó, firme:

- Si, tenemos el derecho de pedir. Ese, no obstante, es también el derecho del mendigo. No nos cabe, según nos parece, olvidar la producción de beneficios para el mundo. Tenemos tierra disponible, bajo la responsabilidad de varios hermanos. El arado no miente. Los granos responden con fidelidad nuestro esfuerzo. Podemos trabajar. No debemos recurrir al concurso ajeno, sino en circunstancias especiales. No sería aconsejable mantener a la comunidad improductiva. Cabeza vaga es cueva de tentaciones. Creo en nuestra posibilidad de auxiliar a todos, a través del esfuerzo bien dirigido. El servicio de cada día es el recurso de que disponemos para testimoniar el desempeño de nuestros deberes, delante de los que nos acompañan de cerca, y el trabajo espontáneo en el bien es el medio que el Señor puso a nuestro alcance, con el fin de que sirvamos a la humanidad, creciendo con ella hacia la Gloria Divina.

Aún no había terminado, cuando la puerta se entre abrió y un compañero anunció:

- Hermano Corvino, la hermana Pontimiana ruega su presencia.

El presbítero pidió permiso a los hermanos y se retiró.

En una pobre plaza de acceso al templo, que mal comenzaba a levantarse, una respetable señora que lo esperaba.

Era la guardia del palacio rural de Opilio Veturio.

Aunque contrariando al esposo, se hizo amiga fiel de la iglesia, escuchando a Corvino, que le amparara la renovación espiritual, paso a paso.

No obstante vieja, Pontomiana revelaba extremada agudeza en los lúcidos ojos, que siempre reflejaban la cristalina bondad de su alma.

Tantas veces fue auxiliada por el presbítero, que se convirtió en una servicial hermana de él, dedicándole una sincera estima.

Lo saludo sonriente, y luego le fue informando:

- Taciano, el niño ahora muchacho que el señor conoció en Roma, llegó hoy. Tratándose de alguien cuyo destino siempre le interesa, vine a traerle la noticia.

El semblante del religioso se cubrió de extremada palidez.

Al fin, vería al hijo amado.

Casi veinte años habían transcurrido.

Constantemente, lo buscaba ver en el rostro de los huérfanos y halló el cariño en el pecho de las criaturas sin hogar que lo buscaban, trémulas de frío. En todas las oraciones al Señor, recordaba el nombre, en lo íntimo del alma. Conforme a las lecciones del apóstol que le consolidó la fe, se consagró al trabajo de la tierra. Se distanció de los conocimientos náuticos, renunció a la vocación de mando, suavizó la voz y aprendió a obedecer. Tomando al viejo Corvino por padrón renovador, dividía la existencia entre el santuario y el

servicio común. No se hizo famoso, en Lión, simplemente por la abnegación con que se dedicaba a los enfermos, curándolos y reanimándolos a través de la oración, sino también por la arraigada ternura con que se empeñaba en la protección a la infancia.

Habitaba en una propiedad de la iglesia con treinta niños, a los cuales servía de mentor y de padre, seguido de cerca, por la cooperación de dos viejecitas.

Quinto Varro, convertido en presbítero, encontró en los pequeños el alimento espiritual del alma nostálgica.

A pesar de la prevención reinante contra la iglesia, la ciudad lo respetaba.

Los pobres y los infelices le rendían generoso tributo de amor. Pero no era solamente grande en el apostolado de la fe. Se engrandeció en humildad, haciéndose el jardinero jefe de cinco residencias patricias. Orientaba a los esclavos con tanta maestría en la preparación del suelo y en la educación de las plantas, que conquistó, no sólo un significativo salario, sino también admiración y preferencia.

La casa señorial de Veturio se incluía entre las mansiones aristocráticas cuidadas por él. Captó la confianza de los mayordomos y la estima de los siervos. Era en la extensa propiedad un trabajador y un amigo.

En el fondo, Varro sabía que ese era el único recurso de volver a ver a Taciano y ofrecerle los brazos paternos.

Se desveló, por eso, en la construcción del parque, en medio del cual se levantaba la casa de Opilio. Ningún jardín, en Lión, se le igualaba en belleza.

Informado por Alesio y Pontimiana, que algunas veces visitaban Roma, que el hijo era apasionado por rosas encarnadas, con ellas diseño grandes macetones,

dándoles la figura especial de un corazón, marginado de flores, en cuyo centro acogedores bancos de mármol, entre surtidores, invitaban a la meditación y al reposo.

Trabajó mucho durante los diecisiete años que lo distanciaban del hogar, con el fin de merecer la alegría de aquella hora.

Se hizo más experimentado, más esclarecido. Mantuvo largo contacto con los maestros del pensamiento, en varias lenguas. Sobrenado la corriente de aflicciones del propio destino y procuró vencer todos los obstáculos para comparecer, aunque siempre anónimo e irreconocible, delante del hijo incesantemente recordado, con la dignidad del hombre de bien.

¿Qué hacer frente a la sorpresa de aquella hora? ¿Tendría fuerzas para abrazar a Taciano, sin comprometerse?

La voz de Pontimiana vino a arrebatarlo de la obcecante reflexión:

- Hermano Corvino, ¿el señor se siente mal, por ventura?

Como despertando de un sueño atormentado, el presbítero recompuso la fisonomía y respondió gentil:

- Disculpe, hermana. Estoy bien.

- Es que no dispongo de mucho tiempo - dijo ella, preocupada. – El joven Taciano llegó enfermo.

- ¿Enfermo?

- Sí, todo indica que es portador de la peste maldita.

Y, ante el corazón paterno, amargamente sorprendido, continuo:

- Vine hasta aquí, no solamente para el comunicado, sino también para rogarle el concurso.

Atendiendo las preguntas que le fueron dirigidas, la empleada de Veturio esclareció que el muchacho llegó

con fiebre alta y frecuentes vómitos, sufriendo inquietante angina que le impedía la deglución. Los esclavos que formaban el séquito observaban que el mozo parecía muy agobiado en el viaje, empeorando, entretanto, solamente en la víspera, horas antes de alcanzar la ciudad. Ella y el marido habían preparado todas las providencias. Taciano se instaló en un cuarto confortable que, desde hacía mucho, lo aguardaba, y un médico de confianza fue llamado. No conocía aún los resultados del reconocimiento, pero había resuelto, pedirle ayuda inmediata, en razón de la experiencia que él, Corvino, adquirió en las tareas asistenciales que abrazaba, junto a los pestosos. Sabía de antemano, que la casa sería marcada como zona peligrosa y que el esposo y ella no podrían contar sino con servidores incipientes. No podía esperar la contribución de los romanos prestigiosos. Los patricios de celebridad, en su mayoría, estaban en villas campestres, a largas distancias, recelosos del contagio.

El presbítero lo escuchó, con el corazón oprimido, deseando colocarse junto al hijo, para lo que necesitase. Pero atento a las responsabilidades que tenía con el templo, prometió visitar al enfermo tan pronto se deshiciera de las obligaciones más urgentes.

Efectivamente, al atardecer, se hizo sustituir en el hogar de los niños y, al anochecer entraba en el aposento del hijo.

Amparado por Alésio, el joven se agitaba con náuseas aflictivas. El rostro delgado demostraba el abatimiento.

Por más que el mayordomo presentase al religioso, Taciano, febril, no se daba cuenta de sí mismo.

La mirada desorbitada paseaba por el cuarto, vagando inexpresiva.

Mientras Corvino le acariciaba la cabeza sudorosa, el guardián informaba:

- Hace dos horas comenzó a delirar.

Realmente, pasados algunos minutos de pesada expectación, el enfermo puso en el visitante los ojos hinchados y el brillo alterado. Un indisfrazable interés se le estampó en la máscara fisonómica. Contemplo demoradamente al presbítero, como si hubiese enloquecido e intentando apartar la delicada ropa de la cama, grito:

- ¿Quién trajo la información de la muerte de mi padre? ¿Dónde están los esclavos que lo asesinaron? ¡Malditos! Todos serán muertos...

El benefactor de los enfermos, cogido de sorpresa por semejantes palabras, recurrió a la oración para no traicionarse.

Pálido y semi-aterado, oraba en silencio, en cuanto a Taciano, como si entreviese la realidad en los desvaríos de la fiebre proseguía, gritando:

- ¡Conduzcamos la galera hasta Cartago!... No puedo retroceder... Conoceré la verdad por mi mismo... Haremos un interrogatorio. Castigare a los culpables. ¿Cómo pudieron olvidar tamaño delito? Me dijo Opilio que hay muchos crímenes en la sombra y que la justicia es incapaz de todos los reajustes... pero seré el vengador de mi padre... Quinto Varro será rehabilitado. No perdonare a nadie... Aniquilare a todos los canallas...

Preocupado tal vez con la extrañeza del hermano Corvino, el esposo de Pontomina le habló, reservado:

- El muchacho, fuera de sí, se acordaba del padre asesinado, hace muchos años, por esclavos nazarenos, en la embarcación que lo conducía hacia África, en misión punitiva.

Y probablemente porque el interlocutor apenas se manifestase, a través de monosílabos, acrecentó:

- Quinto Varro era el primer marido de la patrona. Consta que viajaba rumbo a Cartago, encargado de llevar a cabo el castigo de varios cristianos insumisos, cuando fue apuñalado por servidores irresponsables e inconscientes...

Aireo una de las sabanas que envolvían al paciente y prosiguió:

- ¡Pobre muchacho! Aunque fue educado por Veturio como si fuera hijo, se revelo, desde temprano, atormentado por la memoria paterna.

Enseguida, bajo el tono de voz y, acercándose cuidadoso al presbítero, observo, dejándole percibir el constreñimiento con que lo recibía en la intimidad:

- La muerte de Varro estimuló en la familia, como es justo, el odio al Cristianismo. Taciano fue criado por la genitora en la extrema veneración a las divinidades. La señora acostumbra a decir que preparó al hijo para combatir la mistificación galilea y no oculta el propósito de hacerlo subordinado de la munificencia imperial. Respeto así su cooperación, en la cual Pontimiana deposita la mayor confianza, con todo, me siento en el deber de rogarle cautela, a fin de que el muchacho no se sienta ofendido en sus principios.

El abnegado hermano de los pobres no se sorprendió con la observación.

No obstante resentido, agradeció la advertencia.

¿Qué no haría por demorarse allí, junto al enfermo que ansiaba refugiar en sus brazos?

Se ocupo cariñoso en administrar los brebajes indicados por el facultativo, esforzándose, con todos los recursos de que disponía, en la enfermería completa.

Taciano empeoraba siempre.

Avanzada la noche, Alesio y la esposa se recogieron, recomendando a tres esclavos serviciales se alternasen en el trabajo de asistencia nocturno.

El hermano Corvino, sin embargo, no se separó del lecho.

Se demoraba el mozo en la fase culminante de la fiebre insidiosa. La complicada escarlatina alcanzó el periodo de invasión.

Por treinta horas consecutivas, el religioso, entre la fuerza de la fe y la abnegación del amor, lo acompañó con dedicada ternura, conquistando el reconocimiento de todos los circunstantes.

En el segundo día, la erupción surgió en manchas pequeñas y rojizas, comenzando en el tórax y, por varias semanas, el muchacho fue objeto de una meticulosa atención.

Muchas veces, velándole el sueño con lágrimas en los ojos, el presbítero lo abrazaba paternalmente, y sufría la tentación de revelarle el secreto.

¿Cómo abrir, no obstante, una guerra a muerte contra Cintia? ¿No se amparó él en el Evangelio un nuevo modo de ser? ¿Qué testimonio de lealtad a Cristo podría afirmar, sembrando odio y amargura en el espíritu del hijo bien amado? ¿Beneficiaría a Taciano cualquier actitud, tendiente a imponerle afecto?

En muchas ocasiones, oró, pidiendo a Jesús le inspirase, y frecuentes veces contemplo al viejo Corvino, en sueño, aconsejándole la extrema renuncia como si le trajese la respuesta de lo Alto.

En la posición de expositor de la Buena Nueva, se hallaba unido a millares de personas, que buscaban el ejemplo y la palabra por respetables directrices.

No podía, de ese modo, vacilar.

Grande era el amor por el hijo, mientras tanto, el amor sublime del Maestro era mayor y debía conservarlo digno en las responsabilidades supremas.

Cuando el enfermo recupero la lucidez, lo abrazó reconocidamente, identificando en él, no sólo al jardinero jefe de la casa, sino también al benefactor inolvidable.

Sintiéndose infinitamente atraído por aquél hombre humilde que lo visitaba perseverante, Taciano apreciaba entretenerse con él, por largas horas, en explicaciones sobre ciencia y arte, cultura y filosofía.

Se unían en los mismos temas y en las mismas preferencias.

Discutían sobre Virgilio y Lucrecio, Lucano y Homero, Epicuro y Timeu de Locros, Séneca y Papiniano, con análogos puntos de vista.

Todavía, como si temiesen perder la fascinante comunión en que se sumergían, parecían líneas paralelas en religión.

Amparado por el amigo, el muchacho ya conseguía efectuar varios paseos por el parque enriquecido de suntuosa vegetación y, a la sombra de vigorosos abetos o entre retamas en flor, entablaban preciosas conversaciones, sonrientes y felices, a la manera de los antiguos helenos, que preferían el cambio de avanzados conocimientos en el santuario de la Naturaleza

Cierta fecha, atormentado por la curiosidad, Taciano preguntó cuáles eran las razones de su aislamiento en Galia, cuando podía ser, en Roma, un importante profesor. ¿De dónde venía y por qué se condenó a la oscuridad colonial?

Obstinado, Corvino confesó que nació en la metrópolis de los Césares, pero se apasionó por el

servicio junto a la comunidad galesa y se vio preso por fuertes lazos del corazón.

- ¿Que trabajó, con todo, te encarcelaría en Lión, hasta el punto de olvidarte? - pregunto el joven con espontáneo cariño. Admito que los herederos de la gloria patricia no debían abandonar la educación de los esclavos. Un egipcio o un judío no pueden producir los pensamientos de que carecemos para la garantía de la grandeza imperial.

- Si, sin duda - concordó el amigo bondadoso -, entretanto, creo que también las provincias nos reclaman apurado interés. El mundo está repleto de nuestros legionarios. Poseemos fuerzas incoercibles de civilización, en todos los frentes. Nuestros emperadores pueden ser proclamados en varias zonas de la Tierra. Por esa razón, no podemos olvidar la necesidad de instrucción en todos los sectores.

Y sonriendo, acentuó:

- Por ese motivo, me convertí en maestro de escuela.

Taciano compartió el buen humor.

En ese instante, una idea nació en el cerebro de Varro.

¿Y si le trajese a los niños para una visita de amor? ¿No sería la manera más segura de tocarle el corazón para el despertar evangélico? El muchacho podría ignorarle la condición para siempre, pero ¿sería justo no convidarlo al banquete de la luz divina? ¿Quién adivinaría las ventajas de semejante realización? Por la inteligencia de que se mostraba portador, el hijo, naturalmente, se impuso en la familia. Se percibió que las opiniones de él se hacían respetables. A pesar de ser extremadamente joven, era señor de las propias

convicciones. Un cántico infantil conseguiría, de cierto, sensibilizarlo. Taciano probablemente se inclinaría a estudiar las lecciones de Jesús, si los pequeños le alcanzasen las cuerdas del alma...

Después de unos segundos de reflexión, se dirigió al convaleciente, con los ojos iluminados por una secreta esperanza, e indagó cómo recibiría él la salutación de los pequeños de los que se erigía guardián.

El pupilo de Veturio no regateo elogios a la idea.

Se sentiría muy feliz con el homenaje, declaró. Siempre admitió que el futuro pertenece a los niños. La civilización romana, a su manera de ver, no se podía descuidar la preparación juvenil.

En el día previamente marcado, el propio Taciano, con la ayuda de Aléxio y de la mujer, organizó en la encantadora Plaza de las Rosas Rojas, una deliciosa creación de Corvino, el ambiente festivo de la recepción.

Cestos de fruta y cantaros con abundante previsión de jugo de uvas fueron artísticamente esparcidos entre los bancos de mármol.

El cuerpo musical de la hacienda, constituido por esclavos jóvenes, fue traído a la reunión.

Garbosos mozos, empuñando liras y laúdes, tambores y trompetas, improvisaban alegres melodías.

La hacienda se dividía en dos corrientes partidarias: la de los servidores cristianos, llenos de júbilo y esperanza, dirigidos por el optimismo de Pontimiana, y la de los cooperadores, devotos de los dioses olímpicos, capitaneados por Aléxio, que no miraban el acontecimiento con buenos ojos. De un lado, surgían oraciones y sonrisas de fraternidad, pero del otro aparecían improperios y rostros sombríos.

Con la sabiduría del apóstol y con la ingenuidad de los niños, el hermano Corvino penetró el recinto perfumado, conduciendo tres decenas de pequeños, en silenciosa presentación.

Orientados por el mentor, llegaron cantando un himno sencillo, que imprimía un cariñoso voto de paz.

¡Compañero!
¡Compañero!
En la senda que te conduce,
Que el Cielo te conceda la vida
Las bendiciones de la Eterna Luz...
¡Compañero!
¡Compañero!
Recibe por saludos
Nuestras flores de alegría
En el fondo del corazón...

Las voces humildes se asemejaban a un coro de ángeles que el bosque recibiese por las alas del viento.

Taciano acogió bondadoso a la comitiva infantil.

Dos bailarines ejecutaron números cómicos, mientras los chiquillos se reían, felices.

Algunos juegos inocentes fueron puestos en práctica.

Seis pequeños recitaron poesías de noble delicadeza, a través de monólogos y diálogos que encantaron a la asamblea de la cual constaban muchas decenas de esclavos vestidos con trajes festivos.

En cierto momento, Taciano tomó la palabra, refiriéndose a los ideales de la patria y de la raza, en el engrandecimiento de la Humanidad.

Luego, la merienda abundante ofrecida fue la culminante alegría.

El servicial jardinero que se hizo el afortunado acreedor de tantas atenciones, trajo hasta el joven patricio al menor de la banda. Era Silvano, un pequeño de apenas cinco años, hijo de un legionario que murió en el Ponto. La desdichada viuda, atacada por la peste, le confió el niño, semanas antes.

Taciano lo abrazó, con sincera ternura, dirigiéndole la palabra cariñosamente.

El hermano Corvino declaró que era la hora del regreso de las criaturas y, por eso, designaba a Silvano para decir una oración por la felicidad del anfitrión.

El pequeño, sumiso, cambiando jubilosa mirada con el orientador, procuró el centro de la plaza.

El momento era de extremada expectativa.

Todos los circunstantes se miraron, acongojados...

El pupilo de Veturio acompañaba la escena sonriente, seguro de que sería recordado en una oración común a las Divinidades.

El pequeño, con la cabeza erguida hacia Cielo, como un soldadito triunfante, comenzó a hablar, conmovedoramente:

- ¡Jesús, nuestro Divino Maestro!... Ayúdanos...

En ese instante, sin embargo, una súbita palidez cubrió el rostro del mozo patricio. La fisonomía, antes serena y educada, se le torno irreconocible. Una feroz expresión le eclipsó la alegría. Repentinamente convertido en una fiera humana, expresando cólera, clamor, terrible:

- ¡Abajo los nazarenos! ¡Abajo los nazarenos!... ¡Maldito Corvino!... ¡Maldito Corvino!... ¡Que desgracia!

¿Quién se atrevió a traer cristianos a mi casa? ¡Haré justicia, justicia! ¡Acabaré con ésta plaga!...

Una penosa sorpresa dominó el recinto.

El paternal benefactor se aproximó a él e imploró:

- ¡Piedad! ¡Piedad!...

Taciano, con todo, no vio las lágrimas que brotaban en los ojos de él.

Retrocediendo, desesperado, respondió con voz seca:

- ¿Piedad? ¡Reparen el viejo refrán de los inmundos galileos!...

Y agitando un bastón de punta metálica, rugía estentóricamente:

- ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí, genios infernales!... ¡Víboras del muladar, hijos de las tinieblas, fuera de aquí!...

El joven parecía poseído de demonios del crimen, tal era la máscara de indignación y perversidad que le surgió en el rostro.

Los pequeños temblaban inmóviles.

Entre ellos y el hijo encolerizado, el corazón de Varro no sabía qué hacer.

Muchos servidores del grupo de Aléxio se rieron ruidosamente.

Taciano dirigió los ojos a la asamblea y grito al capataz que conocía como siendo el más feroz enemigo de los cristianos:

- ¡Epípodo, trae el perro salvaje! ¡Expulsemos la canalla! ¡Aniquilemos a los embusteros!

El esclavo no vaciló. Atendió solícito, y en pocos instantes, se aproximaba un perro enorme ladrando y gruñendo con furia.

Los niños se dispersaron al oír los gritos, hiriéndose muchos de ellos con el ramaje espinoso de las rosaledas en flor.

El hermano Corvino, atónito, procuraba calmar los ánimos, entre tanto, la fiera alcanzó al mayor mordiéndole el tierno cuerpo.

A los gemidos de silvano, la esposa de Aléxio avanzó con coraje y arrebató al niño, conteniendo enérgicamente los movimientos del furioso mastín, que obedeció en aullidos estridentes.

Se apresuro Varro a recoger al pequeño herido que lloraba envuelto en sangre. Afligido, intentaba aliviarlo, mientras Taciano, desvariado, se dirigía al interior de la casa, repitiendo:

- ¡Todos pagaran!... ¡Todos pagaran!...

Rufo, viejo esclavo de la quinta, se acercó al presbítero, ofreciéndole los servicios.

El religioso aceptó la cooperación, rogándole condujese a los niños al hogar, de manera a ocuparse de Silvano, como se hacia necesario.

Se dispuso a regresar, cargando a la inocente víctima, atrayéndola sobre su pecho.

Caminaba, lentamente, en el tramo solitario que unía la residencia de Veturio a la ciudad, absorto en oscuros presentimientos.

El pequeño, con el tórax abierto, le oprimía el alma. En dado momento, paro de gritar, sin embargo, la hemorragia proseguía abundante.

El hermano Corvino percibió la falta de fuerzas y busco reposar, bajo un viejo roble, con el fin de escucharlo.

El pequeño fijo en él sus ojos empañados por la agonía...

Varro, llorando, se inclinó paternalmente y pregunto, con cariño:

-¿Estas recordando a Jesús, hijo mío?

- Sí señor... - respondió con voz débil.

Pero, revelándose muy distante de las cuestiones transcendentales de la fe - flor humana sedienta de ternura - exclamó para el benefactor:

- Papá, abrázame...Tengo frío...

Quinto Varro comprendió.

Lo estrujo contra su corazón, como si desease calentarlo con el calor de su propia alma.

Todo fue en vano. Silvano estaba muerto.

El doloroso acontecimiento trazaba sombríos horizontes al futuro de la iglesia.

Abatido y desencantado, el presbítero se preguntaba a sí mismo si no fue precipitado en la visita. Entre tanto - reflexionaba -, ¿sería liviandad ofrecer a alguien lo que posee de mejor, con pureza de sentimiento? Guardaba en los pequeños aprendices del Evangelio la corona de su trabajo ¿Podría ser acusado por la circunstancia de hacer todo por despertar a un hijo a la verdad? ¿Como entenderse con Taciano, sin tocarle las fibras más intimas? Restablecido en el equilibrio físico, el joven seria convocado a la intensa vida social. Conocería el ministerio. Seria forzado a decidirse. ¿No seria, pues, aconsejable informarlo indirectamente, de cuales eran sus actividades cristianas? ¿Y que mejor manera de hacerlo, además de aquella de presentarle sus principios en una demostración práctica del trabajo? Si el hijo no consiguiese oír cualquier referencia a la Buena Nueva, a través de los labios de un niño en oración, ¿cómo soportaría cualquier alusión a Jesús, en discusiones estériles? Varro no podía dudar entre

cualquier sentimiento personal y el Evangelio. Sus deberes para con la Humanidad superaban las uniones consanguíneas. Aunque reconociese semejante verdad, entendía que era lícito actuar, de algún modo, en favor del hijo querido.

Taciano, sin embargo, se mostrara indiferente y rígido.

Parecía muy distante de cualquier acceso a la propia justicia.

Se le petrificó la mente en el orgullo racial y en la falsa cultura. Por la explosión de cólera a la que se diera, al oír el simple nombramiento del nombre de Cristo, denunció el antagonismo tal vez irremediable que los separaba...

Profundamente consternado, se entregó al refugio de la oración.

En la comunidad evangélica nadie comentó desfavorablemente los tristes sucesos que redundaron en la muerte de la criatura. El hermano Corvino era demasiado respetado para provocar cualquier crítica vergonzosa a su conducta.

En los grupos de la ciudad, con todo, el asunto crecía exorbitante.

Las corrientes de opinión nacidas en casa de Veturio se extendían, ahora, por todos los lugares. Para la mayoría de los espectadores, Taciano era presentado en la condición de un héroe, empuñando la espada vengadora de las divinidades olímpicas, pero para el grupo simpatizante del Cristianismo surgía como un símbolo terrible de nuevas persecuciones.

Los cristianos, comúnmente eran acusados de encantamientos vergonzosos y detestables y de la práctica de brujería, de las cuales el infanticidio hacia

parte. Por eso, no faltó quien viese en la muerte de Silvano, alguna cosa relacionada con la hechicería y operaciones mágicas.

Cuadros terribles fueron pintados por la imaginación del populacho exaltado, y la viuda Mércia, madre del niño muerto, fue convocada para la acusación.

En esa atmósfera asfixiante, el hijo de Cintia comenzó a recibir la visita de romanos distinguidos, que le felicitaban el espíritu reaccionario y vigilante. Revigorizado por semejantes aplausos, el muchacho se sintió habilitado para la actuación de mayor volumen.

El propio magistrado romano Quirino Eustasio, viejo patricio jubilado de las lides políticas, pero influyente junto a la Propretura de la Galia Lugdunense, vino a visitarlo para saludarlo en estilo pomposo.

De entre los asuntos tratados, no podía faltar el tema preferido.

- Creo que la juventud romana no podría enviarnos a la provincia más digno embajador - dijo el cortesano, con el calculado timbre de voz de las personas entregadas a la lisonja. La deplorable doctrina de los judíos proscritos se insinúa terriblemente, amenazando las tradiciones. Esta ciudad vive llena de anacoretas de Asia, de profetas vagabundos, de predicadores y fantasmas. Domiciliado aquí, desde los buenos tiempos de nuestro magnánimo emperador Séptimo Severo, que los dioses conservan en su gloria divina, puedo afirmar mi convicción de que el movimiento no pasa de ser una locura colectiva, capaz de arrastrarnos a la perdición.

- Sí, sin duda - observó el joven satisfecho - nos compete recuperar el culto de la patria. A nuestro modo ver, se hace indispensable gran conjugación de energías, con el fin de extinguir la cuadrilla maléfica. No

comprendo en qué podría reposar la grandeza de una doctrina, cuyos prosélitos se muestran honrados con el cuchillo en la nuca. En Roma, tuve conocimiento de muchos procesos alusivos a las represiones y me espanté con el tenor de las respuestas de esa gente infeliz. Repudian a los dioses con una desfachatez asombrosa. Creo que las autoridades deberían promover una limpieza social, a gran escala.

El interlocutor, con la risa irónica de un viejo semidiós, con una presencia admirable, acentuó malicioso:

- En razón de eso, nos alegramos con su presencia. Si la juventud patricia no formula una reacción a la altura de nuestras necesidades, iremos rumbo a la decadencia. Su coraje en la expulsión de ese obstinado Corvino es un desahogo para nosotros. Recibí la noticia como justo regalo. Estoy convencido de que nuestra fe se siente ahora menos ofendida. No vemos con buenos ojos a ese hombre extraño, cuya procedencia es ignorada por todos. Para mí, no pasa de ser un aventurero o un loco para perturbarnos el camino.

El hijastro de Veturio, mordiéndose de curiosidad, indago con interés:

- ¿No se sabe quién es él? ¿Por qué misterios guarda consigo tamaña cultura para realizar solamente trabajos de jardinería?

El interlocutor guiñó los ojos astutos y acrecentó:

- ¿Quién sabe? Se insinuó en el espíritu popular con increíble desenvolvimiento. Hay quien lo tiene por santo, con todo, me inclino a creer que no pasa de ser algún hechicero, rodeado de seres infernales. Traía la apariencia de un vagabundo cuando apareció aquí. Poco a poco, adquirió la fama de curar por las oraciones

nazarenas, con la imposición de las manos, y la primera casa importante que le cayó en las garras fue la de Artémio Cimbro, cuya hijita, dicen, sufría importantes perturbaciones mentales. Experimentado el tratamiento de Corvino, parece que la pequeña se impresionó favorablemente, recuperándose como si fuera un milagro. Desde entonces, es el jardinero de la noble familia, que lo introdujo en otras residencias. De su vida profesional, es todo lo que sé. De las actividades del mago, sin embargo, mucho tendría que decir si pudiese. El vulgo se refiere a mil cosas. Si fuesen sólo los plebeyos los que se mostrasen maravillados... Entre tanto, tenemos algunos patricios ilustres liados en la red. Dicen algunos que su palabra está revestida de meticuloso poder, otros afirman que él cura las más complicadas enfermedades...

- ¡Es extraño ver una ciudad como ésta, deteriorarse de éste modo! - comentó Taciano con interés.

- Por eso mismo, necesitamos de elementos renovadores. Su decisión, rechazando a Corvino, es sumamente confortadora. Él es incompetente para conducir criaturas, incluso despreciables. Sé que Artémio le defiende la causa, pero estoy convencido de que podremos interrumpirle, en adelante, las mistificaciones. Zenobio, un viejo amigo, que fue alto dignatario de la imperial munificencia, me comunicó ayer noche, informado por fuentes dignas de crédito, que el niño muerto fue encaminado a los dientes del perro por el propio Corvino, a fin de que la cuadrilla cristiana obtuviese sangre inocente para los misterios negros de las reuniones que practican. Es notorio que él fue el único testimonio del acto final...

Y bajando el tono de voz, preguntó:

- Querido amigo, ¿ha observado eso? Sería muy importante registrar el hecho, a través de su propia boca...

Taciano, con el rostro sofocado, al recibir la pregunta con contradictorias emociones, esclareció presto:

- Nada puedo adelantar en ese sentido. Cuando escuché el nombre del crucificado, la rebeldía se me subió a la cabeza. No tuve ojos sino para defender nuestra propiedad contra la influencia pestilente. Determiné la suelta del perro de guarda, poseído de una extremada desesperación. No me cabe, por eso mismo, aseverar aquello que no verifiqué por mí mismo.

Quirino, no obstante, se mordió los labios, contrariado, y adjuntó:

- Es cierto, con todo, de que las cosas no han ocurrido de otro modo. Luchemos en conjunto. Nuestros esclavos no pueden continuar a la merced de brujos inconscientes y no será lícito permitir que personas de nuestra condición social se dejen engañar sin defensa...

- En eso, estamos completamente de acuerdo - dijo el muchacho decidido - por mi parte, pretendo corregir y seleccionar a mi servidumbre.

- ¿Y que plan trazó para ese servicio? Me gustaría actuar en mi casa con uniformidad de vistas.

- Aguardo la venida de mis padres, en breves días, que traerán consigo a Helena, mi futura esposa. Como pasará a residir aquí después de mi casamiento, me anticipo a ellos, a fin de adaptar la vida de la propiedad a los hábitos de mi familia y adaptarme a las costumbres de la provincia. No deseo, todavía, que los míos encuentren los desatinos sorprendidos por mí. Pretendo

reunir a todos los siervos, con el fin de que presten juramento a los dioses que veneramos. Apartaré a quien huya al justo compromiso. Enseguida, pienso instituir en casa el culto a Cibeles, comenzando con una ceremonia procesional por nuestro bosque. Es indispensable purificar las costumbres y los aires.

Quirino concordó, entusiasmado, y prometió adherirse al programa. No solamente haría lo mismo en su domicilio, sino que convocaría a los amigos a acompañarlo.

Estimaba a Opilio Veturio, desde hacía muchos años, y se alegraba por verle la organización doméstica celosa y bien guardada.

Realmente, después de algunos días, cuando los sufrimientos de la peste desaparecían en el olvido común, Taciano promovió la gran asamblea del hogar para la reafirmación de la fidelidad a los dioses.

En una gran dependencia de la hacienda, una soberbia estatua de Cibeles fue instalada para la recepción de los votos generales, mientras que a la derecha de la imagen, en un alto palenque adornado con seda roja e hilos dorados, se instalaron Taciano, dos sacerdotes populares de la diosa y el matrimonio de mayordomos, Aléxio y Pontimiana.

En una extensa galería, considerablemente elevada, junto a las puertas de acceso al gran recinto, la nobleza ciudadana, traída por Eustasio, se alegraba con las ceremonias.

En la parte de bajo, se agrupaban todos los servidores de la familia, de entre los cuales algunos artistas repetían cánticos consagrados a la divinidad.

En un pequeño altar, graciosamente florido, la imagen que Veturio importó de Pessinunte se figuraba un testimonio impasible.

Cibeles, rodeada por dos leones, esculpida, en mármol inmaculado, representaba realmente el símbolo de una civilización tambaleante, frente a la mirada indagadora y triste de decenas de esclavos, bajo la orgullosa exhibición de los señores.

El primero en aproximarse, creando naturalmente un padrón para ser imitado, fue Taciano que, reverente delante del ídolo, declaró en voz alta:

- Bajo la invocación de la Divina Cibeles, Madre de los dioses y madre nuestra, juro fidelidad a las creencias y tradiciones de nuestros antepasados y perfecta obediencia a nuestros eternos emperadores.

Frenéticos aplausos le coronaron las palabras.

Un himno sacro, acompañado por flautas frigias se hizo oír armonioso y melódico.

Enseguida, Aléxio descendió del trono improvisado, dando la idea de que la escena había sido previamente estudiada, pronunció respetuosamente los mismos votos.

Luego después, vino Pontimiana.

La noble señora parecía enferma y fatigada.

Se le adivinaba la lucha íntima.

Palidísima, envió al marido una suplicante mirada, pero por la expresión ruda con que Aléxio la miró, era posible imaginar los duros conflictos en que se habían empeñado, antes de la ceremonia...

Contenida por los ojos fríos del compañero, la orientadora de la casa enjugo las lágrimas y repitió, pausadamente, las mismas palabras, negando así la fe cristiana que le atribuían.

Una triunfante sonrisa apareció en la máscara fisonómica de Aléxio, mientras se cuchicheaba y susurraba en el enorme agrupo de servidores.

Notas de amargado asombro surgieron en varios rostros.

Todos los esclavos, uno a uno, algunos enfáticos y otros humillados, reafirmaron las frases pronunciadas inicialmente por el señor.

El último fue Rufo.

Epípedo, el capataz, conocía la firmeza de su opinión y, por eso, lo dejó para el final, temiendo cualquier irregularidad tendiente a establecer la indisciplina.

De semblante austero, evidenciando aceptar plenamente las responsabilidades de aquella hora, irguió el bronceado perfil, como si procurase el cielo y no la estatua impasible, exclamando en voz cristalina y dominadora:

- Juro respetar a los emperadores que nos gobiernan, pero soy cristiano y reniego de los dioses de piedra, incapaces de corregir la crueldad y el orgullo que nos oprimen en el mundo.

En murmullo recorrió la asamblea.

Taciano se dirigió, en voz baja, al sacerdote más viejo y éste, asumiendo la función de juez, se dirigió al siervo, en tono austero:

- Rufo, no te olvides de tu condición.

- Sí – concordó el interpelado, valeroso – soy esclavo, y siempre serví a mis señores con lealtad, pero el espíritu es libre... ¡Solamente a Jesucristo reconozco como Verdadero Señor!...

- Exijo que te retractes delante de Cibeles, la sublime Madre de los Dioses.

- Nada hice que no esté aprobado por la rectitud de mi conciencia.

- Abjura y serás perdonado.

- No Puedo.

- ¿Sabes cuales son las consecuencias de tu irreflexión?

- Creo hablar con perfecto conocimiento de mi responsabilidad, entretanto, cualquiera que sean los resultados de mi gesto, no debo retroceder delante de mi fe.

Rufo lanzó su mirada sobre los circunstantes y notó que decenas de compañeros no provocaban a la resistencia. Pontimiana, algo desahogada, le enviaba en silencio un mudo mensaje de buen ánimo.

- ¡Abjura! ¡Abjura! - vociferaba la voz del padre con aspereza.

- ¡No puedo! - repitió Rufo, imperturbable.

Después de una ligera confabulación con el joven patricio, el improvisado juez convocó a Epípodo al látigo.

Rufo por orden del verdugo, se despojo de la túnica de gala que vestía para la fiesta y se arrodilló con las manos hacia detrás.

El trenzado fino y cortante le marcó la piel desnuda por tres veces, provocando sangrientos latigazos, pero el esclavo no se estremeció.

- ¡Aún estás a tiempo infeliz! - grito, confundido, el sacerdote de la Magna Mater - abjura y tu falta será perdonada...

- Soy cristiano - reiteraba Rufo sereno.

- ¡El castigo podrá conducirte a la muerte!

- El sufrimiento no me intimida... - suspiró la víctima con humildad. Jesús conoció el martirio en la cruz para

salvarnos. Morir por fidelidad a Él es una honra a la que debo aspirar.

El látigo le dio en el dorso con violencia, abriéndole heridas sangrientas, pero percibiendo el malestar que la escena de salvajismo imponía al recinto, Taciano recomendó que el esclavo fuese llevado a la cárcel, hasta resolver la definitiva punición.

Terminado el servicio, comenzó la solemnidad procesional.

El hijo de Cintia deseaba una purificación completa de la propiedad.

Una considerable multitud se apiñaba en los patios de la casa, aguardando al cortejo.

La estatua de Cibele fue colocada sobre unas riquísimas andas de plata, adornadas con lirios.

Unos jóvenes, rigurosamente vestidos de blanco, simbolizando la castidad y la belleza, abrían alas al frente, danzando en ritmos graciosos, al toque de flautas y panderetas del culto.

A continuación, todas las señoras presentes, llevaban palmas aromáticas, anunciando al ídolo que, soportado por los hombros de Taciano y de otros muchachos consagrados a la diosa, se hacía seguir por los sacerdotes en oraciones del rito ostensivo y por los incensarios.

Después de ellos, una joven de rara belleza llevaba el cuchillo sagrado.

Acompañándola, venía el conjunto de músicos, usando trompón, flautas, címbrales, tímpanos y castañuelas, en los cánticos consagrados, cuyos trechos armoniosos se perdían en el matorral.

Los dignatarios y los principales venían en fila, silenciosos y reverentes y, al final de la procesión, se congregaba la masa de esclavos, mudos y tristes.

Los himnos de alabanza a la madre de los dioses embalsamaban el bosque de dulces melodías, interrumpiendo el piar de los pájaros asustados...

La procesión, en diversas fases, recorrió la hacienda, a través de la arboleda bien cultivada y de las viñas extensas, volviendo a la casa, donde Cibeles fue llevada al templo minúsculo que Opilio Veturio, en otro tiempo, le edificó en pleno jardín.

Taciano, tomando la palabra después de las oraciones de los sacerdotes, agradeció la presencia de los religiosos, de las autoridades y del pueblo, enaltecendo su confianza en la protección de las Divinidades Olímpicas.

La colorida asamblea se dispersó.

Atardecía...

Sólo ahora en la amplia terraza, desde donde podía divisar el horizonte lavado y limpio, el joven, instintivamente, recordó al hermano Corvino, la muerte de Silvano y la reacción de Rufo y, sin percibirlo, comenzó a luchar con la influencia del Cristo, no al rededor de las propias ideas, sino dentro del propio corazón.

VI

En el camino redentor

Días amargos surgieron para la iglesia de Lión, después de la muerte de Silvano.

Recompensada por Eustasio, que odiaba el Evangelio, la viuda Mércia, madre del niño, acusó en público al hermano Corvino, llamándolo hechicero e infanticida. Afirmó, delante de las autoridades, que el pequeño fue víctima de sortilegios malditos, llegando a la crueldad de creer que Silvano, huérfano, había sido fascinado por engaños del predicador.

Extremadamente humillado, el amigo de los pobres fue conducido a interrogatorios oficiales, en los que se comportó con admirable nobleza.

Varro nada reclamó.

Esclareció que visitó la residencia de Veturio con la mejor intención y que, inadvertidamente, una de los niños fue atacado por un perro bravío, suelto no sabía cómo.

No podía, de ese modo, culpar a nadie.

No faltaron insultos, por parte de los romanos sarcásticos, que él soportó con humildad y heroísmo.

Con todo, cuando la prisión de él se hacía eminente, Artemio Cimbro, patricio de gran fortuna y de no menor generosidad, defendió la causa, empeñando privilegios y haberes por librarlo de la cárcel. Movilizando altos valores políticos, junto al legado pretor, consiguió suspender la prisión temporalmente, archivándose el proceso para despachos ulteriores, pero el risueño hogar de los niños desapareció.

Las criaturas fueron recogidas enseguida, en varios domicilios de hermanos que las recibieron con amor.

Considerado por las autoridades indigno de orientar a la infancia, el compañero de los sufridores sintió despedazarse el corazón, cuando el último pequeño le abrazó, llorando, en las despedidas.

Quinto Varro, el modelo varonil del buen ánimo y el ejemplo de la fe viva, no obstante la fortaleza espiritual de que invariablemente daba testimonio, cedió a la tortura que antecede al desaliento.

Entre la pasión por el hijo inaccesible y el amor por las criaturas de que fue irremediamente despojado, era sorprendido frecuentes veces, entre lágrimas.

En muchas ocasiones, dentro de la noche, se veía delante de la hacienda señorial de Veturio, intentando ver el rostro de Taciano, en algún ángulo de las ventanas iluminadas y, no era raro, horas muertas, buscaba esa o aquella residencia particular para verse con alguno de los hijitos del corazón.

Estudiaba intensamente, intentando huir de los propios pensamientos, en largas vigiliadas que terminaban por la extremada fatiga. Se alimentaba mal, empeñándose en trabajosos sacrificios por los enfermos, deseando tal vez refugiarse en la amargura, de la cual resbalaría fatalmente para el desánimo.

A pesar de las advertencias de los superiores y de los amigos, perseveró en el excesivo trabajo, hasta que cayó en el lecho, bajo invencible cansancio. Fiebre alta lo devoraba, muy despacio, constriñéndolo a oscilar entre la vida y la muerte.

Por fin, a costa del cariño y dedicación de los compañeros, venció el inquietante desequilibrio, pero

apático y abatido, se dejó permanecer en el catre de un cuarto humilde, sin coraje para levantarse.

Cierta noche, acariciado por el viento fresco que pasaba susurrando suavemente, recordaba al viejo Corvino, con mayor intensidad...

El resplandor de la luna y la atmósfera pura, el cuarto pequeño y la soledad lo llevaban a retroceder en el tiempo.

Sentía inmensas nostalgias del apóstol que ocupó su lugar en los brazos oscuros de la muerte...

Desposó la misión evangélica con extremado fervor.

Dio a la iglesia los más bellos sueños. Renunció a todos los placeres del hombre común, para favorecer, en sí mismo, la obra de la espiritualización. Buscó olvidar lo que fue, para transformarse en el hermano de todos. Dividió el tiempo entre el enriquecimiento de la vida interior y el servicio constante, pero traía el espíritu sediento de amor.

¿Sería un crimen el propósito de aproximarse al hijo para consagrarse a él? ¿Sería reprobable el deseo de ser igualmente querido?

En la condición de hombre, procuró comprender a la esposa y honrarla, en lo íntimo, lo había hecho. Cintia podría transitar en el camino que le apeteciese. Era libre y, por esa razón, la mujer no le ocupaba el pensamiento, con todo, el recuerdo de Taciano le golpeaba el corazón. El deseo de ayudarlo se le convirtió en el alma en idea fija. Realmente, le vio agresivo y cruel. Jamás olvidaría la rebeldía, oyendo el nombre de Jesús en los labios tiernos de Silvano. Entre tanto - pensaba - el muchacho era fruto de la falsa educación en la casa de Opilio. El hombre que

lo condenó a la muerte física, sentenció al hijo a la muerte moral.

¿Sería aconsejable no hacer nada por el joven que apenas comenzaba la existencia? ¿Sería un acto culpable que un padre se dedicara al propio hijo, con la mejor intención?

Recordando, sin embargo, la grandeza del ideal que lo impelía al amor de la Humanidad, se preguntaba a sí mismo por qué motivo quería tanto al muchacho...

Si la iglesia se poblaba de niños y jóvenes y le merecieron atención y ternura, ¿que razones habrían para concentrarse en Taciano con tamaña afectividad, cuando no desconocía los inevitables impedimentos que los separaban?

Después de muchos años de resignación y heroísmo, examinando los enigmas de su propia alma, Quinto Varro se rendía, no a las lágrimas serenas, hijas de la sensibilidad conmovida, sino al llanto convulsivo, vecino de la desesperación.

La brisa suave, en corrientes refrigerantes, penetraba por la ventana abierta, como si buscara acariciarle la cabeza dolorida...

Ahora, se alejaba de los encantos de la Naturaleza.

A pesar de la multitud de los amigos de Lión, se sentía abandonado, sin nadie... La presencia del hijo sería probablemente la única fuerza capaz de restituirle la sensación de plenitud.

Con el pensamiento volcado para la memoria de Corvino, recordaba los últimos minutos. Le habló el venerado amigo, en términos inolvidables, referente a la sobre vivencia del alma. Lo alentó con la certeza de la irrealidad de la muerte. Le consolidó la confianza y lo envistió en la posesión de imperecedera fe.

¡Ah! ¡Cómo necesitaba, en aquel instante, de una palabra que lo arrebatase del torbellino de la angustia!

Él, que enseñó la resistencia moral, se sentía ahora frágil y enfermizo.

Pensó en el amigo muerto, como la criatura desviada suspira por reencontrar el regazo materno...

Relegado a sí mismo, en la soledad del cuarto, sollozaba con la cabeza doblada sobre las rodillas, cuando notó que una leve mano se le posaba en los hombros encorvados.

Perplejo, levantó los ojos, hinchados de llorar y - ¡oh! ¡Sorpresa maravillosa! - el anciano desencarnado regresó del túmulo y se hallaba allí, delante de él, revestido de luz... Era el mismo apóstol de otro tiempo, pero el cuerpo era como más diáfano y más joven.

Irradiaciones de zafirina claridad le fluían en la frente y descendían como en rayos sublime del corazón.

El presbítero quiso gritar la felicidad que le invadía el espíritu postrándose delante del mensajero del Cielo, pero una fuerza, incoercible le enmudeció la garganta y lo postraba en el lecho pobre.

Con una sonrisa inexpresable, traduciendo melancolía y nostalgia, amor y esperanza, la entidad le habló con cariño:

- Varro, hijo mío, ¿por qué te desanimas, cuando la lucha apenas comienza? levántate el trabajo. Somos llamados para servir. Divino es el amor de las almas, lazo eterno para unirnos unos a los otros para la inmortalidad triunfante, ¿pero que será de ese don celeste si no supiéramos renunciar? El corazón incapaz de ceder en beneficio de la felicidad ajena, es simiente seca que no produce.

El emisario espiritual hizo una ligera pausa, como para poner orden a la enunciación de los propios pensamientos y continuó:

- Taciano es hijo del Creador, como nosotros mismos. No reclames de él aquello que aún no te puede dar. Nadie se hace amar a través de la exigencia. ¡Da todo! Aquellos a los que deseamos ayudar o salvar no siempre consiguen comprender, de pronto, el sentido de nuestras palabras, pero pueden ser inclinados o arrastrados a la renovación por nuestros actos y ejemplos. En muchas ocasiones, en la Tierra, somos olvidados y humillados por aquellos a quien nos dedicamos, pero si supiéramos perseverar en la abnegación, encenderíamos en el propio espíritu la bendita luz con que les iluminaríamos el camino, más allá del sepulcro... Todo pasa en el mundo... ¡Los gritos de la juventud menos constructiva se transforman en música de meditación en la vejez! ¡Ampara a tu hijo que es también nuestro hermano en la Eternidad, pero no te propongas esclavizarlo a tu modo de ser! ¡Monstruoso sería el árbol que se pudiese a devorar el propio fruto; condenable sería la fuente que tragase las propias aguas! Los que aman, sustentan la vida y en ella transitan como héroes, pero los que desean ser amados no pasan muchas veces de ser tiranos crueles... ¡Levántate! Aún no sorbiste todo el cáliz. Además de eso, la iglesia, casa de Jesús y nuestra casa, espera por ti... Los que llaman a la puerta, consternados y desilusionados, son nuestros familiares igualmente... Esos viejos abandonados que nos buscan tuvieron también padres que los adoraban e hijos que les dilaceraron el corazón... ¡Esos enfermos que piden nuestra ayuda conocieron, de cerca, la niñez y la gracia,

la belleza y la juventud!... Nuestros dolores, amigo mío, no son únicos. Y el sufrimiento es la forja purificadora, donde perdemos el peso de las pasiones inferiores, con el fin de que alcancemos la vida más alta... Casi siempre es en la cámara oscura de la adversidad que percibimos los rayos de la Inspiración Divina, porque la saciedad terrestre acostumbra a anestesiar el espíritu...

El mensajero hizo un breve silencio, lo miró con más ternura y, enseguida, acentuó:

- Varro, busca a tu hijo con la lámpara ardiente del amor, en los hijos ajenos, y el Señor que bendecirá, convirtiendo tu amargura en paz del corazón... Levántate y aguarda de pie la lucha, dentro de la cual, reeducarás a aquellos que más amas...

El presbítero, en una mezcla de dolor y alegría, de emotividad y angustia, reflexiono sobre el agotamiento que lo torturaba, pero el enviado espiritual, notándole los más íntimos pensamientos, le aconsejó:

- No te rindas al soplo frío del infortunio, ni creas en el poder del cansancio... ¿Qué sería de nosotros si Jesús, harto de nuestros errores, se entregara a la fatiga inútil? Aunque el cuerpo se recoja a las transformaciones de la muerte, mantente firme en la fe y en el optimismo... El túmulo es la entrada en la luz del nuevo día para cuantos atraviesan la noche con la visión de la esperanza y del trabajo.

El religioso consideró íntimamente cuán provechosa le sería cualquier información alusiva al futuro... ¿Podría acaso, esperar alguna aproximación con Taciano? ¿Conseguiría reconstituir la escuela que perdió?

Bastó que semejantes indagaciones le asomasen al cerebro para que la entidad le dijese bondadosamente:

- ¡Hijo, no aguardes por ahora, sino renuncia y sacrificio... Jesús hasta hoy no fue comprendido, incluso por muchos que se dicen sus seguidores. ¡Auxilia, perdona y espera!... Las victorias supremas del espíritu brillan más allá de la carne.

En ese instante, el apóstol desencarnado se inclinó y lo apretó en sus brazos afectuosos.

Quinto Varro intuyó su despedida.

¡Oh! Daría todo por abrirle el alma y relatarle todos los acontecimientos de aquellos años de nostalgia y separación, pero traía las cuerdas vocales entorpecidas.

Corvino le besó los cabellos, con la actitud de un padre que se despide de su hijo, antes de adormecer, y retrocediendo hasta la salida, le dirigió un conmovedor adiós.

Allá afuera, la noche esmaltada de estrellas se envolvía de brisas perfumadas y refrescantes.

Se calmó el enfermo en el lecho, con una sensación de paz solamente comprensible por aquellos que vencen en sí mismos los grandes combates del corazón.

En breve tiempo, como si hubiera bebido un suave calmante, durmió tranquilo.

En el día inmediato, despertó sintiendo una singular mejoría.

Con espanto general, se dirigió a los oficios religiosos de la mañana, para el culto de la alegría y del reconocimiento. Al terminar las oraciones habituales, notó no lejos del atrio, un anormal movimiento del pueblo. Un griterío ensordecedor vagaba en el aire. Ante la silenciosa indagación que reflejaba en el rostro, alguien esclareció que algunos bailarines enmascarados se hallaban en función en la vía pública, anunciando el espectáculo de gala que se realizaría en el anfiteatro, en

homenaje a la unión matrimonial del mozo Taciano con la joven patricia Helena Veturio.

La casa de Opilio intentaba solemnizar el acontecimiento con varios divertimientos públicos, a la vez que el ricachón, señor de extensas propiedades, pretendía hacerse intensamente más respetado en la comunidad ciudadana.

En efecto, Veturio y la familia, acompañados de un gran séquito de clientes aduladores, habían llegado para la gran celebración.

La hacienda, antes sencilla, aunque imponente, se convirtió en un verdadero palacio romano, superdotado de damas elegantes y de tribunos discutidores, de políticos ociosos que comentaban las intrigas de la Corte y de aduladores sonrientes buscando hartarse de vino.

Innumerables esclavos iban y venían a prisa.

Se movían literas y carros, de variadas procedencias.

Helena no cabía en sí de júbilo, entre el cariño del novio y la admiración de cuantos cortejaban su belleza.

Extremadamente adiestrada en la vida social, hacia prodigios para agradar a la aristocracia galesa, derramándose en atenciones por todas partes.

Cintia, no obstante, venía transformada. Intencionadamente, huía de todas las festividades que agitaban el hogar. Ausente de las conversaciones y de los saraos, era dada por enferma en las palabras de Veturio y de Taciano, ante las visitas que preguntaban por ella.

Más un hombre antiguo, viejo socio de Opilio desde la juventud, aseveraba, entre los íntimos, que la señora se hizo cristiana.

Ese hombre era el mismo Flavio Súbrio, el viejo soldado cojo, renovado también en las concepciones de la vida.

Súbrio recibió en Roma inestimables beneficios de la colectividad evangélica y alteró los principios que le orientaban el destino.

Del ateísmo y del sarcasmo pasó a la confianza y a la meditación.

No era un adepto de Cristo, en la verdadera acepción de la palabra, entre tanto, hacia lecturas edificantes, respetaba la memoria de Jesús, daba limosnas y evitaba el crimen que, en otro tiempo, constituía para él trivialidad sin importancia.

Algunas veces, compareció a las predicaciones de las catacumbas y se modificó. Consiguió retener la bendición del remordimiento y reconsideró el camino recorrido...

Todavía, de todos los dramas oscuros que le poblaban el espíritu, el asesinato de Corvino era tal vez el que más le dilaceraba el corazón.

En muchas ocasiones, preguntó, sin respuesta a sí mismo, que habría sido de Quinto Varro... ¿Dónde habría desembarcado? ¿Conseguiría sobrevivir? Nunca más obtuvo la menor noticia de él.

Jamás olvidaría la expresión de calma de los ojos de Corvino, cuando le apuñaló el tórax envejecido. Supuso que el apóstol gritaría sublevado, entretanto, descubriéndose angustiado, el anciano llevo la diestra al pecho oprimido, sin el más leve gemido de reacción. Además, al salir, sintió que él oraba... Aquél cuadro nunca más se le fue de la memoria. Lo perseguía a todos los lugares. Si procuraba esconderse en diversiones fascinantes o si buscaba otros lugares y compañías, con

la intención de huir de sí mismo, allá se hallaba, en el fondo de la mente, la figura indeleble del viejo predicador, pagándole la puñalada con la oración.

Atormentado por la propia conciencia, no toleró el suplicio que inflingiera a sí mismo, y enloqueció.

En las pruebas de la demencia, fue socorrido por un grupo de cristianos, cuyas oraciones le habían balsamizado el espíritu sufriente. Desde entonces, modificó el modo de ser, conservando, no obstante, encerrados consigo sus inquietantes secretos, confiándose a los brazos renovadores del tiempo.

Cuando Opilio lo invito a trasladarse a la Galia, no lo dudo.

Sabía que el misionero muerto pertenecía a la colectividad lionesa y se proponía hacer algo por la organización que él tanto amó. Conocía las hostilidades de Veturio contra el Evangelio, entre tanto, no le faltarían recursos para ayudar anónimamente, a la familia espiritual que el hermano Corvino legara a los compañeros.

Siempre unido a la casa de Veturio, fue informado por una esclava de confianza de Cintia, enferma, se dispuso a recibir el auxilio cristiano, en sus aposentos particulares y una vez restablecida, alteró espiritualmente los propios rumbos.

Simpatizó con la nueva actitud de la matrona, todavía, a ese respecto, nunca pudo tener con ella la más ligera entrevista.

Efectivamente, esa información era verdadera. Cintia súbitamente se convirtió al cristianismo.

Después de la temporal separación del hijo, fue igualmente atacada por la peste, solamente rendida con la interferencia de un santo hombre que, conducido a su

lecho a escondidas por algunas esclavas, le impuso las manos en oración, devolviéndole la paz íntima.

Se levantó de la cama, con todo, se sentía presa de una insospechable melancolía.

Las crisis del corazón eran constantes.

Cuando la casa estaba en silencio, descendía al jardín, prefiriendo la meditación a cualquier bullicio doméstico. En esas ocasiones, muchas veces Opilio la recogió en los brazos, enjugándole las abundantes lágrimas.

Al principio la juzgó repentinamente esclavizada a la memoria de Varro e intentó distraerla, pero acabó percibiendo que la mujer amada abrazaba nuevos principios religiosos.

Estableció con ella discusiones que, gradualmente, se hicieron amargas y rudas, y por fin, consideró prudente apartarse de Roma, por un tiempo indeterminado, esperando que la palabra de Taciano la disuadiese.

En Lión, el padrastro se entendió con el muchacho que, orgulloso e inflexible, escuchó las confidencias con el semblante espantado y sombrío.

El mozo aguardó una oportunidad favorable al tipo de conversación que deseaba y, en la víspera del casamiento, valiéndose de una ocasión adecuada, alegó la necesidad de presentar a la madrecita algunos nuevos trabajos que venía ejerciendo y se retiraron ambos hacia un viñedo próximo.

Ante el Sol que parecía un brasero perdido en el ardiente poniente, el joven recordaba por el camino que aquél era su último día de joven sin compromiso. En la mañana inmediata, marcharía al encuentro del nuevo destino.

Bajo el susurro del ramaje de un viejo roble que parecían interesado en proteger la plantación naciente, tomó las manos maternas y comentó los recelos que le herían el alma...

¿Por ventura, habría ella olvidado los votos sagrados del corazón? Supo por el padre adoptivo que vivía ahora dominada por los sortilegios nazarenos... ¿Sería eso verdad? No podía conformarse con la idea de que hubiese alterado la dirección de la fe. Sabía que era fuerte, como siempre consagrada a los numes domésticos, sin ninguna traición a los antepasados, y en ella confiaría hasta el fin.

La genitora escuchó las palabras, con los ojos nublados por la niebla del llanto que no llegaba a caer y, como si aguardase en el alma la sombra del crepúsculo que comenzaba vestir el paisaje, respondió con amargura:

- Hijo mío, mañana habré cumplido íntegramente mi tarea de madre. Tu casamiento señala el final de mis responsabilidades en ese sentido. Podemos, pues, conversar, de corazón a corazón, como dos viejos amigos... Desde algunos años para acá, siento mucha sed de renovación espiritual...

- ¿Pero por qué renovación si el cariño de los dioses yace sobre nuestra casa? - atajó el joven angustiado y aprensivo. - ¿Acaso nos falta alguna cosa? ¿No vivimos unos para los otros en la dulce confianza recíproca que los protectores celestes nos concedieron?

- La hartura de bienes materiales no siempre trae felicidad al corazón - observo la matrona sonriendo triste - la riqueza de Veturio puede no ser mi riqueza...

Miró al hijo con los ojos mojados y serenos que el sufrimiento íntimo ennobleciera y continuó, después de una larga pausa:

- Nuestra personalidad, mientras somos jóvenes, es semejante a la piedra preciosa por lapidar. Más el tiempo, día a día, nos desgasta y transforma, hasta que un nuevo entendimiento de la vida nos haga brillar el corazón. Me siento en una nueva fase. Hoy eres un hombre y puedes entender... Hace mucho tiempo observo la decadencia que nos rodea. Decadencia en los que gobiernan, al expresarse en desmanes de toda suerte, y decadencia en los gobernados que hacen de la existencia una caza de placer... En otra época, tuve también los ojos vendados. Por más que hablase tu padre, avisándome, buscando aconsejarme, más sordos se me hacían los oídos... Hoy, sin embargo, las palabras de él resuenan en mi conciencia con más nitidez. Nos hallamos atascados en el lodo de los vicios y miserias morales. Sólo una intervención espiritual, diferente de aquella en la que hasta hoy hemos creído, puede salvar el mundo...

- Pero mi padre - explicó Taciano visiblemente contrariado - era un filósofo que no se apartó de nuestras tradiciones. La documentación que nos dejó certifica su cultura. Además, fue asesinado cuando cumplía un noble deber combatiendo a la plaga cristiana.

La señora estampó indisfranzables señales de amargura en la fisonomía serena, y replicó:

- ¡Te engañas, hijo mío! Creciste al lado de Veturio, bajo la niebla espesa que nos esconde el pasado... Debo, no obstante, decirte ahora que Varro era seguidor de Jesús...

Tomando conocimiento de la inesperada revelación, el muchacho se trastornó.

Un extraño rubor le subió a la cara, se le entumecieron las venas del rostro, se le crisparon los labios y se le animalizó la expresión.

Amedrentada, Cintia enmudeció.

Como ocurrió el día de la muerte de Silvano, el joven patricio se puso fuera de sí.

No podía insubordinarse en aquella hora, con todo, grito desahogándose:

- ¡Siempre frente a ese Cristo que no busco! ¡Por la gloria de Júpiter, nunca cederé, nunca cederé!...

La genitora retrocedió, llena espanto.

Jamás lo vio con tan grande desequilibrio.

Taciano presentaba la máscara indefinible del sufrimiento y del odio, como si estuviese de improviso, frente a su más terrible adversario.

Contempló a Cintia trémula, y esforzándose en vano por calmarse, dijo con un aire de desaliento:

- Madre, Opilio tiene razón. La señora está demente. La peste la enloqueció...

Y después de algunos instantes de silencio, en que apenas se le oía la respiración sofocante, acentuó melancólico:

- Mañana me casaré con Helena con un dardo envenenado torturándome el pecho.

Después, la enlazo nervioso, con la preocupación de quien conducía un enfermo grave y, sin decir una palabra, la dejó afligida y desilusionada, en su adornada cámara de reposo.

Desde aquél crepúsculo inolvidable, Cintia Julia fue tenida como loca en el seno de la familia.

El casamiento de los jóvenes se realizó con solemnidades excepcionales. Por tres días consecutivos, la hacienda y el anfiteatro se desbordaban de convidados para los juegos y festejos agradecidos, con alegres ceremonias de alabanzas y reconocimientos a los numes tutelares. Pero, en el esplendor del regocijo público, dos personajes yacían estigmatizados por una infinita angustia. Opilio y Taciano, obligados a mantener a la dueña de la casa en el intraspasable exilio doméstico, guardaban la sonrisa artificial de quien recibía el júbilo del pueblo como una taza brillante llena de hiel.

Los aposentos de la matrona permanecían bajo la guardia severa que Epípodo dirigía.

Se le prohibió a ella recibir visitas.

La entrada de los propios servidores paso a ser debidamente controlada. La esposa de Veturio sólo se podría verse por los más íntimos.

Y en mientras Opilio, ahora más estrechamente ligado a Galba, se dedicaba a largos emprendimientos en la pecuaria, junto a Helena y Taciano que se amaban risueños y felices, Varro, descorazonado de cualquier entendimiento con su hijo, volvió a la posición de protector de los desamparados, dividiéndose entre las tareas de sacrificio de siempre y las predicaciones edificantes, en que su palabra sublime parecía bañarse de redentora luz.

La fama del hermano Corvino aumentaba día a día, entre el odio gratuito de los romanos gozadores y el agradecimiento de las almas simples que buscaban en él el refugio y el consuelo, la salud y la esperanza...

El año 235 entró bajo oscuros vaticinios.

Se llenaba el Imperio de incesante malestar.

Una importante corriente del patriciado, bajo la instigación de sacerdotes consagrados a las divinidades olímpicas, acusaba a los adeptos de la Buena Nueva con referencias amargas, atribuyéndoles la causa de los desastres que atormentaban la vida colectiva.

La peste que flagelaba al mundo latino, en todas las direcciones, las cosechas consumidas, las vicisitudes de la guerra y la inestabilidad política eran tenidas como consecuencia del trabajo punitivo de los dioses, que castigaban a los cristianos, siempre más numerosos en todas partes.

Obstáculos terribles se acumulaban sobre los trabajadores del Evangelio que, en oraciones, aguardaban el desmoronamiento de nuevos temporales.

En medio de los pronósticos sombríos, Cayo Julio Vero Maximino subió al trono romano.

Alexandre Severo fue asesinado cruelmente, desapareciendo con él la influencia de las mujeres piadosas que amparaban el Cristianismo en el trono imperial.

El nuevo César se asemejaba a un monstruo que se apoderó de la púrpura, sediento de sangre y de poder.

Fortaleció, pronto, a los tiranos de la administración y del ejército y fue reiniciada una gran persecución a los prosélitos de Cristo, con impulso avasallador.

Aunque Maximino se mantuvo en los combates belicosos del mundo provincial, el movimiento de muerte se irradió de Roma, despertando la autocracia y la violencia.

Diversas proclamaciones fueron llevadas a efecto, recomendando al principio, sólo el asesinato de los obispos y de los religiosos que les acompañasen en el ministerio, con amnistía a los que abjurasen la fe, pero

en breve tiempo, se engrandeció la onda arrasadora contra todos los profesantes del credo martirizado.

Innumerables iglesias, levantadas desde la ascensión de Caracala, con ingentes sacrificios, fueron víctimas de poderosos incendios.

En la metrópolis, los perseguidos volvían al culto exclusivamente en las catacumbas y, en las ciudades distantes, la represión era graduada al talante de los principios.

Con los cultivadores del Evangelio conducidos a los tribunales, a los calabozos y a los anfiteatros, recomenzó una gran efusión de sangre en todas partes.

En Lión, la iglesia de San Juan fue intercedida y los objetos sagrados pasaron a las manos irreverentes de las autoridades inescrupulosas. El cuerpo eclesiástico y los religiosos con obligaciones definidas fueron expulsados despiadadamente, pero algunos de ellos, de entre los cuales el hermano Corvino, resistieron a la situación y permanecieron en la ciudad velando por el rebaño afligido.

Los seguidores de Jesús, en las Galias, no obstante todos los reveses de la inmensa lucha, persistieron en la fe, valerosos e invencibles. Como los druidas, sus heróicos antepasados, buscaron la floresta para sus cánticos de alabanza a Dios. Después del trabajo de cada día, marchaban a la noche rumbo al campo amigo y silencioso, en cuyas catedrales de arboleda, bajo el firmamento estrellado, oraban y comentaban las divinas revelaciones, como si respirasen con anticipación, las alegrías del Reino Celeste.

Quirino Eustasio, el magistrado romano, puso en movimiento los más oscuros hilos de la intriga y de la calumnia, para que se efectuase una gran matanza, pero

Artemio Cimbro, patricio por todos los títulos venerables, oponía toda su poderosa influencia contra cualquier medida extrema.

Delante de los obstáculos que le estorbaban a sus deseos, Quirino presentó la idea que los grandes señores realizaron, en las propias casas, lo que denominaba como siendo el "justo escarmiento". Los esclavos reconocidamente cristianos serían condenados a muerte, y sus descendientes vendidos en otras regiones, con el fin de que la ciudad sufriese un expurgue tan completo como fuese posible.

Una orden del legado imperial, obtenida por él sin dificultad, complementó sus propósitos, empezando la matanza en su propio hogar.

Seis hombres cautivos fueron degollados espectacularmente, al toque de músicas entre júbilos populares, expandiéndose a medida por varias casas nobles.

Llegada la vez al palacio rural de Opilio, el magistrado romano lo visitó para articular las providencias necesarias.

- Lo que me consta - informó Veturio, después de ser interpelado - es tenemos aquí solamente a un recalcitrante.

- Ya sé - habló Eustasio, malicioso - se trata de Rufo, nuestro obstinado y viejo conocido.

Taciano fue llamado para opinar.

El hijo de Cintia trajo por el brazo a la joven esposa, en cuyo regazo dormía Lucila, la primogénita recién nacida.

La conversación prosiguió animada y enérgica.

- Supongo - explicó el dignatario vanidoso - que no tenemos otra alternativa. Exterminaremos a la canalla o

seremos exterminados por ella. Observo que algunos de nuestros compatriotas, y de los más eminentes, recelan afrontar la amenaza galilea, en nuestra ciudad, considerando tal vez sus factores numéricos. Entre tanto, es imprescindible reaccionar. Lión es la metrópolis moral de las Galias, así como Roma es el centro del mundo. ¿Qué sería de nosotros estimulando aquí el favoritismo? Que Artemio Cimbro agasaje a los bellacos, valiéndose de su prestigio con senadores y altos magistrados de Roma, es una calamidad que no podemos evitar, pero proceder nosotros del mismo modo, con siervos inmundos y ladrones, ¿sería digno de nuestros foros de nobleza?

Los circunstantes le aprobaron las palabras, con expresivas señales de simpatía.

- Los esclavos - continuó Quirino convincente - son instrumentos pasivos de trabajo y un instrumento, por sí mismo, no puede razonar. Somos nosotros los responsables. Providenciar es nuestro deber.

Y tal vez porque la pausa se hiciese más larga, Helena opinó, con firmeza:

- Concuero plenamente. Desde hace mucho observo que la plaga nazarena tiene, sobre todo, deletéreos efectos físicos. Parece desfigurar el carácter y apagar el brío de las personas. Antiguamente, los sentenciados a muerte en los circos luchaban, denodados, con las fieras o con los gladiadores, consiguiendo, muchas veces, recuperar el derecho de vivir y la propia libertad. Ahora, con todo, con las enseñanzas del hombre crucificado, se les enfrió la gallardía. Hay, por todas partes, una abundancia de vergüenza. El combate en las fiestas siempre fue un bello símbolo. Actualmente, sin embargo, al contrario de

lanza en ristre, vemos brazos cruzados y escuchamos cánticos hasta el final.

Eustásio soltó una estentórea risa y acentuó:

- ¡Bien recordado! ¡Bien recordado! Si la moda pega, viviremos de rodillas para que los vagabundos se mantengan en pie.

El entendimiento prosiguió lento y minucioso.

Marcaron el día de la última tentativa para la recuperación de Rufo.

Solemnizarían el acontecimiento.

Los esclavos no serian dispensados de la escena final.

Eustásio traería consigo un comprador de Aquitania y, si el obstinado no cediese, les venderían a la esposa y a las dos hijas, en el instante en que se le procesase la eliminación.

La medida seria una advertencia para los demás y, probablemente, surgirían nuevos surcos de indisciplina.

Examinaron entre sí el género de muerte más adecuado a la situación, en el caso que Rufo se revelase inflexible.

Veturio destacó que un hacha en las manos de Epípedo no seria usada en vano, pero Quirino, perverso, recordó que un siervo delincuente, arrastrado atado a la cola de un potro salvaje, era siempre un cuadro festivo, digno de ser visto.

El día del expurgue en la hacienda de Opilio surgió bajo una pesada expectación.

Una indisfrazable angustia se reflejaba en el semblante de numerosos trabajadores, concentrados en el extenso patio.

Veturio, Taciano y Galba, seguidos de Quirino, de otras personalidades destacadas y del mercader de

cautivos, penetraron en el recinto, envanecidos, dominadores y libres.

Rufo, rodeado por musculosos guardias, fue llevado al centro de la plaza, en cuyos límites se amontonaban hombres, mujeres y niños.

Fue entonces que Veturio determinó que una señora y dos niñas se aproximasen.

Eran Dioclecia, la esposa del prisionero, y las dos hijitas Rufilia y Dionia, que lo abrazaron con ansiedad y alegría.

-¡Papa! ¡Papaíto!...

Las voces cariñosas retumbaron, conmovedoras, arrancando lagrimas, mientras el esclavo mostraba el llanto que le manaba de los ojos, como gotas de rocío diamantino, deslizándose sobre una expresiva máscara de bronce.

Epípedo, atendiendo a una señal del señor, separo al bello grupo familiar y a la voz de Opilio grito, dando a las palabras la máxima energía:

-¡Rufo! ¡Llegó el momento decisivo! Jurarás fidelidad a los dioses y serás salvo, o seguirás al impostor galileo, sentenciándote a muerte y provocando el destierro definitivo de los tuyos. ¡Escoge! ¡No hay tiempo que perder!...

- ¡Ah señor! - lloro el siervo, cayendo de rodillas -, ¡no me condenéis! ¡Compadeceos de mí!... ¡Soy esclavo de esta casa desde que nací!...

El infeliz se calló, dominado por la angustia, y la cabeza en otro tiempo erguida y altiva bajó el rostro hasta la piedra que Veturio pisaba.

-¡No invoques el pasado! ¡Atiende el presente! ¿Por qué la ilusión nazarena, cuando nuestras divinidades te proporcionan el pan y la vida feliz?

Rufo, sin embargo, irguió la frente, recuperando la serenidad.

Contempló a la esposa que lo miraba con amargura, y, en seguida, extendió los brazos hacia Dionia, tierno ángel moreno de cuatro años, que se precipitó, de nuevo, hacia él, exclamando, confiante:

- Papa, ¿vienes con nosotros?

El interpelado miró a la niña con inexpresable ternura, pero no respondió.

Nadie podría conocer el drama que se desarrollaba tras aquél semblante surcado por el sufrimiento.

Los ojos estáticos pararon de llorar.

Una súbita e inamovible firmeza se le estampó en el rostro.

Elevó la mirada al cielo, evidenciando íntima actitud de oración, pero Opilio volvió a hablar, gritando y contundente:

-¡No demores, no demores! ¿Reniegas a la superstición nazarena y detestas ahora al impostor de la cruz?

- El Evangelio es revelación divina - informó Rufo, poseído de una calma impresionante -, y Jesús no es un misticador y sí el Maestro de la Vida Imperecible...

- ¿Cómo osas? - atajó Veturio, encolerizado - tu muerte no pasara de ser un suicidio y serás el verdugo de tu propia familia. Dioclecia y las niñas serán expulsadas y, en cuanto a ti, en pocos momentos descenderás a la convivencia de las potencias infernales.

Le lanzó una rencorosa mirada y remató, después de un ligero intervalo:

- Desgraciado, ¿no temes?

El esclavo, que parecía envuelto en vigorosas fuerzas espirituales, lo miro con tristeza, y esclareció:

- Señor, los que van a morir se colocan al frente de la verdad... Me duele en el corazón reconocer a la esposa y a las niñas humilladas por el incierto destino que las espera en la Tierra, entre tanto, las entrego en esta hora al Juez del Cielo. Hoy podéis sentenciar. La casa, la tierra, la arboleda y el oro permanecen en vuestras manos. Mañana, sin embargo, seréis llamados a la prestar cuentas en los tribunales divinos. ¿Dónde están aquellos que en otro tiempo, persiguieron y condenaron? Se arrojaron todos al mismo pozo en que se confunden los siervos y los señores. Las literas del orgullo y de la vanidad se consumen en el tiempo... No temo la muerte, que para vosotros es enigma y misterio, y para mí es la liberación y vida...

La gran asamblea escuchaba con insospechable sopor de asombro.

Opilio, maniatado tal vez por hilos intangibles, yacía inmóvil como el bastón labrado en que se apoyaba, como nota marcante de su autoridad domestica.

- Comentáis la lamentable situación de mi compañera y de mis hijas - continuo Rufo, después de un corto intervalo -, en vista de vuestra resolución, exiliándolas a otras tierras, mientras tanto, con el respeto que vuestra familia siempre nos mereció, os pregunto por vuestros antepasados... ¿Dónde vivirán hoy vuestros padres? Los títulos del patriciado no exoneraran vuestros abuelos de los deberes para con el sepulcro. Estáis tan separados de ellos, como yo estaré en adelante de los míos... Y, mientras vuestra nostalgia vaga como una sombra inútil, presagiando sobre vuestros días, el dolor de mi mujer tanto como mi propio

dolor producirá en nosotros la confortadora certeza de que estamos cooperando en la edificación de un mundo mejor... Somos esclavos, sí, nacidos bajo el yugo pesado del cruel cautiverio, con todo, nuestro espíritu es libre para adorar a Dios, según nuestra comprensión. Antes de nosotros, otros compañeros conocieron el martirio... ¡Cuántos han sido asesinados en los circos, en las cruces, en las hogueras y en los tribunales! ¡Cuántos han llegado al túmulo, cargando espinosos fardos de aflicción!... ¡Entre tanto, nuestros corazones heridos, como el leño arrojado al fuego, alimentan la llama del idealismo santificante que iluminará a la Humanidad! Nuestros hijos jamás estarán huérfanos. Tutelados de Cristo, en el mundo, constituyen la herencia bendecida de nuestra fe, destinada al gran futuro... La felicidad celeste habita con nosotros en las cárceles de la Tierra. ¡Nuestros padecimientos son semejantes a las sombras aflitivas de la madrugada que se mezclan a la luz naciente del nuevo día!...

El prisionero miró a Veturio, de frente, con valerosa serenidad, y afirmó sin afectación:

- ¡Vosotros, sin embargo, romanos dominadores temblad mientras reís! ¡Jesús reina, por encima de Cesar!...

Venciendo la languidez que lo dominaba, Opilio Veturio agito los brazos y clamó:

- ¡Cállate! ¡Ni una palabra más! ¡Epípedo, el látigo!...

El capataz estalló el látigo en el rostro del esclavo ennoblecido, mientras Veturio, en pocas palabras, concluía el negocio con el mercader.

Dioclecia y las hijas fueron vendidas a un precio ínfimo.

Mientras el potro bravío era aparejado, la esposa del mártir intento lanzarse en los brazos de él, pero algunas compañeras la apartaron con las niñas, hacia un rincón próximo.

Rufo iba a ser atado a la cola del animal que relinchaba, dando coces, cuando Berzélío, el comprador de esclavos, se acercó a él diciéndole al oído:

Tu familia encontrará un hogar en nuestra casa de Aquitania. Muere en paz, yo también soy cristiano.

Por primera vez, en aquél día de terribles recuerdos, una bella sonrisa se estampó en el semblante del mártir.

Más tarde, algunas mujeres piadosas de la iglesia recogían los despojos en un matorral próximo.

Rufo se emancipó para servir con más seguridad a los designios del Señor.

Desde la elevada ventana de sus aposentos de exilio, Cintia miraba la horrenda escena. Viendo al animal desbocarse por el bosque, arrastrando a la víctima indefensa, se desmayó de pavor.

Esclavas de confianza, orientadas por Helena, afligida, iban y venían afanadas al socorrer. Taciano olvido a las visitas y se colocó al lado de la enferma, abrumado y abatido.

Dos horas de expectativas corrieron pesadas y tristes.

Después de muchos masajes y de varios excitantes en la nariz, la señora despertó, pero para espanto de todos, lanzaba extrañas carcajadas.

Cintia Julia estaba loca...

La familia Veturio, desde entonces, se llenó de pruebas inquietantes.

Un año transcurrió sin grandes novedades.

Se hicieron varios viajes a las Gálias con la enferma, en compañía de Opilio y Taciano, en busca de mejoría que no apareció. Médicos y oráculos famosos fueron consultados sin resultado.

No obstante reforzado el servicio de vigilancia en la casa, la compañía con enferma se hizo más difícil.

De cuando en cuando, era encontrada hablando consigo misma, en voz alta, con evidente alineación mental, acentuada.

Cierto día, burlando a los centinelas, caminó hacia un viejo tugurio, donde el hermano Corvino socorría a los sufrientes.

Quinto Varro oraba con la diestra suspendida sobre dos criaturas paralíticas, cuando noto la presencia de la mujer amada, que él, de pronto identificó.

Una irreprimible amargura le envolvió el corazón.

Cintía era apenas una sombra.

El cuerpo delgado, las numerosas arrugas, la cabellera casi blanca y los labios torcidos la desfiguraban despiadadamente.

Al principio lo miró con indiferencia, pero observándolo sólo, después de retirarse las visitas, se le ilumino la expresión de fe y confianza.

Se acercó, respetuosamente, al apóstol y le rogó, humilde:

- Padre Corvino, hace mucho tiempo que oigo referencias sobre vuestro trabajo. ¡Sois un intérprete de Jesús! ¡Ampáreme, por piedad! Me siento enferma, cansada de todo...

Y, probablemente porque reparase en la perplejidad del benefactor, acrecentó precipitada:

-¿No me conocéis? ¡Soy la segunda esposa de Opilio Veturio, uno de los enemigos de los cristianos! La

familia dice que estoy demente... ¡Oh! ¿Sí, quien sabe? ¿Que puede hacer una pobre mujer sino enloquecer cuando se ve plenamente despreciada por la vida? ¿Podrá el corazón vencer los dolores irremediables? ¿Cómo conseguiría un árbol resistir al rayo que lo destroza? ¿Viste a alguien detener la corriente de un río con una simple rama de parra? En otro tiempo, fui esposa de un hombre que no supe comprender y soy madre de un hijo que no me entiende... Estoy exhausta... Erré, prefiriendo el infierno del oro, cuando Dios me ofrecía el paraíso de la paz... Desprecie al compañero que realmente me quería para la gloria del espíritu y me juzgaron señora de un robusto juicio...Ahora, procuro recuperar mi alma y me tratan por loca...Estoy harta de ilusiones... Quiero la bendición de Cristo consolador... Aspiro a la renovación...

La infortunada matrona enjugó las lágrimas, ante el misionero que la miraba, aterrado y enternecido, y continuó:

-¿Valoraríais, acaso, el sacrificio del corazón materno, alimentando a un hijo, día a día, rociándolo con el llanto de su dolor y fortaleciéndolo con los rayos de su alegría, para verlo enseguida, conscientemente entregado a la ferocidad? ¿Podríais imaginar los padecimientos de la mujer que, víctima de si misma, permanece situada entre el desencanto y el remordimiento, herida en las menores aspiraciones? ¡Ah! ¡Padre Corvino, por quien sois compadeceos de mí!... Deseo buscar al Maestro, pero estoy condenada a respirar entre los ídolos que me engañaron... ¿Socorred mi alma que sangra!...

Se arrodilló como quien nada más podría dar de si misma sino la suprema humildad y, con sorpresa, vio que el hermano de los infelices tenía lagrimas abundantes.

-¿Lloráis? - hablo la enferma perpleja - sólo un emisario del Señor puede proceder así... ¡Soy culpable! ¡Culpable!...

Lanzando los ojos hacia lo alto, comenzó a gritar con manifiesto desequilibrio:

- ¡Perdóname, Dios mío! Mis pecados son enormes. ¡Tengo crímenes que provocan el llanto de vuestros escogidos!... ¡Malditos los dioses de piedra que nos arrojan a los despeñaderos de la ignorancia! ¡Malditos los genios del egoísmo, del orgullo, de la perversidad y de la ambición!...

Quinto Varro, que la fisonomía envejecida y la larga barba lo hacían irreconocible, se inclinó hacia ella y, dominado por el cariño espontáneo, murmuró:

- Cintia, espera y confía... Dios no nos olvida, incluso aún cuando seamos inducidos a olvidarlo...

Un extraño fulgor se estampó en el semblante de la enferma, que le cortó la palabra, diciendo:

-¡Oh! ¡Esta voz, esta voz!... ¿Quién sois? ¿Cómo supisteis mi nombre sin que yo os lo dijese? ¿Seréis, acaso un fantasma que regresa del túmulo o la sombra de un hombre que murió sin estar nunca muerto?

El misionero la apartó con ternura y le besó los cabellos, copiando, instintivamente, los gestos de la mocedad.

Perpleja, la matrona retrocedió, exhibiendo en la mirada una profunda lucidez, como si fuera una repentinamente llamada a la realidad por la gran emoción...

Miro al interlocutor, de frente, con inexpresable espanto, y grito:

-¡Varro!...

En la inflexión con que pronunciara aquél simple nombre, puso todo el amor y todo el asombro que era capaz de sentir.

El apóstol, no obstante, guardó la frase que se le apagara en los labios descoloridos.

Cintia lo contemplo por breves momentos, enmudecida, manteniendo en la expresión fisonómica la extática felicidad de quien encuentra un tesoro hace mucho tiempo acariciado...

Un peregrino de la fe religiosa que le sorprendiese el paraíso no revelaría mayor ventura que la de aquella cara transfigurada por una suprema alegría interior.

El cuadro inolvidable, sin embargo, fue breve como un relámpago dentro de la noche.

Desorganizado el corazón por el júbilo del reencuentro, la pobre señora empalideció repentinamente, los órganos visuales se le desencajaron en las órbitas y el cuerpo oscilo, desequilibrado.

Varro, afligido, corrió a ampararla.

La agonizante se le tranquilizó en los brazos con la sumisión de una criatura.

El valeroso patricio, que la fe transformara en sacerdote, rociándole el rostro de lágrimas, le cerró los ojos piadosamente.

Cintia Julia murió como un pajarillo, sin estertores, sin contracciones.

Apretándola contra su corazón, Quinto Varro sollozo, susurrando una oración.

- Señor, – exclamó él – tú que nos reúnes con bondad, no nos separes para siempre... Amigo Divino,

que nos concedes la luz del día después de las sombras de la noche, danos serenidad ante la tormenta. Ampáranos el corazón desarbolado en los tortuosos caminos del mundo y ábranos el horizonte de la paz. Tantas veces morimos en las tinieblas de la ignorancia, pero tu compasión nos levanta de nuevo a la claridad divina. Nada puedo pedirte, siervo que soy agraciado por tantas bendiciones inmerecidas, pero, si es posible, te ruego protección para quien hoy te busca, con el espíritu sediento de amor. Maestro de nuestras almas, socórrenos en al solución de nuestras necesidades. Nada podemos sin tu luz...

Sofocado por la emoción, silenció.

La oración hablada le murió en la garganta, pero el espíritu fervoroso prosiguió en súplica silenciosa, que solamente fue interrumpida por la llegada de un hermano que lo auxilió a prestar a las ultimas expresiones de cariño a la muerta, cuyos labios se entreabrían, inmóviles, en una sonrisa indefinible.

Un mensajero de confianza fue expedido al palacio de Veturio, pero temiendo represalias, el emisario apenas notifico que la señora, victima de un inesperado malestar, exigía inmediata asistencia.

La noticia fue recibida desagradablemente.

Aquella fuga para el círculo cristiano era un detestable acontecimiento.

Epípodo, el jefe de la vigilancia, fue advertido con severidad y un hombre de la estima familiar, al frente de varios cooperadores, fue encargado de atender la transferencia de la enferma para la casa.

Ese hombre era Flavio Súbrio.

El viejo soldado buscó al hermano Corvino y, sorprendido por aquella voz que no le parecía extraña, vino a conocer el deplorable caso.

Lanzando miradas desconfiadas hacia el apóstol, que tenía nombre idéntico al de la víctima que él nunca olvidara, providenció, respetuoso, el transporte del cadáver, que Varro ayudó cariñosamente a instalar en el carruaje, convertido en coche mortuario.

Una infinita consternación envolvía a la residencia romana, antes fulgurante y feliz, y, al atardecer, un pelotón de legionarios rodeo el caserío donde el hermano Corvino meditaba...

Veturio le reclamaba la prisión para el interrogatorio que pretendía instaurar.

El presbítero fue maliciosamente recogido y encarcelado sin la menor consideración.

El martirio supremo de Quinto Varro iba a comenzar.

VII

Martirio y amor

Encerrado en el calabozo, el hermano Corvino pasó a experimentar los efectos implacables de la persecución de Opilio Veturio.

Ordenes de los asesores de Maximino comenzaron a aparecer, recomendando el suplicio de los llamados “alborotadores galileos”.

Artemio Cimbro y algunos otros patricios influyentes en balde intentaron oponer resistencia a la matanza criminal, porque el deplorable movimiento se derramó irrefrenable.

Alicio Noviciano, viejo guerrero de la Trácia, llegó a la ciudad, en compañía de algunos frumentarios, como enviado del tirano que comandaba el poder, siendo recibido con alegría.

Exhibiciones en el anfiteatro de la ciudad fueron organizadas con esmero.

El amigo de Maximino era portador de diversas cartas a las autoridades lugdunenses, recomendando el mayor rigor en el castigo a los seguidores del culto nazareno y, con el fin de corresponder a los mensajes ilustres, decenas de plebeyos lanzados a la saña carnívora de fieras africanas, al sonido de músicas alegres.

El benefactor de los pobres, entre tanto, y otros prisioneros altamente catalogados por la opinión pública fueron reservados para interrogatorio dirigido por el destacado visitante.

En el día justo, el tribunal de audiencias se desbordaba de público.

Grandes galerías estaban apiñadas de gente.

Todos los adversarios de la nueva fe se consagraban allí, para la ironía y el escarnio.

Alardeando casi con el embajador del emperador, Opilio, Galba, Taciano y Súbrio acompañaban el desarrollo de los acontecimientos con sombrío aspecto.

Veturio, llevando en el rostro envejecido las extremas aflicciones que lo atormentaban se revelaba inquieto, llevando la diestra a los ojos, de momento a momento, evidenciando la emotividad de que se veía poseído, mientras Taciano, recordando al enfermero abnegado, mostraba en el semblante una mezcla de compasión y desprecio. Galba se caracterizaba por la frialdad habitual, mas Flavio Súbrio, no obstante decrepito, espía los menores rumores del largo recinto, con la vivacidad de un felino, pareciendo dispuesto a registrar las mínimas particularidades del espectáculo.

El hermano Corvino, escoltado por numerosos guardias, apareció en el gran salón.

Esquelético y desmejorado, hablaba sin palabras, de la miseria que padecía en la cárcel. En las muñecas traía heridas rojas y, en la cara, señales de latigazos revelaban el martirio en las celdas, donde legionarios ebrios acostumbraban realizar ejercicios de crueldad, pero los ojos del condenado se mostraban como más brillantes. No era solo la paciencia que se irradiaba de ellos, demostrando su grandeza espiritual, sino también una superioridad indefinible, mezclada de comprensión y piedad por los verdugos.

Ante el misionero, los representantes de la casa de Opilio se quedaron pálidos.

Exclamaciones retumbaban de todos lados, irritando los ánimos contra el apóstol indefenso.

- “¡Abajo el hechicero, muerte al asesino! ¡Suplicio al criminal de mujeres y niños!...”

Improperios como esos eran gritados por centenas de labios duros y espumeantes.

Quinto Varro, sin embargo, con la conciencia tranquila parecía gozar de imperturbable serenidad, paseó la mirada calma y bondadosa por la asamblea irritada y la multitud se apaciguó de repente, como si fuera dominada por una fuerza irresistible.

El propio Alcio, habituado a la agresividad de la caserna, estaba sorprendido.

Se levanto imponente e intentando, en vano, asumir el aspecto respetable de un magistrado, refunfuñó, por algunos minutos, destacando las preocupaciones del gobierno en la eliminación del culto prohibido y advirtiendo a los ciudadanos contra la ideología religiosa que pretendía confundir esclavos y señores.

Enseguida, se dirigió solemnemente al presbítero, notificando:

- Me creo exonerado de cualquier consideración para con los prisioneros sin títulos que los recomienden al respecto del Estado, con todo, tantos empeños fueron impuestos, junto a mi autoridad, en vuestro favor, tantas familias aristocráticas se interesan por vuestro destino, que me siento en el deber de juzgar en cuanto a vuestra situación con especial benevolencia.

Corvino escuchaba el legado, serenamente, pero una insospechable inquietud dominaba a la multitud.

- Sois acusado de haber provocado la muerte de un niño - prosiguió Novaciano, envanecido -, para cultivar sortilegios malignos, y de haber asesinado a una

distinguida dama patricia, enferma e irresponsable, después de atraerla, probablemente con promesas de cura imaginaria. Todavía, ponderando las solicitudes de varios principales, me dignaré a analizar el proceso alusivo a las culpas referidas, tratándoos como ciudadano del Imperio, pero antes de todo, deseo cerciorarme de vuestra fidelidad a nuestras tradiciones y principios, una vez que sois indicado como miembro de la secta renegada, para cuya extinción no poseemos otros recursos que no sean el exilio, la punición o la muerte.

Hizo un ligero intervalo, miro al presbítero de frente, buscando, en vano, soportar su mirada confiada y serena e inquirió:

- En nombre del Emperador Maximino, os exhorto a jurar lealtad a los dioses y obediencia a las leyes romanas.

Varro, concentrado en sí mismo, evidenciando larga distancia espiritual de la atmósfera de crueldad y pequeñez que predominaba en el recinto, respondió con firmeza y sencillez:

- Ilustre legado, conforme a las lecciones de mi Maestro, siempre di a Cesar el respeto que Cesar espera de mí, entre tanto, no puedo sacrificar a los ídolos, porque soy cristiano y no deseo abandonar mi fe.

- ¡Que osadía! - exclamo Novaciado, encolerizado, mientras el populacho irrumpía en gritos: "¡muerte al traidor! ¡Decapiten al criminal!...

El religioso, sin embargo, no expreso la mínima alteración facial.

El juez agito un pequeño martillete de bronce, exigiendo silencio, y volvió a interpelar:

- ¿Sois atrevido hasta el insulto?

- Os ruego disculpas si mi palabra os incomoda, entre tanto, preguntáis y yo os respondo a mi vez.

La actitud serena y digna de Corvino de nuevo impusiera calma a la gran asamblea.

Alcio enjugo el copioso sudor que le corría de la frente arrugada y tornó:

- ¿Confesáis, entonces, vuestra unión con la secta maldita de los nazarenos?

- No veo nada malo en ella - replico el preso, sin mal humor -, los seguidores del Evangelio son amigos de la fraternidad, del servicio, de la bondad y del perdón.

El emisario de Cesar paso la diestra por la calva grasienta, golpeo un bastón de plata en el estrado donde se apoyaba y gritó:

- ¡Sois apenas una vieja cuadrilla de mentirosos! ¿Qué fraternidad podría enseñarnos un galileo desconocido que os induce al suplicio, hace casi doscientos años? ¿Qué servicio prestaríais a la colectividad, predicando la indisciplina entre los esclavos con engañosas promesas de un reino celestial? ¿Qué bondad ejercéis, conduciendo a mujeres y niños al espectáculo sangriento de los circos? ¿Y qué perdón conseguiréis ejemplificar, cuando vuestro heroísmo no deja de ser vileza y humillación?

Varro percibió la dureza intelectual del inquisidor y objetó:

- Nuestro Maestro padeció en la cruz por sentirse el hermano mayor de la Humanidad, necesitada, no de la fuerza bruta o de la violencia, sino del valor moral para comprender la grandeza del espíritu eterno; el servicio para nosotros no es la explotación del hombre por el hombre y sí el libre acceso de la criatura al trabajo para

el engrandecimiento de los méritos personales de cada uno; la bondad, en nuestro campo de acción, es...

Alcio, entre tanto, le interrumpió la palabra, gesticulando, furioso:

-¡Callaos! ¿Por qué tenemos que soportar vuestro sermón sin sentido? ¿Ignoráis, por ventura, que puedo decidir sobre vuestro destino?

- ¡Nuestros destinos están en las manos de Dios! - replicó Varro, sereno.

-¿Sabéis que puedo dictar vuestra sentencia de muerte?

- Respetable legado, el poder transitorio del mundo esta en vuestras determinaciones. ¡Obedecí a Cesar, ordenando lo que vos aprobéis! Obedeceré a Cristo, someténdome a vuestra voluntad.

Novaciano cruzó una expresiva mirada con Veturio, como si estuviesen acertando, en silencio, los puntos de vista que les eran comunes y clamó:

¡No tolero el sarcasmo!...

Convoco a uno de los asesores y recomendó que el prisionero recibiese tres latigazos cortos en la boca.

Un guardia de aspecto feroz fue el escogido.

Varro, mientras era azotado, permanecía en oración.

La sangre le salía a borbotones de los labios, cayéndole sobre la túnica humilde, cuando un joven, aproximándose, se arrodilló junto a él, y exclamó en llanto:

- ¡Padre Corvino, yo soy tu hijo! ¡Me recogiste cuando yo vagaba en la calle, sin nadie! Me diste una profesión y una vida digna... ¡No sufrirás sólo! Estoy aquí...

Todavía, en el estupor general que la escena imponía a los circunstantes, el benefactor herido, aunque sangrando, se inclinó hacia el joven y rogó:

- ¡Crispo, hijo mío, no te enfrentes a la autoridad! ¿Por qué te rebelas así, si aún no fuiste llamado?

- ¡Padre, mío - sollozó el joven, casi niño -, también quiero dar testimonio! ¡Deseo probar mi fidelidad al Señor!...

Y, volviéndose hacia el representante de Cesar, declaró:

- ¡Yo también soy cristiano!

Corvino le acarició los cabellos en desaliño y continuó:

- ¿Olvidaste que la mayor ejemplificación de los seguidores del Evangelio no es la de la muerte y sí la de la vida? ¿No sabes que Jesús espera de nosotros la lección del amor y de la fe donde respiramos? Mi testimonio en el tribunal o en el anfiteatro será de los más fáciles, pero podrás honrar a nuestro Maestro, de manera más sacrificada y más noble, trabajando por él, en beneficio de nuestros hermanos en Humanidad y sufriendo por él, día a día... ¡Ve en paz! ¡No faltes el respeto al mensajero del Emperador!...

Como si el ambiente estuviese magnetizado por fuerzas intangibles, el muchacho, enjugando las lágrimas, salió sin ser molestado por nadie.

Volviendo en sí de la sorpresa que lo invadiera, Novaciano levantó la voz y consideró:

- El legado de Augusto no puede perder tiempo. Sacrificáis a los dioses y el proceso que os envuelve será examinado atentamente...

- ¡No puedo! - insistió Corvino, sin afectación - soy adepto del Cristianismo y en esa condición deseo morir.

- ¡Moriréis entonces! - gritó Alcio, indignado.

Y asignó la sentencia, indicando el campo próximo en que el prisionero sería decapitado al día siguiente al amanecer.

Varro la escuchó, sin alterarse.

La fe y la tranquilidad imperturbables le fluían en el semblante.

En la asamblea, con todo, reinaba un gran malestar.

Opilio y Galba abrazaron al legado con visibles señales de satisfacción. Taciano, sin embargo, se sentía inexplicablemente angustiado, luchando consigo mismo para sobreponerse a cualquier acto de simpatía. Las conversaciones que mantuviera con el enfermero en otro tiempo le afloraban a la memoria. Aquel hombre ultrajado y abatido le imponía admiración, aún incluso contra su propia voluntad. Todo hacia para no pensar, pero la grandeza moral de él lo confundía y lo llamaba a la reflexión. Instintivamente se inclinaba a defenderlo, con todo, no sería lícito conceder a si mismo tal ventura. Corvino podría ser un gigante de heroísmo, pero era cristiano, y él, Taciano, detestaba a los nazarenos.

Se apartó algunos pasos, a fin de admirar la soberbia estatua de Temis que se encontraba en el recinto, pero alguien corrió al encuentro del condenado, que volvía a la prisión resignadamente.

Ese alguien era el viejo Flavio Súbrio, que se acercó al religioso y le dijo en voz baja:

-¡Te reconozco! ¡Ahora, no alimento ninguna duda... Veinte años no me harían olvidarte!...

Quinto Varro le lanzó una mirada de dolor, sin responder nada.

El antiguo combatiente comprendió el silencio como si fuera la confirmación que aguardaba y, conteniendo

con dificultad el llanto que le nublaban los ojos, le agarró las manos esposadas por pesados grilletes y acentuó:

- ¿Amigo mío, no habría sido más suave tu muerte en el mar? ¡Como me pesa haber cooperado para tu sacrificio! ¡Como lastimo tu infortunada suerte, observando el fardo de angustia que cargas en los hombros!...

El interpelado, sin embargo, sonrió triste y replicó:

- Súbrio, la esclavitud a Jesús es la verdadera libertad, tanto cuanto la muerte, en compañía de nuestro Divino Maestro, es la resurrección para la vida imperecible! ¡Sólo un fardo deberemos temer - el de la conciencia culpable!...

Viendo, con sorpresa, las lágrimas de sincera compunción, que no llegaron a desbordarse, acrecentó:

- Si procuras ahora algún medio de acceso a la verdad, no dejes para mañana tu encuentro con Cristo. Haz alguna cosa por tu salvación y el Señor hará el resto...

En ese instante, si embargo, el jefe de vigilancia, creyendo que Súbrio insultaba al prisionero, se acercó a ambos y vociferó sarcástico:

- ¡Noble romano, deja conmigo a este hechicero! Lo prepararé a bastonazos para el espectáculo de mañana...

Y antes que Súbrio, estupefacto, pudiese moverse, Varro fue arrastrado, de nuevo, para la cárcel.

Desde ese momento, sin embargo, el viejo guerrero en disponibilidad pareció tomado de una incomprensible perturbación.

Se deshizo de los amigos íntimos, se dirigió apresuradamente a la hacienda, retiro de un antiguo cofre todas las piezas de oro que poseía y volvió al

centro de la ciudad, buscando a los compañeros del hermano Corvino.

En los alrededores de la iglesia, en un cobertizo abandonado, encontró a Énio Pudens, por indicación de algunas mujeres piadosas.

Se dio a conocer al respetable clérigo y le entregó, para la iglesia de San Juan, todo el dinero que pudiera almacenar, durante años, rogándole bendijera sus nuevas resoluciones. Énio, conmovido, oró en su compañía, rogando la asistencia celestial y confortándolo con generosas palabras de bondad, comprensión y fe.

A pesar de semejante socorro, el viejo soldado parecía diferente, abstraído, demente...

En vano, Opilio lo buscó en casa, en balde Taciano buscó su compañía.

Súbrio se retiró para el campo, manteniéndose en meditación, para reconsiderar los caminos recorridos.

Volvió al ambiente doméstico, en las primeras horas de la madrugada, pero no consiguió calmarse.

Cuando Veturio vino a despertarlo, para ir juntos al campo de ejecución, ya había salido para el lugar, donde Galba y su padre se reunieron.

Taciano se abstuvo. Alegó una súbita indisposición orgánica, con el fin de substraerse al espectáculo. No deseaba enfrentar la presencia de Corvino, cuya serenidad le molestaba.

No obstante la hora matutina, una gran multitud se aglomeraba en la plaza libre, sin faltar gran número de personalidades eminentes, inclusive Novaciano, que se sentía fuertemente impresionado con la resistencia moral del prisionero.

Atendidas las formalidades, entonces vigentes, el representante de Maximino ordeno al verdugo se aproximase.

El hermano Corvino, evidenciando indescriptible ansiedad en la mirada hiriente y límpida, miraba al grupo de Opilio, buscando a alguien que no aparecía...

Transcurrieron pesados momentos.

La Naturaleza como indiferente a los crímenes y a los infortunios de los hombres, se engalanaba de luz.

El Sol coronaba el paisaje con rayos de oro, mientras el viento cantaba, en soplos frescos, cargando para lo lejos la fragancia de los ramajes en flor.

Entristecido, de ver que no conseguía sorprender a Taciano en la asamblea popular que lo rodeaba, Quinto Varro pasó a la oración silenciosa.

Espiritualmente distanciado del ensordecedor vocerío, observó que rostros luminosos le acariciaban... Se acordó, insistentemente del venerado Corvino y se sintió consolado con la perspectiva de morir igualmente en la reafirmación de su fe... Procuraba agudizar los sentidos para penetrar con seguridad en el mundo invisible, cuando escuchó los fuertes gritos de alguien junto a él.

Era Flavio Súbrio que gritaba, poseído:

-¡Yo también soy cristiano! ¡Abajo los dioses de piedra! ¡Viva Jesús! ¡Viva Jesús! ¡Préndanme! ¡Préndanme con razón! ¡Soy un asesino que se transformó! ¡Maté a muchos! ¡Mátenme ahora también!... ¡Infelices romanos, porque convertisteis la honra de los antepasados en un río de sangre! ¡Somos todos criminales sin remisión! ¡Por eso quiero la nueva ley!...

En medio de la perplejidad general, Veturio se acercó al aristocrático visitante e informó:

-Ilustre Novaciano, acelere la ejecución. Flavio Súbrio es comensal de mi casa, hace muchos años, y acaba de enloquecer, tal vez, en razón de la avanzada edad. Me encargaré de apartarlo, sin ningún inconveniente.

La orden fue expedida,
El condenado se arrodilló.

Artemio Cimbro, que nadie osaba incomodar, en virtud de sus prerrogativas, se aproximó a él valerosamente, y le cubrió el rostro con una pequeña toalla de lino tenuísimo, con el fin de que la escena brutal no le hiriese la visión.

Glabro Hércules, antiguo gladiador del anfiteatro, ahora convertido en verdugo, levantó la espada, con manos trémulas, descendiendo el instrumento sobre el cuello de la víctima. Poderes invisibles actuaban para que el filo de la espada no alcanzase al lugar previsto. Habiendo lanzado el tercer golpe, recibió del legado de Cesar la determinación de suspender el servicio.

Existía una ley, prohibiendo el cuarto golpe en cualquier decapitación.

Quinto Varro, bañado en sangre fue, por eso, trasladado al calabozo donde, ahora, le asistía el derecho de morir lentamente.

Veturio acompañó las mínimas particularidades del terrible cuadro, sin alterarse y cuando volvió a buscar a Flavio Súbrio, que se alejó para no ver la horrenda exhibición, no lo encontró.

El cliente de Opilio tomo un carro y volvió rápido para casa.

Profundamente trastornado, casi irreconocible, convocó a Taciano para hablar con él particularmente y pasó a narrarle el pasado, sintetizando todo lo posible.

El joven patricio, boquiabierto y aterrado, oía las reminiscencias, cuando Veturio llegó sudoroso y afligido y adivinando lo que pasaba, intentó interrumpirlo.

- ¡Flavio Súbrio enloqueció! - rugió rabioso.

- ¡No, Taciano, no! - protestó él con voz firme - ¡Mi juicio no está desequilibrado! ¡Mi salud nunca fue tan buena como ahora! Mi conciencia apenas despierta para justificar a sí misma. ¡Tengo crímenes sobre crímenes! No perpetraré más eso - lo de ocultarte la realidad. ¡Corre al campo de ejecución y, si tu padre aún vive, no le privas de tu cariño en la última hora! ¡Seguiré contigo, seguiré contigo!...

Opilio, desesperado, revelando comprometedor desequilibrio que, de modo alguno, contribuía con su temperamento calculador y cortes, interfirió, gritando:

- ¡Perro, retrocede! ¡No quebrarás la armonía de mi casa! ¡No menosprecies la memoria del padre de Taciano, que siempre nos fue extremadamente sagrada!...

Con las venas entumecidas, denunciando la emotividad que le oprimía el alma, Súbrio estampó feroz expresión en la fisonomía, antes serena e impenetrable, y respondió:

- ¡No es verdad Taciano! Opilio me recomendó apuñalar a Quinto Varro sobre las aguas, pero, por gratitud del pasado, lo evite, asesinando a un apóstol que lo acompañaba y que, ciertamente, le legó el nombre. Aunque yo muera, ahora estoy más aliviado, casi feliz. Expulsé la hiel que me envenenaba el corazón, expelí algo de mi propia bajeza... ¡Pero, no perdamos tiempo, sigamos!

Veturio, sin embargo, de inmediato, le ciñó la cintura y le inmovilizó los brazos, llamando a los siervos, alarmado y libido.

Esclavos musculosos, con obediencia al amo, lo encerraron en un aposento primorosamente amueblado, pero oscuro y triste.

El luchador del pretérito, no obstante a la ancianidad, mostraba en aquella hora la agilidad de un tigre, intentando reaccionar a la altura de la agresión.

Antes que Opilio y el esposo de Helena se retirasen, Súbrio se calló, inexplicablemente.

Ahora le brillaban los ojos, llenos de extraña lucidez, y, transcurridos algunos instantes, habló pausadamente:

- Taciano, mi historia es la versión real de los hechos. Algo me dice al espíritu que tu padre aún no partió. Veturio me encarceló, pretendiendo asfixiar la verdad... ¡Naturalmente, cree que podrá retenerme, como hizo con tu desventurada madre, entre tanto, se engaña a sí mismo, una vez más... y ya que me siento imposibilitado de una confesión, ante el legado Augusto, con el fin de recibir el castigo que merezco, moriré para que creáis en mí! Cambio mi vida perjudicial e inútil por los momentos de consuelo que Varro nos merece...

Opilio sonrió nervioso, reiterando la convicción de que el compañero deliraba.

Súbrio, entre tanto, continuó sereno, dirigiéndose al joven:

- Cuanto yo me haya punido a mí mismo, pondera mi revelación y no vaciles...

Veturio, sin embargo, impidió cualquier nuevo entendimiento. Llevó al yerno hacia el interior doméstico, convidándolo a prepararse para la refección.

En el triclinio, busco disipar la tristeza del hijo adoptivo, entablando conversación alegre y tranquila, y, terminando el banquete, pasaron a breve reposo en una amplia terraza, procurando ambos distracción y reanimación.

Cuando el hijo de Cintia parecía más animado, he aquí que surge Epípedo, muy pálido, anunciando que el viejo Súbrio se había colgado en la reja más alta de la celda.

Enterado el padrastro se miraron con pavor.

Corrieron, instintivamente, al cuarto sombrío y encontraron el cuerpo del viejo amigo pendiendo, inerte, de gruesas vigas de madera.

El antiguo soldado cumplió su palabra, suicidándose.

Taciano, entonces, cual si estuviese impulsado por una indomable energía, no lo pensó más. Se aparto, presto, en dirección de la caballeriza, y cuando se refugiaba en un carruaje ligero, fue abrazado por Opilio, que declaró.

- Voy contigo. Te convencerás de que el miserable hechicero está muerto y de que Súbrio fue simplemente víctima de locura e ilusión.

El Sol de las primeras horas de la tarde relucía por entre las ramas de gigantescos robles que protegían el camino por el cual los dos asociados del destino seguían silenciosos, pensando, mentalmente, en las propias reflexiones. Con todo, en cuanto a Taciano, joven y vigoroso, se perdía en un abismo de indagaciones, Opilio, encanecido e inquieto, se enfundaba en dilacerantes sufrimientos. ¿Cómo escapar a los sinsabores de aquella hora, si el condenado aún

estuviese vivo? ¿Cómo recuperar la confianza del yerno, si la palabra de Súbrio fuese confirmada?

A la puerta del calabozo, fueron recibidos por el administrador de la prisión, con especiales deferencias, que, locuaz y gentil, informó que el hermano Corvino se hallaba moribundo...

A petición de Artemio Cimbro, el carcelero Edúlio le prestaba asistencia, incluso porque el generoso patricio obtuvo permiso para sepultar el cuerpo, tan pronto expirase.

Opilio, trémulo, rogó permiso para visitar al agonizante a solas, siendo inmediatamente atendido.

Apartado el enfermero, ambos penetraron a la cámara estrecha, donde el condenado, con los ojos inmensamente lúcidos, aguardaba el instante final.

Finísimos lienzos, ofrecidos por manos anónimas, se presentaban manchados de sangre.

Los golpes de Hércules le habían masacrado el omoplato, invadiendo el tórax, que se presentaba abierto.

Taciano, dominado por una inenarrable angustia, intercambio con él una inolvidable mirada...

Y, con el espíritu iluminado por la verdad, como ocurre a las grandes almas cuando se aproximan a la muerte, Quinto Varro, con esfuerzo, le hablo, abiertamente:

- Hijo mío, suplique a Jesús que no me permitiese el gran viaje, sin reencontrarte... Estoy convencido de que Flavio Súbrio revelo a tu corazón todos los sucesos que ya se fueron...

Porque el joven, aterrorizado, se volviese para Veturio, el genitor continuó:

- Ya se... Este es Opilio, que te crió como un padre. Comprendo el constreñimiento con que nos escucha,

mientras tanto, ruego a él me releve esta conversación de última hora... Ayer, Cintia se ausentaba de la Tierra, hoy soy yo...

A esa altura, el moribundo sonrió, conformado.

El joven, todavía, evidenciando los propios conflictos mentales, dejó que la emoción le traspasase el pecho, interrogando:

- Si eres mi padre, ¿como comprender tamaña serenidad? Si Súbrio fue verdadero, ¿no tienes en mi padrastro el mayor enemigo? Si Veturio mando que te asesinasen para usurparte el destino de mi madre, ¿como pudiste tolerar tan horrible situación, cuando unas simples palabras te conseguirían aclarar cualquier duda? ¡Oh dioses! ¿como vencer el tenebroso laberinto?

El sentenciado, sin embargo, recompuso la expresión fisonómica, intento esbozar un gesto de cariño y acrecentó, reservado:

- Taciano, no te perturbes, en el justo momento en que nos despedimos. No consideres a Veturio como adversario de nuestra felicidad... Acuérdate, hijo mío, del cariño con que te orientó en tu desarrollo... Nadie alcanza la dignidad personal sin abnegados conductores. ¿Olvidas, por ventura, la dedicación con que se consagró a tu bienestar? El agradecimiento sincero es una ley para los corazones nobles y leales. Aunque él fuese un criminal común, nos merecería respeto por la ternura con que te consiguió los primeros pasos... Supones que debemos identificar en él a un enemigo de nuestra casa, entre tanto, no podremos olvidar haber sido él el hombre amado por tu madre... Siempre honré los deseos de Cintia en las menores particularidades y no dejaría de comprenderla en una elección del corazón.

El herido calló por algunos instantes, readquiriendo fuerzas, y prosiguió:

- No me creas corrompido del sentimiento... Aprendí con Jesús que el amor, por encima de todo, es el medio de cooperar en la felicidad de aquellos a quienes nos dedicamos... Amar es hacer la donación de nosotros mismos... Admito que el pretérito podría haber sido orientado por otras normas, entre tanto, ¿quien de nosotros podrá penetrar con seguridad en la conciencia ajena? ¿Qué haríamos si estuviésemos en el lugar de ellos? Opilio, de cierto, fue querido con infinito enternecimiento por el alma a quien tanto debemos y, tal vez por eso mismo, no vaciló en manifestarle las más íntimas aspiraciones...

- Si debo reconocerlo como padre - sollozó el joven, de rodillas -, no entiendo el perdón de las ofensas.

Varro le acarició la cabeza y, como vigorizado por fuerzas extraterrenas, considero:

- Eres joven aún para comprender las tempestades que nos alteran el corazón... Yo también comencé a percibir la vida por las tradiciones de nuestros antepasados. Júpiter representaba para mí el poder supremo y creí que las criaturas fuesen apenas seres agraciados o perseguidos por el favor o por el desagrado de los dioses... Pero después encontré a Jesucristo en mi camino y percibí la grandeza de la vida a que somos destinados... Cada hombre es un espíritu eterno en crecimiento para la gloria celestial. Somos felices o infelices por nosotros mismos... Por ese motivo, no avanzaremos hacia delante, sin la bendición de la gran comprensión. La justicia divina nos observa... ¿Cómo, pues, nos elevaremos por la virtud sin olvidar las manos que nos hieren?... ¡Confórmate!... El tiempo es el

calmante de todas las aflicciones... Ayuda a los que te atormentan, ampara a los que no te entienden... ¿Cuántas veces el criminal es apenas un infeliz?... ¡No te arrojes a los precipicios de la vanidad y del orgullo!... Eres demasiado joven... Puedes aceptar el Evangelio del Señor y realizar las obras inmortales...

- ¡No puedo, no puedo!... clamó el joven, acercándose al desespero - siento que no me es posible huir de la verdad. Soy tu hijo, sí, pero estoy contra Cristo... ¡No admito una fe que anula el brío y el valor! ¡Si no fueses cristiano, probablemente no habríamos alcanzado este abismo de sufrimiento moral! Moriré con nuestros antiguos orientadores. Consagré mi total confianza a las divinidades, no puedo apartarme del santuario de nuestra fe...

- ¡No te conturbes! - observó el padre, sereno y bondadoso - no sería ahora, en los últimos instantes de mi cuerpo, que cruzaría armas contigo, en disputa religiosa... Comienzas, actualmente, a vivir. ¿Cuántos problemas te reserva el futuro? ¿Cuántas lecciones recogerás, en contacto con los dolores humanos? En cuanto a nuestros viejos dioses se arrojarán al polvo del que se formaron, Jesús vivirá eternamente. ¡Él te socorrerá en algún ángulo del camino, como me socorrió a mí! ... ¡Mañana cuando el muro de sombra esté levantado entre nosotros, continuaré velando tus pasos!... Seguiré tu lucha, de cerca, y volveré a estar contigo, posiblemente en otro cuerpo... Renaceremos siempre hasta el perfeccionamiento integral de nuestra alma... Aquellos que se aman jamás se separan... Morir no es apartarse de forma irremediable... En una vida más libre, podemos acompañar a los seres amados de nuestro derrotero, inspirándoles nuevos rumbos...

Mientras tanto, nada poseo de mí con que te pueda auxiliar, con todo, confié en la eficacia de la oración y continuaré implorando la bendición de Jesús, en nuestro favor... No importa la transitoria imposibilidad de creer en que te encuentras... Por mi parte, nada hice aún que pueda merecer la divina protección y he recibido, incesantemente, el amparo celeste... Espiritualmente, hijo mío, somos aun criaturas en el gran y bendecido camino... Como le ocurre al pequeño inconsciente, en la infancia terrestre, que se desarrolla sin percibir la grandeza del Sol que nos sustenta, seguimos en la senda humana, ignorando la Infinita Sabiduría que nos ampara y dirige... A pesar de eso, por detrás de todos los dones que nos alegran, vive Dios que nos creó para el Bien Eterno y que espera por nuestro crecimiento con desvelos paternos...

En ese instante, probablemente por el excesivo desgaste de fuerzas, el moribundo cayó en peligrosa hemorragia.

Vomitaba sangre, copiosamente, a través de la boca y de la nariz, dificultándole la respiración.

Taciano se inclinó, entonces, con filial piedad hacia el agonizante, buscando socorrerlo.

Se sentía, en fin, lleno de compasión.

Percibiendo, tal vez, el cariño que renaciera en el espíritu del hijastro, Veturio, sin decir palabra, se retiró dejándolos a solas. Entre tanto, el presbítero no volvió más al entendimiento particular con el hijo. Cuando abrió los ojos, los tenía desmesuradamente abiertos, como si estuviesen puestos en horizontes diferentes de la vida...

Quinto Varro no observó más el recinto estrecho de la celda. Las paredes de la cárcel, ante la visión de él, habían desaparecido. El duro lecho era el mismo y podía

ver a Taciano, junto a él, pero el espacio, a su alrededor, estaba repleto de entidades espirituales.

De entre todas, el agonizante reconoció, de inmediato, al viejo Corvino y al pequeño Silvano, que lo miraban afectuosamente.

El santo apóstol que lo precediera, en el gran viaje de la muerte, se sentó a la cabecera y le acariciaba la frente empapada por el sudor de la agonía...

Silvano, a su vez, se hacía seguir por algunas decenas de niños, dirigiendo delicados instrumentos de música.

Varro estampó en su rostro una larga y bella sonrisa.

Dirigiéndose a Corvino, con palabras que el joven patricio pasó a tomar como si fuera una manifestación de alucinación, habló en voz baja, extrañamente reanimado:

- ¡Querido benefactor, este es el hijo de mi alma!... Es el dulce niño, a quien me referí, en nuestras antiguas conversaciones, en Roma... ¡Creció en otros brazos y se desarrolló en otro clima!... ¡Oh, padre mío, tu sabes que largas y torturantes añoranzas me dilaceraron el corazón!... ¡Tu sabes como suspiré por esta hora de comprensión y armonía!... ¡Con todo, ay de mi! Los que se aman profundamente, en la Tierra, acostumbran a reencontrarse en el justo momento de la gran separación... Oh, padre querido, no me relegues a la aflicción que traigo en el pecho oprimido... ¡Calma mi espíritu ulcerado, susténtame para el viaje de la muerte!... ¡Dame fuerzas, con el fin de que yo pueda seguir en paz, avanzando en el camino que el Señor me trazó! ¡No permitas que mis pies vacilen en la nueva jornada! ¡Ahora daría todo por quedarme y desvelarme por el hijo inolvidable, entre tanto, nuestro Divino Maestro

me honra con su testimonio de confianza!... ¡Debo partir, dejando en la retaguardia el fatigado cuerpo que me sirvió de tabernáculo!... ¡Consuélame, no obstante, en la certeza de que proseguiremos unidos unos a los otros, por los lazos sublimes del amor que, en todas partes, es la herencia gloriosa de Nuestro Padre Celeste!... ¡Perdona la insistencia con que me prendo a Taciano, en los minutos supremos de mi despedida de la Tierra!... El aún es un joven inexperto... Aún no tiene suficiente altura espiritual para comprender el Evangelio, pero el futuro nos ayudará el verlo triunfante... ¡Abnegado Corvino, no lo abandones!... ¡Ayúdalo a reflexionar en la grandeza de la vida y a descubrir la luz del conocimiento cristiano!...

El agonizante hizo un largo intervalo, mientras tanto el joven le tomaba las manos, sofocando las lágrimas.

Enseguida, retomó la palabra, exclamando:

- Se que sólo la meditación en la magnanimidad del Eterno debía ser ahora mi único pensamiento... ¡Se que sólo la infinita Bondad del Señor puede suplir el vacío de mi insignificancia, con todo... Taciano eres mi hijo y Jesús nos prometió ilimitado perdón cuando amásemos mucho... Taciano...

El mártir parecía interesado en proseguir y el hijo se mostraba ansioso en continuar escuchando, pero la resistencia de Varro llegó a su fin...

El moribundo enmudeció.

Solamente los ojos, fijos en el joven angustiado, hablaban sin palabras del cariño y de la inquietud que le flotaban en el alma.

Fue entonces que, Silvano y la multitud de los niños que lo acompañaban, rodearon la cama humilde y comenzaron a cantar...

Quinto Varro escuchó el viejo himno, simple y tierno, que él mismo compuso para felicitar a los visitantes de su escuela, mientras los niños repetían:

¡Compañero!
¡Compañero!
¡En la senda que te conduce,
Que el Cielo te conceda la vida
Las bendiciones de la Eterna Luz!...
¡Compañero!
¡Compañero!
Recibe por salutación
Nuestras flores de alegría
En el vaso del corazón.

Cuando el coro infantil enmudeció, Varro se levanto, admirado.

Contemplo el cuerpo que se inmovilizó, abatido y desangrado. La gratitud por la envoltura amiga, que le proporcionó tantas lecciones, le inundaba ahora el alma en oración. En rápidos minutos, vio todas las luchas y dolores del pasado, con indefinibles sensaciones de paz y de alegría.

Corvino lo abrazó, con la ternura de un padre a un hijo querido, mientras varios amigos, a distancia, le dirigían pensamientos de amor.

El presbítero desencarnado se veía, en el fondo, aliviado, casi feliz, pero sin imaginar, como quien despierta en una mañana clara, retomando alguna preocupación dolorosa de la víspera, se sintió dominado por una llaga invisible recorriéndole el corazón. Repentinamente miró a Taciano, que lloraba en silencio, y reconoció en él a su único dolor.

Se inclinó, impulsivamente, sobre el joven y lo abrazó. ¡Ah! ¡El calor de aquel cuerpo le comunicaba nueva existencia, los rayos de sentimiento emitidos por el corazón filial le pacificaban en lo íntimo, calmándole la mente atormentada!... Lo apretó, contra su pecho, con infinito desvelo, experimentando una intraducible alegría mezclada de amargura, entre tanto, el viejo Corvino lo enlazó tiernamente, y habló:

- Varro, hay mil medios más seguros de auxiliar, por encima de las impresiones infructíferas de la tristeza o de la aflicción. ¡Levántate! Taciano es hijo de Dios. Muchos compañeros se encarcelan, después de la muerte, en las telas oscuras de la afectividad menos constructiva, como pájaros embarazados en planta de miel, y se transforman en verdugos cariñosos e inconscientes de los propios familiares... Levanta tu estado de ánimo y caminemos. Volverás, de cierto, a ver a tu hijo y le extenderás los brazos robustos y generosos, pero, por ahora, Jesús y la Humanidad deben ser nuestras esenciales preocupaciones de servidores del Evangelio.

El interpelado procuró recomponerse y elevó al Señor el pensamiento en rogativa de paz...

Sintiéndose dueño de facultades más sutiles, distinguió voces argentinas, a lo lejos, en un cántico de glorificación a Dios.

Varro se acordó, entonces, de los lazos de trabajo e ideal que lo unían a la comunidad cristiana y encontró fuerzas para desprenderse del hijo.

Obedeciendo al tierno constreñimiento de Corvino, se apartó. Allá afuera, en el campo, centenares de compañeros lo aguardaban con regocijo. Numerosos mártires de las Galias, ostentando palmas de luz que brillaban de conformidad con la elevación espiritual de

cada uno, cantaban jubilosos, en homenaje al nuevo héroe.

Quinto Varro, en llanto de alegría, recordó a viejos amigos y se acordó de Clodio, el antiguo benefactor, siendo informado de que encontraría al apóstol en aquél mismo día, a la noche, en Roma, en el cementerio de Calixto.

Pasadas las horas, la luminosa asamblea se puso en movimiento, pareciendo una procesión de arcángeles, en dirección de la ciudad imperial.

En poco tiempo, esparciendo bendiciones de armonía en el firmamento, alcanzaron a la gran metrópolis.

Innumerables misioneros de la Espiritualidad se unieron a los hermanos galos, de tal modo que, al llegar los viajeros a los túmulos, constituyan una inmensa multitud.

Hermanados en pensamientos de amor, sustentados por una misteriosa comunión, formaban un prodigioso ambiente bajo el manto de la noche bordado de lentejuelas centelleando, sublimes, en todas las direcciones.

Corvino pronunció una sentida oración de reconocimiento a Jesús y, cuando terminaba la conmovedora oración de hosannas, un astro solitario surgió en el espacio, descendiendo rumbo a la resplandeciente asamblea.

Posándose a pequeña distancia, se transformó, rápido, en un anciano lleno de luz.

Era Clodio que, aproximándose, saludo risueño a los compañeros de fe.

Recogió a Quinto Varro en un largo y cariñoso abrazo y, después, pasando a la tribuna, discurrió con

indescribible belleza acerca de las tareas sacrificales del Evangelio, en la redención del mundo...

Todos los oyentes escuchaban su palabra, llenos de jubiloso asombro.

La elevación general del pensamiento colectivo desprendía maravillosas irradiaciones alrededor, reflejándose en las lágrimas que numerosos pioneros de la Buena Nueva derramaban, emocionados y conmovidos...

Terminando, el lúcido orador consideró, con emoción:

- Hoy celebramos el regreso de Varro, nuestro abnegado hermano de ideal y de lucha. Paladín de nuestra Causa, honró todas las oportunidades recibidas. Valeroso soldado de Cristo, cuando fue herido no hirió, cuando fue humillado, jamás humilló... En las horas de oscuridad, accedió a la claridad de la propia alma y, cuando el mundo quería derrotarlo, se levantaba por la fe y por el amor, dando al Maestro los más altos testimonios de confianza... ¡Comprendió la enseñanza evangélica del sacrificio personal por la felicidad de los otros y, ofreciendo la propia vida en el cuerpo terrestre, se reencontró a sí mismo, en la gloriosa inmortalidad! Antiguamente en nuestra compañía, en siglos pasados, combatía a favor del mentiroso poder humano, adquiriendo aflictivas desilusiones... Estandarte del ideal de dominación política, no dudaba en someter a los semejantes por la fuerza, con el fin de alcanzar los objetivos de vanidad y orgullo personales, pero ahora, en legítimos combates consigo mismo, corrigió sentimientos y propósitos, redimiéndose y sacrificándose, en larga y porfiada ascensión... Como hijo, cumplió todos los deberes que le cabían en el hogar; en la condición de

esposo, ensalzó a la mujer que compartió sus destinos, respetándole las ideas diferentes de las de él; como padre, supo sufrir hasta la suprema renunciación, de manera a garantizar la felicidad del hijo que poseía su afectividad y, en la posición hombre, se consagró al erguimiento moral de todas las criaturas...

¡Campeón del servicio y de la fraternidad, combatió al odio, ejemplificando el amor, y exaltó los dones incorruptibles del espíritu por la humildad con que se dedicó a la expansión de la Buena Nueva!

Ahora que su alma, merecedora de nuestro más amplio reconocimiento, se afinó, a través de notables triunfos, en las más elevadas esferas del Amor Divino, saludemos a nuestro valeroso compañero, en tránsito hacia resplandecientes cimas de la vida...

¡Si quiere, podrá, actualmente, desde las cumbres del saber y de la virtud, colaborar con el Maestro en arriesgados emprendimientos, en la santificación del mundo!

¡Que el Señor lo bendiga, en la trayectoria sublime que le cabe por la gloriosa conquista, en la dirección del porvenir!...

Clodio, sonriente, dio por finalizada la salutación, mientras una conmovedora melodía de hosannas vibraba bajo el cielo poblado de centelleantes estrellas...

Llorando de alegría, el recién desencarnado se abrazó al excelso mensajero y se expresó humilde:

- Abnegado amigo, tus palabras hablaron en el fondo de mi alma. Las recibo como incentivo caritativo a mi pobre buena voluntad, ya que no las merezco, en modo alguno... Se que tu generosidad me abre nuevos horizontes, que tu bondad puede conducirme a las alturas, entre tanto, si es posible, déjame en la Tierra...

Me reconozco, no obstante, incapaz de seguir adelante, ya que mi tarea no fue concluida.

Alguien...

Clodio le acarició la cabeza y le cortó la frase, acentuando:

- Ya se. Te refieres a Taciano. Procede como deseas. La decisión te pertenece. Recibiste permiso para ayudarlo, durante un siglo, y posees gran saldo de tiempo.

Fijó en él los ojos dulces y penetrantes que exteriorizaban la belleza de su alma, y preguntó:

-¿Como deseas prolongar la tarea?

- Me gustaría renacer en la carne y servir junto al hijo que el Cielo me confió - esclareció Varro, humildemente.

El emisario reflexionó algunos instantes y declaró:

- En nombre de nuestros Superiores, puedo autorizar la ejecución de tus propósitos, entre tanto, debo notificarte que Taciano perdió las mejores oportunidades de la juventud física. Valiosos recursos le fueron ofrecidos, en vano, para que se irguiese a la gloria del bien. Ahora, no obstante amparado por tu cariño, será visitado por el aguijón del dolor, con el fin de que despierte renovado, para las bendiciones divinas.

Varro esbozó una sonrisa de paciencia y comprensión y pronunció un sentido agradecimiento.

El ágape fraterno prosiguió brillante, todavía, cuando los compañeros se despedían para el retorno a las obligaciones comunes, el héroe de Lión, instado por el viejo Corvino al descanso, deseó volver a ver Taciano, antes de partir...

El venerado amigo le atendió la solicitud, prontamente.

Jubilosos y unidos, volvieron a la Galia Lugdunense y penetraron, tranquilos, en el área del palacio en la que el presbítero fue un modesto jardinero.

No precisaron recorrer el interior doméstico:

Al aproximarse, percibieron las llamadas mentales del joven patricio, a pequeña distancia...

Incapaz de desprenderse de la angustia que lo absorbía, desde el momento que se apartara del cadáver paterno, lleno de dolor, Taciano abandonó los aposentos particulares y descendió al jardín, en busca del aire fresco. Lleno de terrible amargura, se dirigió la plaza de las rosaledas, donde tantas veces cambiara impresiones con el genitor, entonces transformado en cariñoso enfermero.

Le parecía oír, de nuevo, las referencias y observaciones de otro tiempo, recapitulando preciosas conversaciones a cerca de literatos y filósofos, profesores y científicos.

Veía, en su imaginación, el semblante tranquilo y, solamente ahora, reconocía en aquella solicitud de todos los instantes la ternura familiar que, en su impulsividad, no pudo discernir...

Una profunda añoranza mezclada de irremediable aflicción le torturaba el espíritu.

Bajo el palio de las constelaciones matutinas que oscilaban inmaculadas, Quinto Varro se aproximó y le besó la cara llena de copiosas lágrimas.

- ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!... - habló abrazándolo - ¡Dios es amor infinito! ¡No desfallezcas! ¡La oportunidad de redención resurge siempre con la divina misericordia!... ¡Reanima el corazón perturbado y levántate! Nuestra buena y santificante lucha apenas comenzó...

El joven no escuchó con los oídos de la carne las palabras que le eran dirigidas, pero las recogió en forma de vibraciones de incentivo y esperanza.

Se sintió inexplicablemente aliviado, enjugó el llanto y contempló el cielo estrellado lleno de luz.

- ¡Vamos! - ¡continuó el padre abnegado - no gastes inútilmente las propias fuerzas!...

Enlazado afablemente, se irguió el joven, sin saber como, y sustentado por el benefactor espiritual, retomó el camino de vuelta a casa, entregándose al reposo.

El misionero invisible oró junto a él imponiéndole las manos.

Envuelto en las ondas reconfortantes de dulce magnetismo, Taciano se adormeció...

Con la íntima alegría de quien cumple un deber sagrado y bello al corazón, Quinto Varro, amparándose en Corvino, se retiró feliz...

Abrazados, los dos amigos alcanzaron el santuario de paz y confort que les serviría de residencia, en las esferas de alegría inmortal.

La alborada ruborizaba el lejano horizonte...

Palidecía el fulgor de las estrellas y pajarillos madrugadores anunciaban a la Tierra que un nuevo día comenzaba a brillar.

SEGUNDA PARTE

I

Pruebas y luchas

Corría el año 250 bajo pesadas nubes...

Desde la subida de Décio al poder, la metrópolis romana y las provincias atravesaban enormes inquietudes.

El nuevo Emperador odiaba a los postulados del Cristianismo y, por eso, desencadenaría una terrible y sistemática persecución contra los prosélitos del nuevo ideal religioso.

Edictos sanguinolentos, órdenes rigurosas y misiones punitivas fueron expedidos en varias direcciones.

Amenazas, búsquedas, requerimientos y prisión se esparcieron por todas partes. Hogueras, fieras, espadas, uñas de hierro en brasa, potros de tortura, tenazas y cruces fueron traídos en abundancia para los procesos de flagelación. Se ofrecían premios para quien inventase nuevos géneros de tortura.

Y los magistrados, casi todos dados al culto del temor y la bajeza, primaban en la ejecución de los deseos del nuevo Cesar.

En Cartago, las familias cristianas sufrían vejámenes y apedreamientos; en Alejandría, los suplicios se multiplicaban sin medida; en las Galias, los tribunales vivían repletos de víctimas y delatores; en Roma, se intensificaban los espectáculos de muerte en los circos...

Entre los sucesos deplorables de la época, la villa Veturio el León, se mostraba menos festiva, pero más laboriosa y más fructífera.

Desde la muerte de Varro, Opilio se retiró en compañía de Galba, para la capital del mundo, sin jamás haber intercambiado palabra con el yerno.

Las terribles sorpresas habidas entre ambos, desde el suicidio de Flavio Súbrio, cavaron, entre los dos, abismos de silencio y fría aversión, en el fondo de las cuales las amargas revelaciones obtenidas yacían como secretos indivisibles del corazón.

Desajustado, desde el instante en que tomó conocimiento de la verdad alusiva al pretérito, Taciano buscaba ahogar en el servicio las amarguras y las preocupaciones que le perturbaban el mundo íntimo.

Dedicado a la esposa, que siempre merecía el mayor cariño, intento concentrar en ella todos sus recursos afectivos; entre tanto, Helena era demasiado frívola para comprender su dedicación. Absorbida en numerosas actividades sociales, viajaba frecuentemente, ora visitando relaciones de amistad en localidades fronterizas, ora saliendo al encuentro del padre y del hermano, en la metrópolis imperial. Al principio, extrañó el apartamiento paterno, cuya verdadera causa jamás consiguió conocer, pero se habituó, por fin, a la ausencia de Veturio, suponiendo que el genitor encontraba más alegría en envejecer, tranquilo, en la ciudad que le sirvió de cuna.

Siempre acompañada de Anacleta, su antigua gobernante, era asidua frecuentadora del teatro, del circo, de las corridas y de los juegos.

No valían, para alterarle la conducta, las solicitudes reiteradas del esposo, dado a la meditación y a la dignidad doméstica.

La joven señora encontraba cada día mil pretextos para ausentarse, esclava de la opinión pública, de las convenciones, de las modas y de las diversiones bulliciosas impropias de su condición.

Veturio realmente se desligó del hijastro, pero no abandono la autoridad de los intereses patrimoniales y, con el fin de protegerse, envió a la hacienda un liberto griego de su confianza, de nombre Teódulo, dándole el derecho de compartir con el yerno los servicios administrativos.

Teódulo era solterón inteligente y astuto, invariablemente dispuesto a la curvatura de la cerviz para obtener ventajas para sí mismo. Se hizo amigo de Taciano, pero en mucho mayor grado de la esposa, cavando sutilmente la separación entre los dos.

Si la dueña de la casa pretendía un paseo a Viena, o a Narbona, era el primero en presentarse para guiarle la conducción; si deseaba cruzar el Mediterráneo, para excursiones a Roma y proximidades, él era la persona indicada para seguirla, de cerca, ya que el marido, con extrañeza para la mujer, no parecía inclinado a ningún reencuentro con el suegro.

Taciano, no obstante al vigor juvenil de los treinta y cuatro años, se revelaba profundamente modificado.

No era el joven de otro tiempo.

Estaba absorto.

Ya que no le era posible encontrar en la compañera la confidente deseable, vivía psíquicamente aislado, aplicando en el servicio del campo todo el potencial de sus fuerzas.

No podía creerse rico, ya que se hallaba unido a los intereses de Veturio, preso a la fatalidad doméstica.

La propiedad era repartida con rentas sustanciosas, pero su posición en la familia lo colocaba en la subalternidad económica, ya que en el fondo, Helena era la hija legítima, con quien el dueño de la hacienda se entendía directamente, a través de correos constantes.

Muchas veces, consideró la conveniencia de adquirir un sitio, donde pudiera ejercer la autoridad que le era propia, entre tanto, la realización nunca salía de ser proyecto. Los gastos de la esposa eran demasiado expresivos para que pudiese aventurarse en semejante acometimiento.

Helena gastaba sumas enormes en el lujo de su carrera social.

Por eso mismo, interrumpida la intimidad de él con el padrastro, desde la muerte de Varro, se veía el joven torturado por incesantes problemas financieros, que sus múltiples actividades mal permitían resolver.

La única compensación que recibía era el consuelo que le venía de la constante ternura de la segunda hija. Nació Blandina, en el año 243, como si fuera una bendición que el Cielo le hubiera reservado al corazón. En cuanto a la primogénita, niña y moza, se apegaba al espíritu materno, copiando las predilecciones y actitudes, y la menor se colaba al lado del padre, exclusivamente. Lo acompañaba en sus paseos solitarios por el bosque, le seguía las meditaciones en el jardín.

No valían regañinas de la gobernanta, ni observaciones de los más íntimos.

Blandina, parecía una flor permanente a engancharse en la diestra del padre.

Diariamente, al amanecer, era la única persona de casa a orar, en compañía de Taciano, ante la estatua de Cibeles, la diosa maternal.

Cierta mañana, los encontramos conversando en un extenso viñedo.

- Papa - preguntaba ella, con los cabellos sueltos besados por la luz solar -, ¿quién hizo el campo, así tan bello?

El genitor, sonriendo, respondió feliz:

- Los dioses, hija, los dioses nos concedieron los árboles y las flores para el embellecimiento de nuestra vida.

La pequeña, embriagada de júbilo infantil, cogió un racimo de uvas maduras y pregunto de nuevo:

- Pero, papa, ¿cuál de los dioses nos trae las uvas tan dulces?

El compañero, satisfecho con la curiosidad de ella, la sentó en las rodillas, explicando:

- Quien nos concede la bendición de la cosecha, es Ceres, la generosa diosa de la agricultura.

Tal vez imaginando nuevas interrogaciones de la pequeña, continuó:

- Ceres hizo largos viajes entre los hombres, enseñándolos a arar el suelo y a preparar buenas simientes... Tenía una hija, de nombre Prosérpina, cariñosa y bella como tu, pero Plutón, el rey de los infiernos, la robo, cruel...

- ¡OH! ¿Por qué? - interfirió Blandina, interesada.

Y el padre prosiguió, pacientemente:

- Plutón era tan feo, tan feo, que no encontró mujer que lo amase. Entonces, un día, cuando Prosérpina cogía flores en los campos sicilianos, el horroroso Plutón la asalto y la condujo para su horrible morada.

- ¡Pobrecita! - lamento la pequeñina, apenada -¿y la madre de ella no encontró algún medio de salvarla?

- Ceres sufrió mucho hasta que descubrió el paradero. Descendió a los infiernos, con el fin de recuperarla, pero la hija era amable y bondadosa y, por eso, se encariñó al tirano que fue la obligó a recibir por marido. Compadeciéndose del esposo, no quiso volver más. Ceres, entonces muy afligida, recurrió a Júpiter, el señor del Olimpo, pero tantas perturbaciones sobrevinieron que el gran dios juzgo mejor determinar que Prosérpina, cada año, pasase seis meses en compañía de la madrecita, y los seis restantes junto al compañero.

La niña suspiro, aliviada, y comento:

- Júpiter, nuestro padre del cielo, fue sabio y bondadoso...

Enseguida, los ojitos vivos y oscuros se le iluminaron. Abrazó a Taciano, nerviosamente, y pregunto:

- Papa, ¿si Plutón me robase, el señor me buscaría?

- Sin duda - replicó Taciano, riéndose -, pero no hay peligro. El monstruo jamás nos incomodará.

- ¿Como lo sabe el señor?

El padre la abrazó, informando:

- Tenemos nuestra madre Cibeles, Blandina. Nuestra divina protectora jamás nos abandona.

La pequeña, confiada, estampo satisfacción y paz en la fisonomía ingenua.

Mientras el joven patricio daba órdenes de trabajo a algunos esclavos, la niña corrió a lo lejos, encontrando una gran mariposa moviéndose difícilmente.

Blandina la recogió, con extremo cuidado, en los pliegues de la leve túnica de lana y la presentó al genitor, reclamando:

- Padrecito, ¿será que las mariposas no poseen un dios que las ayude?

- ¿Como no, hija mía? Los genios celestes cuidan de toda la Naturaleza.

- ¿Pero dónde estaría el socorro para una pobre criatura como esta?

Taciano sonrió y, dándole la mano, acentuó:

- Ven conmigo, voy a mostrarte.

Dieron algunos pasos y alcanzaron una clara corriente.

Taciano, cariñoso, le indico el arroyo cantante y esclareció:

- Las fuentes, hija mía, son dadas del Cielo, en nuestro favor. Deja tu mariposa al pie de las aguas, ella está sedienta.

La pequeña obedeció feliz.

Y ambos, durante el día, pasearon juntos y juntos brincaron, observando los lagartos que se arrastraban al sol.

Para el hijo de Quinto Varro, ahora introspectivo, la presencia de la niña era tal vez la única felicidad de la que disfrutaba en la Tierra.

De vuelta a casa, rosados por el sol y bien dispuestos, fueron recibidos con gran alboroto. Llegó un correo de Roma y Taciano, desconcertado, sabía que un acontecimiento de esos era siempre un suceso desagradable para él. La esposa se hacía más exigente y más áspera.

En efecto, después de llegar al interior doméstico, Helena lo convido a hablar en particular, presentándole

un largo mensaje paterno. Opilio insistía en el viaje de la hija y de las nietas a la metrópolis. Vivía con añoranza y, sobre todo, excesivamente preocupado con la situación de Galba, totalmente entregado, como siempre, a las compañías indeseables. No se resignaba a la idea de que el joven prosiguiese soltero. Y, confidencialmente, le rogaba a Helena estudiase con el yerno la posibilidad del casamiento entre tío y sobrina. Lucila, la nieta que él viera nacer, alcanzó los quince años. ¿No sería conveniente aproximarla al solterón, intentándose algún esfuerzo regenerativo, a pesar de la diferencia de edad?

La sociedad romana, decía el viejo, se hallaba en decadencia. Grandes fortunas estaban disipadas por la imprevisión de familias patricias tradicionales.

¿No sería justo, preguntaba, preservar los propios bienes con un nuevo enlace en el propio ambiente doméstico?

Taciano leyó la carta, mostró en el rostro el inmenso desagrado que lo poseía, y comentó enojado:

- El viejo Opilio, seguro que respira oro. No tiene otra idea en la cabeza que no sea dinero, defensa del dinero y multiplicación del dinero. Creo que él vivirá descuidadamente en el infierno, desde que el reino de las sombras fue construido sobre monedas. ¡Que disparate! ¿Que felicidad podrá venir del casamiento de una joven de quince años con un libertino de la calidad de Galba?

La señora palideció y recomendó, trastornada:

- No tolero ninguna referencia irrespetuosa sobre mi padre. Él ha sido siempre amable y generoso.

Y mirando al esposo, de arriba a bajo, prosiguió:

- ¿Que podríamos ofrecer a Lucila, en la provincia repleta de esclavos y pobretones? Además de eso, el

matrimonio de nuestra hija, con mi hermano sería un hecho de gran sabiduría. Mi padre sabe siempre lo que hace.

El marido, en el fondo, deseó romper en gritos de rebeldía.

¿Con qué derecho deliberan, así, con el destino de su primogénita? Ella era demasiado inexperta para cualquier elección. ¿Por qué no confiar el juvenil corazón a los brazos del tiempo, de manera a decidir con calma? Sabía por experiencia propia, que la felicidad nunca sería fruto de constreñimiento.

Renunciaba, con todo, a cualquier argumentación.

Entre él y Veturio existía un mar de lodo y sangre. Nunca le disculparía el infortunio paterno. La amistad que los unía en otro tiempo se convirtió en silencioso odio. Entre tanto, la esposa era hija de él y, en la sangre de las hijitas, era necesario recibir la marca familiar.

Podría discutir, contender, guerrear, con todo, era ahora individualmente pobre y no conseguiría vencer al gigante financiero que el destino le impusiera por padrastro.

Y para luchar verbalmente con Helena, ¿no sería preferible callarse?

Ante de la sombría mudez del esposo; ella continuó:

- Hace más de un año que no veo a mi padre. Ahora, debo seguir. No me queda otra alternativa. La embarcación estará en Masilia probablemente la próxima semana... Esta vez, supongo que puedo contar contigo. Mi padre espera por ti hace muchos años...

Como quien despertase de una pesadilla, Taciano replicó mal humorado:

- No Puedo... No puedo...

- ¡Y, eso! Siempre que necesito de tu concurso para algún viaje importante, optas por la ausencia. Tenemos un gran mundo de alegrías y diversiones, pero prefieres el hedor de cabras y caballos...

- Helena, no es así – consideró el marido afligido -, el trabajo...

Ella, sin embargo, le interrumpió la palabra, entre irritada y áspera:

- Siempre es el trabajo la eterna disculpa. No te disgustes. Seguiré con Anacleto y Teódulo, en compañía de las niñas.

El dueño de la casa se sintió herido, solo de pensar en la separación de la hija menor, y observo, instintivamente.

- ¿Necesitarás un séquito tan grande?

- No te quejes - habló la mujer, sarcástica -, cada cuál recibe lo que desea. Si prefieres la soledad, no te enfades por falta de compañía.

El marido no respondió.

La hija de Veturio comenzó preparar.

Costureras, floristas, joyeros y artífices trabajaron con gran afán.

Todavía, en medio del entusiasmo general, Blandina lloriqueaba incesantemente. Insistía en quedarse. No quería dejar al genitor. La dueña de la casa, entre tanto, no cambiaba de opinión. Las nietas deberían partir, al encuentro del abuelo.

En la víspera del viaje, tan desanimada se mostraba la pequeña que Taciano, a altas horas de la noche, se levanto con el fin de consolarla, ya que la esposa, atareada con los diversos preparativos, aún no se había recogido. Dirigiéndose de un aposento a otro, escuchó rumores sofocados en la pequeña terraza próxima. Sin

ser percibido, escuchó a Helena y Teódulo en coloquio afectuoso. La intimidad a que se entregaban no le proporcionaba duda alguna, en cuanto a la unión amorosa entre los dos.

El corazón le latía descompasado.

Siempre estaba tranquilo, acerca de los procedimientos la esposa, a pesar del temperamento explosivo con que Helena se caracterizaba.

Tuvo el impulso de estrangular a Teódulo con manos frías e implacables, entre tanto, los gemidos de Blandina le despertaban los sentimientos de padre. El escándalo no traería compensaciones. En vez de rehacerles el destino, ahora plenamente atormentado, recaería como una flecha incendiaria, sobre la familia que el Cielo le confió.

Punir a la esposa sería condenar a las hijas.

Instintivamente, se acordó de Varro y, por primera vez, reflexionó ampliamente en las tempestades que se habían desmoronado en el camino paterno.

¿Qué fuerzas sobrehumanas habían conseguido sustentarlo? ¿Cómo pudo el genitor soportar el infortunio doméstico, sin tener la superioridad moral que le conociera?..

Rememoró las palabras que le escuchó “in extremis”, deteniéndose en analizar el elevado concepto paternal con respecto a los derechos de la mujer...

Deseaba poseer nociones tan ennoblecedoras, pero se sentía distanciado de tamaña conquista del espíritu. Para él el perdón era cobardía y la humildad expresaba vileza.

Por otro lado, recordó a Cintia, la madre melancólica que le meciera la cuna. Forzaba a la imaginación a retroceder hasta la niñez y veía que,

incluso en los más bellos días de consagración cariñosa del padrastro, nunca pudo observar a la genitora totalmente feliz. La matrona querida vivió largos años con el alma velada por indefinible amargura.

¿No estaría Helena adquiriendo el mismo patrimonio de dolor?

Escuchó algunas palabras afectuosas de la amorosa pareja, que el viento suave de la noche le traía a los oídos, todavía, tal como procediera Quinto Varro, cuando aún no era él Taciano sino un ángel tierno, retrocedió y fue hasta la habitación de la hija.

Blandina lo abrazó, reconfortada, como quien sintiese todos los peligros disipados, ante la presencia paterna y, después de besarlo, se durmió tranquila.

El joven la apretó contra su pecho e íntimamente angustiado, se recogió sin decir nada.

En el lecho, recordó al padre con más insistencia y oró suplicando el socorro de los dioses inmortales de su fe. Intentó sostenerse en la posición de vigilancia, pero la oración, como si fuera un suave anestésico, le ofreció un tierno sopor y acabó envuelto en un pesado sueño.

Al amanecer del día siguiente, fue ruidosamente despertado por la esposa, con el fin de despedirse.

La caravana partía temprano.

Helena y los compañeros pretendían efectuar una breve parada en Viena, para volver a ver a unos amigos.

Taciano, amargado y triste, pronunció algunos monosílabos, pero cuando llegó la vez de Blandina, que se le arrojó, en llanto, a los brazos ansiosos, el jefe de la familia pareció emocionado y trémulo.

- ¡No me deje salir papá! ¡Quiero quedarme! ¡Tengo miedo! ¡Lléveme para a la viña! - sollozaba la niña con desesperación.

El genitor la besó con ternura y recomendó:

- ¡Clámate! ¡Atiende los deseos de mamá, el abuelo te espera, bondadoso! ¡El viaje te hará feliz, hija mía!

- No puede ser así - grito la niña, con los ojos hinchados de llorar -, ¿quién rezará con el señor por la mañana?

Fuese por la tortura moral que traía de la víspera o por la angustia de aquél adiós que le cortaba el corazón, el patricio sintió que la emoción le sofocaba el tórax oprimido. Entregó a Blandina a los brazos de Anacleto que la aguardaba, impaciente y, en un gesto brusco, entró al interior, buscando la soledad, para deshacerse en lágrimas. Quería deshacerse de la amargura que le avasallaba el pensamiento, con todo, cuando los carruajes se apartaron entre las rumorosas saluciones de los esclavos, él casi enloqueció al oír la estridente voz de la hija, reclamando:

- ¡Papá!... ¡Papáito!...

Iniciado el viaje, Helena se inquietó.

Blandina, a pesar de todas las reprimendas, no quiso ningún alimento. La belleza del paisaje del Ródano no le interesaba.

La llegada a Viena, después de varias preocupaciones, se realizó bajo una pesada nube.

La pequeña tenía fiebre alta y el corazón parecía un ave asustada en la prisión del pecho.

Con ojos inconscientes, se revelaba completamente ajena a la realidad. Pronunciaba el nombre del padre a través de gritos extraños y decía ver a Plutón en un carro de fuego, queriendo secuestrarla.

Teódulo, afligido, llamó a un médico, que consideró a la niña en grave estado orgánico, desaconsejando el viaje.

Por esa razón, el genitor fue inmediatamente instado a socorrerla.

Taciano, atormentado, la atendió enseguida y el grupo de Helena, restituida la niña a los brazos paternos, prosiguió sin la pequeña que, contenta, volvió a casa.

Comenzó entonces para el patricio y su hija un admirable período de restablecimiento.

Se amaban tan profundamente, con ese cariño dulce y perfecto de quien todo procura dar sin nada recibir, que realmente se bastaba uno al otro.

Totalmente entregados a la Naturaleza, efectuaban encantadores paseos por los viñedos y bosques, por los pastos y eriales.

Pero no se restringían ahora a las caminatas en el campo. Taciano adquirió un pequeño barco, en el que hacían largas incursiones por el Ródano.

De entendimiento en entendimiento, el genitor pasó a conversar con la niña, con respecto a la educación.

Precisaban contratar los servicios de un profesor merecido. No encontraba en la hacienda ningún esclavo a la altura de semejante trabajo.

- ¿Por qué motivo no me enseña el señor? - pregunto cierto día la niña, cuando navegaban más allá de los muros de la ciudad, encantados con la magnificencia del río, entonces enriquecido por las últimas inundaciones de la primavera.

- Por mí mismo, no puedo - esclareció Taciano, bondadoso -, nosotros dos no sabríamos garantizar un programa disciplinario, como se hace imprescindible.

Blandina paró para mirar el soberbio paisaje que les rodeaba...

El crepúsculo descendía vigoroso, sumergiendo la tierra en una leve sombra, y las constelaciones en lo alto comenzaban a brillar...

Taciano remaba sin dificultades, contra la corriente, desde el punto de confluencia del Saona, volviendo al encuentro de la ciudad auxiliado por el viento suave de la tarde.

Parecían absortos en el gran silencio, interrumpido, de cuando en cuando, por el vuelo rápido de pajarillos retardados, cuando escucharon una aterciopelada voz de mujer cantando en la ribera del río...

Estrellas - nidos de la vida,
Entre los espacios profundos,
Nuevos hogares, nuevos mundos,
Velados por tenue velo...
Aladas rosas de Ceres,
Nacidas al sol de Eléusis,
Sois la morada de los dioses,
¡Que os engastan en el cielo!...
Nos decís que todo es bello,
Nos decís que todo es santo,
Aún mismo cuando hay llanto
En el sueño que nos conduce.
Proclamad a la tierra extraña,
Dominada de tristeza,
Que en todo reina la belleza
Vestida de amor y luz.

Cuando la noche fuera más fría
Por el dolor que nos procura,

Romped la cadena oscura
Que nos prenda el corazón.
Accediendo a la madrugada
En el campo del nuevo Día,
Donde la ventura irradia
Eterna resurrección.

Dad consuelo al peregrino,
Que sigue a la merced de la suerte,
Sin techo, sin paz, sin norte,
Torturado, sufriente...
Templos del Azul Infinito,
Abrir a la Humanidad
La gloria de la Divinidad
En la gloria de vuestro amor.

Estrellas – nidos de la vida,
Entre los espacios profundos,
Nuevos hogares, nuevos mundos,
Velados por tenue velo...
Haladas rosas de Ceres,
Nacidas al sol de Eléusis,
Sois la morada de los dioses,
Que os engastan en el Cielo!...

- ¿Quién estará cantando así? – pregunto Blandina, admirada.

Taciano, impresionado, remó casi instintivamente en dirección de la acogedora playa vecina y, ante de la joven que cantaba, él y la hija no pudieron contener la simpatía que nació en sus corazones.

Amarró el barco a la orilla y descendieron.

La joven, sorprendida, fue al encuentro de la pequeña, exclamando:

- ¡Bella niña, que los dioses te protejan!...

- Y protejan también a nuestra bella desconocida – murmuro Taciano, con buen humor.

Y, con el propósito de disiparle la timidez, acrecentó:

-¡Por Serapis! Nunca escuché tan hermoso himno a las estrellas. ¿Quién hizo tan lindo poema?

- Fue mi padre, señor.

El excursionista sintió algo extraño en el corazón. Aquella voz le penetraba las fibras más íntimas. Se le enterneció inexplicablemente el alma. ¿Qué haría aquella mujer allí sola, en la playa ahora poblada de sombras? Observando que ella y Blandina se fundían en un abrazo cariñoso y natural, olvidó la idea de volver al batel y consideró, gentil:

- Francamente, me sería grato conocer, de cerca, al autor de la delicada composición.

- Es fácil – explicó la joven, alegre -, vivimos aquí mismo.

Ofreciendo la mano a la niña, tomó la delantera.

El trío, después de algunos pasos, penetró en una casa sencilla, en cuya habitación más importante, una sala estrecha e incómoda, un viejo, a la claridad de dos antorchas, tocaba un precioso laúd.

Diversos instrumentos musicales se amontonaban en el recinto, revelando la profesión del dueño de la casa.

Desarreglada, la joven presentó a los recién llegados, explicando:

- Papá, son dos viajeros del río. Escucharon la canción a las estrellas y se interesaron por el autor.

- ¡Oh! ¡Cuan generosos! – y el viejo acrecentó, mostrando una larga sonrisa: - ¡Entrad! La casa es pequeña, pero es vuestra.

Fue entablada una conversación reconfortante.

El anciano, que se aproximaba a los setenta años, tenía en los ojos y en las palabras un radiante vigor juvenil.

Se dio a conocer, sin fingimientos.

Se llamaba Basilio y nació en Roma, hijo de esclavos griegos. Sin embargo endeudado con el ex-señor, Jubélio Carpo, que lo liberó, seguía en la posición de liberado, actuando por cuenta propia.

Carpo, noble romano, era casi de la edad de él.

Pequeños aún, habían crecido juntos y, por eso, se casaron ambos casi al mismo tiempo.

Cecilia Prisciliana, la esposa del señor, enfermó de la peste, después del nacimiento del segundo hijo, y Júnia Glaura, su mujer, esclava y amiga, se dedicó a la matrona con tan tremendo desvelo que consiguió salvarle la existencia, pero a costa de la propia vida. Adquiriendo la peligrosa molestia, Júnia le impuso la viudez, dejándole una hija de nombre Livia, que sobrevivió poco tiempo.

Compadecidos de la suerte de él, los patrones lo emanciparon, bajo la condición de pagarles, de cualquier forma, los pesados débitos que contrajera, para socorrer a los familiares.

No pudo proseguir en Roma, donde tantos recuerdos dolorosos le martirizaban el espíritu.

Disgustado, se retiró a la isla de Chipre, donde pasó muchos años, sumergido en los estudios filosóficos, buscando huir de sí mismo.

Allí recibió como presente de los dioses – acentuó sonriente – a su nueva hija, a la cual le puso el mismo nombre de la primera.

Livia surgió en el justo momento en que se veía más infortunado y más sólo.

Desesperado con los obstáculos constantes que le deparaban, sin nunca haber encontrado recursos para liquidar los compromisos económicos que le prendían a la casa del amo, se disponía a aguardar la muerte, cuando el Cielo le envió la nueva hija, por milagrosa vía, renovándole las esperanzas.

Desde entonces, se revistió de nuevo coraje para luchar.

Recobró las propias energías para el trabajo y reasumió las actividades rutinarias de un hombre con problemas mensuales que resolver.

Restaurando instrumentos musicales, en la profesión de afinador, reconoció que con la hija los rendimientos no responderían a los nuevos cargos y, por eso, se trasladó para Massilia, donde encontró buen trabajo y adecuados recursos para educar a la niña.

Numerosos sinsabores, sin embargo, le obligaron a mudarse y escogió Lión para su nuevo campo de acción.

Se sorprendió ante de la gran cantidad de arpas, laúdes y guitarras para reparar y, satisfecho con las nuevas perspectivas de mejoría económica, se hallaba en la ciudad, hacia seis meses, reorganizando el propio camino.

Basilio hablaba con seguridad y ternura, pero se notaba en su voz algo de dolor que no llegaba a exteriorizarse. Llagas invisibles de sufrimiento se trasparentaban en las palabras que fluían en risueña comprensión, pero tocadas de una leve amargura.

El patricio animado y alegre lo animó, haciéndole sentir nuevos horizontes de trabajo.

Poseía muchos amigos y le conseguiría rentables servicios.

Para animar el ambiente que se entristeciera demasiado con los temas inquietantes de la vida común, Livia atendió a un pedido paterno, ejecutando algunos números de arpa que Taciano y Blandina escucharon encantados.

La pequeña, embelesada, se quedó quieta y silenciosa y el hijo de Quinto Varro, como transportado a diferentes regiones, divagaba, a través de múltiples reminiscencias, mal conteniendo el llanto de emotividad que le asomaba a los ojos.

Rememoró todos los días del pasado, intentando recordar dónde y como viera en algún lugar y en algún tiempo al anciano que le hablaba bondadoso, y a la joven que cantaba con la voz mezclada de alegría y de dolor, pero era inútil... Tenía la impresión de conocerlos y amarlos, pero la memoria se negaba a identificarlos en el tiempo.

Livia se calló, pero el visitante prosiguió absorto, pensando, pensando...

Fue Blandina quien le interrumpió las reflexiones, inquiriendo, cariñosa:

- Papá, ¿el señor no cree que Livia podría ser mi profesora?

Una sonrisa general se soltó en la pobre sala.

La idea fue jubilosamente aceptada.

Y aquella noche, cuando el adiós se hizo sentir, revestido de comprensión y ternura Taciano se retiró, renovado. Olvidó las luchas y los problemas del propio

destino, como si hubiera sorbido milagroso néctar de los dioses.

El corazón del patricio, antes taciturno y angustiado, parecía revivir.

II

Sueños y aflicciones

Con los ojos puestos en el firmamento lleno de constelaciones, encontramos a Basilio, envuelto por la brisa suave del río, hablando con Taciano, admirado:

- Para nosotros, la vida aún representa un impenetrable misterio celeste. No pasamos de ser animales microscópicos que piensan. El poder es una fantasía en la mano del hombre, así como la belleza es un engaño en el corazón de la mujer. Visité Egipto, en compañía de dos sacerdotes de Amatunte, y allí encontramos variados remanentes de la sabiduría inmortal. Estudié minuciosamente, en las pirámides de Gizé, los problemas de la vida y de la muerte, entrando en meditaciones profundas sobre la trasmigración de las almas. Lo que aprendemos, en nuestros cultos exteriores, es mera sombra de la realidad. La truculencia política de los últimos siglos perjudicó en todas partes el servicio de la revelación divina. Así, creo que nos acercamos a tiempos nuevos. El mundo tiene hambre de fe viva para ser feliz. No admito que estemos limitados a la existencia física y el Olimpo ha de ampliarse para responder a nuestras aspiraciones...

- ¿No crees, por ventura – interfirió el interlocutor, preocupado -, que nos basta a la felicidad colectiva la confianza pura y simple en la protección de los dioses, dentro del culto a nuestros antepasados?

- Si, si – consideró el anciano -, sencillez es también una de las caras del enigma, entre tanto, querido mío, en el caso de nuestro tiempo de inconmensurables

desequilibrios morales, es más grande el problema del hombre. No somos muñecos en los tentáculos de la fatalidad. Somos almas, usando la vestimenta de carne, en tránsito para una vida mayor. Investigué en todos los grandes caminos de la fe, en los archivos de la India védica, de Egipto, de Persia y de Grecia y, en todos los instructores venerables, observe la misma visión de la gloria eterna a la que somos destinados. Creo que somos un templo vivo en construcción, a través de cuyos altares se expresará en el Infinito la grandeza divina. En las experiencias de la Tierra, sin embargo, conseguimos edificar solamente los cimientos del santuario, prosiguiendo, más allá de la muerte del cuerpo, en la complementación de la obra sublime. En las luchas de la existencia animal, desarrollamos las potencialidades del espíritu, habilitándonos a la elevación a los pináculos de la vida.

Y, después de una pausa en que parecía reflexionar en cuanto a los conceptos que expresara, pondero:

- Por eso mismo, el problema es muchísimo más grande. Es, indispensable que sepamos destacar la dignidad humana, inmanente en todas las criaturas. Esclavos y señores son hijos del mismo Padre.

El amigo que escuchaba atentamente sus palabras, objetó de pronto:

¿Igualdad? Eso, no obstante, vendría a contrariar la estructura de nuestra organización social. ¿Cómo nivelar las clases, sin herir las tradiciones?

El viejo, con todo, sonrió tranquilo y acentuó:

- Hijo mío, no me refiero a la igualdad por violencia, que viene a enfilear en la misma categoría a los buenos y a los malos, justos e injustos. Me refiero al imperativo de fraternidad y educación. Comprendo que la vida es

semejante a una gran máquina, cuyas piezas vivas, que somos nosotros, deben funcionar armoniosamente. Hay quien nace para determinada tarea, a diferente de la nuestra, como existe quien ve el camino común de manera diferente a como lo ven nuestros ojos. Atentos a la certeza de que nuestro espíritu puede vivir en la Tierra innumerables veces, modificamos el curso de nuestro trabajo, de existencia en existencia, como el aprendiz de las primeras letras se desarrolla, poco a poco, para las más altas expresiones de cultura. No vemos, pues, cómo nivelar las clases, lo que sería impracticable. El esfuerzo personal y el mérito resultante son fronteras naturales entre las almas, aquí y más allá. La jerarquía existirá siempre como sustentáculo inevitable del orden. Cada árbol produce, según la especie a la que pertenece, y cada cual merece más o menos estima, según la calidad de esa misma producción. Sustituyamos así, las palabras “señores” y “esclavos” por “administradores” y “cooperadores” y tal vez alcancemos el necesario equilibrio en nuestro entendimiento.

Buscando suavizar el diálogo, el anciano hizo un pequeño intervalo y dijo, sonriente:

Precisamos de más de humanidad para ser realmente humanos. No es justo el cautiverio de la sensibilidad y de la inteligencia y, con el fin de que nuestro mundo se adapte a la perfección que le espera, es imprescindible que tengamos bastante coraje de razonar en diversos términos de aquellos que van rigiendo nuestra jornada colectiva, desde hace milenios para acá. Las condiciones de lucha y aprendizaje en la Tierra se alterarán totalmente cuando comprendamos que somos hermanos unos de los otros.

Taciano, en esencia, no compartía semejantes puntos de vista. Nunca pudo escuchar la palabra “fraternidad”, sin rebelarse. Con todo, menos impulsivo ahora, recordaba las conversaciones que mantuviera con el padre, en otro tiempo.

Basilio era un auténtico sucesor de Quinto Varro.

Admitió que el nuevo amigo estaría igualmente impregnado del misticismo de los nazarenos, pero detestaba aún el Cristianismo para hacer cualquier pregunta. Para él, las Divinidades Olímpicas deberían ser obligatoriamente objeto de exclusiva adoración. Años antes, habría respondido con consideraciones rudas y contundentes, pero el sufrimiento moral le había alterado el modo de ser y, en el fondo, no deseaba deshacer tan bella amistad.

Por esa razón, procuro desviar la conversación y, fijándola en el aspecto filosófico, inquirió:

-¿Crees entonces que ya vivimos otras vidas?
¿Que ya respiramos juntos en otros climas?

El viejo con buen humor afirmo, convicto:

- No tengo ninguna duda. Y asevero, aun más, que nadie se encuentra sin ningún objetivo. La simpatía o la antipatía no se hacen en un minuto. Son obras del tiempo. La confianza con que nos entendemos, los lazos de afecto que nos aproximan, desde ayer, no constituye una simple casualidad. El acaso no existe. Ciertamente, fuerzas superiores e inteligibles nos reúnen de nuevo, para realizar algún trabajo. Procedemos del pasado, así como el día de hoy es la continuación del día de ayer, en la secuencia de las horas. En la Tierra, experimentamos y somos experimentados, en marcha constante para otras esferas y, de mundo en mundo, como de peldaño en peldaño, alcanzaremos la gloriosa inmortalidad.

Las consideraciones trascendentes de cierto irían lejos, pero Livia y Blandina surgieron, de súbito, y los invitaron placenteras, para una pequeño banquete de frutas y refrescos.

Los dos amigos aceptaron contentos.

Taciano, en aquella segunda noche de charla, se mostraba más alegre, más expansivo.

Hizo referencia a la alegría de la hija, en la expectativa de encariñarse más íntimamente a la maestra y comentó los planes que él mismo delinearía, feliz.

Basilio pasaría a residir en una casa próxima de la villa Veturio, donde el afinador encontraría amplios recursos para instalarse dignamente con la hija.

De ese modo, todos estarían en permanente comunicación.

Y el entusiasmo, que es siempre el responsable de los milagros de la alegría, materializó el proyecto, sin pérdida de tiempo.

En una semana, se realizó la deseada alteración.

Un pequeño sitio fue alquilado para el filósofo, y la primera mañana de paseo para Taciano, Livia y Blandina despertó en una admirable fiesta de luz.

El bosque rociado era fuertemente recorrido por brisas frescas, que pasaban por las flores, llevándoles el perfume a lo lejos.

Aves delicadas piaban y gorgojeaban en los altos ramajes de los árboles que se mantenían verdes y lindos, como ofertas vivas de la tierra al cielo sin nubes.

Mientras la niña, colorada por sol, perseguía curiosa a un grupo de mariposas, Taciano paró delante de un nido lleno de hijitos sin plumas y, mostrándolo a la compañera de excursión, exclamo emocionado:

- ¡Cuanta alegría en esta familia feliz!

La joven contempló el cuadro, con gran embeleso, y concordó, contenta:

- La Naturaleza es siempre un libro divino.

El patricio la miró con indisfrazable ternura, dejando entrever los sentimientos indefinibles que le afloraban en el alma y considero:

- Livia, hay momentos en que, por más confianza que tengamos en los dioses, más se nos vuelve el corazón un laberinto de preguntas sin respuesta... ¿Por qué motivo un pájaro puede hacer su propia casa en armonía consigo mismo y un hombre es obligado a sufrir la influencia de los otros, en la realización de los menores deseos?... ¿Por qué razón corre en paz la corriente de un río para fundirse en el mar, mientras los días del alma humana se deslizan, atormentados, en la dirección de la muerte? ¿Habrán más clemencia en las Divinidades Inmortales para los seres inferiores? ¿Seremos, por ventura, conciencias caídas en el integral olvido de sí mismas, atadas a la Tierra para servicios de purgación?

La joven, que se ruborizaba ante la llama afectiva que le resplandecía en la mirada, pronunció algunos monosílabos, evidenciando el propósito de modificar la conversación, pero Taciano, emocionado con el rubor espontáneo que asomó al rostro de la interlocutora, prosiguió, cariñosamente:

- Siempre admití que las tradiciones familiares deben dirigir nuestros sentimientos. Por eso me casé, por obediencia a ellas y, dentro de ellas, formé la pequeña familia que sigue mis pasos. Procuré en la esposa que los dioses me dieron una hermana para el viaje en el mundo. Suponía que el amor, tal como lo vemos, en la

existencia común, generando tantos crímenes y tantas complicaciones, no pasa de ser un mero impulso plebeyo de las almas menos aficionadas a la dignidad social. Sinceramente, no encontré en Helena a la amiga que mi espíritu esperaba. Cuando se nos hizo más íntima la experiencia en común, percibí la distancia moral en que nos situábamos. Con todo, en ella encontré una amorosa madre para mis hijas y me conformé.

El joven sonrió amargamente y continuó:

- La vida no fue hecha de recomendaciones para nosotros, ya que somos subordinados de ella, con el deber de aprovechar las lecciones. Cerré, así, las puertas del ideal y pase a existir, como tantos otros existen, apagando en mí mismo cualquier despertar del corazón. Sin embargo, ahora que nos conocemos, paso noches sin dormir... Pienso en alguna sorpresa de la suerte que me facilite la felicidad de aproximarme a ti, con libertad suficiente para ofrecerte lo que tengo... Es poco, bien lo se. Mas es el corazón entero el que desea reponerse para verte feliz. He imaginado una vida nuestra, esencialmente nuestra, lejos de este lugar, donde muchos recuerdos aflictivos me golpean el alma... Llevaríamos con nosotros a Blandina y a tu padre, apartándonos de todo lo que pueda alterar el ritmo de nuestra ventura. Pero ¿sería justo imaginar un plan tan arriesgado sin escucharte?

El joven la miró con ternura, ansioso por ver el estado del su alma, notándole la ternura en los ojos llenos de lágrimas que no llegaban a caer.

- Nos conocemos hace algunos días – prosiguió el joven romano, sensibilizado -, no obstante, tengo la impresión de que somos viejos amigos... Mi esposa y la primogénita, que se afinan inmensamente una con la

otra, estarán largo tiempo en Roma... No deseo acusarlas de ingratitud, pero tengo razones para suponer que ambas, no echarán de menos, por mucho tiempo, la ausencia de Blandina y mi propia ausencia... En casa, somos dos personas colocadas al margen... He pensado, pues, en la posibilidad de una renovación... ¿No crees posible nuestra felicidad en otra parte? Abandonaríamos las Galias y buscaríamos una tierra diferente, en Asia o en África...

Dirigiendo la mirada a los altos árboles, continuó:

- Esta hacienda, no obstante la belleza de que se reviste, es el túmulo de las más bellas esperanzas de mi juventud... Un soplo de muerte aquí me transformó el destino... Hay momentos en que desearía incendiar los bosques, destruir las plantaciones, derrumbar el palacio y liberar a los siervos para hacer un nuevo mundo de mi propia soledad, aunque ¿quién, por muy poderoso que sea, hará lo que desea?

Contempló a la hija adoptiva del filósofo, con intraducible esperanza en la mirada, y tomándole, levemente la mano, rogó:

- ¿Qué me dices de tantas y tan amargas confidencias?

Livia, que el rubor del rostro la hiciera más singular y más linda, respondió con tristeza y sencillez:

- Taciano, mi padre acostumbra a decir que las almas capaces de tejer la perfecta ventura conyugal habitualmente se encuentran demasiado tarde. Cuando no son sorprendidas por la muerte que las separa en plena alegría, son detenidas por insolubles compromisos que les inhiben la aproximación...

- Pero mi casamiento no es un obstáculo intranponible - atajó el mozo, algo perturbado -; Helena se libraría de mi, como quien se libra de un fardo.

La joven, con todo, aunque serena, acentuó con amargura:

- La cadena no se pesa, entre tanto, solamente en uno de los platos de la balanza. Yo también soy casada...

El interlocutor sintió que una ráfaga de frío le helaba el corazón, pero permaneció firme, a la escucha.

- Cuando mi padre se refirió a los sin sabores que nos afrontaron en Masilia se refería a mi inquietante problema personal.

La joven hizo una pequeña pausa, dando la idea de quien hace memoria, y prosiguió:

- Hace casi dos años, hubo en Masilia una fiesta ostentosa, en homenaje al patricio Aulo Sergio Tuliano, de paso por la ciudad. Instado por los amigos, mi padre permitió que yo me encargase de varios números musicales en la noche de mayor regocijo público. En esa ocasión, conocí a Marcelo Volusiano, un joven que, de inmediato, se interesó por mi compañía y que, en pocos meses, se hizo mi esposo. Mi padre siempre alego la necesidad de conocer sus antecedentes antes de formular su aprobación al matrimonio, aunque sintiéndose viejo y enfermo, procuró satisfacer mis deseos de joven, mientras yo no tenía ninguna duda en cuanto a la corrección del joven que me despertó para las alegrías del amor. El aseveraba que procedía de una noble familia, con recursos suficientes para responsabilizarse en varios negocios y aparentaba tanta prosperidad financiera que no vacilé en aceptar como pura verdad las informaciones con que se nos hacía

conocer. Marcelo, sin embargo, después del matrimonio, se mostró irresponsable y cruel. Desaparecieron de él los modales aristocráticos del amigo de Aulo Sergio. Además de tirano bien puesto, era un jugador impenitente del anfiteatro, sumergido en actividades evasivas. Al principio, mi padre y yo hicimos todo por quitarle el vicio que lo subyugaba y, para alcanzar ese fin, no dudé en trabajar como arpista en fiestas paganas, asegurando cooperar con él en la solución de numerosos debitos, con todo, pronto reconocí que él usaba mis dotes artísticas para atraer relaciones importantes, junto de las cuales obtenía numerosas aventuras financieras, cuya extensión nunca pude conocer.

La joven suspiró, herida por las dolorosas reminiscencias, y prosiguió:

- Si el problema estuviese limitado a los disgustos de orden material, probablemente aún nos hallaríamos en Masilia, intentando el reajuste. Marcelo, entre tanto, a pesar de mi dedicación afectiva, en seis meses de convivencia parecía estar harto de mi cariño y, apasionándose de Sublicia Marciana, una inteligente poetisa y bailarina de renombre, paso a vivir en compañía de ella, sin abandonar nuestra casa. Tantos espectáculos deprimentes presenciamos que mi padre decidió nuestra venida para acá, buscando nuestra renovación...

- ¿Y cuál es tu actitud, ante el bribón que así procedió? - atajó Taciano, bajo un fuerte impulso.

- Como toda mujer - esclareció Livia, cuya profundidad filosófica, aliada a la frescura juvenil, tornaba admirable en aquella hora -, sufrí mucho, al principio, pero con el auxilio del Cielo, mi celo acabó en piedad. Creo a Marcelo demasiado infeliz para

condenarlo. No creo que él pueda disfrutar de la tranquilidad de una vida digna.

Taciano la miró con admiración y pesar y consideró, afectuoso:

- ¿Por qué razón piensas de ese modo? ¡No es común semejante actitud en una joven que aún no alcanzó los veinte años!... ¿Acaso no serás tan mujer como las otras?

Livia, sin embargo, sonrió algo triste y observo:

- No tuve madre que me quisiese. Debo mi comprensión al padre que me acogió. Desde muy pronto, me habitué a acompañarlo en las divulgaciones filosóficas y a interpretar la vida, según las realidades que el mundo nos ofrece. En la época en que casi todas las niñas están perturbadas por la ilusión, fui conducida a la responsabilidad y al trabajo. En Masilia, todo nos costó mucho esfuerzo personal y, por eso, aprendí que no alcanzaríamos paz sin disculpar los errores ajenos que, en otras circunstancias, podrían ser nuestros...

- ¿No sientes, entonces, nostalgia del hombre que amaste? ¿No disputarías su posesión?

- ¿Por qué? - pregunto la interlocutora, serena. - Las nostalgias que yo pueda experimentar no deben impedir al Cielo mostrarme el mejor camino. Bueno sería si yo pudiese compartir la felicidad con mi esposo, entre tanto, si esa convivencia me obligara a cometer un crimen, en desacuerdo con la rectitud de mi conciencia, ¿no será más justo el beneficio de la ausencia? En cuanto a disputar atenciones y cariños de otro, no creo que sea el amor objeto de subasta. El afecto, la confianza y la ternura, a mi modo de ver, deben ser tan espontáneos como las aguas cristalinas de un manantial.

- ¿No crees, sin embargo, en la sobrevivencia de la felicidad en otras maneras? – Y bajando el tono de voz, que se hiciera más dulce, el marido de Helena preguntó:
- ¿No admites nuestra capacidad de construir un nuevo nido, en un nuevo campo de comprensión y ventura?

Livia, extremadamente ruborizada, le lanzó una inolvidable mirada y concordó:

- ¡Si, creo! Siento en tu dedicación noble y serena una playa linda y segura, capaz de proteger el barco de mi destino contra todos los vendavales. ¡Te amo mucho! ¡Descubrí esta verdad, cuando nos vimos por primera vez! Ahora comprendo, que Marcelo me trajo los encantos de la mocedad, mientras que en tu compañía, han nacido en mí las ansias de mujer... A ninguna gloria femenina podría yo aspirar más alta que a la de compartir tus sentimientos, entretanto, no nos pertenecemos...

Señalándole la última frase, marcada de desaliento y amargura, el hijo de Varro le interrumpió la palabra, considerando, impulsivo:

- Si me quieres y si yo te quiero tanto, ¿por qué nos prendemos a los que nos desprecian? Renovaremos la propia suerte, seremos felices, tu padre nos entenderá...

Livia rompió en llanto de la emotividad que la dominaba el corazón, y habló con voz entrecortada:

- Tienes, unido a tu nombre, la esposa que te premió con dos hijas...

- ¿Mi esposa? - ponderó el interlocutor, inquieto - ¿y si yo te dijese que ella no encontró en mí el hombre que esperaba? ¿Y si yo te afirmase, con pruebas inequívocas, que ella se consagró a otra especie de amor?

La joven suspiró, afligida, y comentó:

- No dudo de tus informes, con todo, el tiempo y el espíritu de sacrificio pueden modificar la situación...

Y señalando a la niña que brincaba, distante, acrecentó con firmeza:

- Blandina es también un amor que confía en nosotros. Si adoptásemos una conducta igual a la de aquellos que nos hieren, tal vez le envenenásemos irremediablemente el corazón. ¿De qué nos valdría arrebatarla de los brazos maternos? Estaría presa, en espíritu, a estos árboles de su primera infancia... La separación le haría ver una heroína inolvidable en la madrecita que lanzaríamos con nuestro gesto al menosprecio, y la devoción que deseáramos recibir de ella, pura y simple, probablemente estaría transformada en desconfianza y dolor... Si algún día debe probar la hiel de la verdad, que el cáliz amargo le sea impuesto por otras manos...

Taciano miro a la pequeña, de lejos, y se calló, embargado por la emoción.

- ¡Estaremos juntos! - aclaró la joven, reanimándolo - el amor, por encima de todo, es entendimiento, cariño, comunión, confianza, manifestación del alma que puede perdurar sin ningún compromiso de orden material... Nos encontraremos en Blandina, que será nuestro punto de referencia afectiva. Los días pasarán sobre nosotros como olas de belleza y esperanza y... ¿quién sabe el futuro? Tal vez el tiempo...

Antes de que pudiese terminar la frase, la niña los alcanzó, con una bella sonrisa, para ofrecerles un soberbio ramo de geranios encarnados.

El genitor se refugio en el silencio y la pequeña dominó la conversación, contando graciosas aventuras.

En unos instantes, el trío retomaba el camino de vuelta.

En el atrio de la modesta casa que habitaba, Basilio los aguardaba con visibles señales de impaciencia.

Con pocas palabras dio cuenta de la preocupación que lo afligía.

Marcelo apareció, inesperadamente.

Livia palideció e intentó, con delicadeza, evitar un encuentro entre los dos hombres; Taciano, con el semblante nublado, resolvió entrar a conocerlo, de cerca.

El joven, que se aproximaba a los treinta años, era alto, de constitución elegante, mostrando una hermosa cabellera para encuadrarle los ojos agitados en la fisonomía enigmática.

Abrazó a la esposa, con alegría, como si nada grave hubiese ocurrido entre los dos, y saludó a Taciano efusivamente, llegando a desconcertarlo. Parecía hasta satisfecho en observar a la mujer, en compañía de un nuevo amigo, como quien se aliviaba de un peso en la conciencia.

En unos minutos, relacionó el objetivo del viaje que lo traía.

Venía a Lión, acompañando a algunos cantantes de renombre que se ocupaban de grandes exhibiciones artísticas.

Entre tanto - acrecentaba él, tal vez para prevenir indirectamente a la esposa -, no podía demorarse.

Diversos compañeros aguardaban su regreso en Viena. Una bella fiesta en casa de Tito Fulvio, rico patricio de sus relaciones, lo compelió al retorno inmediato.

El padre de Blandina percibió en el recién llegado un espíritu enteramente diferente de la familia a la que se uniera.

Marcelo era turbulento, exhibicionista, charlatán.

Daba la idea de ser un niño inteligente para vivir jugando. No presentaba, en la palabra fácil, ninguna frase que denotase madurez de raciocinio.

Traía en la mente apasionada por los asuntos del anfiteatro, del cual era un antiguo frecuentador. Sabía el número de fieras encerradas en las jaulas de Masilia, cuantos gladiadores podían brillar allí en la arena y cuantas bailarinas vivían en la ciudad, dignas del aplauso del público, pero ignoraba el nombre de quien gobernaba la próspera Galia Narbonense donde vivía, y desconocía completamente sus industrias y tradiciones.

Taciano que lo escuchaba, al principio con disfrazado rencor, enseguida reconoció la fatuidad y pasó a examinarlo con más calma y menos severidad.

En el fondo, sin embargo, se sentía aborrecido.

Aquél visitante inesperado era un tronco en el camino. Si pudiese, lo exiliaría en el fin del mundo.

La idea de aniquilarlo en alguna emboscada bien hecha le agitó el pensamiento, con todo, no nació con la vocación de asesino y, por eso, expulsó la tentación que se le insinuaba en la cabeza.

No vacilaría, sin embargo, en la movilización de todos los recursos para apartarlo.

Mientras Marcelo se detenía, locuaz, en la descripción de las propias bravatas, el hijo de Varro reflexionaba sobre la mejor manera de empeñar amigos en apartar al intruso.

Absolutamente distanciado de la conversación, imaginaba como desterrar al marido de Livia hacia algún punto remoto.

No soportaría su presencia.

Lo alejaría a cualquier precio.

Fue cuando el propio Marcelo le ofreció la oportunidad deseada, exponiendo el deseo de volver a Roma.

Se sentía asfixiado por dificultades financieras.

Sólo la gran metrópolis le facultaría lucro fácil, a la altura de su expectativa.

Taciano sorprendió la brecha que buscaba.

Mostró radiante expresión en el rostro y esclareció que podía presentarlo a Claudio Licio, sobrino del viejo Eustasio que la muerte ya se había llevado, y que en Roma, se hiciera responsable en la organización y dirección de juegos en el circo. Creció en Lión, de donde partiría buscando aventuras coronadas de éxito, y fue apreciado por muchos políticos que no le negarían cooperación y favor. Marcelo, seguramente, encontraría excelente colocación para sus dotes intelectuales, orientando a diversos artistas.

Había tanta seguridad en la palabra del nuevo amigo que el yerno de Basilio, entusiasmado, acepto la propuesta sin vacilar.

Expresivo mensaje fue escrito.

El hijo de Quinto Varro pedía al compañero de juventud ocupase al recomendado en algún encargo productivo y digno.

Leída la carta, Marcelo irrumpió en pomposos agradecimientos y, sin ninguna consideración para con la mujer y para con el suegro, decidió el viaje para Viena en el mismo día. Prometió volver, en breve, con el fin de

combinar con los familiares, en cuanto al futuro. Se refirió a las virtudes de la compañera, como si debiese alimentarle el cariño a costa de elogios y reafirmó al viejo mil promesas de amistad y admiración.

Y con el aspecto de un pájaro inquieto, feliz por verse libre, se despidió ruidosamente, descendiendo con otros amigos para la ciudad próxima.

Comenzó, entonces, para la villa Veturio un hermoso período de armonía y restauración.

Tres noches por semana, el palacio era engalanado con música primorosa y sana conversación. Mientras Livia y Blandina cantaban al son de las arpas y laúdes, Taciano y Basilio hablaban de Hermes y Pitágoras, Virgilio y Ulpiano, en preciosos torneos de inteligencia.

Semanas y semanas de felicidad corrían, céleres, cuando Teódulo regreso a la hacienda, trayendo noticias.

Helena dirigía al esposo una larga carta, comunicándole la determinación de permanecer en Roma, por algunos meses, no solo para satisfacer al genitor enfermo, sino también para solucionar el problema de la hija. Galba, fatigado de placeres, parecía dispuesto a desposar a Lucila. Era simple cuestión de tiempo.

Taciano no presto la menor atención al asunto y paso a dispensar al preferido de Opilio glacial tratamiento.

Teódulo percibió la frialdad y juro vengarse.

Astuto y malicioso, comprendió que entre el marido de Helena y la hija de Basilio existían los más extraños lazos de afecto e imaginó las relaciones más íntimas, según los pensamientos oscuros de que se alimentaba.

Se abstuvo de cualquier visita personal al filósofo, pero informado de que el viejo y la joven se ausentaban

de casa, una noche por semana, con destino ignorado, los acompañó, sutilmente, cierta fecha, viniendo a saber que ambos eran cristianos, frecuentando discretamente el culto detestado. Guardó secreto y entró en régimen de gran reserva y no menor aislamiento, apenas comunicando a Taciano que traía órdenes de Veturio para viajar entre Lión y Roma, mientras Helena estuviese en el domicilio paterno, tantas veces como se hiciesen necesarias.

La vida proseguía sin sorpresa y sin saltos.

El hijo de Varro, nuevamente feliz, no sospechaba que el dolor le sitiaba el destino, con dureza implacable.

III

Almas en sombra

No lejos de las Termas de Trajano, en pleno corazón de la antigua Roma, vamos a encontrar una soberbia villa en fiesta.

La matrona Julia Cembria recibe a los amigos en la intimidad.

El aire del ambiente está embalsamado de caprichoso aroma.

Excelentes danzarinas, al son de las músicas envolventes, ejecutan en el centro del caprichoso jardín bailes extraños y eróticos que los convidados, a lo largo de plantas verdes y floridas, acompañan con lascivia y encantamiento.

La anfitriona era viuda del famoso jefe militar que, muriendo en las campañas de Maximino, le había legado mucho dinero, muchos esclavos y la villa palacio, donde el esposo fallecido tenía el placer de cultivar plantas y flores del Oriente. El recinto, por eso mismo, obedecía al más fino buen gusto. Entre largos macizos de flores bien trazados, bajo la forma de “lunas crecientes”, arbustos, fuentes y bancos de mármol trazaban cuadros de regia belleza.

La viuda sin hijos parecía interesada en vengarse de la Naturaleza que, impiadosa, comenzaba arrugarle el rostro, y luchaba por conservar la juventud en placeres bien pagados, rodeándose de jóvenes gozadores de la vida, tal vez para consolidar en los otros la impresión de

su victoria permanente de mujer inconformada, ante la vejez.

Entre frases cuchicheadas y carcajadas alegres, encendidas por el vino abundante y claro que era servido en los entreactos de los variados números artísticos, deparamos en una joven de lindo porte, que en compañía de algunas amigas participa del brillante sarao.

Es Lucila, que experimenta el ansia de libertad, en la floración de sus primeros sueños juveniles, intoxicada por la sed de aventuras en la comunión con la sociedad romana de su tiempo. Sabe que la genitora le destina la mano de mujer al tío vicioso que no le inspira amor, se reconoce incapaz de huir a las determinaciones del abuelo que le reclama el sacrificio femenino a fin de preservar la propia fortuna y, en razón de eso, insensata y fútil, se entrega al desorden, como si pudiese huir de sí misma.

Encontrara, en la víspera, al insinuante Marcelo Volusiano que, por referirse a las Galias, le despertó, de inmediato, la atención. Desde el instante en que fue presentada a él por la vieja amiga en el anfiteatro, se despreocupó enteramente de lo que pasaba en la arena. Toda su atención se concentró en él. Y tan gran afinidad se estableció entre ambos que la joven no vaciló en favorecerle el ingreso a la fiesta de Julia, movilizando, para eso, las propias relaciones.

Marcelo, plenamente distraído de los lazos que le prendían a la familia distante, se rendía a la tentación de nuevas aventuras.

La voz suave y los gestos voluptuosos de Lucila, la palabra sonora en que predominaba el deje de los romanos habituados al mundo galés, le habían cautivado el corazón.

Encantado, consiguió acceso a la villa de Cembria y, al lado de la nieta de Veturio, en un banco rodeado de granados de Siria, le hablaba a los oídos extasiados:

- Realmente viajé a través de los más expresivos paisajes del Ródano, entre tanto, estaba lejos de adivinar que encontraría aquí la más bella flor de la juventud latina. Dulce Lucila, ¿cómo arrojarme a tus pies y adorarte? ¿Con qué palabras te expresaría la emoción y la alegría que me poseen?

Mientras la joven, embriagada de júbilo, se le rendía a los cariños, mirándolo lánguidamente, el arrojado conquistador continuaba con fascinante inflexión de ternura.

- ¿Qué importa que nos aproximemos, más íntimamente, uno al otro, si nos sentimos, desde ayer, envueltos en la misma onda de confianza y cariño? La vida es apenas el minuto de felicidad que respiramos entre las sombras del pasado y las sombras del futuro... ¡Todo es siempre el “ahora” maravilloso!... Mi diva celeste, ¡no ensordecas a la milagrosa llamada del amor!

Ante los ojos suplicantes del muchacho, la joven balbuceó, entre la alegría y la inquietud:

- Comprendo tus ansiedades que son iguales a las que pueblan mi alma... ¡Traes para mí alguna cosa que he esperado ansiosamente! Entre tanto, Marcelo, ¿no será justo consultar el tiempo?

- ¡Ah! ¡El viejo Cronos! – suspiró el mozo contrariado – ¡mi pasión jamás sabría oírlo!... No te referirías a él, si hubieses descubierto en mí el deslumbramiento con que tu presencia me envuelve...

- ¡No te expreses así! Te recibo en calidad de héroe de mi primer amor, con todo, te pido!... ¡Tengamos

calma! ¡No nos perturbemos! ¡Recurramos a la inspiración de los dioses para que nos orienten los destinos!...

- ¿Los dioses? - habló el aventurero, después de sorber una nueva copa de vino - los dioses son los benefactores naturales de nuestra ventura... ¡Apolo, el renovador de la Naturaleza bendecirá nuestros sueños! ¿Habrá mayor alegría para la mirada de Venus que la de contemplar una ninfa como tu, a rivalizarla en belleza? ¡Ámame, divina! ¡Aplaca mi sed de afecto! He peregrinado mucho tiempo, en busca de tu mirada, que me habla de las estrellas distantes... ¡No cierres la puerta de la ternura que te enriquece el corazón al viajero que llega, fatigado, de tan lejos!...

La enlazó con venenosa caricia y Lucila se estremeció con el beso que buscaba su boca inquieta y risueña.

En la noche siguiente y en las noches subsiguientes, pasaron a las conversaciones ocultas en un ángulo aislado de los jardines de Veturio.

Transcurridos cuatro meses, en que la joven se mostraba profundamente modificada, Anacleta, por solicitud de Helena, se puso en alerta, descubriendo los encuentros nocturnos e identificando al rapaz.

Se informó acerca de Marcelo, viniendo a saber que era el afortunado jugador del circo, particular protegido de Claudio Lício.

En nombre de la señora, de cuyo hogar fue siempre gobernanta fiel, intento entrevistarse con el amigo lionés, para esclarecimiento, entre tanto, Claudio se hallaba ausente, acompañando a familiares en viaje por España.

Alarmada, Helena cierta noche esperó a la hija, en sus aposentos particulares y, viéndola llegar a altas

horas, la interpelo severa, reprochándole el procedimiento incomprensible.

Estaba prometida al brío de Galba, conocía las responsabilidades que le competían en el círculo familiar, no ignoraba el objetivo de aquella larga permanencia en Roma y ¿cómo descendería al nivel oscuro de la mujer desclasificada? ¿Cómo se confiaba de aquél modo a un extraño, cuya procedencia podría ser la taberna o la cárcel?

La genitora esperaba que la moza, herida en el carácter juvenil, se justificase irritada, ajustándose a la enmienda precisa, pero con espanto, notó que la hija tambaleaba, arrojándose a sus pies.

Anacleto, atraída por la conversación en voz alta, penetró igualmente en la cámara, con evidente intención de ayudar.

- ¡Madre! ¡Querida madre! - sollozó la joven, consternada – socórreme, estoy enferma... ¡No me abandones!... Marcelo y yo nos amamos, nos pertenecemos uno al otro... ¡No me condenes a un casamiento que no puedo tolerar! Los dioses saben que no puedo...

Helena y la vieja amiga cruzaron una significativa mirada, como si recordaran la juventud distante.

-¿No puedes? – grito la genitora, indignada. – No permitiré ninguna interferencia de tu voluntad caprichosa en los planes de mi padre. Mandaré un emisario a Campaña para que tu tío retorne a casa inmediatamente. ¡Realizaremos las nupcias y explicaré a Taciano que tu casamiento deberá ser efectuado, a prisa, aquí mismo!...

La joven se abrazó a su cintura, en un gesto conmovedor, y murmuró angustiada:

¡No me acuses, si erré!... ¡Perdóname por amor a nuestros antepasados! Mas, no estoy sola... Seré madre en breve...

-¡Infeliz! – grito la hija de Veturio, como si estuviese poseída por un demonio de inconsciencia y desespero.

Y cuando alzaba el brazo para pegar a la joven, Anacleta, afligida y conciliadora, la detuvo el gesto, exclamando:

- ¡Cálmate, querida! Somos mujeres y debemos comprender...

La miró con austeridad y dulzura, como para imponerle benevolencia para con la niña, y continuó:

¿En cuántos hogares romanos están surgiendo problemas como este? ¿Seremos las únicas personas a sufrir la presente infelicidad? No creo que podamos solucionar ninguna cuestión grave sin el concurso de la paz.

Helena se abandonó a los brazos de la gobernanta, clamando en lágrimas convulsivas:

¿Que será de nosotros? ¡Me siento avergonzada, vencida!... ¡Tanto sacrificio para educar a una hija, tanta lucha para sustentar la maternidad!.. ¡Tanto esfuerzo para comprar tan oscuro resultado!... ¡Me vengaré sin compasión!...

Antes que la palabra de ella se hiciese más áspera, Anacleta rogó, afectuosa:

- Helena, contrólate.

Y, alterando el tono de voz, como para pedirle que recordase el propio pasado, aconsejó:

- ¿Quién de nosotros no habrá tenido peligrosos desvíos en la vida? Callémonos por ahora. ¡No provoques la presencia de tu padre, encanecido y enfermo, en este cuarto! Frases duras no corrigen faltas

cometidas. Si deseas amparar a tu hija, no pierdas la paciencia. Nadie auxilia por intermedio de la irritación. Si no puedes ayudar hoy a nuestra Lucila, procura el silencio, conversa contigo misma aguardemos el paso de las horas. Es posible que el mañana nos visite con el socorro deseado...

La señora, en llanto, acepto el consejo y se retiró, moralmente amargada, mientras a la vieja servidora acomodaba a la moza abatida, en el lecho, manteniéndose junto a ella, con devoción y bondad.

Anacleto parecía adivinar.

En el día siguiente, por la mañana, Teódulo llegaba a la metrópolis, procedente de León.

Helena experimentó un inmenso alivio.

Encontró al confidente capaz de prestarle apoyo decidido.

Sin pérdida de tiempo, ambos mantuvieron a solas, demorado coloquio en un compartimiento aislado. Mas, después de llorar en exceso, poniendo al amigo al corriente de la verdadera situación en casa, la matrona, asombrada, oía de él la descripción de lo que ocurría en la provincia.

El agente de Veturio, animando todo lo posible su versión personal de los hechos, la informó de que no alimentaba ninguna duda sobre la infidelidad conyugal de Taciano, aseverando que él y Livia se amaban, perdidamente. Pintó la villa dominada por esa nueva mujer que le conquistara, no solamente el corazón del marido, sino también el de la hija, porque Blandina vivía en el hogar como si ella fuera pupila subordinada. Contó que el viejo filósofo debía ser algún conspirador disfrazado, explotando los dotes de la joven, por cuanto él, Teódulo, estaba convencido de que el inteligente

anciano recibía grandes sumas de la bolsa de Taciano, con el fin de silenciar y concordar con la deplorable situación, acentuando también que padre e hija no pasaban de ser unos embusteros de las secta de los nazarenos.

La interlocutora anotó las informaciones con la expresión de una leona herida.

Levantó los brazos para lo alto, invocando la maldición de los dioses sobre todos los que le perturbaban la tranquilidad doméstica, pero reanimada, de algún modo, por los cariños que el amigo le dispensaba, suplicó al intendente de Opilio la orientase en sus decisiones.

Primeramente – consideró él, sagaz – se hace necesaria una completa inspección al seductor de Lucila. ¿Estará casado? ¿Poseerá vienes apreciables? ¿Estará en condiciones de competir con nuestro Galba, en la dote del matrimonio? Sintiendo la delicadeza del asunto, me propongo observarlo. Comenzaré la tarea, hoy mismo. Tengo amigos en el anfiteatro. Hallarlo en persona no será tan difícil. Y, encontrándolo, intentaré conquistar su confianza, porque después de la confianza, el vino hará el resto... Naturalmente, le biografaré, como se hace necesario. Veremos, entonces, la conveniencia de aceptarle la alianza...

- Pero, ¿y si él fuera un desclasificado como creo?
¿Si fuera un criminal con la capa de un hombre distinto?

- En esa hipótesis, ¿qué desearías que se hiciese?
– indagó Teódulo, con una larga sonrisa en los labios.

Helena desvió en las órbitas los bellos ojos felinos y respondió, franca:

Mi venganza es la destrucción. La muerte es el remedio de las situaciones irremediables. No dudare. Tengo bastante veneno para limpiar el camino...

Ambos pasaron al examen de varios pormenores del sombrío plan que naciera de la conversación y, con siniestras perspectivas, el amigo incondicional de la matrona visitó el anfiteatro, con el pretexto de asistir a los ejercicios de la escuela de gladiadores.

No tuvo dificultades para volver a ver a antiguos compañeros, de entre los cuales Sétimo Sabino viejo jugador que, llevado con habilidad, afirmó conocer a Marcelo y prometió presentarlo mas tarde, en aquél mismo día.

El joven estaría en un sarao, en casa de Aprigia, danzarina afamada, que solía congrega a muchos hombres de una sola vez, en torno de la propia belleza.

En efecto, a la noche, Sabino y Teódulo conversaban en el salón iluminado de la residencia de la singular mujer que se instaló al pie del Tibre, cuando Volusiano entró, con el semblante cargado.

Parecía triste e inquieto.

Sétimo, interesado en servir al compañero, no perdió tiempo. Atrayéndolo con una sonrisa acogedora, le ofreció un lugar en la mesa.

Teódulo y el recién llegado entraron en animada conversación sobre gladiadores y arenas, y verificándoles la intimidad que se hiciera espontánea, Sabino se retiró, justamente cuando las primeras copas comenzaron a aparecer, frescas y abundantes.

A solas con el muchacho, el enviado de Helena, adivinando su amargura, después de beber por algunos minutos, aparentó mayor avidez por el vino y exclamó:

- ¿Qué sería del mundo si los dioses no nos diesen que beber? ¡Modificar nuestra alma en una copa, he aquí secreto de la felicidad! ¡Sorbamos el vino para que el vino nos absorba!

Marcelo halló gracia en el refrán y mostró una forzada sonrisa, acentuando:

- Es la pura realidad. En una noche negra como esta, beber es huir, aliarse, olvidar...

Sumergió los labios en la copa rebosante y, al verle los ojos traslucidos, Teódulo aventuró un sondeo, sutil:

- Procuero también huir de mi mismo... Nada existe más doloroso que un amor infeliz...

- ¿Un amor infeliz? – consideró el interlocutor sorprendido – no puede ser más infortunado que el mío... Me veo en un oscuro laberinto, debatiéndome sólo, completamente sólo...

- Si algo puedo hacer, dispón de mí.

Y, disfrazando la ansiedad que lo dominaba, el intendente de Veturio indagó:

-¿Vives en Roma hace mucho tiempo?

Lejos de sentirse examinado, Volusiano, tal vez en el incontento deseo de asociar a alguien a los problemas que lo torturaban, se desahogó:

Soy romano, con todo, estuve distanciado de la capital mucho tiempo. Cruce el Mediterráneo en varias direcciones y llegué de la Galia Narbonense hace meses. Vine con el propósito de dar nuevo rumbo a la existencia, entre tanto, los inmortales no me permitieron la transformación a la que aspiraba...

Marcelo tragó un sorbo más y prosiguió:

Una belleza irresistible me fascinó. No tuve fuerzas y la ame frenéticamente... Mi diva, sin embargo, mora tan alto, tan alto que, aún ahora, por más que la

esperase, no consiguió descender para olvidarme de los brazos fríos...

- ¿Se trata, entonces, de una Venus tan rara?

- Si – suspiró el mozo, caminando para la embriaguez -, es una belleza que me ahoga la conciencia y me consume el corazón.

- ¿Es de aquí?

- ¡Oh! ¿Quién podrá conocer el origen exacto de una diosa? Es una paloma tímida. Habla poco de sí misma, probablemente con recelo a que nos destruyan la felicidad. Solo sé que reside en Lión, encontrándose ahora en prolongado reposo, junto al abuelo.

- ¡Ah! – consideró Teódulo, malicioso – ¿justamente de Lión? Vivo allá también, hallándome en la ciudad de servicio...

Volusiano mostró algún sobresalto en la mirada en la que aún fulguraban restos de lucidez, y habló, restringiendo la espontaneidad:

- ¡Qué coincidencia! Por allá me demoré algunas horas, antes de mi regreso a Roma.

Y como podría estar en la presencia de alguien con la posibilidad de conocerle los pasos en la retaguardia, experimentó el deseo de preparar la propia defensa para cualquier eventualidad y comentó:

- Imagina que la mala suerte es un ala negra sobre mis días. Era novio en Masilia de una joven que subió por el Ródano arriba, instalándose en Lión, con su viejo padre. Cuando la nostalgia me apretó el corazón, me dirigí a su encuentro, pero, con asombro, la descubrí unida a nuevos compromisos. Un bellaco de nombre Taciano la dominó completamente.

Teódulo, que ignoraba la experiencia conyugal de Livia, tomó las mentiras de Marcelo por verdades y, con

la voluptuosidad de un cazador delante de la presa, dijo en tono de admiración:

- ¿Taciano? Lo conozco mucho. Y por lo que dices creo identificar a tu novia galesa con la hermosa Livia que actualmente le distrae los ocios.

Sonrió con el aspecto de un amigo cariñoso y dijo:

- ¡Pequeño mundo es el nuestro! En cualquier parte vivimos agarrados unos a los otros.

El interlocutor, espantado, quiso retroceder en la conversación, pero temiendo las consecuencias de una fuga inoportuna, confirmó, desconcertado:

- Es el mismo. ¿Conoces, entonces, la especie de mujer a quien dediqué mi máxima confianza?

- Superficialmente. Apenas observé a la pareja, en paseos y conversaciones interminables, al pasar por la puerta del viejo afinador.

Reconociéndose ante la valiosa oportunidad para indagar, Teódulo inquirió, de golpe:

- ¿Y aquél extraño filosofo, casi tu suegro? ¿Será griego, egipcio, romano?...

- ¡No sé! – respondió el rapaz, manteniéndose en guardia – solo sé que es un antiguo liberto de la casa de Jubelio Carpo, con quien permanece aún empeñado en una gran deuda. Cierta día, me enfadó con una autobiografía poco interesante y soporífera, de la cual solamente conservé ese pormenor.

Notando que Marcelo comenzaba a ensimismarse, el compañero bajó la presión del interrogatorio, y acentuó:

- ¡Joven amigo, olvidemos el pasado! ¡Bebamos por el presente!... Si nuestras vidas se cruzaron en el día de ayer, ¿quién sabe si podré auxiliarte, de algún modo, en el día de hoy?

El joven pareció disminuir la desconfianza que lo estaba asediando y suspiró:

-¡Quién me lo diría! Tuve el infortunio de apasionarme por la nieta del opulento Veturio...

-¿Opilio Veturio? – atajó el interlocutor, fingiéndose perplejo.

- Si, si...

Aparentando entusiasta alegría, Teódulo acentuó:

- Lo conozco también. Te refieres, naturalmente, a la encantadora Lucila.

Maravillado con lo improvisado, Marcelo se desahoga en larga confidencia, explicando que se habituó a encontrarse diariamente con la joven, en un pequeño merendero del jardín, entre tanto, desconociendo el motivo, Lucila no acudía a los coloquios de costumbre, en aquella noche.

Se hallaba, por eso, desalentado, afligido.

Teódulo le dirigió frases reconfortantes y lo aconsejó que insistiera en la noche siguiente.

¿No era él amigo del viejo Veturio, desde la infancia? Y demostrando disfrutar de la intimidad de Helena, se ofreció para orientar alguna combinación susceptible para beneficiarlo.

Prometió entenderse, en el día inmediato, con la familia de la muchacha y recomendó a Marcelo que aguardase en el jardín, en el horario de siempre, donde estaría personalmente para darle las buenas nuevas.

Volusiano no cabía en sí de júbilo.

Conmovido, apretó las manos del protector, con efusiva satisfacción, y lo contempló, agradecido, como si estuviese delante de un semidiós.

Ambos, contentos, se acercaron a algunas mujeres alegres, admirando sus bailes exóticos.

Enseguida, se despidieron con cristalinas risotadas de viejos amigos.

Por la mañana, Teódulo buscó a Helena para informarla.

La señora escuchó el relato verbal, entre curiosa e indignada.

Al término de la minuciosa elucidación, habló con rabia:

- ¡Con que entonces era novio de la mujer que me invade la casa!... ¡Triste par de criminales natos! Ella me roba el esposo, él me pervierte a la hija. ¡Menos mal que aún estoy viva y sana para impedir nuevas víctimas!...

Esbozó una irónica sonrisa en la máscara fisonómica y preguntó al compañero:

-¿Qué sugieres?

- Helena, ayer mismo el asunto podría haber sido liquidado. Atravesamos juntos la corriente del Tíber. Él, desorientado por la embriaguez, podría haber caído en las aguas, durmiendo para siempre. Nadie dudaría de eso. Es un bellaco, que no ayuda a nadie. Todas las informaciones obtenidas en el anfiteatro coinciden en cuanto a él. Es un vagabundo, perezoso y ladrón en el juego fácil. Nadie sabe por qué había merecido el interés de Claudio Licio. Sin nombre, sin dinero, sin procedencia, ¿de qué modo competiría con nuestro Galba en un casamiento de tal monta? No deseaba, sin embargo, asumir ninguna responsabilidad sin escucharte. Procuré animarle la venida hoy para cualquier decisión. Naturalmente, actuaré, según tu voluntad.

La señora pensó, pensó y, después de una larga pausa, consideró resoluta:

- Hiciste bien. Me alegra la seguridad de tu fidelidad. Me nació ahora en el cerebro un plan eficaz, en

cuya ejecución Taciano será llamado a cuentas, con la eliminación de nuestros enemigos. Un viejo sórdido como ese Basilio del que me das noticias no debe reclamarnos tanta consideración, pero, para avanzar sin aborrecimientos, buscaremos a la familia de Carpo, para conocer la verdadera situación. Antes que nada, sin embargo, es indispensable alcanzar el objetivo más próximo. Volusiano morirá hoy mismo, en el merendero del jardín. Tengo los recursos adecuados para la copa, con que podrás complimentarlo a su llegada.

- ¿Y la muchacha? – preguntó Teódulo, impresionado con la audacia del proyecto.

- Ahora, ahora – esclareció la matrona, sin vergüenza -, el carruaje no escoge al pasajero. En cuanto a Lucila, no pasa de ser una muñeca ingenua. Olvidará la locura practicada y aceptará la realidad, agradeciéndonos, más tarde, la interferencia. El casamiento, por encima de todo, es un negocio. No admito que ella venga a preferir un vagabundo a un caballero de la estirpe de mi hermano. Me casé en obediencia a mi padre. Ahora, creo que ha llegado el instante en que debo ser obedecida.

Teódulo silenció.

Sería inútil argumentar con aquella voluntad férrea.

Mientras Anacleta auxiliaba a la joven enferma, Helena y el amigo pasaron el día reflexionando en el acontecimiento trazado para la noche.

Marcelo no faltó a la palabra.

En la hora justa, elegante y bien puesto, alcanzó el jardín, encontrando al supuesto benefactor de la víspera esperándolo en el aislado recinto verde, donde él y Lucila acostumbraban soñar.

Abrazó a Teódulo, imperturbable.

- Traigo el corazón latiendo en el pecho – dice el rapaz, lleno de ansiedad -; ¿acaso los dioses me favorecen?

- ¿Cómo no? – respondió cordial el intendente de Opilio – los inmortales nunca desprecian la juventud...

-¿Y Lucila? – atajó el recién llegado, impaciente.

- Ella y la madre vendrán a estar con nosotros. El abuelo desea que el asunto del casamiento sea cariñosamente examinado. Nadie se opondrá, para que los pichoncitos se entiendan y sean felices.

Marcelo se frotó las manos, contento, y comentó espontáneo:

...¡Oh! ¡La gloria al fin!... ¡El amor victorioso es una buena herencia!...

- Si, realmente – afirmó el amigo, con indefinible inflexión de voz -, recibirás la herencia que, naturalmente, será justo esperes de la vida.

El mozo miró las ventanas iluminadas del magnífico caserón y, volviéndose hacia el interlocutor, exclamó, encantado:

- ¡Oh! ¡Que despacio pasa el tiempo!... Teódulo, serás recompensado. ¡Te daré buenos caballos y una buena bolsa! Cuenta conmigo. ¡Soy el hombre más dichoso de la Tierra!...

Enlazado por Marcelo, que rebosaba de alegría, el compañero concordó, muy sereno:

- Si, gracias a los dioses, te veo en el lugar que te corresponde.

Pidió al rapaz aguardase unos instantes, y penetró en el interior doméstico, alegando la necesidad de comunicarse con las señoras.

Transcurridos algunos minutos, Teódulo reapareció con una bandeja de plata, en donde dos copas de

primorosa belleza rodeaban un gracioso recipiente de vino, diciendo a Volusiano:

- ¡Celebremos nuestro triunfo! Madre e hija no tardarán. En pocos momentos, las antorchas brillarán.

El líquido espumoso, invitaba, y el rapaz aceptó la copa que Teódulo le ofrecía.

-¡Por Dionisio, el protector del vino, de la Naturaleza y de la felicidad! – saludó el aventurero de Masilia, embriagado de esperanza.

- ¡Por Dionisio! – repitió el compañero sin pestañear.

Marcelo sorbió la bebida hasta la última gota, con todo, cuando intentó poner la copa en su lugar, sintió que un fuego indefinible le quemaba la garganta. Quiso gritar, pero no lo consiguió. Por algunos instantes, guardó la impresión de que su cabeza daba vueltas inexplicablemente sobre los hombros. No se aguantó más sobre las piernas y cayó desamparado en el florido piso de mármol, hiriéndose en la nuca.

Teódulo se inclinó para auxiliarlo, situándose en decúbito dorsal.

Pequeños ronquidos y gemidos escapaban de su pecho.

Clavó en el envenenador los ojos inyectados de odio y amargura, en medio de las sombras, e intentando expulsar la espuma sanguinolenta que le salía de la boca, preguntó con voz sumisa:

- ¿Por qué me matas...cobarde?...

- Esperabas la protección de los dioses – replicó Teódulo, cínico -, y la muerte es la herencia que los inmortales reservan a los hombres de tu calaña.

- ¡Malditos!... ¡Malditos!...

Esas fueron sus últimas palabras, porque en breve tiempo, se le tensaron los miembros y se le cadaverizó el semblante en una triste figura.

El asesino se apartó, ligero, al encuentro de alguien que lo observaba, detrás de un frondoso tilo.

Era Helena, que sonrió satisfecha con la información de que todo fue consumado.

Acompañó al amigo, hasta el minúsculo pabellón que las trepadoras adornaban y, a la claridad mortecina de una antorcha, contempló el cadáver aún caliente.

¡Era un bello hombre! – comentó, insensible – podría haber sido amado y feliz si hubiese sabido conservar los pies en el lugar en que nació.

Cruzó inolvidable mirada con el agente de sus decisiones, como si estuviesen sellando, sin palabras, un oscuro compromiso moral más, y se apartó...

Cuando la noche se hizo más avanzada, el propio Teódulo, con el traje característico de los esclavos de la casa de Veturio, abandonó el jardín conduciendo un fardo, en un gran carro de mano, comúnmente utilizado en los servicios de higiene.

Se apartó cauteloso, evitando el contacto con los transeúntes retrasados, y atravesó, aparentemente tranquilo, una vasta extensión de la vía pública, hasta alcanzar el margen del río.

Las brisas que soplaban del Tibre le balsamizaron el cerebro atormentado.

Allí descanso, preocupado y cismático.

La Luna menguante parecía una linterna inmóvil en el cielo, con el fin de observar su conciencia culpable...

Reflexionó detenidamente, mirando agobiado, el pequeño montón de carne fría a que Volusiano se reduciría...

Los misterios de la vida y de la muerte le fustigaron el espíritu. ¿Terminaría la existencia en el sepulcro? Horas antes, viera a Marcelo deslumbrado por la alegría de vivir. Aquellas manos, sin embargo, que el observara nerviosas y calientes, estaban ahora heladas e inertes. La boca habladora se le quedó áspera. ¿Algunas gotas de veneno consiguieron eliminar a un hombre para siempre?

Una dolorosa inquietud le afloró en el alma.

¿Habría justicia en el aniquilamiento del prójimo, si mayor investigación?

¿Estarían Helena y él en condiciones de reprobar a alguien?

Buscaba el remordimiento corroerle el pensamiento, con todo, le opuso resistencia.

Procurando huir de sí mismo, caminó hacia el Tibre, centralizó la atención en el cuerpo en las aguas movibles y durante largos minutos esperó una oportunidad para deshacerse de la carga.

Cuando una inmensa mole de nubes cubrió la Luna empobrecida, adensando las sombras a su alrededor, se levantó rápido y, descubriendo el cadáver, lo arrojó a la corriente líquida.

Enseguida, más aliviado, tomó el camino de vuelta a casa.

En el día inmediato, la víctima fue encontrada. Todavía, en el anfiteatro, en cuyos bastidores dejara numerosos amigos, ¿quién no recordaba que Marcelo vivía dominado, entre el vino y la aventura? Su muerte, por eso, fue interpretada como accidente sin mayor importancia, incluso porque los despojos fueron recogidos cerca de la casa de Aprigia, de cuya juventud y atractivos se hiciera fervoroso admirador.

La noticia se expandió rápida, no tardando en penetrar el domicilio de Veturio, donde la joven Lucila fue tomada por una intraducible angustia.

Helena, que contaba con los efectos del acontecimiento, la aisló en un cuarto particular, donde la moza, afligida y desilusionada, se rindió a deplorable depresión orgánica.

Por tres días, amparada por la genitora y por Anacleta, estuvo en absoluta inconsciencia, acercándose a la muerte.

Poco a poco, no obstante, emergió de la postración.

El vigor juvenil superó el abatimiento íntimo.

Sin embargo triste y desilusionada, Lucila volvió a alimentarse, recuperando los colores de la salud que le hermoseaban el rostro.

Y, percibiéndole las mejoras positivas, la hija de Veturio se posó de nuevo en el campo, ejecutando gradualmente del plan que le obscurecía la desalmada cabeza.

Pretextando la necesidad de atender a diversas solicitudes de amigos galeses, comunicó a Opilio la deliberación de realizar algunas visitas, pidiéndole informaciones sobre la familia de Jubélio Carpo.

El viejo se mostró desilusionado.

Le dijo que se trataba de un antiguo propietario rural, cuya casa se levantaba sólida, hacia muchos años, en Vía Pinciana.

Conocería a Jubélio en la juventud, más lo perdió de vista. Ignoraba su suerte y creía que la hija debía desistir de semejante búsqueda.

Helena, sin embargo, era demasiado decidida para desanimarse. Y tomando el carruaje, en compañía de Teódulo, buscó la residencia, siguiendo la indicación.

Recibidos atentamente, los visitantes fueron conducidos por un rapaz imberbe hasta un enorme salón, donde el jefe de la familia les ofreció agradable recepción.

El administrador de Veturio, expuso la finalidad que los llevaba hasta allí. Se refirió a la magnanimidad de Jubelio, que se transformó en benefactor de un amigo, extremando la presentación con preguntas respetuosas.

El anfitrión, que exhibía el rostro enrojecido de un hombre acostumbrado al uso y al abuso del vino, escuchó amablemente, y explicó:

- Debo decirles, ante de todo, que mis padres fallecieron, hace más de diez años. Soy Saturnino, el primogénito, y actual responsable de los negocios de la familia.

Ante una ligera observación de Teódulo, ensalzando la bondad de los genitores, habló sarcástico:

- Mis padres realmente fueron campeones de la emancipación indebida. Si fuesen llamados a gobernar, habrían empobrecido el Imperio Romano. Además, varias veces fueron acusados de nazarenos, porque la benevolencia en ellos era cualquier cosa semejante a la locura.

Los recién llegados comprendieron, de pronto, con qué especie de comerciante iban a entrar en contacto.

El empleado de Opilio aventuró una pregunta sobre el viejo afinador de Lión, a lo que Saturnino dijo apresurado:

- De los registros en nuestro poder, sé que Basilio, esclavo de nuestra casa, fue apartado de las obligaciones habituales, bajo compromiso, como algunos otros servidores cuyo paradero desconocemos.

Estampó una enigmática sonrisa y acrecentó:

- Nuestros intereses han sido vilmente explotados. Hace más de diez años que vengo procurando corregir grandes errores y suspender clamorosas usurpaciones.

Imprimiendo inmensa dulzura en la voz, Helena pondero, muy calmada:

- Reconozco que no tendremos ninguna dificultad para un buen entendimiento. Ocurre que Basilio, hoy viejo, es nuestro valioso cooperador en la Galia Lugdunense. Muchos servicios debemos a él y tanto se aflige nuestro admirable colaborador con los débitos del pasado, que prometemos hacernos cargo de la deuda.

Los ojos de Saturnino se iluminaron de súbito.

Con inequívocas señales de ambición y alegría, respondió, entusiasmado:

¡Por Júpiter! ¡Aún existe honestidad en la Tierra! Es la primera vez que encuentro un deudor preocupado en auxiliarnos. No opondremos ningún embargo a la transacción. Basilio será definitivamente liberado.

Rugó permiso para apartarse algunos instantes y, después, trajo consigo la documentación existente.

Los visitantes no regatearon.

Saturnino adjuntó a la importancia legal significativa cuantía de ganancias, y Teódulo, a una señal de la compañera, pagó todo el dinero, sin pestañear.

En la posesión elementos comprobatorios del rescate, los dos se retiraron y, en el camino, Helena se dirigió al compañero, explicando:

- Ahora, tenemos al viejo patán en nuestras manos. Él y la hija, no se nos escaparán. Mi plan está progresando regularmente. Avancemos hacia los nuevos hechos. Combinaré con mi padre tu regreso inmediato a la colonia. Serás el emisario de una carta mía a Taciano,

implorándole la venida urgente a Roma, en compañía de Blandina. Pondré como pretexto la enfermedad de Lucila, que pintarás para la imaginación de él como estando en proceso de muerte gravativa. Estoy convencida de que mi esposo atenderá. Calcularemos el tiempo preciso para volvernos a Lión, antes que él pueda cruzar las aguas. Llegando aquí, no nos encontrará, ya que instruiré a mi padre a fin de justificar nuestro retorno precipitado, por consejo médico, en una tentativa suprema de salvar a la enferma. Nos hallaremos, así, en Lión, suficientemente desembarazados para el trabajo punitivo. Conseguiré algunas cartas importantes para incentivar la persecución a los nazarenos y podremos presentar al afinador como esclavo huido y revolucionario peligroso. Agitaremos a las autoridades gubernamentales. Con la documentación que poseemos, el filósofo y la hija están naturalmente liquidados.

Meditó cabizbaja, por algunos momentos y concluyo:

Así, cuando Taciano y Blandina estén de regreso a casa, serán sorprendidos por el servicio ya terminado.

El amigo, espantado, concordó, presto:

- Efectivamente, el proyecto está perfecto.

Helena silenció.

Teódulo la miró asombrado, sin saber si era invadido por la admiración o por el miedo.

En breves minutos, el carruaje aparcó antes los jardines de Veturio.

Anocheecía.

El crepúsculo se pintaba de espesa neblina, semejante a la nube moral que envolvía a aquellas almas en sombra.

IV

Sacrificio

En Lión, se mantenía la paz inalterable.

La ausencia de Helena perduraba, por más de doce meses, todavía, Taciano, con sorpresa para el mismo, se sentía bien dispuesto y feliz.

Acontecimientos expresivos habían modificado la faz del Imperio.

Décio murió y el cetro imperial fue empuñado por Galo, que pasó a gobernar el mundo romano con deplorables espectáculos de inconsciencia y depravación. Orientadores y magistrados, guerreros y políticos parecían dominados por la decadencia moral, extendiéndose arrasadora.

Una terrible epidemia comenzara a labrarse en todas las provincias.

La peste surgió en una fiesta en Neocesaría y por todas partes se decía que la enfermedad maligna era fruto de la fetichería cristiana.

Sacerdotes de las divinidades olímpicas, valiéndose de la ocasión, procuraban sembrar la superstición, expandiendo la noticia de que los dioses flagelaban al pueblo, combatiendo la mistificación nazarena, que se extendía invariable.

Por esa razón, las oraciones colectivas eran alimentadas en los santuarios, día y noche. Numerosos templos se abrían a la caridad, acogiendo a los enfermos y a los agonizantes.

Sacerdotes de Júpiter, de Cibele y de Apolo se reunían en oraciones, implorando la asistencia y el

socorro de Esculapio, en cuyos altares los galos y las serpientes se multiplicaban para los sacrificios ofrecidos.

Con todo, al lado de la unificación de los cultos y de los creyentes, en torno del dios de la Medicina, el odio al Cristianismo se recrudecía.

Edificios piadosos volvían a sufrir lapidaciones e incendios. Los seguidores de Jesús, con más rigor, eran apedreados, presos, expulsados o exterminados sin compasión.

Taciano, que jamás se modificó espiritualmente, aunque enmudeciese en cuanto al Evangelio, en homenaje a la memoria del padre, en lo íntimo consideraba justo el nuevo movimiento de represión.

Ignorando deliberadamente lo que ocurría fuera de los muros domésticos, a pesar de que el filósofo y la hija ocultaran el corazón sangrando de dolor, dividía el alma entre la hija y los dos amigos, considerándose el más feliz de los mortales.

Sintiéndose revivir, parecía buscar en el amor, plenamente vivido en espíritu, bendecida fuente de energía y nuevas fuerzas.

Reflexionaba sobre la conveniencia de que la esposa se demorase, indefinidamente, en Roma, para garantizar la felicidad de ambos, cuando Teódulo llegó de la ciudad imperial, con visibles demostraciones de ansiedad, trayéndole la carta en que la compañera le suplicaba la presencia inmediata.

Helena parecía volcar todo el corazón en la larga misiva.

Le notificaba que, no obstante deseosa de volver a casa, luchaba con la ingrata molestia de la primogénita que los médicos aseguraban en las proximidades del túmulo. Lucila empeoraba, día a día. Le imploraba, por

eso, que fuese a su encuentro, llevando a Blandina. Describía, conmovedoramente, los momentos críticos de su preocupación maternal. Se encontraba, sola. Galba, el tío y novio, permanecía en la Campaña, atendiendo intereses particulares, y Anacleta padecía inevitable agotamiento. El propio Veturio, exhausto y abatido, le rogaba olvidar los sinsabores del pretérito, ya que lo aguardaba, no como suegro y sí como padre, con los brazos abiertos.

Taciano se sentía excesivamente distanciado de Helena y Veturio para llorar por ellos, entre tanto, la perspectiva de perder a la hija enferma le dolía en el corazón.

Las lágrimas le brotaron en los ojos, mientras meditaba en aquella primera flor de sus ideales de paternidad.

¿Que haría él, genitor responsable de la joven pronta a morir? Lucila creciera, absorbida por los caprichos maternos. Efectivamente, él nunca se dispuso a dedicarle mayor atención.

¿No sería razonable compensarla, ahora, con algún cariño?

Todavía, le repugnaba la expectativa de cualquier reencuentro con el suegro y la vuelta de Helena no le infundía el mínimo placer.

En balde, Teódulo le aguardó la palabra.

Después de una prolongada espera, observó desilusionado:

- Traigo noticias poco alentadoras de la joven Lucila y...

- Ya sé – interrumpió Taciano, secamente.

El agente de Opilio giró sobre sus talones y se apartó, mientras el interlocutor se dirigía a su gabinete

particular, meditando largos minutos, sin encontrar una solución para el enigma que lo atormentaba.

Al crepúsculo, en compañía de la hija, buscó la casa del afinador para examinar detenidamente el asunto.

La carta fue leída cariñosamente.

Livia palideció, pero procuró dominarse contra cualquier emotividad menos constructiva.

El mensaje de Roma le inquietaba el alma.

Aquellas palabras de la señora distante le imponían dolorosa convicción de que la afectividad de Taciano no le podía pertenecer. Inesperada amargura, cual si fuera avisada del infortunio próximo, le inundó su mundo íntimo. Quiso llorar convulsivamente, con todo, la serenidad paterna y la segura pulidez del hombre amado le imponían equilibrio.

Taciano comentaba, en voz alta, las dificultades que experimentaba para aproximarse al suegro...

Además, desde la mocedad no volvió a ver la metrópolis y le gustaría no volver allá.

¿No sería más aconsejable desatender la llamada?

¿Que adelantaría con su presencia, junto a la hija enferma, si Opilio, fuertemente adinerado, podría rodearla de médicos, enfermeros y servidores?

Blandina escuchaba la exposición, bajo evidente contrariedad, agarrada al cuello de la preceptora entristecida.

El anciano, sin embargo, le hablaba, con paternal ternura.

Percibiendo la incertidumbre e instado a pronunciarse, aconsejó, tranquilo:

- Pero hijo, existen obligaciones centrales, en el campo de los deberes comunes de nuestra vida.

Aquellas que se refieren a la paternidad son de aspecto esencial e inaplazable. No dudes. Si el viejo suegro te ofendió los bríos de hombre, disculpa y olvida. A los más jóvenes les corresponde atender a los más viejos y ampararlos. Deseo ardientemente que el Cielo nos favorezca con la cura de tu hija, pero si la muerte la recoge, sin el apoyo de tu cariño personal y directo, no te juzgues libre de la sombra del remordimiento que te acompañara como un verdugo sutil.

El patricio no respondió, sumergido en las reflexiones que le poseían el alma indecisa.

Lívia, con todo, intento fortalecerle en la decisión de no realizar el viaje, opinando:

- Papá, imaginemos que Taciano está inspirado por fuerzas de orden superior; supongamos que, efectivamente, no deba ir... ¿No será más justo confiarlo a la propia intuición? ¿Si él fuese sorprendido por algún desastre en el viaje? ¿Si adquiriese la peste sin necesidad?

El viejo movió la cabeza y respondió:

- Hija, en materia de bien hacer, pienso que nos compete seguir hasta el fin. Aunque el mal nos entorpezca; aunque la ignorancia nos traicione, admito que el deber nos reclama el esfuerzo personal en las mínimas fases de nuestra vida. Taciano tiene una hija enferma que la propia madre nos afirma que se acerca a la muerte. Ambas le suplican asistencia. ¿Qué derecho le asiste para esquivarse?

Dentro de la experiencia que los años le habían conferido al corazón, Basilio adujo, después de una breve pausa:

- Si fueses tú la esposa atormentada por la aflicción, ¿disculparías su ausencia?

La joven desistió de argumentar, pero Blandina, imprimiendo buen humor a la escena íntima, interfirió preguntando:

- Papá, ¿por qué no llevamos al abuelo Basilio y a Livia con nosotros? ¿No podríamos viajar los cuatro juntos?

El anciano le acarició los cabellos aterciopelados y oscuros y observó alegre:

- ¡No, Blandina! Un largo viaje no puede ser acontecimiento para todos. Quedaremos a la espera. Cuando vuelvas, tendremos nuevas músicas. Es posible que regreses trayendo un arpa nueva. Naturalmente, la madrecita verá tu progreso artístico y ella te compensará el esfuerzo con un moderno instrumento... ¿Quién sabe?

La pequeña sonrió, orgullosa.

Dulces melodías adornaron los sueños de aquellas cuatro almas afines, que jamás se separarían, obedeciendo a la propia voluntad.

Taciano pidió a Livia que cantase el himno a las estrellas que les había proporcionado el primer encuentro y la joven atendió el deseo, repitiendo la canción, con emotividad y belleza.

Había en el hogar una sensación de encantamiento, mezclándose, sin embargo, de infinita amargura...

A excepción de Blandina, cuya risa fácil denunciaba la despreocupación infantil, los demás parecían interesados en poner en el rostro la máscara de una tranquilidad en absoluto desacuerdo con los aflictivos presagios que les invadían los corazones.

El yerno de Veturio nunca se mostró tan sensible al despedirse.

Prometió a Livia el retorno, rápido.

No se demoraría.

Ya que la jornada se imponía, inaplazable, partiría en el día siguiente, con el propósito de satisfacer apenas las obligaciones estrictamente necesarias.

Que ella no temiese. Pretendía estudiar con la esposa una separación honrosa. Aunque no pudiesen disfrutar, Livia y él de la ventura nupcial, deseaba consagrarse al bienestar de ella y de Basilio, a quien estimaba como padre.

Un sitio apacible en las proximidades era el ideal del momento.

Estaba convencido de que Helena, después que se realizase el casamiento de Lucila, en el caso de que la enferma consiguiese recuperarse, preferiría el mundo romano, en compañía de Teódulo, en vez de con él, Taciano se hallaba decidido a modificar la propia situación en la familia.

Restituiría, entonces, la propiedad al suegro y se iría por Blandina hacia algún lugar en que pudiesen vivir todos juntos.

Se sentía joven, robusto.

Podía trabajar con más intensidad.

Nunca perdió la brillante forma física, en razón de los ejercicios a que se devotaba con los esclavos de su casa, algunos de ellos excelentes gladiadores.

¿Por qué temer al futuro, cuando todo le favorecía los deseos?

Mientras Livia le señalaba los planes, desalentada, Blandina seguía la conversación, con los ojos fulgurantes, asegurando que ninguna fuerza conseguiría contrariar las afirmaciones paternas.

Abrazos y palabras afectuosas fueron intercambiadas.

Con todo, cuando Livia notó que la figura de Taciano, enlazado a la hija, se perdía en las sombras de la arboleda próxima, dejó que lágrimas calientes y abundantes le inundasen los ojos... Irreprimible angustia le asfixiaba el corazón, como si estuviese condenada a distanciarse de ellos para siempre, de modo a no verlos nunca más...

Pasaron los días, entre nostalgia y esperanzas, en la florida casita de Lión, cuando con inmensa sorpresa para Villa Veturio, Helena llegó, en compañía de la hija y del hermano, haciéndose también acompañar por Anacleta y por un reducido séquito de servidores.

Lacila estaba en plena convalecencia. Galba, el novio juicioso, la rodeaba de atenciones.

En el hogar de Basilio, el inesperado acontecimiento fue cogido con gran extrañeza.

La señora llegó a la ciudad, con la comitiva de Octavio Ignacio Valeriano y de su esposa Clímene Augusta, que se demorarían en las Gálias, en misión oficial.

Valeriano era un soldado valiente y astuto, que se había distinguido en Mésia, donde perdió cuatro dedos, en un combate con los godos. Venía, en la condición de legado especial, con el fin de inspeccionar la ciudad y liberarla de elementos subversivos.

El gobierno de Treboniano Galo esparció enviados de esa naturaleza en muchas direcciones.

Las localidades más importantes de las Gálias les soportaban su presencia.

Llegaban, rodeados por la adulación de los mayores que les prometían dádivas particulares a cambio de favores políticos, comenzando por fiestas espectaculares y acabando por deplorables extorsiones.

Emprendían largos interrogatorios, con el pretexto de examinar el Imperio contra infiltraciones revolucionarias, conservando, sin embargo, el objetivo oculto de perseguir a los cristianos y despojarlos de sus pequeñas o grandes economías.

Los hijos del Evangelio eran, entonces, duramente probados en la fe. Muchos que aún se aficionaban a los propios haberes abandonaban la Buena Nueva, pagando elevadas cuotas a la salvación y cambiándose de morada, más o menos favorecidos de la suerte o los que se reafirmaban en la confianza en Jesús se rendían a la muerte o a la cárcel, con la renuncia a toda la propiedad particular.

Un embajador de esa especie, por tanto, pasaba a ser admirablemente favorecido por largos recursos, enriqueciéndose con el dinero que recibía para acusar o exiliar, para condenar o silenciar, haciéndose, por eso, el centro natural del odio y de la intriga, de la perversidad y de la delación.

Galo eligió ese medio para ayudar, inescrupulosamente, a los compañeros de campaña militar, considerando que en Roma los cofres exhaustos no ofrecían ningunas perspectivas de presa fácil.

La sociedad lugdunense percibía eso y, recelando complicaciones con el Emperador, acudía en masa, con el fin de elogiar a su representante.

Varios días de fiesta le solemnizaron la llegada, y Helena, que supo atraer la intimidad de Clímene, durante el viaje, fue la primera dama de la ciudad que ofreció un rico banquete al ilustre matrimonio.

Los salones de la aristocrática residencia se abrieron, luminosos, como en el pasado, señalando un inmenso éxito.

Basilio, preocupado, no sabía como explicarse a sí mismo los hechos en curso.

¿Por qué motivo la esposa de Taciano escribió una carta que parecía desmentir los acontecimientos?

El anciano y la hija en balde pesquisarón la llave del enigma.

Relegados al margen, desde que Blandina y el padre se habían ausentado, no huyeron al culto de la gentileza, y terminadas las festividades del palacio, intentaron una visita respetuosa y cordial a la señora, que se negó a recibirlos.

Teódulo, un tanto desconcertado, presento excusas en nombre de Helena, comunicando que procuraría padre e hija, en el día inmediato, para un entendimiento particular.

El afinador y la joven regresaron, intrigados, bajo una inquietante decepción.

¿Qué habían hecho para merecer un desprecio tan grande?

La genitora de Blandina siempre fue recordada entre ellos como persona digna de la más alta consideración. Nunca le habían herido el nombre, ni en pensamiento.

¿Por qué razón les imponía tan incomprensible hostilidad?

A la mañana siguiente, sin embargo, el filósofo y la hija fueron aún más dolorosamente sorprendidos.

El intendente de Opilio vino al encuentro de ellos y enseñó la documentación de la deuda comprada, alegando que los Carlos estaban emparentados con la familia Veturio y que Helena, consciente de que la pequeña Blandina tomaba lecciones en casa del afinador, no vaciló en pagar el enorme debito, atendiendo

a reclamaciones de familiares, exigiendo, con todo, urgente reembolso.

Basilio empalideció.

Aquello era un convite a la subordinación o una proclamación de cautiverio.

¿De que le valían, ahora, las luchas de una corta existencia? ¿Por qué vivió tantos años, creyéndose libre, hasta la suprema dedicación por la hija que el Cielo le confiara, con el fin de encontrar en la proximidad del sepulcro el fantasma de la esclavitud?

Se le nublo la cabeza, buscando en la conciencia recta el mejor medio de equilibrarse con el mundo y con la vida.

Sufrió innumerables privaciones y dificultades en el recorrido de la extensa peregrinación terrena, pero ninguna así tan angustiosa como la de aquella hora en que se vanagloriaba el caballero de cualquier humillación.

Comprendió todo.

La señora debía odiar su presencia.

Probablemente, supiera en Roma que Taciano y la hija se les habían encariñado al hogar humilde y se consideraba tal vez hurtada en sus afectos.

Llevo la diestra al corazón descompasado, en mientras las lágrimas le corrían sobre las gruesas arrugas.

Livia percibió su aflicción y corrió a ampararlo.

El viejo la abrazó, en silencio y, después, con humildad, suplicó a Teódulo la concesión de algún tiempo.

Deseaba aguardar el regreso de Taciano para entenderse con él, con relación a la cuestión.

El enviado de Helena, no obstante, se mostró inflexible.

El problema no podría ser aplazado más allá de una semana. Determinado portador retornaría a la metrópolis imperial, llevando el dinero que Opilio Veturio desembolsara.

El anciano, confundido, insistió para que la genitora de Blandina le concediese la gracia de una audiencia, pero el administrador no le dio esperanza.

Helena no cedería a ningún entendimiento con plebeyos, siervos o deudores.

Sin saber qué hacer, Basilio declaró finalmente que visitaría a algunos amigos prestigiosos con el objetivo de estudiar la inesperada exigencia, prometiendo una solución tan próxima como le fuese posible.

A solas con la hija, examinó, angustiado, el problema que el destino le proponía.

Se reconocía extenuado.

Jamás obtendría recursos compatibles con la necesidad del rescate.

Por más que buscara la joven consolarlo con observaciones de cariño y ánimo, no conseguía sustraerse al abatimiento que lo dominaba.

Convencido de que los únicos benefactores, capaces de auxiliarlo en la travesía del obstáculo, serían los compañeros de la actividad cristiana, en la noche del mismo día procuró la sencilla residencia de Lucano Vestino, antiguo presbítero refugiado en un caserío donde se reuniría una asamblea de oración.

Basilio y la joven no imaginaban, siquiera, que Teódulo los seguía a escondidas. Localizando el paradero en que los cristianos se congregaban, el

intendente volvió a la hacienda, ideando planes para iniciar la prueba judicial.

La reunión evangélica, en el domicilio de Vestino, se caracterizaba por indefinibles aprensiones.

Apenas veinte compañeros participaban del culto.

Muchas familias, aparentemente dedicadas al Evangelio, habían huido, temiendo la presencia de Valeriano.

La iglesia de Lión, tantas veces amargamente probada, conocía la extensión de la violencia romana.

Entre los prosélitos que no habían desertado, comenzaron a surgir manifestaciones de abandono.

Por esa razón, solamente los espíritus bastantes valerosos en la fe se animaban a enfrentar la nueva persecución que se extendía, infalible.

Vestino, tomando la palabra, formuló una sentida oración y leyó, en las anotaciones sagradas, la excelsa recomendación del Señor: - "No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí". (12)

Meditando el versículo, levantó la voz y comentó, inundado de confianza:

Amigos míos, creemos que la hora es de las más significativas para nuestra familia espiritual.

Simpatizantes de nuestra causa, funcionarios del Gobierno, nos avisan que la opresión estallará, cruel.

¡Nuestra fe, tantas veces sellada con la sangre de nuestros antepasados, probablemente nos reclamará el testimonio de sacrificio!

¡Miremos para la vida más alta!

Cuando el Maestro nos convidó a la fortaleza, nos prevenía referente a las tribulaciones que nos sitiarían en el tiempo.

(12) Evangelio del Apóstol Juan, 14:1.- (Nota del Autor Espiritual)

Los hijos de la ignorancia y los adoradores de las divinidades sanguinarias, que aceptan ofrendas de carne viva, podrán disfrutar del dominio terrestre... Gozarán en carros de oro y púrpura, embriagados de placer, a la manera de locos que se regocijase, inconscientes, sobre cadáveres amontonados, para despertar, más tarde, bajo el látigo ardiente de la verdad, que los acecha en la muerte.

Pero nosotros, los servidores convidados a labrar, con el Señor, el empedrado suelo de la miseria humana, ¿podríamos, acaso, aguardar el descanso?

Desde el día en que se levantó la cruz en el Calvario para el Enviado Celeste, otro camino de resurrección no se reservará para nosotros mismos.

Hasta Cristo, los dioses bárbaros poseyeron el mundo. Los templos eran casas de negocio con los genios infernales. Un palomo sacrificado, un carnero muerto o las vísceras calientes de un toro constituían oblações, a cambio de favores de orden material.

Con Jesús, sin embargo, somos llamados a construir el reino glorioso del espíritu. El Cielo descendió hasta nosotros, las tinieblas que nos encarcelaban el raciocinio en los círculos estrecho de la animalidad inferior fueron rotas y la dignidad del alma humana se reveló divina, mostrándonos su belleza eterna.

No admitamos que el Cristianismo esté en la víspera de terminar el apostolado entre las criaturas.

Cristo no es exclusividad.

Mientras haya un gemido de criatura desventurada en la Tierra, la obra del Señor nos pedirá el servicio y la renunciación...

Por eso, mientras nuestros hermanos más débiles huyen a la declaración de la realidad y mientras los

menos convictos caen en el logro infeliz de la incredulidad y de la duda, marchemos, sin miedo, en la certeza de que el mundo espera por nuestro concurso de sudor y martirio, con el fin de restaurarse en sus cimientos sublimes...

Por más de dos siglos, lloramos y padecemos.

Nuestros pioneros fueron arrancados de la familia a golpes de traición, calumnia, apaleamiento y muerte.

¡Somos herederos de la fe inmortal de venerables apóstoles, que nos la transmitieron con la propia sangre y con las propias lágrimas! ¿Por qué desmerecerles en la confianza, suponiéndonos abandonados?

“No se turbe vuestro corazón – nos dijo el Señor – creéis en Dios, creed también en mí”.

¡Nos hallamos en paz, porque creemos! ¡El miedo no nos domina porque creemos! ¡La victoria espiritual será nuestra, porque creemos!...

La inspirada palabra del viejo predicador enmudeciera por largo intervalo.

La pequeña sala parecía repentinamente inundada de luz y las paredes se desmoronaban a los ojos espirituales de Vestino.

Las seis mujeres y los catorce hombres presentes se contemplaron unos a los otros, maravillados y extáticos. Hermanados en un destino común, experimentaban una felicidad solamente alcanzable por aquellos que todo consiguen superar y olvidar por amor a un ideal santificante.

Basilio apretaba entre las manos la pequeña diestra de Livia, con el paternal encanto de los grandes afectos que desconocen la muerte.

Junto a ellos, la viuda Cesidia y sus hijas Lucina y Prisca se miraron, venturosas.

Hilarino y Marciana, Tiburcio e Escribonia dos matrimonios mayores, que todo habían cedido por la causa del Señor, se abrazaron contentos.

Livia, mirando los semblantes embelesados que la rodeaban, perdió el temor que la amenazaba, al principio. Recordó a Taciano y a Blandina, los únicos amigos más íntimos que le quedaban, registrando una soberana tranquilidad en el corazón.

¡Cómo los amaba!

Taciano poseía una esposa y un hogar y Blandina crecería, naturalmente, para un hermoso destino.

¿Que le cabía sino resignarse ante la Voluntad de Dios? ¿No le cabía sino alegrarse por el deseo de consolar al abnegado padre que la recogiera amorosamente en la vida? ¿No debía sentirse infinitamente dichosa, por verse entre los fieles seguidores de Cristo, honrada por la oportunidad de probar su fe?

Fijó la atención en el rostro sereno de Basilio, cuyos ojos brillaban de alegría y esperanza...

Nunca el padre adoptivo le pareció así tan bello. Los cabellos blancos despedían rayos de claridad azulina.

Reflexionó, por primera vez, en las aflicciones y en las luchas que el viejo filósofo había atravesado... Imaginó las nostalgias que, de cierto, lo acompañaban, desde la juventud lejana, meditó en el amor con que se le dedicaba, a ella que fuera abandonada al nacer, y sintió por aquél hombre, curvado por la senectud, un afecto filial más alto y más puro, renovado y diferente...

Algo se le sublimaba en el espíritu.

Instintivamente, retiró la diestra de las manos arrugadas que la retenían y lo abrazó con un

enternecimiento que, hasta entonces, le era desconocido.

Sintió el latir de su corazón, en el pecho fatigado y, besándole la cara, con extrema ternura, habló bajito:

- ¡Padre mío!...

Lleno de júbilo misterioso, Basilio dejó caer algunas lágrimas y dijo:

- ¿Eres feliz hija mía?

- Muy feliz...

Él le besó los cabellos ondulados y oscuros, que una dorada red envolvían, y afirmó, silencioso:

- ¡No se turbe nuestro corazón!... Los que se aman, en Cristo, moran por encima de la separación y de la muerte...

En ese instante, sin embargo, Vestino levantó la fisonomía serena, inundada por trazos de una aventura ignorada en la Tierra, y continuó hablando:

- Nuestro recinto permanece gloriosamente visitado por los mártires que nos antecedieron...

Y, con voz casi embargada por el llanto, nacido de la alegría que le brotaba del corazón, prosiguió:

- ¡Me ofuscan la mirada con la bendita luz de que se revisten! Entró Ireneo, nuestro pastor inolvidable, trayendo en las manos un rollo resplandeciente... Después de él, otros amigos espirituales, glorificados en el Reino, penetran nuestra puerta, con sonrisas de amor!... Los veo a todos... ¡Los conozco, desde mi primera mocedad! ¡Son antiguos compañeros nuestros, matados cruelmente en tiempos de los Emperadores Séptimo Severo y Caracala!... (13) Aquí se encuentran Ferréolo y Ferrúcio, con radiantes aureolas, comenzándoles en la boca, recordando el suplicio de la lengua que les fue violentamente arrancada...

(13) Se refiere la palabra de Vestino a varios mártires cristianos, de Francia, algunos de los cuales están inscritos en la historia de los santos. – (Nota del Autor Espiritual)

Andeolo, el valeroso subdiácono, trae sobre la frente una diadema formada por cuatro estrellas, recordando la flagelación de la cabeza, partida en cuatro partes por los soldados...

¡Félix, a quien extrajeron el corazón vivo del pecho, trae

en el tórax un astro radiante! ¡Valentiniana y Dinócrata, las vírgenes que soportaron pavorosos insultos de los legionarios, visten túnicas blancas!...

¡Lorenzo, Aurelio y Sofronio, tres rapaces con los cuales brinque en mi infancia y que fueron varados por espadas de madera, son portadores de palmas blancas!... Otros llegan y nos saludan, victoriosos... Ireneo se aproxima a mí y señala uno de los fragmentos del rollo de luz... ¡Me recomienda la lectura en voz alta!...

Vestino hace una breve pausa y exclama, admirado:

- ¡Ah! ¡Es la segunda epístola del apóstol Pablo a los corintios!

Con voz entrecortada por la emoción, pasó a leer:

- "En todo (14) somos atribulados, pero no angustiados; perplejos, pero no desanimados; perseguidos, pero no desamparados; abatidos, pero no destruidos; trayendo siempre por todas partes la mortificación del Señor Jesús en nuestro cuerpo, para que su gloriosa vida se manifieste igualmente en nosotros..."

En seguida a corto intervalo, anunció:

- Nos comunica el amado orientador que nuestra hora de testimonio está próxima. Nos pide calma, coraje, fidelidad y amor... Ninguno de nosotros será lanzado al abandono... Algunos tendrán la muerte aplazada, pero todos conoceremos el cáliz del sacrificio...

(14) II Epístola a los Corintios, 4:8 al 10. – (Nota del Autor espiritual).

Tras una ligera pausa, notificó que los visitantes cantaban un himno de gracias, en alabanza al Maestro Amantísimo.

El predicador permaneció en largo silencio, como si estuviese escuchando la melodía inaccesible a la percepción de los compañeros.

Torrentes de lágrimas le corrían por la faz envejecida.

Antes de cerrar la reunión memorable, Lucano convidó:

- Hermanos míos, somos un pequeño rebaño confiando en el Cielo... Muchos de nuestros hermanos que la fortuna protege se retiraron de la ciudad bajo el pagamiento de valiosas contribuciones al enviado de Cesar. Creo que aquellos que viven en la abundancia será raro que estén habilitados para la victoria sobre la tormenta próxima... Nos hallamos divididos en grupos de fe, en los barrios pobres, a la espera de la Bondad Divina... No poseemos recursos que nos inspiren ningún convite para la preocupación. El Señor nos libró de los inquietantes compromisos con el oro de la Tierra... ¿Por qué no nos reunimos diariamente por la noche, por algún tiempo, en nuestro santuario de confianza? Este caserío puede ser nuestro reducto de oración y la oración es la única arma que podemos manejar en el trato con nuestros perseguidores...

Un júbilo general le aplaudió la idea y la oración conmovedora marcó el término de la reunión.

Entendimientos fraternos fueron llevados a efecto.

Los amigos concordaron entre si.

Regresarían cada noche para el servicio de la fe.

Mientras algunas frutas eran servidas con cuencos de vino flojo, cada cual relataba esa o aquella experiencia individual.

Llegada la vez a Basilio, el viejo comentó el problema con que se enfrentaba. Era liberado bajo pesado compromiso y debía rescatar, sin tardanza, la deuda que lo afligía.

Se miraron los hermanos, apenados.

Nadie allí poseía el dinero suficiente para ayudarlo.

Consultado, Lucano informo que la caja de socorro se hallaba exhausta.

Las últimas disponibilidades habían desaparecido en la víspera con el amparo ineludible a tres viudas necesitadas de asistencia.

Vestino, sin embargo, convidó al filósofo y a la hija a vivir con él por el tiempo que deseasen.

En la casita sencilla cabía mucha gente.

El viejo, con asentamiento de la joven, agradeció.

No confiaba en Teódulo y temía algún asalto a la dignidad del hogar. Junto a los amigos, aunque sufriesen, tendrían la ventaja del dolor repartida. Livia no se vería sola. Las compañeras del grupo le fortalecerían el corazón.

Prometieron volver, en el día inmediato, y, más confortados, pasaron la noche edificados en la fe.

A la mañana siguiente, Basilio buscó a Teódulo, con el fin de empeñar el propio hogar.

Después de mucho reflexionar llegó a la conclusión de que, esa sería la medida más acertada. Si permaneciesen reteniendo la casa, probablemente serían víctimas de la violencia, ya que no disponían de recursos para el rescate, al paso que, confiando la casa al administrador, tal vez le calmase la exigencia.

Considerando, también, la hipótesis de ser detenidos, en razón del culto al que se dedicaban, el hogar humilde nada perdería en su afecto más íntimo, porque, regresando de la capital del Imperio, Taciano tendría conocimiento de la situación y, seguramente, le conservaría los manuscritos que constituían su única riqueza.

El intendente, impasible, oyó al afinador que le habló con humildad.

Pretendía ausentarse por algunos días y rogaba permiso para dejar, intacta, la residencia, como garantía parcial de la importante deuda a Opilio Veturio.

No olvidaría el compromiso.

Ante la inopinada solicitud, Teódulo, intrigado, pidió al filósofo algunos momentos de espera.

No podía responder sin consultar a la señora.

La sencillez del anciano lo desarmaba.

Sería justo desconfiar de él – pensaba el astuto capataz -, pero ¿dónde iría Basilio, sin prestigio y sin dinero, a no ser para el miserable tugurio de Lucano Vestino? La petición era formulada sin ninguna intención oculta, porque el viejo no podía ignorar que él, Teódulo, poseía elementos para seguirlo con algún pretexto, de manera a descubrirle el nuevo paradero.

Con semejantes reflexiones, buscó a Helena, que escuchó la noticia encantada. No parecía guardar las mismas aprensiones. Se mostraba, además, satisfecha y tranquila.

Ante la perplejidad del amigo, observó, contenta y maliciosa:

Todo está ocurriendo, según lo programamos. No te preocupes. El asunto de la deuda y el factor de aflicción de que necesitábamos para desviar a los intrusos. Si

pudiéramos sorprenderlos, como aves desprevenidas, en la ilegalidad, tanto mejor. Presos y ejecutados como cristianos, desaparecen del camino de Taciano y de Blandina, sin ninguna preocupación para nosotros. Mi esposo odia a los nazarenos. Informado de que los amigos se fueron, forzados por el expurgue, aunque sufra, sabrá reprimirse.

Teódulo sonriente indago, admirado:

- ¿Y la casa? ¿La recibimos entonces?

- Sin duda – respondió la señora, decididamente -; es el propio Basilio quien nos la ofrece. Será una razón sólida para conquistar la simpatía de Taciano para nuestros esclarecimientos. Diremos que el viejo, apoyado en el afecto de nuestra casa, vino a solicitarnos ayuda moral, poniendo su residencia bajo nuestra guardia, que todo hicimos, en vano, por salvarlo y, por fin, conservamos el domicilio sin ninguna alteración para que nuestros ausentes lo encuentren en las mismas disposiciones en que lo dejaron... Eso constituirá nuestra demostración de sinceridad, imponiendo a Taciano la justa resignación ante los actos consumados.

- ¡Magnífico! – comentó el administrador, bajo la impresión de haber encontrado una feliz solución para el delicado problema.

Con buen humor, volvió a Basilio para notificarle que la decisión fue bien recibida, que la señora estaba de acuerdo con la propuesta y que la residencia sería tratada con atención hasta su regreso.

El liberto de Carpo sonrió, aliviado.

La aprobación significaba libertad.

Ahora podría demandar a la casa de Lucano, junto con la hija, sin sobresaltos o constreñimientos.

El filósofo y Livia se dieron prisa para poner en orden viejos archivos y objetos de arte, partiendo en el mismo día, al crepúsculo...

Abrazados uno al otro, comentaban la belleza del cielo, en el cual concurrían nubes solitarias, teñidas por el poniente rojo, y se referían al perfume activo de algunas flores, para no concentrarse en el sufrimiento moral de la despedida.

Enternecidos, miraron el paisaje, cada cual sumergiendo en el propio íntimo las reminiscencias más dulces del corazón. Con el propósito de no atormentarse mutuamente, con palabras de quejas, fingían distracción y serenidad, frente a la Naturaleza, ignorando que Teódulo espiaba sus pasos, infatigablemente...

Informada en cuanto al lugar en que el afinador se refugiara, Helena, al día siguiente, solicitó una audiencia a Ignacio Valeriano, alegando la necesidad urgente de entenderse con el enviado de Augusto.

El alto dignatario la recibió sin reservas.

A solas con el legado, expuso la cuestión sin preámbulos.

Las familias más altamente colocadas en la ciudad – dijo, con inflexión de orgullo herido en la voz – luchaban con insuperables obstáculos en la sustentación del orden doméstico. El Cristianismo, pregonando impracticable fraternidad, perturbaba las mejores cabezas, pervirtiendo a esclavos y servidores.

Se generalizaba la indisciplina. Se fomentaba la discordia. Hombres valerosos y mujeres fuertes huían al trabajo, después del contacto mental con las enseñanzas del profeta crucificado que, en el fondo, se hizo temible adversario del Imperio. Las tradiciones no eran

respetadas y el hogar romano se derrumbaba en los más legítimos fundamentos.

El legado escuchó atento y, con reverencia, pregunto:

- Pero, ¿podríamos, acaso, recibir sugerencias para la obra correctiva? La invasión se realiza, metódica, desde mi llegada. Ya conseguimos advertir a muchos prosélitos de importancia, que se ofrecieron a retirarse.

Y, dando idea de la extorsión efectuada, acentuó:

- He tenido la máxima paciencia, comprendiendo que un hombre representativo no puede olvidar, sin daño, la responsabilidad de que se inviste. Considerando eso, determiné que todos los simpatizantes de la causa detestada fuesen oídos... Tuve el placer de escucharles la afirmación de fidelidad a los dioses y a Cesar y, de casi todos, recibí generosas ofertas, destinadas a nuestro magnánimo Emperador. La medida surtió favorables resultados, coronándonos el interrogatorio de pleno triunfo. Ahora, admito sea posible examinar las clases más bajas de nuestra estructura social. La justicia no se hará tardar.

- ¡Estamos ansiosos! – aseveró Helena, satisfecha –nunca presenciamos tantas manifestaciones de rebelión. ¡Jamás asistimos a tan grandes espectáculos de rebeldía y gradación! Hay quien sepa de la existencia de variados núcleos de conspiradores contra la legalidad, en los barrios pobres. Nuestro administrador, por ejemplo, conoce uno de los puntos en que personas despreciables articulan los golpes que nos amenazan. Nuestra propia casa tiene un esclavo fugado con la hija, en ese refugio de noctámbulos humanos. Tratan, en las sombras, contra la vida de los patricios y contra los señores de tierras.

No será de sorprender una rebelión de sangre y muerte, a cualquier instante próximo...

Antes que el interlocutor pudiese formular cualquier nueva interrogación, acrecentó, de manera significativa:

- Tengo la documentación probatoria. Valeriano, intrigado, se rascó la cabeza, y pondero:

- La denuncia es realmente grave. ¿El administrador de la Villa Veturio puede colaborar con las autoridades?

- Perfectamente.

- Comenzaremos el expurgue sin demora. ¿Puedo esperar el concurso de él, hoy a la noche?

- Teódulo comparecerá – concordó la señora, resoluta.

Efectivamente, al anochecer, el intendente de Opilio visitó la casa, siendo allí presentado a Liberato Numicio, jefe de la corte, designado por la Propretura, bajo la inspiración de Valeriano, para iniciar el movimiento punitivo.

Se vieron y de inmediato simpatizó uno con el otro a través de sentimientos que les eran afines.

Teódulo comunicó al nuevo amigo que le indicaría la casa de Vestino, sin comprometerse. Alegó que la rebelión de los nazarenos se procesaba en diversos grupos de acción conjunta y, conociendo otros centros de la conspiración, podría ser valioso colaborador en la represión, si permaneciese oculto en el servicio de inteligencia.

Liberato concordó, locuaz, y después de beber, alegremente, varias copas de vino, se pusieron en actividad.

Comandando una pequeña expedición de soldados y esbirros atrevidos, Numicio, bajo la orientación del

empleado de Veturio, rodeó el caserío de los seguidores del Evangelio, cuando el dueño de la casa profería las últimas palabras de la oración enseñada por el Maestro:

- ... ¡no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal, porque tuyo es el reino, el poder y la gloria para siempre, así sea!...

Lucano abrió los ojos, y tan grande era la serenidad que en ellos se estampaba, que más parecía haber despertado de alguna visión celestial. En ese instante, el emisario de la persecución, casi ebrio, se puso delante de la asamblea cristiana, vociferando a los esbirros, atrevidos:

- ¡Entremos! Es aquí mismo. ¡La pandilla de raposas está en el cubil!...

Nadie respondió.

Los agentes armados penetraron ruidosamente en el recinto.

Sarcásticos, Numicio observó:

- Ya visité grupos como este. ¡Nunca vi una raza tan acobardada como la de los aprendices del Judío Crucificado. ¡Reciben bofetadas, entregan mujeres, sufren la cárcel y mueren bajo insultos, sin ninguna reacción! ¡Asquerosos murciélagos!...

Escupió algunas maldiciones y, lanzando la mirada por los circunstantes, interrogó con estruendo:

- ¿Quién es el jefe del bando?

Viendo que nadie respondía, reajustó la frase y renovó la pregunta:

- ¿Quién es aquí el jefe de la casa?

Lucano se levantó, digno, y se presentó:

- El jefe de la casa es Jesús y yo soy el responsable.

- ¿Jesús? Ora, ora, - gritó Numicio, riéndose – ¡siempre los mismos locos!...

Puso la mirada irónica en Vestino y continuó:

- Viejo detestable, veamos tu noción de responsabilidad. ¡Si tienes seso en la cabeza abjura la brujería! Rinde culto a los dioses y afirma tu fidelidad a nuestros Emperadores. Probablemente, así, el cuadro de esta noche podrá modificarse.

- ¡No puedo! – Informó el apóstol, sereno – soy cristiano. No tengo otro Dios que no sea Nuestro Padre Celestial, cuya grandeza y cuyo amor se manifestaron en la Tierra por Nuestro Señor Jesucristo.

- ¡Reniega de tus sortilegios, fetichero! – clamó Liberato, con cara congestionada, - abjura o sentirás el peso de mi decisión...

- No puedo alterar mi fe – replicó Lucano, con sencillez y calma.

El puño cerrado del cruel interlocutor golpeo el rostro venerable.

Vestino se tambaleó, pero amparado por dos hermanos que se apresuraron a socorrerlo, recompuso la fisonomía, enjugando un hilo de sangre que el golpe le provocara en uno de los vértices de la boca.

Lívia, Lucina y Prisca, las mujeres más jóvenes del recinto, irrumpieron en llanto, con todo, el anciano, retomando la palabra, las confortó, exclamando:

- ¡Hijas, no lloremos por nosotros! Lloremos por nuestros perseguidores, orando por ellos... ¿Habría mayor desventura que la de confiarse alguien al engaño del poder para despertar en los brazos terribles de la muerte?

Fijó la mirada compadecido en el verdugo y esclareció:

- El hombre que nos golpea es Liberato Numicio, jefe de una corte romana. Ya le vi las manos, por dos veces, flagelando a los seguidores del Evangelio... ¡Pobre hermano nuestro! Asegura ser señor de la vida, cuando los placeres criminales poseen su corazón! En balde procura debatirse contra los golpes de la enfermedad y los achaques de la vejez, que actualmente le rondan el cuerpo... ¡Mañana, precipitado al valle profundo de la meditación por la negación de favores políticos, tal vez se incline hacia Jesús, buscando justicia y amparo moral!

Los compañeros de Numicio oían estupefactos.

El agente de Valeriano en vano intento reaccionar. Fuerzas intangibles le movilizaron la garganta.

Lucano, con el semblante iluminado por la fe, prosiguió, con voz firme:

- Es posible que los perseguidores nos impongan la muerte. ¡Tal vez seamos conducidos, de inmediato, a los más aflictivos testimonios!

Hizo una breve pausa y continuó, volviéndose para los amigos:

- ¡Sin embargo, no temamos la visita del martirio! Todos fuimos llamados a seguir a Nuestro Señor, con la pesada cruz en los hombros doloridos. El Calvario está erguido, el madero ya levantado, la flagelación continua... ¡Alegrémonos de nuestra condición de cirineos del Eterno Amigo! Es una honra morir por el bien en un mundo en donde el mal aún reina victorioso... ¡Nos avergonzaríamos de la felicidad, al lado de tantos corazones sepultados en la miseria, en la esclavitud y en el sufrimiento!... ¡Todo pasa! ¡Los emperadores que nos humillan, engrandecidos con las pompas del triunfo, nunca reflexionaron en las molestias que los aguardan

en el sepulcro!... ¡Hoy, nuestros adversarios nos reducen la carne en lodo sangriento, pero el Espíritu del Señor, renovando el mundo para la felicidad eterna, nos esparcirá nuestras cenizas sobre el campo en que ellos, desorientados y desdichados, se guerrearán inútilmente!... ¡Ahora, son dominadores empeñados al trono de la ilusión que los subyuga, en cambio, después, mendigaran la paz, cargando las úlceras de la mendicidad en plena casa de Dios!... ¡Infelices! Para ellos, la lucha en la Tierra aún significa el sumergimiento en el barro dorado... Se atropellan unos a otros, disputando el túmulo en que sus sueños de grandeza se reducen a puñados de polvo; se matan mutuamente, en la adquisición del odio en que se anulan; se despedazan en concursos de sangre para incorporar la ruina a sus días oscuros... ¡Lloremos, así, por ellos! ¡Deplorémoslos! ¿Cuánto tiempo gastaran para conseguir animar la propia alma, al sol de la fe?

Enseguida, porque el silencio pesase, Vestino afronto la mirada acobardada de Numicio y exclamo:

- ¡Da trabajo a tus cooperadores! Si tienes la misión de abrirnos la puerta de la mazmorra, no te detengas. El espíritu del Evangelio brilla por encima de la prisión.

Viendo que Lucano le extendía, valeroso, las manos arrugadas, Liberato avanzó, pronunciando algunas palabras del ceremonial, en nombre del Estado, y le ató las manos.

Los colaboradores le siguieron los movimientos, esposando a los demás. Algunos miembros de la expedición oficial lanzaron miradas lascivas a las jóvenes trémulas, pero la presencia de Vestino, cuyas palabras habían lanzado tantas verdades al rostro, como que les imponía forzado respeto.

El trayecto se hizo en silencio.

Los cristianos, a la manera de animales pacientes, no reaccionaron, sustentándose en oraciones fervorosas, pero cuando penetraron en el patio de la prisión, se miraron, angustiados.

Algo ocurrió correspondiéndoles a la expectativa.

La voz seca de Numicio determinó una breve parada y Livia, Lucina y Prisca fueron rudamente separadas del grupo.

Existía una antigua ley que vedaba el sacrificio de las vírgenes en los espectáculos y, bajo ese pretexto, era costumbre apartar de los recién detenidos a las mujeres más jóvenes, con el fin de que la crueldad de los verdugos le sustrajese la pureza corpórea, antes de cualquier interrogatorio más riguroso.

El viejo afinador abrazó a Livia, cuyos ojos se mantenían velados de llanto que no llegaba a caer, y habló emocionado:

¡Adiós, hija mía! Creo que no nos volveremos a ver en esta vida mortal. Te esperaré, sin embargo, en la eternidad... Si te demoras en la Tierra, no te sientas a distancia de mis pasos. Permaneceremos juntos en espíritu... Solamente la carne mora a la sombra del Túmulo... Si fueras ultrajada, perdona... El progreso del mundo es hecho con el sudor de los que padecen, y la justicia, entre los hombres, es un santuario levantado por el dolor de los vencidos... No te consternes ni te creas abandonada...

Levanto los ojos para lo Alto, como quien indicaba en el Cielo la última patria que les restaba, y concluyo:

- ¡Un día nos reuniremos de nuevo, en el hogar sin lágrimas y sin muerte!...

Una sonrisa amarga le asomó al rostro.

La joven lo enlazó, cariñosamente, y le beso la faz pálida sin articular palabra alguna. Incoercible emoción le constreñía el pecho.

Liberato gritó contra la demora, mientras dos legionarios insistían con las jóvenes, que por fin se dejaron llevar sin resistencia.

Al retirarse, caminaban las tres, afligidas y vacilantes, pero Cesidia, viuda y madre, clamó para ellas, en tono conmovedor:

- ¡Hijas de mi corazón! No nos rindamos al mal... ¡Procuremos, con valor, la voluntad de Cristo! Dios nos asiste, y la verdad nos guía... ¡Más vale la muerte con libertad que la vida con esclavitud! ¡Avancemos resolutas! ¡Las fieras del anfiteatro son nuestras benefactoras!... ¡Adiós! ¡Adiós!...

Prisca y Lucina, con los rostros lavados en llanto sin desespero, caminaron en la senda inmunda que les era señalada, tirando besos a los amigos que quedaban atrás.

Los prisioneros retomaron la marcha.

Un poco más adelante, las matronas fueron igualmente arrebatadas a celdas diferentes, mientras los catorce hombres, afligidos pero firmes en la fe, fueron conducidos a un extenso salón oscuro y húmedo.

Algunas antorchas lo iluminaban.

Un legionario de aspecto repelente se aproximó al jefe y preguntó, en voz baja, por la celda donde las tres jóvenes se hallaban internadas.

Numicio se carcajeó irónico y observó, irreverente:

- ¡No te atrevas! Estamos seguros de que todas son vírgenes y, así, el legado tiene derecho, a escoger primero. Valeriano las verá mañana. Después de él, entonces...

Y, despreocupado e irrespetuoso, acrecentó:

- Jugaremos a la suerte.

Risas ocultas se extendieron entre los servidores de la justicia imperial.

Transcurridos algunos momentos, Ignacio Valeriano penetró solemne en el recinto.

El mensajero de Galo se proponía dar la mayor importancia al trabajo iniciado. Se comentaba, por todas partes, la probabilidad de una rebelión de las clases inferiores y se temía una rápida reunión de los grupos insurrectos.

Vivía, por eso, cercado de insidiosas reclamaciones.

Las casas acomodadas le pedían drásticos preventivos y los denunciados de Teódulo eran los primeros detenidos de la gran red de coacción que pretendía deshacer.

Seguido por varios asesores, se dirigió a los presos humildes, en tono altivo y arrogante:

-¡Plebeyos! – dijo áspero – he puesto en práctica con generosidad, en esta ciudad, la rectitud y la tolerancia, en obediencia a las tradiciones de nuestros antepasados, entre tanto, se quejan los patricios honrados y respetables de que vuestra actitud, en los últimos tiempos, constituye una grave amenaza para la tranquilidad de los ciudadanos. Sois acusados, no solamente de cultivar la magia nefasta de los nazarenos, sino también de conspirar contra el Estado, con el objetivo de usurpar la posición y el patrimonio de los electos de Augusto que os dirigen. No puedo, pues, aplazar la reprimenda exigida por nuestra comunidad. El expurgue es indispensable.

El mensajero romano se calló, vagando la mirada relampagueante por la asamblea humillada e indago:

¿Quién de vosotros cooperará con nosotros, indicando los centros de indisciplina? Nuestra magnanimidad responderá con la liberación de todos los que colaboraren en la empresa benemérita en que nos empeñamos.

Los cristianos permanecieron callados.

Exasperado con el silencio reinante, que tomó como desconsideración a su autoridad, Valeriano se dirigió a Vestino y a Basilio, los más viejos, y exclamo:

En Roma, suponemos encontrar en los ancianos la palabra acreditada por la experiencia, que nos compete oír en primer lugar.

Concentró la atención en Vestino y pregunto a él directamente:

- ¿Qué informáis del movimiento subversivo en preparación?

Lucano respondió sin vacilar:

- Venerable embajador de Cesar, nosotros no somos delatores.

El delegado imperial puso una cara enfurruñada de descontento y, mirando a Basilio, inquirió:

- ¿Y vos? ¿Qué decís?

El liberto encanecido le sostuvo la mirada penetrante y replicó sereno:

- Ilustre legado, estamos al servicio de Cristo, que nos recomienda la abstención de cualquier juicio liviano, para que no seamos livianamente juzgados. El Evangelio no alimenta la revolución.

- ¡Que insolencia! – gritó el ex-guerrero de la Mésia, ofendido – estos viejos parecen mofarse... Obligados a responder con claridad, se valen de la ocasión para

jactarse de virtuosos, efectuando, al mismo tiempo, la propaganda de agitador judío! ¡Sin embargo, se engañan!...

Y, ordenando a Liberato la apertura de un espacioso compartimiento anexo, mando:

- ¡A los caballetes!

Con la pasividad que les era característica, los seguidores del Crucificado penetraron al lúgubre aposento.

Varios instrumentos de martirio allí se enfilaban.

Obedeciendo las órdenes recibidas, los auxiliares de Numicio ataron a ambos viejos a dos grandes caballos de madera, amarrándoles los miembros con ásperas cuerdas de cuero, capaces de estirar el cuerpo hasta desunir los huesos.

Afrontando la sequedad del ambiente, Vestino rogó a los compañeros con humildad:

¡Hermanos, no os inquietéis por nosotros! La aflicción y el desespero no constan en el programa de trabajo que el Maestro nos trazó. A nuestra edad, la muerte por Jesús será nuestra honrosa merced. Además, el nos recomendó no temer a los que matan el cuerpo, pero que no pueden matar el alma. ¡Auxiliarnos con la oración! Los oídos del Señor permanecen vigilantes en todas partes.

Ignacio, con todo, determinó silencio.

Y, cuando los dos viejos fueron atados por los brazos, cabeza y pies sobre los grandes potros de flagelación, recomendó que los soldados se mantuviesen en los puestos para el movimiento de las poleas, para intensificar gradualmente el suplicio, en caso de que fuese necesario.

Lucano y Basilio se miraron, ansiosos.

Comprendían que el cuerpo extenuado no resistiría el tremendo suplicio.

Indudablemente, era el fin...

Se refugiaban en la oración, suplicando el socorro divino, cuando Valeriano grito, eufórico:

-¡Miserables! ¡Confiesen ahora! ¿Dónde se reúnen los cristianos insumisos?

- ¡Cristianismo e insumisión no se conocen! – dijo Vestino, con calma.

- Nada tenemos que decir – adjuntó Basilio, resignado.

-¡Nido de cuervos! – vocifero Ignacio, poseído. – ¡Por todas las divinidades infernales! ¡Suelten la lengua o pagarán muy caro el atrevimiento!...

Hizo una señal imperativa y las cuerdas se tensaron.

Los dos apóstoles atormentados sintieron que el tórax y la cabeza se desunían, que los brazos se separaban del tronco.

Gimieron semi-asfixiados, pero no se les enfrió el buen ánimo.

- ¡Confiesen! ¡Confiesen! – repetía el alto dignatario romano, con el espíritu conturbado por la cólera.

Como la confesión tardaba, indefinidamente, mandó que las cuerdas se estirasen, más y más.

El pecho de los castigados jadeaba, dolorosamente.

Ambos clavaron la mirada en el techo, como si buscasen, de balde, la contemplación del Cielo.

Un pastoso sudor les corría por el cuerpo.

En determinado momento, Basilio lanzó un grito inolvidable.

¡Jesús!...

La súplica se le escapó desde lo más íntimo del alma, con una mezcla inexplicable de dolor, amargura, aflicción y fe.

Los ojos del viejo afinador se desencajaron de las orbitas, mientras Vestino presentaba análogos fenómenos de angustia.

Rota la base del cráneo y reventadas varias venas entre los huesos quebrados y la carne en dilaceración, la sangre, en sucesivas veces, les brotó de la boca entreabierta.

La muerte fue rápida.

Extraña placidez se estampó en las dos fisonomías antes torturadas.

Se cruzaron, entonces, en la sala, la perplejidad de los impíos y el mudo heroísmo de los hijos del Evangelio.

El más joven de los cristianos presentes, Lucio Aurelio, de rostro imberbe, casi niño, avanzó hacia los caballetes empapados de sangre y, enfrentando la estupefacción de los verdugos, oro en voz alta:

- ¡Señor dignate a recibir con amor a tus siervos y a nuestros inolvidables amigos! ¡Ampáralos en la gloria de tu Reino! ¡Ellos fueron nuestra orientación en la dificultad, nuestro coraje en los días tristes, nuestra luz en medio de las sombras! ¡Oh Maestro, permite que podamos imitarles el ejemplo de virtud y coraje con el mismo valor en la fe! ¡Vestino! ¡Basilio! ¡Admirables benefactores! ¡Desde donde estuvierais no nos abandonéis! ¡Enseñadnos, también, que sólo por el sacrificio conseguiremos construir con Jesús un mundo mejor!...

Se calló Aurelio.

La rogativa se le apagó en la garganta, ahogada por las ardientes lágrimas que le pungían el corazón.

Quebrando la quietud que se hiciera pesada, Valeriano gritó, con rabia:

-¡A la prisión! ¡Conduzcan a estos hombres a la prisión! No quiero sortilegios nazarenos. ¡Prosigamos en la caza! Es imprescindible la detención de todos los implicados... ¡Movilicemos todos los recursos de que podamos disponer! ¡Se me agotó la paciencia, he esperado demasiado!...

Los seguidores de la Buena Nueva lanzaron una última mirada a los despojos sangrientos y descendieron a las celdas inmundas a las que eran destinados.

La persecución continuó, implacable.

Durante la noche, otros grupos fueron presos.

Movilizada la guardia, que se constituía, en la mayor parte, de elementos inferiores, la crueldad y la salvajería pasaron a dominar.

En el día inmediato, muy temprano, el representante de Galo vino a inspeccionar.

Dio numerosas órdenes, trazó planes, dirigió cartas que le correspondía enviar a la ciudad imperial, de modo a confirmarse en la condición de legítimo defensor del Estado y de compañero fiel del emperador. Para eso, Ignacio visitó a las decenas de encarcelados, preparando hábiles interrogatorios.

Como última actividad de la mañana, descendió, a petición de Liberato, hasta la cámara donde las jóvenes se afligían.

Diez jóvenes abatidas identificaron su presencia, atribuladas y asustadizas.

Valeriano las miró con la maldad de un lobo señor del redil y, deteniéndose en la contemplación de Livia, preguntó al asesor:

- ¿De dónde procede aquella singular belleza?

Liberato informo, susurrando:

- Es hija de uno de los viejos sacrificados ayer.

- ¡Oh! ¡Oh!... ¿Por qué no lo supe antes? – habló Ignacio moviendo la cabeza, intrigado – ella vale muchos viejos juntos.

Concentró la atención en la moza, que se vio incomodada por semejante privilegio, y determinó que ella fuese llevada a una celda más confortable, no lejos de su gabinete particular de audiencias.

Transcurridas algunas horas, la hija adoptiva del afinador, inquieta y desalentada, se vio en una extensa cámara, agradablemente amueblada, donde el representante de Galo vino, a la noche, a verla de cerca.

Lívia recibió la visita, asustada.

- Bella galesa – comenzó él, extrañamente afectivo - sabes que un dignatario imperial dispensa solicitudes. Entre tanto, me place olvidar los títulos de que me encuentro investido, para presentarme ante de ti como simple hombre.

La joven lo miró con ojos suplicantes, que las lágrimas velaban, prestas a caer.

Valeriano sintió un sentimiento nuevo en su interior... Notó que una inesperada compasión le suplía la masculina crueldad. Sorprendido, recurría en vano, a la memoria, para recordar dónde había conocido a aquella joven mujer.

¿En que lugar la había visto alguna vez? Se reconocía tocado por reminiscencias que no conseguía precisar.

- ¿Tu nombre? – preguntó con una inflexión en la voz que vaticinaba ternura.

- Lívia, señor.

- Livia – prosiguió él, con tono casi familiar -, ¿me conociste en algún lugar?

- No me acuerdo, señor.

- ¿Podrás, con todo, entender la súbita pasión de un hombre? ¿Sabes acaso, la especie de sentimiento que me inspiras? ¿Estarías dispuesta a concordar con mis propuestas de felicidad y cariño?

- Señor, yo soy casada...

Ignacio experimentó un gran malestar y considero:

El matrimonio puede ser un freno a nuestra falta de regularidad, pero nunca un obstáculo insuperable al verdadero amor.

Caminó, nerviosamente, de un lado a otro de la sala, e inquirió:

- ¿Dónde se encuentra el afortunado que te posee?

- Mi esposo se halla ausente...

- Tanto mejor – acentuó el legado, nuevamente tranquilo - nuestro afecto podrá ser, desde hoy, si quieres, un hermoso romance... ¿Sabrás comprender la invitación?

- Señor, además de casada, también soy cristiana...

- ¡Oh! El Cristianismo es la locura de Jerusalén que pretende asfixiar la salud y la alegría de Roma. ¡Eres suficientemente joven para renunciar a esa plaga! Tengo recursos para sustentarte. Un palacio rodeado de jardines y poblado de esclavos será naturalmente el rico y merecido marco con que te realzaré la belleza.

Reparando en que la brillante promesa no alteraba la expresión fisonómica de la prisionera, acrecentó mordaz:

- ¿Pensaste ya en una joven muerta en el anfiteatro? ¡Las vestiduras rasgadas, el cuerpo abierto, los senos convertidos en fosas sangrientas, los cabellos

arrastrados en la arena, los dientes partidos, el rostro pisado por las fieras!... ¡Y, por encima de todo, las manos brutales de los gladiadores borrachos recogen sus restos!... Francamente, no puedo comprender las nociones de pudor de las familias nazarenas. ¡Esquivándose de gloriosa exaltación de la carne, como si la Naturaleza estuviese maldecida, alegan imperativos de pureza y predicán la regeneración de las costumbres, pero no se avergüenzan de la mudez en el anfiteatro! ¿Nunca reflexionaste en semejante contradicción?

- Señor, creo que debemos aceptar esos espectáculos como sacrificios que la ignorancia del mundo nos impone...

- Sin embargo, me parece – aventuró Ignacio, irónico - que las mujeres “galileas”, huyendo de las delicias del amor bien vivido, con el pretexto de conservarse en la virtud, guardando consigo el atrevimiento de desnudarse en la plaza pública. ¡En eso veo solamente un incalificable desorden mental!...

- Señor – ponderó Livia recelosa, pero serena -, ¿no será más digno exponerse la mujer delante de los animales que le devoran el cuerpo que ofrecerse, en banquetes deshonorosos, a las criminalidades de los hombres? En Masilia, vi matronas y jóvenes de la ciudad imperial en exhibiciones deprimentes y, ni de lejos, les presentí cualquier ideal de elevación... Con su permiso, pues, no estoy de acuerdo con su punto de vista. Admito que, entregándose al suplicio por Jesús, el corazón femenino coopera en la edificación de la nueva Humanidad...

Valeriano sintió el vigor del argumento con que le había contestado, pero no se dio por vencido.

Carcajeó con aparente buen humor y exclamó, sonriendo:

¡Que calamidad! ¡Un encanto de mujer, padeciendo la manía de los filósofos! Minerva no es la consejera indicada para tu edad. Oye la inspiración de Venus y me comprenderás la palabra con más claridad.

El legado medito algunos instantes y observo:

- Tu padre debía ser un loco bien acabado.

Ansiosa por informarse de algún modo en cuanto al destino paterno, la joven afirmó, con interés:

- Mi padre está igualmente aquí.

Valeriano se sintió incómodo, ante la expresión de confianza con que aquellas palabras eran pronunciadas y, temiendo las dificultades que podría tener para poder explicarse, juzgó prudente despedirse para volver al día siguiente.

Noche tras noche, Ignacio volvió a la cámara que Sinésia, servidora de su confianza, guardaba caprichosamente.

Dolorosos sucesos enlutaron las actividades cristianas en la ciudad. Espectáculos de gala eran señalados por terribles flagelaciones. Interrogatorios crueles terminaban con indignantes ejecuciones, incentivadas por largos aplausos públicos.

Lívia, con todo, aislada de todos, fue respetada.

Los comentarios referentes a la mujer, por más de dos semanas detenida por el mensajero del emperador, acabaron por alcanzar el hogar doméstico.

Climene, celosa, cierta noche fue al gabinete del esposo, en busca de impresiones y, con la ayuda de la sierva, se puso a escuchar tras las cerradas cortinas.

- ¡No me rechaces! – decía Valeriano, apasionado – no deseo obligarte a la sumisión. ¡El amor espontáneo de

la mujer que adoramos es cual si fuera suave néctar cogido en la milagrosa concha de los sueños! ¡Ámame Livia! ¡Seamos felices! Te sientes enferma por no ceder a la llamada de la vida. No seré tan malo como imaginas. Soy casado, sí, pero mi mujer no comparte los negocios. Soy libre... Te daré un hogar magnífico donde deseas. ¡Una villa en Arelate (15), un palacio en Roma, una casa de campo en Campania, una casa de recreo en Sicilia!... ¡Escoge! Viviremos juntos, tanto como sea posible. Mi esclavitud al Estado es transitoria. ¡Espero disfrutar, en breve, de un largo descanso!... Si tuviéramos hijos, le garantizaré el futuro. Olvidarás el misticismo peligroso de los judíos, te tratarás con las más lindas hijas de las siete colinas (16), recibirás una existencia digna de tu hermosura y de tus dotes intelectuales... ¿No me ves, por ventura, humillado a tus pies?

El llanto convulsivo de la joven podía ser oído a corta distancia.

- ¿Por qué lloras? Nada te falta. Di una palabra y saldrás de aquí en la condición de soberana de mi felicidad. ¡No te niegues, por más tiempo, al llamamiento de mi cariño!

¡Levántate y ven! ¿Qué pretendes para construir tu ventura?

- Señor – sollozó la moza, desilusionada – por la conversación de Sinésia con servidores de esta casa, se que mis compañeros de fe están marchando, todos los días, hacia el sacrificio... ¡Probablemente mi padre ya habrá dado el gran testimonio!... Para que yo bendiga su generosidad, con mi eterno reconocimiento, concédame la gracia de morir junto a los míos...

(15) Arles, Francia. - (Nota del autor Espiritual)

(16) Alusión a Roma. - (Nota del Autor Espiritual)

-¡Nunca! – gritó la voz de Ignacio, irritado – no partirás de aquí sin abjurar la creencia ignominiosa! ¡No descansaré, mientras no pueda sumergir mis ojos de los tuyos, a la manera del sediento que se ahoga en el manantial de agua pura! Amo tus ojos misteriosos, que despiertan en mí algo oculto, extraños y profundos sentimientos que no consigo explicar. ¡Serás mía, muy mía!... ¡Modificaré tus convicciones, doblegaré tu incomprensible orgullo!...

Los oídos de Clímene no pudieron soportar por más tiempo.

Sofocando las lágrimas que le brotaban del pecho, la matrona se marchó rápida.

En casa, sin embargo, no obstante percibir el regreso del esposo al tálamo conyugal, no consiguió conciliar el sueño.

Numerosas imágenes de rebeldía y desespero le cruzaban el cerebro atormentado.

Irritada y descontrolada, se acordó de Helena, figurándosele encontrar en ella la única amiga, a cuya experiencia debería confiarse.

En efecto, tan pronto surgió el nuevo día, buscó villa Veturio, donde, en llanto, se deshizo en minuciosas confidencias, ante de la compañera.

La esposa de Taciano escuchó atenta, y observó, por fin:

- Esa mujer es una intrusa. La conozco de nombre. Nos dio una inmensa preocupación, hace tiempo. Tiene la manía de olfatear a los maridos apreciables. Supongo sea nuestro deber apartarla definitivamente. ¿No podríamos incluirla en alguna remesa de esclavas, destinadas a la arena?

- ¡No eso no! – objetó Clímene, asustada. – Valeriano no me lo perdonaría. Semejante medida sería perderlo para siempre. Conozco su temperamento vengativo. Percibí la desvariada pasión por la detestable plebeya. ¡Se declaraba fascinado por los ojos de ella, y pretendía hasta incluso elevarla a la posición de una verdadera reina!

- ¡Ah! ¿Él destaca sus ojos? – indagó Helena con malicia.

- ¡Si, si, aseguraba que ella es el único amor de su vida, no le importó rebajarme a una odiosa segunda posición!...

La hija de Veturio, con ojos felinos brillándoos crueles, comentó sonriente:

- Poseemos en Roma una desvelada amiga, Sabiniana Pórcia, dedicada a nuestra familia desde la infancia de mi padre. Sabiniana se casó con Belisario Dório, que nunca se resignó a poseer una sola mujer. Cierta día, en casa, el astuto marido comentó a la esposa la belleza de los dientes de Eulice, una esclava griega, de cuyas dotes físicas él se enamoró, perdidamente. Nuestra amiga escuchó, con calma, las excesivas referencias y, en la refección del día siguiente, apareció una bandeja plateada, con la bella dentadura. Si los dientes eran el motivo de la pasión, reflexionó Sabiniana con sabiduría, podría servirlos al compañero, sin más ni menos.

Una ruidosa carcajada, emitida por ella misma, concluyó la narrativa.

Ante la amiga espantada, paso la mano por la cabellera adornada con una tenuísima red de oro y declaro:

- El recuerdo de Pórcia me proporcionó excelentes ideas.

Pensó... pensó... y dijo:

- Llamemos a Teódulo a nuestro consejo. Es la única persona capaz de ayudarnos con la eficiencia debida.

El administrador compareció, sumiso.

Escuchó el drama de Clímene, en las palabras conmovedoras de Helena, y consideró:

- Estoy dispuesto a colaborar. Hay mujeres de fatal influencia en hombres dignos. Esa joven es una de ellas. Tiene la virtud de proporcionar la infelicidad de los otros.

Helena retuvo el comando de la conversación y se explicó en voz baja. Poseía en casa una sustancia susceptible de provocar la ceguera irremediable. Ignacio Valeriano se apasionó de los ojos de la hija de Basilio. Por eso, sería importante, aniquilarle los órganos de la visión. Para ese fin, Clímene compraría la complicidad de Sinésia, que haría a la joven dormir en pocos minutos a costa de un narcótico. Después, la criada le aplicaría una compresa con la sustancia corrosiva sobre los ojos de Livia. La joven despertaría ciega, afligida... Sinésia asumiría el papel de benefactora, reconfortándola con panaceas adecuadas. Al anochecer la propia Clímene visitaría la prisión, vistiendo ropas habituales de ella misma, de manera a disfrazarse con el aspecto de la joven. Se demoraría Clímene, en el gabinete del marido, mientras Sinésia cambiase la ropa de la prisionera, conduciéndola discretamente para afuera. Los guardias, naturalmente, la tomarían como siendo la propia Clímene abrazada a la gobernanta de la cárcel y Teódulo esperaría a Livia, a pequeña distancia, llevándola lejos de León... Descendería con ella a Masilia, con la promesa

de reencontrarse con el viejo padre y con Taciano, desterrándola por fin, en la costa galesa.

La esposa de Valeriano y el empleado de Opilio la oyeron asombrados, admirando la fertilidad de aquél cerebro, sorprendente en la urdidura del mal.

- El proyecto es notable – adelanto Clímene, algo aliviada - entre tanto, la playa no está muy lejos...

Helena nombro al compañero que las escuchaba, enigmático, y acentuó:

- Teódulo podrá llevarla hacia otro lado del mar...

Y guiñando los ojos vivos a él:

- De África, por ejemplo, cualquier mujer ciega encontraría mucha dificultad para el retorno.

Y sentenció, sonriente:

- No tenemos tiempo que perder. Si esa mujer domina a los hombres por los ojos, es justo que los pierda.

- Temo algún desliz en la ejecución del plan – suspiró Clímene, vacilante - si Valeriano lo descubre, lo pagare muy caro.

- ¡No vaciles! – determinó la compañera autoritaria – la duda en una realización que nos interesa es siempre un golpe contra nosotros mismos.

La esposa de Ignacio acepto y obedeció las órdenes que le eran dictadas.

Helena la acompañó a su casa.

Traída Sinésia al hogar del representante de Augusto, acepto de buen agrado todas las providencias que le eran sugeridas, volviendo a la prisión en posesión de las instrucciones y de las drogas indicadas.

Suministrándole a Livia el hipnótico, en agua pura, la vio adormecer fácilmente y, mientras dormía, la joven recibió la compresa fatal.

Cuando despertó, tenía los ojos inyectados de sangre.

Palpaba el lecho, ansiosa por recuperar la visión, pero era inútil...

- ¡Sinésia! ¡Sinésia!... – gritó alterada.

Escuchando la voz de la gobernanta que le respondía cortés, pregunto afligida:

- ¿Anocheció así tan de repente?

- Si – respondió la interlocutora, con intención - ya es de noche...

- ¿Dónde estaba yo, con todo? ¿Estaré desvariada?

- La niña tuvo un desmayo – informó la sierva, fingiendo preocupación.

- Tengo mis ojos en fuego. Enciende una antorcha, me siento intranquila.

Aunque compadeciéndose de la víctima, Sinésia se arrodilló junto a ella y, conforme a las sugerencias recibidas de Helena, le habló a los oídos:

- ¡Livia, tenga calma, coraje y paciencia!... ¡Su padre murió en los caballetes de castigo!...

La joven emitió un grito sofocado, seguido de convulsivos sollozos.

- Los espectáculos con ejecuciones han sido frecuentes. Aseguro que sus amigos cristianos no han tenido deseos, de huir. Hay, sin embargo, una noticia agradable. El patricio Taciano se interesa por su suerte. No se bien dónde se encuentra, pero estoy informada de que envió un mensaje al señor Teódulo, recomendándole acompañarla en el viaje que la niña debe hacer para aproximarse... Hay quien dice que la pequeña Blandina está enferma, reclamando cuidados...

Una intraducible expresión se estampó en la fisonomía de la joven, cuyos ojos se sumergían ahora en espesa noche.

- Precisamos sustraerla a la crueldad de Valeriano que se propone esclavizarla y poseerla, a cualquier precio – continuó Sinésia, astuta, - cada noche parece más loco y, probablemente, le violentaría el sentimiento femenino, ya que vive embriagándose antes de venir para su cuarto. Me duele el corazón verla así expuesta a los ataques de un hombre sin pudor. Combiné, pues, con el señor Teódulo su retirada... Dentro de algunas horas, espero recibir la vestimenta apropiada para su salida sin percances. Allá fuera, el administrador de la villa nos aguardará con el fin de acompañarla hasta el nuevo destino...

Notando que el silencio pesaba entre ambas, Sinésia preguntó:

- ¿La niña no se encuentra, por ventura, feliz? ¿No se alegra su corazón por las promesas de la nueva vida?

Lívia, sin embargo, que se fundió en amargas reflexiones, respondió, triste:

- Si no fuese por la muerte de mi padre me sentiría contenta... Además de eso, me veo enferma y aniquilada...

- Pero, el señor Teódulo es del parecer que el antiguo patrón de la villa Veturio y la hija de él, Blandina, son sus amigos.

- Si, bien lo se, pero la esposa de Taciano parece detestarnos. El señor Teódulo sabe de eso...

Extendió las manos hacia el frente, como si vagase en las sombras, y acrecentó:

- ¿Porque no encendemos alguna luz?

- Necesitamos de la oscuridad para libertarla.

La enferma se paró, pero pasando la mano por los ojos irritados, exclamó en dolorido desalentó:

- ¡Ah! ¡Sinésia, eres la única persona con quien puedo convivir en esta reclusión!... Soy cristiana, mientras tú te prendes al culto de las antiguas divinidades... ¡Pero en el fondo, ambas somos mujeres, con problemas comunes! ¡La muerte de mi padre me abre un vacío que cosa alguna en la Tierra conseguirá llenar! ¡Estoy sola en el mundo! ¡Sola! ¡Pronto me habituaré al camino de aflicción! ¡Nunca me revelaré contra los designios del Cielo, pero ahora, me siento desorientada e infeliz!... ¿Qué pecado cometí para que Dios me evite? ¡Compadécete de mi suerte! ¡Tengo miedo de todo!...

La inflexión con que aquellas palabras eran pronunciadas tocó la sensibilidad de la servidora en las más recónditas fibras.

Un profundo remordimiento la hirió, de lleno...

El llanto le rompió el fondo de la conciencia. Deseó salvar a la joven, cambiarla al mundo libre y abrirle las puertas de la cárcel hacia un bendecido destino, pero era tarde. Livia estaba ciega. Jamás conseguiría alterarle la situación. Entre el grupo de Valeriano y los amigos de Clímene permanecería maniatada al peligro eminente. Se limitó por eso, a llorar conturbada.

La joven escuchó los sollozos y se confortó, Supuso que la gobernanta sufría por ella y esa idea le ablandó la tortura íntima. No se hallaba tan sola. Alguien entendía sus sufrimientos morales y compartía la hiel.

Al anochecer, Clímene apareció.

Entregó a Sinésia la ropa de su uso particular.

La gobernanta galesa, no obstante el pesado remordimiento que la embargaba, reanimó a la joven y se ocupó en vestirla con esmero.

En unos instantes, ambas salieron sin ninguna molestia.

Vistiendo uno de los trajes habituales de Clímene y presentando una altura semejante a la de ella, Livia fue considerada por los guardias de servicio como siendo la esposa de Valeriano de paseo.

No muy lejos, alcanzaron a Teódulo que las esperaba.

Sinésia, emocionada, se despidió, alegando la necesidad de volver a su puesto. Antes, sin embargo, que la joven se expresase en consideraciones amargas, ante el adiós de la compañera, el intendente de Opilio, muy cortes, trató de disipar cualquier duda que le afligiese el ánimo.

- Me place traerle las buenas nuevas de las que ya tuvo instrucción – comentó él, amable - nuestro amigo Taciano, imposibilitado de volver a Lión, tan deprisa como deseaba, en razón de la insidiosa molestia en la persona de la hija, le pide la presencia confortadora...

Y locuaz, observó todas las instrucciones de Helena, esclareciendo que harían un viaje marítimo.

Taciano – repetía mentiroso - al regresar de la metrópolis, vio a Blandina enfermar repentinamente, sin nadie que los amparase, ya que Helena fue llamada nuevamente a Roma, con el fin de prestar asistencia al padre enfermo. Aconsejado por un médico de abordo, el yerno de Veturio desembarcó a la mitad del camino, desde donde envió un mensaje, rogándole a ella y a Basilio fuesen al encuentro. Solicitaba, con empeño, al viejo afinador acompañase a la hija, entre tanto,

naturalmente ignoraba que el filósofo, había sido muerto. Por eso mismo, él, Teódulo, se apresuraba a seguirla de cerca...

Lívia escuchó las informaciones, apretando el corazón con la mano temblorosa.

Reflexionó algunos instantes, tanteo los propios ojos, ahora terriblemente inflamados, y habló, triste:

- Señor Teódulo, estoy profundamente agradecida por su bondad. Me disipa el recuerdo de Taciano, buscando mi concurso tan pobre, entre tanto, me reconozco incapaz de realizar el viaje... Algo sucedió con mis ojos... Desde hace algunas horas para acá, observo que mi visión desapareció... Escucho su voz, pero no le veo. Dolores casi insoportables me recorren la cabeza. Estoy inutilizada... ¿En qué podría ser útil a nuestros amigos que me aguardan? ¿No será más justo permanecer aquí mismo y aceptar, conformada, las circunstancias? Taciano escribió pidiendo a mi padre que me trajese. Mi padre, con todo, está muerto... En cuanto a mi, enferma y sola, ¿que puedo hacer? Sería un pesado fardo en una jornada tan larga... ¿No será más aconsejable que el señor se desinterese de mi suerte?...

- ¡Nada de eso! – dijo el interlocutor, con manifiesta hipocresía – no puedo abandonarla, de ningún modo. Para las enfermedades, tenemos siempre, buenos médicos. Su salud recibirá la necesaria asistencia. La enfermedad, lejos de ser un impedimento, es una fuerte razón para los mayores cuidados por parte de aquellos que son nuestros reales amigos. Además de eso...

Y la voz de Teódulo se hizo más baja, como si quisiese despertar el miedo de la compañera:

- El legado es inconsecuente. La ciudad entera, según creo, no ignora que él la separo de las jóvenes

nazarenas, en régimen de privilegio. Sinésia me dio a conocer sus tremendas pruebas en la cámara de detención. Ahora, que su padre no existe, admito sea mayor mi deber de prestarle ayuda. Si el sacrificio representase una compensación a su ideal, comprendería su temerario gesto de quedar, pero permanecer en Lión para satisfacer la bestialidad de un hombre constituiría, a mi modo de ver, rematada locura...

El argumento la convenció.

La joven no vaciló más.

Le aceptó el brazo y se albergaron en una sencilla hospedería del suburbio, desde donde partieron, rumbo a un nuevo destino, al amanecer.

En Viena, Teódulo se valió de la colaboración de un médico, que receto complicados ungüentos para las heridas oculares.

Días amargos de desarrollaron en torno de Livia, desalentada...

Teódulo, a su vez, reparando en el aniquilamiento físico, recordaba la sugerencia de Helena que le pidiera favorecer la muerte de la joven, a través de alguna comida convenientemente preparada o desaparecer en las aguas... La piedad, sin embargo, le penetró el espíritu.

La resignación con que Livia acogía el infortunio lo conmovía, profundamente.

Ansiaba poder deshacerse de ella, como alguien que se despoja de un fardo, entre tanto, ahora le repugnaba la idea del asesinato.

En el puerto de Masilia, encontraron la única embarcación susceptible de conducirlos al exterior, una hermosa galera romana que llegaría a Siracusa, aprovechando los vientos favorables.

El representante de Helena no dudo.

Después de examinar las posibilidades del tiempo que disponía, informó a la joven que, según las noticias recibidas, Taciano estaría en Sicilia, a la espera de ellos, y ambos, de ese modo, se hicieron a la mar.

Paciente con la ceguera que la martirizaba, pero sin perder las esperanzas de curación, la enferma no encontró ninguna distracción en el viaje. Ensimismada, se limitó a conversar con Teódulo cuando el administrador de Veturio la buscaba, se limitaba a un sólo pensamiento – aproximarse a los amigos y descansar.

Por eso, en una soberbia mañana plena de luz, cuando el compañero de viaje le anunció la llegada a Drépano (17), donde estableciera él la supuesta permanencia del hijo de Varro, se le agitó el corazón, lleno de alegría.

Desembarcaron aparentemente tranquilos.

Teódulo, que aseguraba conocer la localidad, le lleno el pecho de esperanza. De cierto, comentaba él fingidamente, en breves instantes estaría abrazada a la pequeña Blandina, rememorando los días venturosos de la villa. Taciano, sin duda, proveería el tratamiento adecuado, a fin de restaurarle los ojos enfermos y, en poco tiempo, se hallaría íntegramente curada, contenta, feliz... La joven, caminando con la ayuda del brazo de él, sonreía, emocionada...

¡Sí!, ¿que otros amigos le quedaban en el mundo?

El burgo, lleno de viñedos y acariciado por la dulce brisa que soplaba del mar, respiraba la paz festiva y balsámica de la Naturaleza.

Aquí y allí, voces argentinas cruzaban los aires.

(17) Hoy Trápani.- (Nota del Autor espiritual)

Vendedores de frutas y legumbres pregonaban sus productos en las plazas. Risas de jóvenes y gritos de niños alcanzaban los oídos de la ciega que daría todo para sumergir la visión en el paisaje que imaginaba encantador.

En uno de los puntos con más movimiento de la villa, en el pórtico de un pequeño santuario consagrado a Minerva, Teódulo, con voz tranquila, la ayudó a sentarse en un estrecho banco de piedra y le pidió que lo aguardara, por algunos minutos.

Iría al encuentro de un amigo para cerciorarse, con exactitud, en cuanto a la dirección de Taciano.

Volvería dentro de poco.

Lívia, satisfecha, lo dejó a su voluntad, pero tan pronto se vio libre, el empleado de Veturio desapareció...

Al principio, la enferma esperó, confiada y paciente, con todo, a medida que las horas avanzaban, sentía aumentar la angustia que le asfixiaba lentamente el corazón...

No admitió que Teódulo fuese capaz de relegarla al abandono tan completo. El compañero de viaje podría haber enfermado gravemente. Algún obstáculo habría surgido...

Después del medio día sintió que el hambre y la sed la incomodaban, pero no quiso moverse.

El administrador de la villa podría aparecer de un momento a otro.

Venciendo grandes vacilaciones, preguntó a varios transeúntes, rogando informaciones acerca de Taciano, pero nadie le ofreció la más leve señal. De Teódulo, igualmente no consiguió tener la más ligera noticia.

Horas y horas permaneció expuesta en la vía pública, abatida por el sol y el viento.

A la noche, cuando perdió la esperanza de reencuentro con el administrador de la villa Veturio, cayó en profundo desaliento.

Percibió que el Sol se despedía, que los aires de la tarde se mostraban más fríos y recordó que el destino la abandonara por segunda vez...

De cuando en cuando, escuchaba improperios de hombres poco caritativos, dirigiéndole frases torpes y, afligida, se preguntaba a sí misma cómo proceder.

Se hallaba tan sola en Sicilia, como fue encontrada al nacer, en el campo de Chipre...

¿Por qué vendría al mundo con semejante destino? – reflexionaba atormentada. ¿Tendría aún madre en el mundo? ¿A que familia pertenecía? ¿Qué tragedia pasional le había precedido al nacimiento? Recién nacida, no tenía ninguna sensación de abandono, pero ahora... Mujer consciente, con tantos sueños deshechos, señalaba superlativo sufrimiento moral.

¿Para dónde iría?

Si, al menos pudiese trabajar...

Se reconocía, sin embargo, inútil y ciega.

¿Cómo se desarrollaría su futuro?

Dio gracias a Dios porque conseguía llorar libremente... Nunca recordó, con tanta intensidad, la ternura paterna, desde la separación de Basilio, como en aquellos momentos.

El vejo filósofo le enseñó que la muerte no existe, que las almas viven más allá de la Tierra, en esferas compatibles con el perfeccionamiento moral de que son portadoras. Nunca puso en duda las menores lecciones. Ciertamente, el cariñoso protector seguía viviendo, en

algún lugar... Pero ¿podría, acaso, acompañarla en el dolor?

Recordó las reuniones evangélicas de la casa de Vestino y procuro abrazarse a su fe.

Indubitadamente, los amigos que la habían precedido en la muerte no la olvidarían relegada a la soledad.

Dejó que las lágrimas le cayesen por la faz que el viento del crepúsculo azotaba, impiadoso, y rogó en pensamiento:

- ¡Padre amado, no me abandones!... ¡Desde donde estuvieres, vuelve la generosa mirada sobre mí... ¡Acuérdate del día en que me recogiste en el matorral desierto y acógeme de nuevo, en tu cariño!... ¡No sé por qué contrario destino me pesa sobre el alma, sin embargo creo, conforme me enseñaste, que Jesús vela por nosotros desde el Cielo! ¡Ahora me siento aniquilada y ciega, no me dejes perder la luz íntima de la esperanza y ayúdame en la restauración del buen ánimo!... ¡Muchas veces me dijiste que el sufrimiento nos purifica y eleva hacia Dios! ¡Hazme comprender esta realidad con más fuerza para que el dolor no me arroje a los precipicios de la inconformidad!... ¡Me hablabas siempre que nuestra vida no se extingue con la muerte, que el alma se eleva a las cimas de la eternidad, donde reina la paz! ¡Asegurabas que los muertos son más vivos que los hombres aprisionados en la carne y admitías, con seguridad, que nuestros entes amados pueden auxiliarnos y protegernos más allá del sepulcro!... ¿Cómo, pues, olvidarme de ti, que fuiste en todos los días el amigo y benefactor continuo? ¡Qué feliz sería, siguiendo tus pasos! ¡No pude, entre tanto, disfrutar del privilegio de morir por Jesús en los tormentos de la

arena! ¡Oh padre mío! ¿Por qué no me fue concedida la gracia de partir, junto a los nuestros? ¿Por qué me separó el destino de las compañeras que se hicieron venturosas por el martirio? ¡Ten compasión de mí! ¡Explícame la vida como en otro tiempo!... ¡Orientadme en el laberinto! ¡Acuérdate de que aún no paso de ser una criatura en las oscuridades del matorral humano, y hazte mi protector, nuevamente! ¡Me trajeron hasta aquí con la promesa de reencontrar a nuestros amigos, cuyo paradero ignoro! Probablemente, no les apretaré más las manos en este mundo... ¡En la Tierra, la separación es siempre más fría por los obstáculos que distancian nuestra visión de las personas amadas, pero, en la vida espiritual, el corazón debe poseer recursos diferentes para fortalecer el amor y socorrerlo!

Livia deseaba gritar las palabras que la mente componía, en la suposición de que el viento las llevaría, clamando hacia el Cielo, aunque, el movimiento de los viandantes le compelió el espíritu a la prudencia...

Continuaba, pues, llorando en oración cuando, como en un sueño milagroso, vio dibujarse un luminoso camino en las tinieblas que le oscurecían los ojos y, a través de ese brillo fulgurante, reconoció a Basilio, que avanzaba a su encuentro.

Extasiada, intento nombrarlo en voz alta, ebria de júbilo, pero la inesperada alegría le paralizó las cuerdas vocales.

El viejo amigo, envuelto en una claridad indefinible que lo hacía más joven, se aproximó, puso a la diestra en los hombros de ella, como antiguamente, y habló, aconsejando:

- ¡Hija mía, los aprendices de Jesús, tanto como él mismo, conocen la soledad, jamás el desamparo! ¡No te

lamentos de niebla con que el Cielo te prueba la confianza!... En las noches más oscuras, hay más fulgor en las estrellas... Nuestras esperanzas brillan con mayor intensidad en el invierno de los grandes padecimientos. Reánimate y cree en el poder excelso de Nuestro Padre.

El Espíritu de Basilio hizo una ligera pausa, le acarició los cabellos castigados por del viento y continuó:

-¡Realmente, nosotros te precedimos en el inevitable viaje del túmulo!... Para nosotros, la lucha en la carne fue provisoriamente interrumpida y, con acierto, dijiste que fuimos repartidos con la prerrogativa de sufrir algo por la extensión del Evangelio en el mundo... Pero no te creas excluida del testimonio y de la flagelación. El tormento de los ojos es la señal de que no fuiste olvidada... ¡Naturalmente, aquellos que nos guían en los planos más altos confiarán a tu fidelidad algún servicio en el mundo, por encima del nuestro!... El Señor no entrega responsabilidades de cierta naturaleza a corazones aún frágiles, así como no penderá el fruto alimenticio en la rama tierna del vegetal recién nacido... ¡Ten coraje! ¡A veces es necesario que nos sumerjamos en las sombras para ayudar a los que yacen en las tinieblas!... ¡Te reunirás en breve con nosotros! ¡Arrímate al cayado de la fe y no desfallezcas!... ¡Te seguiremos en el trabajo, paso a paso!... ¡Cuando el sacrificio te parezca más doloroso y más áspero, agradece a Jesús la oportunidad del precioso combate! ¡Si algo existe en el mundo que pueda expresar nuestro servicio con Dios, es la plena realización de la tarea ennoblecedora que la vida nos señala! Y, porque el esfuerzo de la renuncia no es accesible para todos al mismo tiempo, recibe la gradual inmolación de ti misma como bendición de lo Alto. ¡No preguntes por las razones que te impusieron la

ceguera física! ¡No te sientas injustificada!... La vida es siempre un milagroso tejido por la Divina Sabiduría. A veces, la aflicción es la víspera de la felicidad, así como el placer, frecuentemente, es producto de angustia... Nunca te olvides del Enviado que nos recomendó el perdón setenta veces siete para cada ofensa, que nos recomendó el amor a los enemigos y la oración para los que nos persiguen... Corto es el pasaje de nuestro Espíritu por el lodazal de la vida terrestre... El dolor es el lado adverso de la alegría, así como la sombra es el reverso de la luz... Pero en la economía de las verdades eternas, sólo la alegría y la luz nunca mueren. Tinieblas y sufrimiento son estados de nuestra posición imperfecta, ante el Altísimo... Entrégate, pues, a la buena lucha, con serenidad y sin temor. ¡Permaneceremos juntos a ti, orientándote en el escabroso camino!...

Basilio hizo un largo intervalo a las consideraciones que emitía, abrazando con ternura a la hija jubilosa.

Livia le respondió el gesto de cariño, como si quisiese retenerlo en el propio corazón. Aunque, animada y dichosa, reflexionaba en el inmediatez del mundo.

¿Qué sería de ella cuando se viese nuevamente sola?

Caía la noche... ¿Dónde abrigarse?

¿Estaría sentenciada a helarse en la vida pública?

El benefactor espiritual percibió sus pensamientos y respondió a ellos:

- ¡No temas! El Padre que alimenta a los pajarillos, cada mañana, jamás nos olvidaría. El socorro no tardará... No cierres el corazón a la bondad y a la confianza para que el Señor no encuentre dificultades en ayudarte. La ceguera de los ojos no es inutilidad del

alma... Recuerda nuestra pobreza laboriosa. ¿No encontrábamos ambos, en la música, la razón de vivir?

En ese instante, Livia escuchó, no lejos, una voz de niño que cantaba, conmovedor, acompañado por un laúd mal afinado:

Somos pobres, pobrecillos...
Vivimos de casa en casa,
Pero somos afortunados
De la gracia que viene del Cielo...
Mi madrecita enferma,
Cansada de tanto dolor,
En mi voz de niño
Pide una limosna de amor...

Un pequeño de siete años, robusto pero pobremente vestido, paró junto a ella, seguido por una esquelética tuberculosa.

Evidentemente, eran pidentes.

El pequeño artista que tocaba y cantaba, al mismo tiempo, era familiarmente conocido por el público, porque varias personas le llamaban por el nombre, exclamando:

- ¡Celso, canta más!

- ¡Celso, toca un poco más!...

El niño les atendía satisfecho, recogiendo monedas dispersas, entregándolas a la enferma.

Livia no vio más la figura paterna, tal vez sumergida en las nuevas emociones que le penetraron la mente, pero aún escuchó la palabra de Basilio, que le hablaba, con voz baja:

- ¡Abre el corazón, hija mía!... ¡Repara! Una criatura humilde recurre a la bondad en las calles... Ayuda para

que te ayuden, revélate a los otros para que los otros se revelen a ti...

La joven notó que una fuerza nueva le irrumpía en el alma.

El pequeño terminó una de los cánticos regionales que aprendió e, instintivamente, ella también se asoció al público, llamando:

- ¡Celso! Celso, déjame tocar el instrumento.

El pequeño consintió, enseguida.

En posesión del laúd, la ciega volvió, en pensamiento, al antiguo hogar.

Se olvidó de que se hallaba en la posición de extranjera en una tierra que desconocía y cantó con toda el alma, como si estuviese en una de sus horas más felices, delante del viejo padre.

Un gran silencio acompañó las bellas canciones romanas.

Los transeúntes se agrupaban ahora en el pequeño atrio de Minerva, y el niño, al final de cada número, recibía las contribuciones de señoras y caballeros conmovidos, llenando la bolsa.

El cuadro vivo de una ciega, de una tuberculosa al relente y de un pequeño andrajoso, arrancó las lágrimas de muchos.

Después de un gran repertorio, en que tuviera cuidado de seleccionar las melodías para no herir las susceptibilidades del público, entonces dividido en el culto a Jesús y en el culto a las antiguas divinidades, Livia se calló.

Muchas damas emocionadas la felicitaron en las despedidas.

El recinto se quedó vacío poco a poco.

Celso, entre tanto, se le colgó al cuello, tiernamente.

- ¿Cómo te llamas? – preguntó él, con sencillez y candor.

- Livia. ¿Y tu, mi inteligente cantor?

- Quinto Celso.

- ¿Estas solito?

- Mi madre está conmigo.

Hecha la presentación, ambas se abrazaron.

Hortensia Vipsania, la genitora de Celso, se dio a conocer en frases rápidas.

Era viuda de Tércio Avelino, un miliciano que murió sin honras, dejándole al hijo único en los brazos. El marido falleció en Siracusa, donde residían desde la transferencia de Roma; todavía, tan angustiada se le volvió la vida en la gran ciudad que, debilitada y derrotada, resolvió experimentar la permanencia en Drépano, donde conseguía mantenerse con menos dificultades. Luchó intensivamente, fabricando golosinas para vender, entre tanto, adquirió la pertinaz enfermedad que le minaba lentamente... Sitiada por la miseria, enseñó al hijo a tocar imperfectamente el laúd, de modo a recurrir a la caridad pública.

Se sentía, sin embargo, exhausta. Temía morir, de un momento a otro. Por dos veces, sufrió hemoptisis inquietantes y vivía alarmada...

Livia intentó reconfortarla con palabras fraternas, acariciando la cabeza del niño que la abrazaba dulcemente. Y, cuando fue interpelada sobre la propia historia, relató la difícil experiencia que atravesaba. Perdió al padre en la Galia Lugdunense y, ciega, fue traída a Trinácria (18) por un conductor, en busca de viejos amigos que no consiguió reencontrar. Extraña al

(18) También antiguo nombre de Sicilia. – (Nota del Autor espiritual)

medio, desconocía el propio destino y, sin nadie, no sabía de que manera moverse.

El pequeño, que parecía sumamente interesado en la conversación, interfirió, preguntando:

- Madre, ¿Livia no podría ser nuestra?

Y tal vez entusiasmado por las canciones que escuchó, dijo con espontaneidad:

- Saldremos juntos y tú descansará.

La pobre madrecita sonrió con desconsuelo y observó:

- La idea de Celso es igualmente mía. Con todo, hija mía, vivimos en un cuchitril que mal cavemos. Si te place, ven con nosotros...

La joven, en un ímpetu de jubiloso reconocimiento, le pidió la mano y se la besó en lágrimas.

Consideraba el ofrecimiento una bendición del Cielo.

No perdía la esperanza de reunirse con Taciano y Blandina y, mientras los estuviese buscando, aceptaría aquel amparo.

Allí mismo, trazaron planes.

Celso sería su orientador en la vía pública, pero cooperaría en favor de él, suministrándole conocimientos de educación y arte, en la preparación del futuro.

El asilo de Hortensia era un minúsculo cobertizo que le fue cedido por la caridad de una noble familia.

Allí, la infortunada viuda cocinaba y dormía, simultáneamente.

En aquella noche, sin embargo, el tugurio estaba de fiesta.

De los recursos recaudados, la enferma retiró gran parte y mando al hijo en busca de alimento.

Panes y bollos de carne, además de regular provisión de leche de cabra fueron traídos por los pequeños brazos, preocupados en servir...

Y los tres, agradeciendo en silencio al Cielo la alegría que les vibraba en el alma, repartieron el alimento sencillo, sintiéndose más felices que los cortesanos afortunados de la casa de los reyes terrestres.

Hortensia, deseando preservar la salud del niño, lo aislaba en un rincón del cuarto, en una cama de paja, y fue junto al pequeño donde Livia se recogió.

Antes de dormir, con la sinceridad cristalina de niño, Celso se dirigió feliz a la genitora preguntando:

- Madrecita, ¿y nuestra oración? ¿No pediremos hoy la bendición de Jesús?

Livia comprendió el constreñimiento de la benefactora, que tal vez estuviese silenciando por respeto a convicciones diferentes que ella pudiera poseer, y se ofreció de inmediato:

- Haré la oración de esta noche. Gracias a Dios yo también soy cristiana.

Y ante las expresiones de ternura que madre e hijo exteriorizaban, oró sentidamente:

- ¡Señor Jesús, bendícenos la fe con que esperamos por ti!... Te agradecemos la felicidad de nuestro encuentro y el tesoro de la amistad con que nos tejes la unión. ¡Te rendimos alabanzas por el auxilio a nuestros compañeros y por las lecciones de nuestros amigos! Enséñanos a descubrir tu voluntad en el oscuro camino de nuestras pruebas... ¡Danos la conformidad ante el dolor y la certeza de que las tinieblas nos conducirán a la verdadera luz! ¡Señor, concedemos la humildad de tu ejemplo y la resurrección de tu cruz!... ¡Así sea!...

Hortensia y el hijito, llenos de una indecible esperanza con la presencia de aquella joven mujer que, sola y ciega, encontraba elementos en sí misma para animarlos, repitieron “así sea” y durmieron tranquilos.

Una nueva existencia surgió para el grupo, en el día inmediato.

Extremadamente confortada en aquél santuario doméstico, Livia se esforzó en contribuir con seguridad para la tranquilidad de los tres, incumbiéndose en pequeñas tareas y alegrando el ambiente con las bendecidas lecciones que traía de la convivencia paternal. Aunque estaba ciega, colaboró de buena voluntad en la limpieza de la casa y, al anochecer, dejando a Hortensia en reposo, caminó con el pequeño para la vía pública, donde al precio de música, ganarían nuevos recursos.

Menos preocupada con el hijo, la desventurada viuda pareció, sin embargo, más concentrada en la propia molestia, con inquietantes alteraciones. Sentía con mayor desagrado las variaciones de temperatura y acusaba sufrimientos más positivos. A la noche, era visitada por disneas sofocantes y, durante el día, largos y afectivos accesos de tos minaban sus fuerzas.

Con admirable intuición infantil, Quinto Celso percibió que la madrecita había agravado en todos los viejos padecimientos y redoblaba sus caricias por verla reanimada y contenta. Uniéndose a Livia, como quien en ella encontraba una nueva madre, rodeaba a la enferma de extensa ternura.

Aumentada la renta diaria, la hija de Basilio visitó a los dueños del cobertizo, en compañía de Celso, rogando orientación para trasladarse de residencia.

La viuda necesitaba de espacio y aire más puro, y ahora, podían pagar alquiler por una casita modesta.

El propietario concordó y auxilió a la realización. Él mismo disponía de un humilde lugar que cedería por una retribución irrisoria.

En breve tiempo, se instalaron los tres en una sencilla residencia de cuatro habitaciones, no lejos de árboles bienhechores, junto a los cuales la enferma consiguió prolongar la demora en el cuerpo.

Allí, pasaron a recibir la visita de Exupério Grato, encanecido evangelizador cristiano que, a petición de la enferma, venía cuando le era posible, a leer los sagrados textos y formular oraciones.

La intimidad entre Livia y el niño se hizo más intensa y más dulce. Día a día, noche a noche, conversaban, estudiaban, trabajaban y preveían el futuro.

Cierta madrugada, con todo, Hortensia despertó con los ojos desencajados, fijos en visiones distanciadas de la Tierra...

Hemoptisis más fuerte la abatió, considerablemente. Encendida la candela, rogó a la compañera abriese la ventana, por donde el aire puro y perfumado por los naranjos penetró balsamizante.

Livia, a pesar de estar recelosa, no conseguía mejorarle la situación, pero el niño, inteligente y observador, se asustó notando la fisonomía trastornada. La enferma daba la idea de haber colocado una fina máscara de cera al rostro. Los órganos de la visión se mostraban casi fuera de las órbitas, pero una angelical expresión de alegría le asomó al semblante.

Celso, afligido, pregunto ansioso:

- Madrecita, ¿que te ocurrió?

La pobre señora le acarició la cabeza minúscula y habló, con esfuerzo:

- ¡Hijo mío, esta es la última noche que pasamos juntos en la Tierra!... No te dejes, sin embargo, a solas... Jesús trajo a Livia a nuestra casa... ¡Recíbela como tu nueva madre!... Ha sido para mí una valiosa hermana en estos días en que debo irme no obstante...

La joven comprendió el tono de aquella voz de adiós y se arrodilló llorando.

- ¡No madrecita! ¡Quédate con nosotros! – sollozó el niño desesperado - trabajaremos para verla feliz ¡Voy a crecer deprisa! ¡Seré un hombre, tendremos una casa grande sólo para nosotros! ¡No te vallas, mamá! ¡No te vallas!...

Lágrimas incontenibles se deslizaron de los ojos de la agonizante. Hortensia aliso los cabellos despeinados del hijo y acentuó:

- ¡No llores!... ¿Dónde pusiste la fe, hijo mío?

- ¡Yo tengo fe, mamá! Tuve fe cuando el perro del vecino nos rondó la puerta, tuve fe en aquella noche en que el temporal nos encontró en la calle, pero hoy tengo miedo... No puedes dejarme así...

- ¡Cálmate!... – rogó la genitora, preocupada – dispongo de poco tiempo... Te entrego a nuestra Livia, en el nombre de Jesús... No me prendas aquí... Incapaz de razonar como persona mayor, no percibes la extensión del sentimiento con que me dirijo a tu alma... ¡Entretanto, hijo mío, guarda bien este momento!... ¡Más tarde, cuando el mundo te reclame, para luchas mayores, no olvides nuestra pobreza laboriosa!... ¡Se bueno y trabajador!... Si fueras inducido al mal por alguien, recuerda el cuadro de ahora... Tu madre muriendo, confiada, segura de tu valor... Crece para Jesús, para el

ideal de la bondad que Él, nuestro Divino Maestro, nos enseñó...

Y, posando los ojos intensamente lúcidos en la compañera ciega, pidió con humildad:

- ¡Livia, Quinto Celso será mi propio corazón, latiendo a tu lado!... Si encontraras a los amigos que buscas, ten compasión de mi hijo y no lo abandones...

La interlocutora enjugó las propias lágrimas y rogó, afligida:

- ¡Hermana mía, no te preocupes!... ¡Duerme de nuevo!... ¡Te siento fatigada!...

Hortensia sonrió, triste y acrecentó:

- ¡No amiga mía!... No te engañes... Veo a Tercio con nosotros... Está robusto como en sus más bellos días... Me dice que estaremos juntos... Hoy... Nos reuniremos en el Gran Hogar... ¿Por qué habría de persistir, pegada al cuerpo, cuando Celso encontró ayuda segura en tu dedicación?... Me siento feliz, feliz...

Hortensia, no obstante, enmudeció, de súbito.

Entregada a profundo agotamiento por el flujo de la sangre que le asomaba a la boca, se demoró ahogándose, por algunas horas, hasta que, reanimada por los primeros rayos del sol de la mañana, cobró energías para dormir el gran sueño...

Livia y Celso, se reconocieron, entonces, solos.

Manos piadosas de los hermanos en la fe, los auxiliaron a prestar los últimos homenajes a la sufridora muerta.

Cuando Exupério acabó de orar, junto a la sepultura silenciosa, ante el crepúsculo que se cerraba en rojizos esplendores, Celso se abrazó a Livia y lloró copiosamente.

- ¡Deja en paz a tu madre, hijo mío! – recomendó la compañera emocionada - ¡Los muertos se prenden a nuestras lágrimas! ¡No perturbes a aquella a quien tanto debemos!... ¡No estarás solito!... de hoy en adelante, soy también tu madre...

Y la joven cumplió cuanto prometió.

Examinó, detenidamente, la propia situación y comprendió que las exhibiciones artísticas en la plaza pública ya no le convenían más.

Celso debía desarrollarse con seguras nociones de responsabilidad. Reclamaba instrucción y preparación frente a la vida. No obstante ciega, se proponía trabajar, de manera a cooperar en la formación del carácter de él para el futuro.

Buscó a Exupério el único amigo que podría aconsejarla, y le expuso el plan que tenía en el pensamiento.

¿No sería posible encontrar una actividad remunerada en Deprano, con el fin de amparar al niño?

El anciano la escuchó satisfecho, y le rogó tiempo. El proyecto era razonable, pero la localidad era demasiado pobre para vencer de pronto.

Esperaría, entre tanto, la visita de compañeros cristianos de otras tierras.

Estaba convencido de que el proyecto encontraría excelente oportunidad en otra región.

Se retiró Livia, esperanzada, con el corazón nutrido de vigorosa fe.

Transcurrieron algunas semanas, sin novedad, cuando el venerado lector de los Evangelios vino a traerle una importante noticia.

Se hallaba de paso, en la villa, un conocido amigo de Neapolis (19), el panadero Lucio Agripa, que se

(19) En Campaña (Italia). Hoy Nápoles. – (Nota del Autor espiritual)

disponía a escucharla y ayudarla, en lo que le fuese posible.

Guiada por Exupério, Livia se presentó ante el benefactor, cuyo semblante exteriorizaba la belleza moral de los grandes cristianos de la antigüedad. Ojos plácidos y fulgurantes en la faz arrugada, en la que los cabellos encanecidos prestaban una plateada moldura, Agripa, después de escucharla, habló sin afección:

Hija mía, juzgo razonable esclarecerte en cuanto a nuestra posición en casa. En otro tiempo, teníamos a numerosos esclavos, y no éramos felices, pero después que Domicia y yo aceptamos a Jesús por Maestro, nuestros hábitos fueron renovados.

Los cautivos fueron liberados y nuestras costumbres simplificadas.

La fortuna en dinero huyó de nuestra casa, la tranquilidad pasó a morar con nosotros como un talento celestial. Hoy somos tan pobres como aquellos que nos auxiliaron en nuestra fábrica de pan. Si aceptas nuestra vida frugal, podremos recibirte con el niño. Sé que deseas trabajar y no estarás inactiva. Podrás participar con Ponciana, nuestra vieja colaboradora ciega, en los servicios diarios del molino. La ausencia de los ojos confiere mayor atención para los servicios de esa naturaleza, ya que nuestra piedra de moler es adecuada para el concurso humano. Te aseguro, sin embargo, que no podemos ofrecer sino un salario irrisorio apenas suficiente para pagar la educación necesaria al pequeño.

Y, con una larga sonrisa, el generoso forastero concluyo:

- Estarás, sin embargo, con nosotros, en la intimidad del templo doméstico. Tenemos nuestras

oraciones particulares, en paz y alegría. Neapolis, gracias a Dios, no conoce la persecución.

Livia, no sabía expresar la propia alegría.

- ¡Ah! Señor, eso es todo cuanto deseo! – exclamó jubilosa – serviré con buen agrado en vuestra casa. Allá, disfrutare de la tranquilidad que necesito y Celso obtendrá la necesaria disciplina para crecer honrosamente.

El panadero hombre simple y servicial, conversó sobre música y se regocijó al saber que llevaría para casa no solamente una colaboradora exclusiva de las tareas manuales, sino también una primorosa arpista.

Y, después de algunos días, Livia Y Celso se pusieron a la mar rumbo a una nueva ciudad.

A la llegada, el niño, deslumbrado gritaba la felicidad que lo poseía.

El golfo espléndido, el caserío playero y el constante espectáculo del Vesubio con el penacho de humo perdiéndose en el firmamento, constituían motivos de largas y minuciosas indagaciones.

Livia, a pesar de la ceguera física, no cabía en sí de esperanza.

Domicia, la esposa del benefactor, la recibió con el corazón abierto y, después de una semana de recuperación de las fuerzas, entró en buena forma en el trabajo.

La propiedad se levantaba en una calle transitada y arbolada, siendo objeto de gran interés público.

Como ocurría en casi todas las ciudades antiguas, el trigo entraba puro en el establecimiento y allí era convenientemente transformado en harina para la manufactura del pan.

Al lado de Ponciana, la hija de Basilio, se encargaba de la piedra de molino. Al principio, el trabajo se le hizo excesivamente pesado, pero Livia, dándole gracias a Jesús por haber encontrado algo en que ocupar la mente atribulada, procuró adaptarse cantando, al nuevo género de obligaciones.

En la primera noche, se recogió fatigada, en el sencillo cuarto que Domicia reservó para ella y el pequeño, y Celso, que se sentía realmente como su hijo, contrariado al verla abatida, comentó el nuevo tipo de lucha, preguntando:

-Madrecita, ¿por qué tanto trabajo? ¿No sería mejor tomar nuestro laúd y ganar dinero de las personas que pasan por las calles?

- No, hijo mío. El servicio es el único medio a través del cual podemos derramar las riquezas del corazón, en el engrandecimiento de la vida. ¿Amas a Jesús y deseas servirlo?

- Si, si.

- Entonces, es indispensable que sepamos cooperar con Él, disputando para nosotros la satisfacción de hacer lo más difícil. Si todos procuramos la alegría de cosechar, ¿quien se encargará del sacrificio de sembrar?

Revelando, sin embargo, el cerebro infantil distanciado de las cuestiones filosóficas, Celso continuaba, indagando:

- ¿Dónde está Jesús, madrecita?

- Nos sigue, paso a paso, hijo mío. Sabe cuando nos esforzamos en imitarlo y conoce nuestras faltas y flaquezas. Así como el sol, nos envía desde el cielo su luz, haciéndose presente de manera constante, en nuestro camino, también el Señor es el divino Sol de nuestras almas, para iluminarnos por dentro,

despertándonos para el bien y guiándonos a la vida inmortal.

- Mi madrecita Hortensia decía que Él era el mayor amigo de los niños.

- Era y es, ahora y siempre – aseguró Livia, cariñosa -; Jesús confía en los niños, esperando que ellos crezcan para la gloria de la bondad y de la paz, con el fin de que el mundo se transforme en Reino de Dios.

Quinto Celso abrazó a la madrecita espiritual, con más ternura, se sentó y recitó una pequeña oración de alabanza y reconocimiento al Divino Maestro y, luego después, cogiendo la mano de Livia, se durmió con la despreocupación de un pájaro feliz.

La hija de Basilio, después de acariciar, agasajando al niño, siguió velando, bien entrada la noche.

¿Por qué insondables designios fue a parar a aquella casa con un niño que no le pertenecía por los lazos consanguíneos? ¿Por qué misteriosas determinaciones del Señor fue traída a Sicilia y de Sicilia a Neapolis, donde la vida le surgía enteramente nueva? ¿Dónde estarían Taciano y Blandina que suponía nunca más los iba a encontrar?

Livia recordó, uno a uno, los días difíciles que venía atravesando, desde la separación del viejo padre, y rindió gracias a Jesús por haber encontrado aquel lugar de confortamiento y paz.

Acarició al pequeño que dormía, placidamente, y rogó la bendición del Cielo para ambos, sintiéndose casi feliz, mas ignorando que la convivencia con Hortensia le había transmitido las simientes de un nuevo dolor, con el que ella, lentamente, caminaría para la muerte.

V

EXPIACIÓN

El regreso de Taciano y de la hija a Lión se realizó en una mañana radiante de luz.

Informado por el suegro, cuya presencia soportó con dificultad, de que los médicos habían recomendado el retorno de Lucila, con urgencia, al clima provinciano, resolvió retomar sin tardanza el camino al hogar.

La vuelta, con todo, se demoró, en razón de los vientos contrarios que engrosaban el Mediterráneo.

Nuestros viajantes se entristecieron con la demora, estaban ansiosos por la recuperación de la paz en el campo.

El patricio se sentía más tranquilo, acerca de la hija enferma. Si la esposa deliberara efectuar el viaje, por consejo de los facultativos, semejante medida era buena señal de que la enferma no estaría en condiciones tan precarias como se suponía.

Cierto, Lucila se restablecería tranquilamente en la Villa Veturio. La familia no sufriría golpes de mayor importancia.

Por ese motivo, se dejaba llevar por un deseo único: volver a ver al viejo filósofo y a la hija, cuyos afectos eran bendecidos estímulos para levantarle las fuerzas para vivir.

Él y Blandina pasaban largas horas conversando sobre música o proyectando excursiones campestres, en la expectativa del largo y venturoso abrazo de la vuelta...

Mientras tanto, una dolorosa decepción les aguardaba.

Realmente, encontraron a Lucila fuerte y restablecida, en la entusiasta preparación del casamiento con el tío, pero aterrados, padre e hija recibieron las funestas noticias de la ciudad.

El afinador y la hija habían sufrido la persecución considerada legal.

El enviado imperial promovió minuciosas investigaciones y los nazarenos habían experimentado los rigores de la ley. Muchos se mantenían ocultos, otros habían sido muertos.

Taciano, abatido, escuchaba los apresurados informes de los domésticos...

Algunas horas después de la llegada a la villa, Helena provocó un encuentro más íntimo con el esposo, acribillándolo de preguntas acerca de la salud paterna y explicando las razones que la hicieron ausentarse, precipitadamente, de Roma:

Lo esperaba ansiosa, cuando el médico de confianza le aconsejó el retorno inmediato al clima galés. Lucila, frágil, parecía una flor a extinguirse. No vaciló, en volver, sin demora.

El marido escuchaba absorto, mostrándose mentalmente en otra parte.

La hija de Veturio conocía los motivos de semejante distracción. Dejó a Blandina, en los aposentos particulares, enfadada y lacrimosa y, por la actitud de la hija, no podía ignorar que el esposo, por dentro, en aquél instante, era un hombre espiritualmente trastornado.

Lo miró con más atención, y habló, en un tono de voz en que se mezclaban las vibraciones de amargura y de atrevimiento:

- Taciano, no puedo callar la sublevación justa que me asoma al espíritu, frente al desencanto a que nos sometes en casa. Esperaba, sinceramente, tu regreso, no solo en la condición de mujer que aguarda al compañero, sino también en la posición de madre, afligida por el reencuentro con la hija distante... Con todo, la ausencia de cristianos humillados, que sufrieron simplemente el ajuste necesario con las leyes, te compele a terrible máscara de sorpresa y de dolor, con el agravante de haber permitido la fascinación de Blandina por los sortilegios de esos hechiceros. Tenemos a nuestra hija enferma y perjudicada por negligencia de tu parte. De nada me valió tan grande sacrificio por la primogénita, cuando relegaste nuestra hija más joven a supersticiones y desvaríos, porque no creo que esté Blandina exenta de la locura galilea. Aún si estuviésemos frente a personas respetables...

- ¡Helena! – atajó el compañero, visiblemente contrariado - ¡Guarda cautela con tus referencias! Basilio y la hija eran nuestros amigos preferidos. Adoptaban el Cristianismo por norma de fe, jamás se referían a eso en nuestras conversaciones. Nuestra comunión fue siempre la más digna.

- No me lo parece – consideró la esposa, irónica -; tu reacción dice bien tus sentimientos. Al regresar, fui bien informada de que la hija del liberto de Carpo guardaba la intención de sustituirme. Dominado por semejante mujer cualquier hombre descuidado, naturalmente, nada ve...

- ¡Es una calumnia! – clamó Taciano empezando a exasperarse. - Livia era casada y no sería capaz de deshacer el compromiso asumido.

El patricio quiso echarle a la cara cuanto sabia, por experiencia propia, del procedimiento de ella misma, en la estrecha unión con Teódulo, con todo, juzgó prudente callarse.

Finalizada una corta pausa, continuó:

- También ahora, en Roma, un ligero entendimiento con Claudio Lício, a cuya amistad recomendé al marido, supo de su viudez... ¿No te dolerá el corazón femenino la desventura de una pobre e indefensa mujer?

¡Ah! ¿Entonces era casada?

- Si, llegue a abrazar al esposo, Marcelo Velusiano, que deseaba intentar la vida en Roma, donde apareció muerto en las aguas del Tibre. Esperaba volver a ver a nuestra amiga para transmitirle la noticia, entre tanto...

Helena palideció de súbito, comprendiendo que el seductor de Lucila había mentido hasta el fin.

Comenzó a reflexionar en la trama oscura de los destinos de su grupo familiar, pero interesada en la recuperación de la propia tranquilidad, trató de olvidar todo, adoptó la expresión de bella máscara fisonómica y, fingiendo la dignidad herida, exclamó:

-¡Querido!, conversemos, sin irritarnos. De cierto, no me cabía ver nuestra casa invadida por extraña influencia, sin reaccionar de algún modo, todavía, todo hice para no desmerecer tu confianza, tratándose de amigos de tu círculo personal. El viejo afinador y la hija fueron presos en una reunión clandestina del culto prohibido, en la casa miserable de un anciano reconocidamente loco, que se llamaba Lucano Vestino. Ignacio Valeriano y la esposa, ahora ausentes, son romanos de excelente linaje. Viajaron para acá, en mi compañía. Tenemos, por eso, fuertes lazos afectivos. Comprendiendo la peligrosa situación de los detenidos y

sin olvidarme de que la joven ejerciera el ministerio de preceptora de nuestra hija, de conformidad con las recomendaciones de Teódulo imploré el indulto de las autoridades para ambos... El legado de Augusto, entre tanto, dijo en nuestra casa que Basilio fue tan singularmente audaz en insultar nuestras tradiciones y nuestras leyes que muy a disgusto, se vio obligado a llevarlo a los caballetes de suplicio, en los cuales, según supimos, murió de fuerte susto, pues no llegó a ser castigado. Continué trabajando por la liberación de la joven, pero vi frustrados todos mis intentos, porque el representante de Cesar, de acuerdo con la voz pública, se apasionó por ella, separándola de las demás mujeres encarceladas. Livia, por las informaciones que obtuve, pasó a vivir en un gabinete aislado, donde Valeriano la veía diariamente. Celosa, Clímene, la esposa de Ignacio, lo que nos costa, mandó aplicarles un veneno en los ojos, por intermedio de una criada, de nombre Sinésia; todavía, la prisionera, no se sabe cómo y auxiliada no se sabe por quien, consiguió evadirse poco después, valiéndose de las sombras de la noche. No pude saber si la pobrecita se ausentó ilesa o si los ojos de ella fueron víctima de la perversidad de Clímene. Busqué a la única persona capaz de aclararnos con seguridad, la servidora Sinésia; con todo, Ignacio Valeriano, cuando tuvo conocimiento de la fuga, fue acometido de una extraña demencia. Gritaba por la mujer amada, con voz estentórica, y, después de bárbaramente golpear a la criada, intentando arrancarle alguna confesión, determinó fuese ella maniatada para interrogarla en el día siguiente, pero al amanecer, el cadáver de la infeliz fue encontrado en la prisión, rígido y frío. Sinésia fue

asesinada por alguien que supo ocultarse en las telas de impenetrable misterio.

- ¡Qué doloroso es todo eso! – deploró Taciano, con la mirada nublada.

Helena percibió la diferencia que se realizó en él y prosiguió, con mayor inflexión de cariño:

- Sabiendo por anticipado cómo te afligirían los deplorables sucesos, determiné providencias para que la casita de Basilio fuese guardada a caballero de cualquier irreverencia de las autoridades. Espero puedas encontrar la residencia humilde en las mismas condiciones en que el viejo la dejó. Todo sin cambio...

Y, ante el compañero postrado por el dolor, completo la mentirosa versión de los hechos, adjuntando:

- Todavía, no me preocupé con ese aspecto de la situación. Convencida de que llegarías de un momento para otro, encargué a Teódulo visitar el puerto de Massilia, con la esperanza de recoger algún informe sobre un posible embarque de la joven hacia algún lugar.

Taciano, angustiado, pronunció breves palabras de reconocimiento. La supuesta beneficencia de la esposa, de alguna suerte, la redimía ante sus ojos.

Al atardecer, se encaminó hacia el sencillo domicilio.

A solas, en la habitación estrecha, dio curso a la emoción que le fluía del alma...

Contempló el arpa, ahora muda, se sentó en la poltrona que le era familiar y, sin que nadie lo viera, cedió al llanto convulsivo.

Se acordaba de Basilio, encanecido y confiado, veía a Livia en el pensamiento, recapitulando la noche de las despedidas, y no sabía si lloraba de amor o de compasión.

Tambaleante, se dirigió al pequeño gabinete donde el viejo se entregaba a estudios habituales y, después de examinar algunos trechos de lectura, encontró anotaciones evangélicas del afinador, que denunciaban las predilecciones religiosas.

Algunas notas autobiográficas se enfilaban esclarecedoras.

Basilio no era cristiano desde hacía mucho.

En Chipre, se dedicaba al culto a Serápis curador.

Solamente en Massilia, meses antes de la transferencia para Lión, es que conociera el Evangelio aficionándose a Jesús.

Recetas e instrucciones a los enfermos, del tiempo en que veneraba al antiguo dios egipcio, entonces transformado en compañero de Esculapio resaltaban las preciosas anotaciones alusivas al Nuevo Testamento. Poesías de adoración a las antiguas divinidades y anotaciones apostólicas del Cristianismo naciente yacían coleccionadas, revelándole el camino espiritual.

Por último, se detuvo Taciano, admirando un curioso trabajo de Basilio, titulado “De Serápis a Cristo” que le marcaba la definitiva transición.

El yerno de Veturio examinó el documento con un respeto que jamás consagrara a cualquier asunto unido a la personalidad del Mesías Galileo.

Enseguida, se sumió en pesadas meditaciones...

¿Por qué se veía, así, perseguido por Cristo en todas partes?

Recordó el primer contacto con el padre, arrebatado por el martirio, en supremo testimonio de fe.

Recordó la lejana fiesta de la Villa Veturio donde el pequeño Silvano perdió la vida...

Rememoró el sacrificio de Rufo, el esclavo decidido y fiel al propio ideal, y en lágrimas reflexionó en los últimos días de su madre, aislada en el ambiente doméstico.

Las reminiscencias del ahorcamiento de Súbrio pasaron nítidas por su imaginación...

Entre tanto, continuaba odiando los principios nazarenos.

No podía concebir una Tierra donde los señores se nivelasen con los esclavos, rechazaba la teoría del perdón irrevocable, jamás concordaría con la solidaridad entre patricios y plebeyos...

Los dioses antiguos, las epopeyas romanas, las conquistas de los emperadores y las palabras de los filósofos que habían construido el Derecho, en la República y en el Imperio, le dominaban el corazón con demasiado vigor para que pudiese desprenderse, fácilmente, del mundo moral en que basaba la propia razón de ser, desde la lejana infancia...

Fue consagrado a Cibeles y traía en el pecho el sello ardiente de la fe que orientaba a sus antepasados y, en esa confianza, pretendía morir.

¿De qué manera comparar a Apolo, el benefactor triunfante de la Naturaleza, con Jesús, un triste hombre judío, crucificado entre malhechores? ¿Por qué separarse del culto de la alearía y de la abundancia para someterse a los siniestros banquetes de sangre en los circos? ¿Por qué razón Basilio y Livia se habían adherido al movimiento que se le figuraba una detestable ideología de espíritus infernales?

Con todo, los amaba, aunque fueran cristianos.

En el antiguo liberto encontrara la vida emocional del alma paterna y en la joven pudiera sorprender un

corazón afín, capaz de hacerle feliz, en la condición de compañera y hermana.

Acariciado por el viento frío del crepúsculo, se demora el patricio, en una de las ventanas, meditando... meditando...

Era casi bien entrada la noche, cuando se disponía al regreso, que Blandina le salió al encuentro...

La inquieta niña lo buscaba, afligida, por todos los rincones de la hacienda, y al abrazarlo fue acometida por un largo proceso de llanto.

El genitor, taciturno, volvió al hogar, reconduciéndola en llanto...

Al día siguiente entró en entendimiento con el propietario de la barraca, que el afinador alquilara por tiempo indefinido.

Taciano se proponía conservarla para el culto de los propios recuerdos.

¿Volvería a encontrar a Livia?

Pensó entrevistarse con el legado de Augusto, pero Ignacio Valeriano, después de una ligera permanencia en Aquitania, volvió a la sede del Imperio.

Después de adquirir el nido sencillo donde Basilio se estacionara por tiempo tan corto, diariamente pasaba allí el tiempo que le sobraba de las acostumbradas tareas, casi siempre seguido de Blandina, que no olvidaba a los ausentes.

Las manos infantiles, minúsculas y frágiles, tocaban el instrumento, buscando imitar a la amiga que partió, demandando rumbo incierto, aplaudida por el padre, que se distraía, reparando en ella la diligencia. Por más que le prohibiese la madrecita tales paseos, más se empeñaba en burlar la vigilancia de los siervos, con el fin de reunirse con el genitor en sus aisladas reflexiones.

La amistad por el filósofo y por la preceptora desterrada era cada vez más intensa y más viva en su imaginación de niña.

Muchas veces preguntaba al padre si Livia había sido robada en algún asalto de Plutón y, en otras ocasiones, afirmaba, cerrando los ojos, que el abuelo Basilio se hallaba sonriente a su lado, abrazándola.

Cierta noche en que Taciano se demoró en la choza, más de lo habitual, Blandina, en la puerta, contemplaba el firmamento estrellado, cuando, inesperadamente, lanzó una exclamación de alegría, gritando espantada:

- ¡Abuelo! ¡Abuelo Basilio, papá! ¡Vea! ¡Está llegando!...

Hizo el gesto de quien abrazaba a algún ser querido y acrecentó, entusiasmada:

- ¡Padrecito, el abuelo está a su lado! ¡A su lado! ...

Taciano nada veía, pero la expresión felicísima de la hija le calaba hondo en el corazón.

Recordó antiguas historias en la que los muertos tornaban a la convivencia con los vivos y, emocionándose con las palabras de la hijita, admitió que la sombra del amigo apareciese allí, realmente.

Tuvo la impresión de que el amado compañero allí se mantenía invisible, como si recibiese el hálito caliente sobre el rostro.

Con los ojos brillantes, animados por la llama de inexpresables sentimientos, recomendó a la menuda interlocutora:

- Blandina, si ves realmente al abuelo, ¿por qué no sabemos por él cuando encontraremos a Livia?

La pequeña obedeció y, con la naturalidad de quien se dirigía al anciano resucitado, inquirió:

- Abuelo ¿no está oyendo la pregunta de papá?
Segundos de pesada expectación se hicieron en el silencioso recinto.

- ¿Qué respondió él, hija mía?

Blandina fijo en el genitor la mirada tierna y confiada e informó:

- El abuelo respondió que estaremos todos juntos, cuando escuchemos el Himno a las Estrellas, otra vez...

Taciano sintió que una indefinible angustia le absorbía la voz y el corazón. En silencio, tomo la mano de la pequeña para volver a la casa, donde, aislado en su gabinete particular, se entregó en obcecantes y aflictivos pensamientos...

La existencia en Lión prosiguió expectante, rutinaria y monótona...

En la primavera del año 256, entre tanto, la Villa Veturio se engalanó para el casamiento de Galba y Lucila, con la imponencia característica de las familias abastecidas de la época.

El novio, no obstante prematuramente envejecido, y la joven compañera, bella y fútil, parecían irradiar optimismo y ventura.

Opilio, aunque torpe y fatigado, premiando a la visita del yerno, acompañó al hijo para la ceremonia de los esponsales.

El retorno de él, después de tantos años, trajo gran interés en la capital de la Galia Lugdunense. El suntuoso palacio rural se convirtió, de nuevo, en centro importante de intrigas políticas, a través de veladas fulgurantes y alegres.

Cada vez más próspero en los negocios materiales, el viejo instituiría gran dadivas para la pobreza, en homenaje al matrimonio de la primera nieta. Fiestas

expresivas fueron organizadas, por varios días, destacándose la gran ceremonia, en los jardines de la hacienda, llevada a efecto con imponente esplendor.

El encanecido suegro se desdoblaba en gentilezas por hacerse amable con el hijastro, pero al contrario de lo que sucedía con Helena, imperturbable y feliz con la realización del sueño que le atormentaba la ambición materna, Taciano no sabía cómo esconder la preocupación y la tristeza que le amargaban el espíritu.

Blandina adelgazaba sin motivo justificado.

Poseída de una incomprensible melancolía, la pequeña, muchas veces, pasaba horas y horas, en la cámara de reposo, para pensar y pensar...

No valían consejos, ni pareceres médicos.

Pálida, acalorada, daba la idea de vivir, mentalmente, a enorme distancia de si misma.

Compareció a las solemnidades de los esponsales, agarrada al brazo paterno, a pesar de la desaprobación de Helena que, ante el retoño osudo y descolorido, no tenía coraje para forzar determinaciones.

Percibiendo la debilidad orgánica y tal vez para ser agradable a los hijos, el abuelo Veturio, en cuanto los invitados se ausentaron en dirección a la capital del Imperio, propuso el cambio temporal de la familia para Bahías (20), en el golfo maravilloso de Neapolis, donde poseía una confortable residencia de recreo.

El sur de Italia realizaba milagros y la armonía del clima restauraría las fuerzas de la enfermita. Las excursiones por las playas próximas y las visitas periódicas que podrían efectuar a la isla de Capri seguro le renovarían los colores.

(20) Hov. Bahía.

Dejarían la villa bajo la responsabilidad de Teódulo, una vez que él también seguiría al yerno y a la hija. Se sentía cansado del torbellino ciudadano. Tenía sed de la Naturaleza... Entusiasmado, pidió que el viaje no sufriese demoras. Estaba convencido de que la salud de la nietecita reclamaba providencias inmediatas.

En razón de eso, nada surgió que aplazase la realización.

Una elegante galera en breve tiempo conducía a la familia hacia la estación indicada, uno de los más concurridos centros termales de la época en Italia.

El viaje transcurría con calma.

Taciano y la hijita se regocijaban, por todas partes, con los paisajes sublimes de la Naturaleza, pero Helena, invariablemente pródiga en complicaciones e inutilidades, se rodeaba de todo un séquito de camareras, costureras, cantantes y bailarines que le ahuyentasen los ocios.

Aseveraba que la belleza de la costa neapolitana no era otra cosa que molesta quietud y, entregándose al sacrificio para satisfacer los caprichos del padre y las necesidades de la hija, proyectaba festividades y aventuras, con las que transcurriese el tiempo.

En balde Anacleto, ahora con los cabellos blancos y visiblemente fatigada, buscaba inducirla al descanso. La matrona cuyos encantos juveniles fueron siempre conservados con elixires y ungüentos, reía, burlona. Aseguraba que los dioses mantenían, inalterables, la salud y la alegría de cuantos se dispusiesen a cultivar el optimismo y el dominio.

La vida – repetía, comúnmente – era propiedad de los más fuertes. La felicidad consagraba a aquellos que pisasen a los débiles y a los ignorantes bajo los pies.

Los viajeros y la comitiva llegaron al golfo esplendido, sin novedades dignas de mención.

El domicilio de Veturio, en Bahías, admirablemente cuidado por manos amigas, era un palacete en miniatura, que enredaderas floridas lo ocultaban frente al mar.

Allí, el alma y el cuerpo obtendrían sorprendentes recursos de recuperación. El espectáculo de las aguas azules, asilando numerosos barcos de pescadores en melodiosas cantinelas, que el viento susurrante y dulce esparcía por los alrededores, era un milagroso refrigerio.

Mientras Taciano providenciaba el reajuste de dos pequeñas y confortables embarcaciones para el contacto más íntimo con la Naturaleza, Helena determinaba medidas para que los vehículos de la residencia fuesen debidamente renovados, a fin de entregarse a los viejos hábitos de vida social intensiva.

Para el yerno de Opilio y para Blandina se transformaron las excursiones en una cadena de encantamientos. En la isla de Capri, se demoraban largas horas, junto al soberbio e impresionante Palacio de Tiberio (*Villa Jovis*), que el tiempo deterioraba, impiadoso, multiplicando adorables paseos por las grutas, por las cimas de Anacapri o por las otras bellas villas construidas en tiempos del famoso emperador.

Embelesados, visitaron todas las poblaciones que rodeaban el golfo, conociendo sus costumbres y asociándose a la vida sencilla.

Otras veces, rodeando el cabo Miseno, deambulaban por la costa, admirando las puestas del Sol poniente en el seno zafarino de las aguas o los centelleos plateados del resplandor de la luna en las playas acariciadas por las adornadas ondulaciones de la espuma.

Cierto día, contrariados por el fuerte viento, abordaron playa diferente.

El caserío de Neapolis se levantaba ante ellos.

Aunque el firmamento se mostraba calmo y sin nubes, Taciano creyó prudente desembarcar.

El crepúsculo no tardaría.

El y Blandina podrían ejercitar resistencia en un paseo más largo.

El siervo que los acompañaba se encargó de llevar la embarcación al lugar que les era familiar, luego que el viento amainase y, padre e hija, contentos, pasaron a visitar mercados y plazas, monumentos y jardines.

La satisfacción a cada instante les retrasaba el paseo.

Alquilarían, por eso, un vehículo para la vuelta.

Parando aquí y allá, cuando el Sol ya se había sumergido en el poniente, en un diluvio de rayos de oro, se encontraron de frente con la panadería de Agripa.

El olor agradable que venía del horno los cogió en el pasaje y, solicitado por Blandina, Taciano concordó en entrar en el establecimiento.

Golosinas variadas estaban expuestas en gran cantidad.

Y, cuando Agripa atendía cortes, a los dos excursionistas, estos oyeron una dulce voz de niño que, no lejos, cortaba el silencio vespertino, cantando al son de un arpa irreprochable:

Estrellas – nidos de la vida,
Entre los espacios profundos,
Nuevos lares, nuevos mundos,
Velados por un tenue velo...
Loores a vuestra gloria,

Nacida en la eternidad,
Sois jardines de la inmensidad,
Suspendidos en el azul del cielo.

Nos decís que todo es bello,
Nos decís que todo es santo,
Incluso aunque cuando hay llanto
En el sueño que nos conduce.
Proclamé la tierra extraña,
Dominada de tristeza,
Que en todo reina la belleza
Vestida de amor y luces.

Cuando la noche sea más fría,
Por el dolor que nos procura,
Rompí la cadena oscura,
Que nos prende el corazón,
Encendiendo la madrugada,
En el campo de Nuevo Día,
Donde la ventura irradia,
Eterna resurrección.

Di consuelo al peregrino,
Que sigue a la merced de la suerte,
Sin techo, sin paz, sin norte,
Torturado, sufriente...
Templos del Sol infinito,
Abrir a la Humanidad
La bendición de la Divinidad
En las bendiciones de vuestro amor.

Estrellas – nidos de la vida,
Entre los espacios profundos,

Nuevos lares, nuevos mundos,
Velados por tenue velo...
Loores a vuestra gloria,
Nacida en la eternidad,
Sois jardines de la inmensidad,
Suspendidos en el azul del cielo.

Taciano y la niña intercambiaron una muda mirada de intraducible asombro.

El himno sufrió modificaciones, pero era el mismo...

Extáticos, recordaron el crepúsculo inolvidable sobre el Ródano, cuando entraron a la casa de Basilio por primera vez.

¿De quién es esa voz?

Cuando el cántico terminó, el patricio, muy pálido, se dirigió a Lucio Agripa, interrogando:

- Amigo, por obsequio, ¿podréis informarme algo sobre la música que oímos en vuestra propiedad?

El interpelado sonrió, bondadoso, y esclareció:

- Ilustre señor, la voz es de un niño que canta para una pobre madre que agoniza.

- ¿Quién es esa mujer? – indagó Taciano, con ansiedad.

- Es una sirvienta ciega que permanece en nuestra casa, hace tres años, y que hace meses, enfermó absorbida por la peste de larga duración. Ahora, está en el fin...

De semblante marmóreo, el patricio tomó la pequeña mano de la hija y pidió acceso al lugar en donde la enferma se encontraba.

Ante aquella mirada suplicante y sincera, Agripa no vaciló.

Tomando la delantera, guió a los visitantes, entre cortas hileras de arboleda, hasta el pequeño y alejado cuarto en el fondo.

La ventana abierta dejaba escapar las notas armoniosas del instrumento bien afinado.

Taciano atravesó la puerta con el corazón precipitado...

En un cuadro que jamás olvidaría, contemplo a Livia, semi-cadavérica, escuchando, jadeante, a un niño simpático y humilde, que cantaba con aterciopelada ternura.

- ¡Livia! – grito, atónito.

- ¡Livia! ¡Livia! – repitió Blandina, ardientemente.

La enferma esbozo una inexpresable sonrisa en el semblante calmo y extendió las manos, murmurando entre lágrimas:

- ¡Al fin!... ¡Al fin!...

El patricio miro, consternado, los restos aún vivos de la mujer que él amara y a cuyo afecto se dedicara con fraternal ternura. Los ojos apagados imprimían una amarga vaguedad al rostro triste, que más se asemejaba, ahora, a una delicada máscara de marfil, moldeada por los bastos hilos negros de la cabellera que no cambió.

Mientras Blandina se inclinaba cariñosa hacia el lecho, él quiso clamar la rebeldía que le lanceaba el corazón, pero una pesada nube de dolor le constreñía la garganta.

Livia adivinó su angustia y, habiendo notado la presencia de Agripa, hizo una presentación que pudiese aliviar la tensión del momento.

- Señor Lucio – exclamó - , he aquí los amigos que esperé tanto tiempo... Dios no permitió que yo muriese

sin abrazarlos por última vez... Quinto Celso tendrá, de ahora en adelante, nueva familia...

El dueño de la casa saludó a Taciano y Blandina y, percibiendo que el grupo deseaba mayor intimidad, se retiró cortés, prometiendo regresar con Domicia, en breve tiempo.

Fue entonces que el hijo de Varro comenzó a gemir, extrañamente, como si trajese una fiera oculta en el pecho, a soltar terribles rugidos... Y porque Livia le incitase a la conformación y a la serenidad, estalló con voz fuerte y lastimosa:

- ¿Por qué reencontrarte, así, en el terrible instante del adiós? ¡Ay de mí!... ¡Soy un reprobó bajo la férrea mano de los genios infernales! Soy como la tempestad que pasa, aullando entre ruinas... Todo me falló. ¿Por qué me prendí, de este modo, a los dioses siniestros? De la felicidad solo encontré humeantes restos... Intenté caminar en el mundo con la admiración de mis antepasados y hacer siempre según lo que las tradiciones me enseñaron de más puro, pero todas las privaciones me aguardaban, destruyendo mis anhelos... ¡Soy el fantasma de mi mismo! ¡No me conozco!... La muerte me ronda todo los pasos... ¡Soy un vencido que la vida obliga a marchar entre los propios ídolos quebrados!...

El yerno de Veturio se interrumpió sofocado en copiosas lágrimas que le corrían por el rostro.

Valiéndose del intervalo, la enferma interfirió con inflexión conmovedora:

-Taciano, ¿por qué alimentar la tormenta del corazón, ante la serenidad de la vida?... Te quejas del mundo... ¿No sería, sin embargo, más acertado lamentarnos de nosotros mismos?... ¿Cómo te rindes a

la blasfemia si posees un cuerpo robusto? ¿Por qué la rebeldía, cuando las actividades de cada día pueden contar con tus brazos libres?... ¡Aprendí con Jesús que la lucha es tan importante para nuestra alma, como el cincel es precioso para el perfeccionamiento de la estatua! Antiguamente, nuestros escrúpulos en la familia nos compelián a guardar la fe a distancia en nuestras conversaciones más íntimas... Mi padre me recomendaba no ofenderte tus convicciones... Hoy, entre tanto, no soy más la mujer que el mundo podría hacer feliz... Soy apenas la hermana que se despide... Algunos meses antes de nuestro encuentro en las márgenes del Ródano, encontramos a Jesús en Masilia... Nuestra mente se modificó... Con Él, aprendimos que el divino amor prosigue a la vida humana... ¡Somos simples forasteros en la Tierra!... Nuestro verdadero Hogar brilla más allá... Es necesario superar con valor los percances de la existencia... En verdad, estoy ciega y no ignoro que la muerte se avecina, entre tanto, hay una luz que me esclarece por dentro el corazón... Cristo...

El interlocutor, sin embargo, le cortó la frase vacilante y gritó:

- Siempre la sombra de ese Cristo cruzándose en mi camino... ¡Joven aun, cuando descubrí el amor de mi padre fue para demostrarle la integral rendición al profeta judío! Cuando busqué recuperar a mi madre para el equilibrio de la inteligencia, ella no se refería a otra persona y murió suspirando por la influencia del intruso... Cuando busque a Basilio, al volver de Roma, recordándole el afecto que me impelía al culto de la memoria paternal, el compañero a quien amé tanto se inmoló por él... Me pongo a buscarte, gasto mis mejores fuerzas en la reivindicación de tu cariño, pero, viéndote,

te observo igualmente en las manos invisibles de ese extraño Salvador que no consigo comprender... ¡Oh! dioses infernales, ¿qué hicisteis de mí?...

Livia se puso más pálida.

Blandina le cogió las manos e iba a dirigirle la palabra, con todo, la enferma, con la serenidad de quien encuentra la paz dentro de si misma, levantó la voz y habló triste:

- ¡Es inútil tu injustificable reacción! ¡En este lecho que me sirve de cruz libertadora, volví a la convivencia con muchos afectos que me precedieron en la muerte!... Mis ojos de carne fueron quemados para siempre, pero una nueva visión me enriquece la vida íntima... Veo a mi padre a nuestro lado... Me abraza con el amor de todos los días... Y te pide silencio, delante de las verdades que aún no puedas percibir... Afirma cariñosamente que perfeccionaste el cerebro en el viaje de los siglos... Entre tanto, tu corazón, aunque generoso, es una perla encerrada en una caja de bronce... El exceso de inteligencia te eclipsó la visión... Sufres, pero a la manera de un hombre demente, rechazando el remedio libertador... ¡Tus lágrimas de rebelión espiritual acumulan densas nubes de aflicción sobre tu propia cabeza!... Estás preso voluntariamente a las ilusiones que te hieren el alma... Mi padre te ruega calma y reflexión... Asegura que todos nos hallamos encadenados, a través de las existencias sucesivas... Somos verdugos y benefactores unos de los otros... Solamente las lecciones de Cristo bien vividas por nosotros conseguirán rescatarnos, eliminando las cadenas oscuras de odio y vanidad, egoísmo y desesperación en las que nos encadenamos... Compadécete de todos... de los superiores y de los

inferiores, de los que te auxilian y de los que te escarnecen, de los vivos y de los muertos... No devuelvas mal por mal... Perdona siempre... Solo así harás luz en ti mismo para que puedas discernir la verdad... Mi padre me anuncia la partida próxima... Me demoraba apenas a tu espera, a fin de transferir a tus manos el último deber que la Tierra me reservó... Hoy, semejante misión estará cumplida... Me siento feliz con la gracia de tu presencia, junto a Blandina, a mi lado... Ahora, es el final de la tarea...

Ante la pausa que se hiciera natural, Quinto Celso, con los ojos arrasados de lágrima, abandonó el arpa, olvidó a las visitas y se abrazó a la agonizante.

Aquellas frases de despedida le traían a la memoria el cuadro final de la madrecita que se fuera.

Amedrentado, comenzó a sollozar su dolor.

Mientras la enferma lo consolaba, con palabras de ternura, Taciano concluyó en si mismo que tal vez Livia hubiese enloquecido por el sufrimiento.

No le correspondía armar, en aquél instante, una discusión religiosa que redundaría en prejuicio general.

Cualquier alteración acerca de Cristo, no restituiría la mínima parcela de equilibrio orgánico a la criatura amada que el destino estrangulara.

Se reconoció en error.

Le tocó la frente inundada de pastoso sudor y le rogó perdón.

Livia, sonriente, preguntó por el progreso artístico de Blandina, pidiendo a esta tocarse una de las viejas músicas de la casita de Lión.

La niña la atendió prontamente.

La melodía se irradió como bendecido calmante en el cuarto estrecho.

Lágrimas tranquilas rodaron por el rostro macilento de la enferma que, siguiendo la música evocada, tanteó el rostro mojado de Celso, entregándolo al amigo, con humildad y confianza:

- Taciano, este es el hijo de mi corazón que lego a tus cuidados. Se llama Quinto Celso... Fue mi salvador en la Trinácria... Por allá cantamos juntos en la vía Pública... Es un valiente... Si la vida me hubiese confiado un hijo, estimaría fuese así como Celso, amigo, dedicado, trabajador... Estoy segura de que será un hijo valioso en tu camino, como será para Blandina un abnegado hermano...

El rapaz miró para Taciano de extraña manera, y el patricio, magnetizado, se esforzó por recordar donde vio esos ojos en el calidoscopio de sus recuerdos.

¿No era aquella mirada paterna que le observaba en otro tiempo? ¿De dónde provenía aquél niño que, sobre todo, aún traía consigo el nombre del apóstol que le diera el ser?

El pequeño, a su vez, como si fuera íntimamente movido por un automático impulso, se desprendió de Livia y se le tiró a los brazos.

Taciano, sorprendido recibió contento aquél gesto de espontánea ternura.

Celso se le figuraba un pajarillo arrojándosele en el pecho. Escuchaba su corazón, latiendo asustado.

El niño, sin embargo, no se contentó con el abrazo de amor. Le besó la cabeza, donde los hilos grisáceos comenzaban a surgir y le acarició la frente, alisándole los cabellos.

El hijo de Quinto Varro experimentó una inexplicable emotividad constriñéndole las fibras más

intimas. Intentó conversar con el pequeño, entre tanto, no sabía sino abrazarlo sin palabras.

Fue entonces que Livia, con frases entrecortadas, describió para Taciano y Blandina la lucha que les desmoronara la paz doméstica. Helena nunca pudo recibirlos, en casa, a pesar de la insistencia de Basilio, y la cobranza de la deuda de los Carpos, a través de la familia Veturio, le desorientara al padre adoptivo. Se trasladaron para la residencia de Lucano Vestino, por imperiosa necesidad y, después de relacionar los lances amargos de las persecuciones, se refirió a las dificultades de la cárcel, a la repentina ceguera, y, por último a la fuga, seguida del viaje para Sicilia, en compañía de Teódulo, cuyas promesas no se habían cumplido.

El amigo la escuchó con indecible espanto y rebeldía.

Los dolorosos sufrimientos de la joven en Lión y en la Trinácria le dilaceraban el alma. Vislumbró la oscura trama en que le erigió el sacrificio.

Le afirmó ignorar lo que le pasara.

Nunca estuvo en la isla. Efectuó regular viaje a Roma, conforme al programa establecido, y volvió sin alteración.

Helena, con todo, debía conocer los acontecimientos.

Mandaría buscarla.

Extremadamente perturbado, miro hacia la calle, y, aunque la noche hubiese caído integralmente, mandó un portador a la villa distante, rogando a la esposa y a la gobernanta viniesen a estar con él y Blandina en la casa de Agripa, alegando urgentes motivos de salud.

Exigiría el pronunciamiento de la mujer, ante la pobre criatura que yacía casi muerta.

Transcurrido algún tiempo, Helena y Anaclea llegaban en carro ligero y gallardo.

Recibidas por Taciano, este habló, nerviosamente, después de las preguntas que le fueron realizadas:

- ¡Entremos! Es un caso de muerte próxima.
- ¿Blandina? – interrogó la matrona, afligida.
- No, no. ¡Sigamos!

En breves instantes, el grupo entró en el estrecho recinto.

Taciano señaló a la agonizante, cuyos ojos muertos vagaban sin expresión dentro de las orbitas, y la interpeló emocionado:

- Helena, ¿reconoces a la enferma?
- La señora se estremeció y, porque esbozase un gesto silencioso de negativa, el marido acentuó:
- Esta es Livia, la infortunada hija de Basilio.

En ese instante, Lucio Agripà y la mujer, que se mantenían atentos y silenciosos en el cuarto, entraron en el interior doméstico, recogiendo a los niños para el necesario reposo.

Solamente aquellas cuatro almas, presas al tremendo destino que les era común, permanecieron frente a frente, como si estuviesen convocadas por fuerzas invisibles a supremas decisiones.

Helena y Anaclea parecían galvanizadas en la contemplación de aquél semblante animado por intensa vida interior.

La arpista ciega, en las proximidades de la muerte, mostraba las líneas fisonómicas de Emiliano Secundino, el amor que el tiempo no apagó en el corazón de la hija de Veturio.

- Livia – habló Taciano, compasivamente – te presento a mi esposa y a nuestra amiga Anacleta.

El rostro de la infeliz se iluminó de profunda alegría.

- Agradezco a Dios esta hora... - exclamó en voz muy baja, con humildad – yo siempre deseé pedir a las señoras me disculpasen la mala impresión que les causaba... Muchas veces... desee aproximarme para decirles de mi respeto y amistad... entre tanto... las circunstancias no me favorecieron...

Aquella voz calaba en el espíritu de Helena con extraña resonancia... ¿Por qué no se interesó por un conocimiento más íntimo de aquella mujer?

Se le alteró inexplicablemente el modo de ser... Reminiscencias de oscuro cuadro de su vida le emergían en colores vivos, de lo recóndito de la memoria. Tuvo la impresión de que Emiliano se hallaba allí, en espíritu, para despertarla a la realidad terrible... Olvidó la presencia de Taciano, se despreocupó de cualquier conveniencia de orden personal y, con fisonomía angustiada, pregunto:

- ¿Dónde naciste?

- En Chipre, señora.

- ¿Quién fue tu madre en el mundo?

La agonizante sonrió con esfuerzo y esclareció:

- No tuve la felicidad de conocer a mi madre... Fui recogida por mi viejo padre adoptivo en un matorral...

- ¿Y disculparías a aquella que te dio la vida si algún día la encontrases?

- ¿Cómo no?... Siempre rendí cariñoso culto al corazón materno... en mis oraciones de cada día...

La matrona, pálida, trémula de terror, ante la cara desnuda de la realidad, continuó indagando:

- ¿Y si tu madre te robase el esposo, el padre y la propia salud imponiéndote el escarnio público?

- Aún así... - confirmó Livia, sin vacilar – no sería para mi diferente... ¿Quién de nosotros, en este mundo, podría juzgar con seguridad?... Mi madre... aunque me quisiese con todo su amor... tal vez fuese obligada a herirme... por mi propio bien... Creo que... con todo... debemos rendir gracias a Dios...

Ante la espantada mudez de Helena, Anacleta avanzó hacia la agonizante con fervoroso interés.

- ¿La genitora no te dejó ningún recuerdo? – inquirió la gobernanta con ansiosa expectativa.

Livia reflexionó algunos momentos, como quien buscarse fuerzas para conversar, y habló confirmando:

- Pienso que mi madre... tenía la intención de encontrarme... porque me dejó en los encajes de la cuna un camafeo que mi padre me enseñó a tener sobre el corazón...

Anacleta, frente de Taciano estupefacto, le revisó el tórax y le retiró de la joya de marfil, donde brillaba la imagen de Cibeles primorosamente esculpida, y de la cual Helena jamás se separaba en los paseos con Secundino.

En la hija de Veturio se acentuaba más la palidez.

Descubrió a la propia hija, sobre quien hiciera pesar la maza de su frenética persecución. Aquella era la flor reseca de sus primeros sueños... Escuchó, de nuevo, en la milagrosa acústica de la memoria, las palabras que el hombre inolvidable de sus ideales femeninos le hablara por primera vez... Habían proyectado, el y ella, para el vástago de sus esperanzas el más bello destino.

¿Por qué se había cambiado en infierno el paraíso imaginado?

Inmovilizada por el pavor, ojos espantados, notó que las reminiscencias le materializaban el pretérito en el fondo de la propia alma.

Las paredes del cuarto desaparecieron a sus ojos.

Se vio nuevamente joven, en el torbellino de banalidades en que el amor de Emiliano le despertó el corazón...

Se le oscureció el cerebro.

¿Dónde estaba?

Reparó que, en medio de las sombras que la cercaban, un hombre caminaba a su encuentro... Era él, Secundino, como en la antigua visión de Orósio y como en el sueño que la visitó en la isla de Chipre, envuelto aún con las vestimentas militares y con la diestra sobre el pecho ensangrentado, llamándola gritando:

- ¡Helena! ¡Helena!... ¿Qué hiciste de la hija que te di?

Le torturaban el alma estas palabras, infinitamente repetidas por los monstruos del remordimiento en el profundo abismo que se abría bajo sus pies....

Recordó que la hija abandonada se encontraba allí al alcance de sus manos, entre tanto, por más que extendiese sus brazos, no conseguía encontrarla en las tinieblas que se adensaron a su alrededor...

Solamente el rostro de Emiliano crecía, descomunal, ante su visión espavorida y sólo la inquietante interrogación de él alcanzaba sus oídos:

- ¡Helena! ¡Helena!... ¿Qué hiciste de la hija que te di?

Ante de Taciano y Anacleta, fulminados por el asombro, la matrona, con la espantosa mirada de los locos, lanzó una horrible carcajada, giró sobre los talones y corrió para la vía pública. Tomó las riendas del vehículo

que la trajera y partió, disparada, de regreso a la villa distante...

El marido de Helena solicitó la asistencia de Agripa, en favor de la enferma, y aislándose con la gobernanta, en un trecho del jardín, de ella escuchó, por más de dos horas, sombrías confidencias, en torno del pasado y del presente.

Taciano, trastornado, parecía ebrio de ira.

Cuando Anacleta terminó las amargas revelaciones, el interlocutor, compenetrado así de toda la cruel verdad, cerró los puños y gritó con voz estentórica:

- Helena es indigna de respirar entre los mortales. Será estrangulada por mis propias manos... ¡Descenderá, hoy mismo, para las horrendas regiones tártaras, donde curtirá bien merecidas penas!...

- ¡Taciano! ¡Taciano! – sollozaba la vieja amiga, impidiéndole los movimientos - ¡Espera! ¡Espera! ¡El tiempo ayuda a la reflexión!...

El patricio procuraba desligarse, cuando Lucio Agripa, con expresión fatigada, se acercó a ellos y le notificó:

- Amigos míos, nuestra enferma descansó al fin.

Herido doblemente en el corazón, el padre de Blandina corrió al cuarto simple y contempló el rostro de Livia, macerado y lívido, bajo el halo de la muerte.

Una angelical serenidad se estampara en la cara de ella. Una sonrisa misteriosa, que nadie sabría definir como siendo de alegría o de conformidad, se le fijó en los labios como último mensaje de su corta vida para los que quedaban.

El compañero que tanto la amó se inclinó sobre el cadáver, llorando por algunos momentos; entre tanto,

como si fuese súbitamente erguido por una fuerza extraña, comenzó a gritar con dolor salvaje y a maldecir.

Convenientemente amparado por Lucio, a este rogó auxilio. Precisaba de urgente acceso al hogar.

En breves minutos, una carreta de servicio lo transportaba, de regreso a casa, en compañía de Anacleta.

No habían intercambiado palabra en todo el camino.

Claros matutinos comenzaban a surgir en el hermoso crepúsculo...

Seguido por la gobernanta, preocupada en evitar cualquier actitud de violencia, el patricio llamó a la mujer con voz propia de un alineado mental.

Helena, sin embargo, se hallaba como de costumbre en su cámara de reposo.

Tras algunos instantes de ansiosa búsqueda, al final fue sorprendida en un charco de sangre, en los baños de la casa.

La desventurada matrona, trastornada por los cuadros de conciencia culpable, se cortó las venas con sus propias manos.

Anacleta irrumpió en ruidosas exclamaciones.

Todos los siervos acudieron presurosos para el socorro que no tenía razón de ser.

Fue entonces que el viejo Opilio, trémulo y afligido, se aproximó y, deparando con la hija muerta que siempre dominara su corazón, quiso gritar más no lo consiguió. El pecho se le figuraba oprimido y el cerebro estalló, a la manera de un arpa cuyas cuerdas reventasen, y el anciano cayó desamparado, en el piso de mármol, gimiendo angustiosamente.

La noche trágica pasó como huracán despiadado y aullante.

Opilio Veturio, el potentado que Roma admiró por tantos años, en razón del choque, se derrumbó abatido y hemipléjico.

Se le extinguió el don de la palabra.

No obstante el inmenso esfuerzo para recuperarlo, no conseguía sino emitir sonidos guturales, con simiesca expresión.

Transcurrieron días sobre días...

Y, mientras una soberbia trirreme carreta lo conducía, bajo los cuidados de Anacleto, camino de Ostia, Taciano y Blandina acompañados de Quinto Celso, regresaban a la Galia Lugdunense, llenos de nostalgia y de dolor...

El orgulloso hijo de Quinto Varro, que desde la juventud desdeñaba la plebe y que apenas se humillaba superficialmente en el culto a los dioses de las victorias imperiales, empezaba a doblar la cabeza. Abrazado a las dos criaturas que constituirían doblemente la razón de vivir, con arrugas profundas que le desfiguraban el rostro, adornado ya con los cabellos blancos que se multiplicaron aceleradamente, no sabía ahora sino indagar en silencio el horizonte distante, demorándose, mudo, a reflexionar y llorar...

VI

Soledad y reajuste

El otoño del año 256 comenzaba entre luchas y expectativas.

En el Imperio, entonces gobernado por Publio Aurelio Licinio Valeriano, elevado a la púrpura del poder por sus brillantes hechos militares, la decadencia continuaba...

No obstante a las victorias sobre los godos, el Emperador no conseguía detener la degradación moral desarrollándose por todas partes.

En Roma la dignidad sufría olvido y subversión.

En las líneas provinciales crecía la irresponsabilidad y la indisciplina.

Taciano, con todo, aceleró demasiado la renovación interior para detenerse en el mundo externo.

Rodeado de las cuestiones políticas y filosóficas que lo importunaban, se sentía convocado por la vida al reajuste de todas sus conquistas y valores de orden personal.

Nuevamente en Lión, donde la vida se desarrollaba con las readaptaciones necesarias, no ignoraba que en Roma no le faltarían sinsabores imprevisibles.

El suicidio de Helena y la molestia del suegro, sin que él pudiese revelar a los amigos la clave de las explicaciones justas, le crearon una atmósfera de antipatía y desconfianza.

Por eso, se encontraba más angustiado, más sólo.

Llegó a la villa con un pensamiento obcecante dominándole el cerebro: - el desquite contra Teódulo.

Sabría derramar sobre él toda la hiel de indignación y desprecio que le salía del alma, lo interrogaría con rigor y se vengaría sin piedad. Con todo, de regreso, vino a saber que el representante de Opilio fue llamado por Galba, con urgencia, habiendo seguido para la metrópolis, dos días antes.

Seguramente, la salud de Veturio peligraba.

Se sentía, sin embargo, duramente herido para salir al encuentro del suegro.

Sujeto a las antiguas tradiciones de orgullo en donde plasmó la propia vida, se reconocía extranjero en el seno de la familia Veturio, que, desde la cuna le envenenaba la vida. Prefería aguardar el desprecio y la hostilidad, en el campo de servicio a que se habituara, desde la juventud.

Temiendo la intromisión de Galba, mandó reformar la casita que perteneció a Basilio y la embelleció, única propiedad que tenía a su nombre, y paso a vivir allí, en compañía de Blandina, de Celso y de un viejo matrimonio de esclavos, Servulino y Valeria, extremadamente dedicados a él.

La antigua servidora era el sustentáculo eficiente para la lides doméstica y el esposo se convirtió en el profesor competente de los niños.

Quinto Celso, ya iniciado por Livia, desde la niñez, en el arte de la lectura, era, a los once años, un prodigio de memoria y discernimiento. Francamente cristiano, pasaba grandes horas con Blandina contándole las historias de los mártires del Evangelio y comunicándole la fe ardiente en Jesús.

La hijita de Taciano lo escuchaba, maravillada, encontrando un inmenso consuelo en aquellas conversaciones.

Los sufrimientos de Livia, la desaparición de Basilio, la muerte de Helena, con las pomposas exequias de que se hiciera acompañar, la enfermedad del abuelo y las graves preocupaciones paternas le impusieron un profundo pesar psíquico. Lloraba sin motivo, padecía inexplicable insomnio y, no era raro, se demoraba en el lecho, días y días, bajo fuertes crisis del corazón descompasado.

El viaje en Neápolis perdiera para ella los frutos de que pareciera revestirse.

Diariamente, por la mañana, formulaba con el padre la oración habitual a Cibele, pero, en el fondo, sentía que su pensamiento pasaba a gravitar en torno de aquél Cristo, amoroso y sabio, que se hallaba en el centro de todas las observaciones del hermano adoptivo.

No ignorando la aversión del genitor por los cristianos, ella se abstenía, cuidadosamente, en presencia de él, de cualquier comentario tendiente a amargarle los principios.

Poco a poco, las opiniones y los apuntes de Cesó le conquistaron el alma simple y sensible para la nueva fe.

El rapaz, terminados los estudios y las tareas de cada día, aún encontraba tiempo para rápidas lecturas del archivo de Basilio, que Taciano conservaba respetuosamente.

De ahí que el benefactor paternal, cuando con las conversaciones de acostumbre, fuera en los paseos por el campo, fuera en las refecciones en el triclinio, se sorprendía con las observaciones del pequeño, juiciosas y sensatas, en las cuales, todavía, Quinto Celso evitaba igualmente las menores referencias al Cristianismo de manera directa.

Servulino no se olvidaba de rogar a los niños el debido respeto a las convicciones del amo y, así, los dos hermanos espirituales comulgaban el mismo idealismo y las mismas esperanzas en la vida íntima, cimentando la fe que les hermanaba los corazones.

Noche tras noche, los habitantes de la casita del bosque vivían dulces y benditas horas de música y alegría.

Como si conociese los trazos psicológicos de Taciano, Celso adquirió maneras especiales de orientar la conversación.

Cierto día, porque el patricio desilusionado se quejase de las tragedias pasionales de su tiempo, con aflicción y desánimo, el joven habló sutilmente:

- Pero, padre mío, ¿el señor no cree que el mundo está necesitado de una idea nueva? ¿Una idea que penetre el sentimiento de la criatura, renovándole el modo de pensar?

Taciano, lo miró espantado.

¿Qué entendería Celso de los problemas de la vida?

Sin embargo admirado, replicó firme:

- No creo, hijo mío. Nuestras tradiciones y nuestras leyes son suficientes. Basta que nos adaptemos a ellas, una vez que las directrices están terminadas. ¿No admites que las Divinidades saben regir nuestras vidas?

- Si, padre mío – adjunto el pequeño, pensativo -, el señor tiene razón... Con todo, ¡los dioses parecen tan lejanos! Nos dicen que Júpiter asegura el mundo en todas partes, que Ceres es la protectora de las cosechas, que Minerva dirige a los sabios, pero ¿no cree que precisamos de alguien que, en nombre de los dioses, viniese al mundo a convivir con los hombres, viviendo

sus dificultades y sus dolores?... Las Divinidades ayudan a las personas, de conformidad con los sacrificios que reciben en los templos. Así, la protección del Cielo varía con la posición de los hombres. Hay quien puede llevar a los santuarios toros y aves, incienso y monedas, entre tanto, la mayoría de los habitantes de una ciudad es gente pobre, que apenas conoce el sacrificio y la servidumbre... ¿El señor cree que los esclavos son desheredados del Cielo? ¿Que los que más trabajan deben ser los menos favorecidos?

El hijo de Varro recibía semejantes palabras, pronunciadas con humildad y cariño, por actos de luz interior...

Él mismo era bien nacido, creció arropado por el prestigio del oro, con todo, las sorpresas del destino, gradualmente, lo despojaron de todas las inmunidades y privilegios.

La muerte de la esposa y el desagrado de la parentela lo situaban a borde del total empobrecimiento económico.

Aguardaba del cuñado y yerno el último golpe.

No tardaría, tal vez, en conocer la dolorosa condición de los hombres sentenciados a la subordinación, en la subalternidad y en la sombra.

En semejante curva de la caminata en la Tierra, experimentaba el soplo de la adversidad a congelarle el corazón.

¿Tendría bastante fe en los días inciertos que se avecinaban?

Las observaciones del hijo adoptivo le recordaban en el alma esos cruciantes pensamientos.

Empalideció, ligeramente, y consideró:

- Si, si, tus ponderaciones son apreciables, con todo, no podemos olvidar que nuestra existencia permanece estructurada sobre el cimiento de las clases.

Y, recordado sabias interpretaciones de los antiguos romanos, acrecentó:

- La sociedad es un cuerpo del cual somos partes integrantes. La cabeza levantada sobre los hombros guarda la misión de razonar y decidir. Las manos y los pies fueron hechos para servirla. En el organismo de nuestra vida política, el patriciado representa los sentidos tales como la visión, la audición y el tacto, que auxilian al cerebro a examinar y discernir, al paso que los plebeyos constituyen los miembros encargados del trabajo y de la sumisión. No podríamos invertir el orden. El nacimiento y la posición, el nombre y la conquista son los pilares de nuestro equilibrio.

El joven sonrió, con inteligencia, y obtemperó, fuertemente inspirado:

- ¿Pero, el dolor en los pies ¿no es tan desagradable como el dolor en la cabeza? Una herida en las manos ¿no será tan incomoda como un golpe en el rostro? Estoy seguro, padre mío, de que cada persona respira en el lugar que la Naturaleza le concedió, pero todos los hombres merecen respeto, felicidad y consideración entre si... Aceptando esa verdad, creo que si la fe pudiese operar en nosotros, por dentro, haciéndonos más amigos y más hermanos uno de los otros, a fin de que nosotros mismos comenzásemos el servicio de la bondad, sin ningún constreñimiento, la armonía del mundo sería más perfecta porque la fortuna de los felices no sería perturbada por la infortuna de los pobres, la risa de algunos no sería perjudicada por los gemidos de tantos...

El viudo de Helena medito por unos momentos y concluyó:

- Tus referencias son interesantes y valiosas. Innegablemente, para que alcancemos la realización a la que te refieres, precisaríamos de un gran reformador en el Impero... Un hombre a la altura de todas nuestras dignidades públicas. Probablemente, un filósofo, tomando las riendas del gobierno, bajo la inspiración de la bondad y del derecho, sabría comprender nuestras necesidades comunes...

Celso intercambió con Blandina una mirada de inexplicable alegría y acentuó:

- Pero, papa, ¿el señor no cree que ese renovador ya ha venido?

Taciano comprendió la velada alusión a Jesucristo, esbozó un gesto de enfado y modificó el rumbo de la conversación, todavía, en la soledad de sí mismo, reflexionaba sobre los argumentos de aquella criatura, que la devoción de Livia le había legado y que, paulatinamente, pasaba a ocupar su corazón como pequeño pero seguro orientador.

Varias semanas habían transcurrido, cuando un correo de confianza de la casa de Galba trajo inquietantes noticias de Roma.

Lucila se dignó a escribir sólo a su hermana, para torturar al genitor con toda la hiel de antipatía que le atravesaba el alma. Exigía que Blandina fuese a vivir a la capital del Imperio, en su casa, asegurando haber perdido la confianza en el padre que no quiso evitar el deplorable suicidio de Helena. Se hallaba convencida de que ella procurara el propio fin, constreñida por el procedimiento de Taciano que, por años consecutivos, parecía rechazar su cariño. Notificaba que el abuelo, se

encontraba en cama entre la enfermedad y el túmulo, resolvió vender todas sus propiedades en las Galias, para que la familia deshiciere de recuerdos amargos, comunicando también que, en breves días, el patricio lcio Comnio entraría en posesión de la villa, que Teódulo no volvería más y que, por eso, le aconsejaba la mudanza para Roma, sin más tardar. Aguardara, sin embargo, una respuesta clara, a fin de encargar a Anacleta y a otras servidoras formar el séquito necesario en el viaje. Rogaba la remesa de joyas y recuerdos maternos para su tesoro afectivo y, por último, relacionaba el interés y las ventajas de transferencia, anunciando la esperanza de que Blandina, por all, descubriría una existencia diferente, susceptible de curarle todas las tristezas y abatimientos incomprensibles.

Taciano leyó la carta, mal ahogando las lágrimas.

Nunca podría pensar en semejante desacato.

La decisión del suegro, deshaciéndose de las tierras, significaba para él el más fuerte rebaje de nivel social, entre tanto, la miseria no le dolía tanto como el ingrato concepto de la hija.

Lucila no poseía la más leve razón para herirlo.

Se acordó, con todo, de Quinto Varro, el genitor desvelado que todo le diera sin nada recibir y, más de una vez, pensó cuan amargo le fue el camino en el mundo.

Enjug el llanto, recompuso la fisonomía y presento el mensaje a la hija.

Blandina no ocultó la rebeldía que las noticias le imponían y respondió, de inmediato, a la hermana que no pretendía abandonar la compaa paterna, mientras viviese.

El emisario de Galba volvió a la metrópolis, conduciendo la carta misiva con todos los objetos del uso particular de Helena y, desde entonces, un indecible silencio pasó en las relaciones familiares, entre Lucila y el padre.

Pasados algunos días, Álcio pasó a poseer la hacienda, requisando a Servulino y a la esposa, cuyos servicios le pertenecían por derecho de compra, y Taciano, obligado a contratar la cooperación de una asistenta domestica, asumió, a su vez, la tarea de educador de los hijos, por cuanto no disponía de recursos materiales capaces de satisfacer todos sus deseos.

El invierno llegó con severidad.

Los árboles congelados, con las ramas desnudas dirigidas para lo alto, parecían espectros suplicando el calor de la vida.

Meditabundo, observaba Taciano la naturaleza castigada, recordando el propio destino.

El frío de la adversidad le asediaba el corazón.

Si no fuesen Blandina y Celso, frágiles retoños de la vida reclamándole cariño, tal vez se rindiese al sufrimiento moral, hasta que la muerte lo visitase como mensajera de paz y liberación. Todavía, la ternura y la confianza con que le seguían los pasos, le reanimaban las fuerzas. Disputaría con los monstruos invisibles de la suerte la fortaleza de sí mismo, a fin de donar a las dos criaturas una vida mejor que la de él. Renunciaría a todos los placeres, para que ellos viviesen siempre libres y felices.

Cuando la primavera llegó al paisaje del Ródano, encaró la necesidad de ausentarse de casa, en la conquista de mayor confort doméstico. Y por primera

vez, como le había ocurrido al propio padre, en otro tiempo, percibió cuan dura se hacia la existencia para el hombre que se propusiese conseguir con dignidad el propio pan.

La clase medía no pasaba de un peligroso y oscuro corredor, entre la planicie miserable de los esclavos y la dorada montaña de los señores.

Sacudido por aflictivas emociones, consideró los obstáculos que se anteponian entre él y la vida de su época.

Entre tanto, no le cabía retroceder.

Consulta a diversos amigos, con todo, era difícil instalarse en cualquier posición ventajosa, sin la protección de los altos dignatarios de la Corte y semejante amparo se hacia ahora inaccesible para él.

La salud de la hija reclamaba servicios asistenciales inmediatos y eso requería recursos crecientes.

De tentativa en tentativa, en busca de trabajo decente, surgieron ocasiones en que envidió la suerte de los herreros y de los gladiadores humildes que podían besar a los hijos, cada noche, orgullosos y felices, dentro de la simplicidad que les señalaba la bendición de vivir.

Desesperado, entre las necesidades domésticas y los obstáculos del medio, resolvió concurrir a las carreras de bigas, en la disputa de premios pecuniarios.

Poseía dos carros ligeros y sólidos, así como excelentes caballos de tiro.

En la inauguración, fue alcanzado por las miradas ridículas de muchos de aquellos que, cuando estaba en la prosperidad, frecuentaban su ambiente doméstico... Diversos compañeros de la víspera orgullosamente le negaban los saludos habituales, observando su participación en actividades plebeyas, pero tanto ingenio

y tanta destreza demostró en las carreras que, en breve, se hizo el favorito de innumerables apostadores.

Admirado por algunos e ironizado por muchos, el hijo de Varro encontró algo en que prender la atención.

Odiaba la turba festiva que aclamaba su nombre en las competiciones victoriosas, experimentaba indisfranzable repugnancia por los grupos de hombres y mujeres gozadores de la vida, pero, en el fondo, se sentía satisfecho con la oportunidad de conquistar, al precio de su propio esfuerzo, el dinero indispensable para las despensas del hogar que nuevamente pasó a disfrutar el más amplio confort.

Contrató a un competente profesor para los jóvenes y la vida transcurría en casa en una bendecida atmósfera de paz, solamente perturbada por la precaria salud de Blandina que jamás pudiera reponerse del todo. Enferma y abatida, la niña veía pasar el tiempo, bajo el cariño intenso de Taciano y de Celso, como si fuera un ángel enfermo, presto a realizar el vuelo hacia el paraíso.

Por más que fuese llevada por las abnegadas manos paternas en los paseos por el río o en la floresta, nunca más le asomaron al rostro los colores rosados y sanos de la infancia. Muchas veces, era sorprendida por los familiares, llorando convulsivamente y, cuando era interrogada por ellos, informaba triste, que veía la sombra de Helena rogándole oraciones.

Taciano sabía que las conversaciones de la hija con Celso la convirtieron al Cristianismo, no obstante, se le transformó demasiado el alma para abstraerle a la torturada adolescencia el único manantial de consuelo capaz de proporcionarle la paz y el confort, la esperanza y la alegría.

Personalmente, era el mismo devoto de Cibeles, el invariable defensor de los dioses inmortales, todavía, las amarguras de la Tierra le habían enseñado al corazón que la felicidad espiritual no es la misma para todos.

Trascurrieron dos años, rápidos...

Celso, robusto y bien dispuesto, era ahora un valioso compañero del padre adoptivo, cooperando en los trabajos de la pequeña caballeriza, pero Blandina empeorara sensiblemente.

Si la joven intentaba cualquier número de arpa o de canto, largos accesos de tos la obligaban a interrumpir.

El padre, agobiado, no escatimaba sacrificios para restablecerle la salud, pero la Naturaleza parecía condenar a la enferma a infinitos padecimientos.

De paso por Lión, un famoso médico galés de Mediolanum (21) fue llamado para opinar y aconsejó a Taciano llevase a la pequeña a la ciudad donde residía para un meticuloso tratamiento de su especialidad. Probablemente el cambio temporal cooperaría para levantarle las fuerzas.

El padre, amoroso y dedicado, no vaciló.

Sin recursos para las despensas que excediesen el presupuesto común, contrajo un gran préstamo y partió con los hijos, en el verano del año 259.

No obstante, sin embargo, los enormes débitos contraídos y a pesar de los sacrificios llevados a efecto, no en el proceso de curación a que fue sometida, la enferma regresó sin mejorar.

Las luchas paternas continuaron, tormentosas...

Los días se multiplicaban inquietantes, cuando una inesperada visita vino a sorprenderlos.

Anaclea, la leal amiga, venía a despedirse.

(21) Mediolanum, hoy Evreux. – (Nota del autor espiritual.)

Habiendo pasado medio siglo de existencia, concluyó que no podía tolerar más las agitaciones de la ciudad imperial.

Afirmaba estar exhausta.

Blandina y el padre oían, pavoridos, las noticias de que se hacia portadora.

El viejo Opilio murió, atormentado por grandes pesadillas, en el invierno de dos años atrás y Galba, tal vez tediado de los excesos a que se rindiera durante toda la vida, intentara el cambio para la Campania, lo que fue impedido por la esposa, cada vez más ávida de emociones y de aventuras...

Lucila, desde la muerte de Helena, cuando se apartara en definitiva de la influencia del antiguo hogar, parecía tomada por una incomprensible avidez de placeres.

Así es que, en cuanto el marido se retiraba para el campo, se confiaba a la perniciosa influencia de Teódulo, que fijara la residencia en el palacio de Veturio, como si fuera un querido familiar. El intendente la acompañaba en múltiples fiestas y le favorecía afectos ilícitos, hasta que, un día, cogido por sorpresa por Galba, en posición equívoca, en el tálamo conyugal, fue apuñalado por él sin consideración.

Cometido el crimen que, como tantos otros, pasó desapercibido de las autoridades bien sobornadas, el hermano de Helena enfermó, delirando...

Por algunos días, ella misma, Anacleta, veló por él, pero, fatigada, obedeció las instrucciones de la dueña de la casa, que le recomendaba descanso. La primera noche, con todo, en la que se entregó al reposo, en la cámara que le era propia, Galba falleció misteriosamente, asegurando algunas esclavas de

confianza, que el amo fue envenenado por la propia mujer, con una tisana preparada por ella misma.

Taciano y la hija lloraron estas desgracias.

La pérdida moral de Lucila los aterraba.

Insistieron con la vieja amiga para quedar, entre tanto, la dedicada servidora confesó que se convirtió en cristiana y deseaba la soledad para reconsiderar el camino recorrido. Consideró, de ese modo, volver a la isla de Chipre, atendiendo el pedido afectivo de los últimos parientes que le quedaban.

Acompañada por dos sobrinos, que le dispensaban cuidados especiales, no se demoró por más de una semana, despidiéndose entonces de los dos amigos queridos, para siempre.

Impresionada, tal vez, con las aflictivas informaciones traídas de Roma, Blandina no se levantó más.

Inútilmente Taciano la rodeó de sorpresas y caricias... En vano, Quinto Celso le contó nuevas historias de héroes y de mártires...

La enferma renunció a toda especie de alimentación y se asemejaba más, hundida en el lecho blanco, a un ángel esculpado en marfil, únicamente animado por los ojos oscuros, aún vivos y brillantes.

Cierta noche, justamente en la antevíspera de grandes espectáculos en homenaje a patricios ilustres, en los cuales Taciano sería investido de grandes responsabilidades, la enferma lo llamó y le apretó cariñosamente las manos.

Intercambiaron una inolvidable mirada, donde imprimían todo el inmenso dolor que les ahogaba el espíritu, adivinando el próximo adiós.

- Padre- dijo ella, melancólica -, ahora no me demoraré para reunirme con los nuestros...

Taciano procuró, en vano, reprimir las lágrimas que le inundaban los ojos.

Intentó hablar, tranquilizándola, pero no lo consiguió.

- ¡Siempre estuvimos unidos papaíto! Continuó la joven, triste – hasta hoy, nada hice sin su aprobación... Quería, así, pedir el consentimiento suyo para que yo pueda realizar un deseo, antes de partir...

Y sin que el genitor tuviese tiempo para cualquier indagación, acrecentó:

- ¿El señor permite que yo acepte la muerte, en la fe cristiana?

El patricio recibió la pregunta como si fuera apuñalado en los tejidos sutiles de la propia alma. Un dolor intraducible, en el cual se mezclaban la nostalgia y los celos, la hiel y la angustia, lo hizo doblar la cabeza, melancólicamente...

- ¿Tu también hija mía? – inquirió él, llorando – Mi padre era de él, mi madre lo abrazó, Basilio se inmoló por él, Livia murió alabando su nombre, Anacleto se despidió de nosotros, buscándolo, Quinto Celso, el hijo que el destino me lego, nació perteneciéndole... ¡Siempre el Cristo!... ¡Siempre el Cristo para buscarme, para atormentarme y para perseguirme!... ¡Tú eras la única esperanza de mis días! ¡Creí que el Carpintero Galileo te evitaría!... Entre tanto... tú también... ¡Oh! Blandina, ¿por qué no amas a tu padre como tu padre te ama? Todos me abandonaron... ¿Por qué me dejarás también? Estoy atribulado, vencido, sólo...

La joven movió las manos resacas y pálidas, con dificultad, y le acarició la cabeza prematuramente

encanecida que se inclinaba hacia ella en llanto convulsivo.

- ¡No sufra padrecito! – pidió, resignada. – ¡Yo quiero a Jesús, pero el señor es todo lo que yo tengo!... Nada encontré en la vida igual a su cariño... ¡Su amor es mi riqueza!... Deseo, antes de todo, seguirle los pasos... ¿No ve que siempre rezamos juntos, por la mañana, la oración de Cibeles? Todo será para mí, según su voluntad...

La joven se interrumpió por algunos instantes, mostró señales de indefinible alegría en el rostro descarnado y continuo:

- Hoy, por la tarde, Livia estuvo aquí... Trajo un arpa enorme, adornada con rosas de luz... Cantó para mí el himno a las estrellas con la misma voz de en nuestro encuentro en las márgenes del Ródano... Me dijo que estaremos todos juntos en breve y que yo no debería afligirlo, en el caso que el señor no consienta que yo me haga ahora cristiana... Aseguró que la vida es divina y eterna y que no tenemos motivo para atormentarnos unos a los otros... Me afirmó que el amor de Jesús nos glorifica el camino y que, con el tiempo, brillará en todas partes... Además, padre querido, nunca entraré en un Cielo en el que el señor no esté...

Fijo los ojos profundos y fulgurantes en el techo y exclamó:

- Jesús es también el amor que espera siempre... Habrá perdón para todos...

Taciano irguió el semblante y la miró afligido.

¿Tendría razones para contrariar a la hija querida en la hora extrema? ¿Podría, en sana conciencia, impedirle el acceso a la fe que él hasta entonces detestara? ¿Por qué negar a Blandina el confort de su

consentimiento en una cuestión puramente espiritual? Experimentó gran remordimiento, frente al desahogo que pronunciara, y abrazando a la enferma, habló, sincero:

- ¡Perdóname, hija! Olvida mis palabras... Haz lo que pretendes... Puedes abrazar al Cristianismo, libremente... Nuestro amor no es una cadena para el sufrimiento y sí nuestra comunión en la alegría perfecta! ¡Manda, Blandina, y obedeceré!...

Había tanta lealtad como ternura en aquellas frases que la enferma sonrió con una sonrisa de éxtasis y alegría y, entonces, rogó humilde:

- Papa, en la Iglesia de San Juan hay un viejecito de nombre Énio Pudens que yo desearía que el señor le rogara personalmente para hacer conmigo una oración y... cuando yo muera, quedaría contenta si el señor depositase mi cuerpo en el sepulcro de los cristianos... Se que allá reina la alegría con la certeza de la vida eterna...

Taciano intento disuadirla de esas ideas. ¿Por qué tan gran preocupación con la muerte, cuando la esperanza les abría un magnifico futuro por delante?

Esforzándose para mostrar tranquilidad y seguridad, prometió cumplir su voluntad, y pasó a conversar de otros asuntos.

Se refirió a la fiesta que la ciudad esperaba, ansiosamente, y destacó el propósito de conquistar un expresivo premio.

Adquirió dos caballos vigorosos, procedentes de Capadocia, que parecerían poseer invisibles alas en las patas.

Por eso, esperaba un triunfo espectacular.

Estaba convencido de que la hijita, brevemente, se mostraría orgullosa y linda en las carreras, honrándole las victorias.

Blandina sonreía, satisfecha y confortada.

Más serena, se aquietó en la expectación del día siguiente.

Con el espíritu dilacerado, Taciano vio llegar la mañana y, conforme a la promesa que formuló, se dirigió discretamente a la iglesia de San Juan, donde no tuvo dificultad para encontrar al viejecito indicado.

Con cerca de ochenta años, curvado y trémulo, Énio Pudens, el mismo compañero de Quinto Varro cuando este se hiciera conocido por ser el sucesor de Apio Corvino, aún trabajaba. No obstante disfrutar del respeto de todos, en la posición de cooperador más viejo de la comunidad, era un ejemplo vivo de fe, servicio, diligencia y abnegación.

Recibió a Taciano, con atención y bondad, poniéndose a su disposición para en lo que le pudiese ser útil.

La sencillez del ambiente le daba una inmensa paz al corazón.

El alma de Taciano sentía sed de tranquilidad como el desierto suspira por la bendición del agua.

Interpelado por el patricio, con respecto al pretérito, Énio le informó haber conocido ambos Corvinos, el viejo y el joven, mostrándole, satisfecho, los recuerdos de aquél que jamás podría imaginar fuese el infortunado padre de su interlocutor.

El hijo de Varro observó la dependencia en que el genitor vivió consagrado a la caridad y a la fe.

Se detuvo en la contemplación del lecho pobre, cariñosamente conservado, y pensó en las amargas que, de cierto, habrían allí asediado el corazón paterno.

Nunca podría suponer que él mismo, Taciano, llamaría a aquellas puertas implorando socorro para la hija enferma.

Concentrado en profundo pensamiento, fue despertado por la voz de Pudens que declaraba estar dispuesto para seguirlo.

Partieron, así, en demanda del nido abrigado entre árboles, donde Blandina recibió al apóstol con alegría y reverencia.

El misionero conocía al yerno de Veturio, desde hacía tiempo. Sabía que era adversario del Evangelio y manifiesto perseguidor de la iglesia torturada. Con todo, la pobreza limpia en que vivía con los hijos, el coraje moral en los reveses sufridos y el buen ánimo con que enfrentaba los golpes de la suerte, ante la opinión pública, inspiraban simpatía y respeto a su espíritu maduro.

Callado al principio, poco a poco se tornó más comunicativo. Las preguntas de la pequeña enferma, la conversación juiciosa de Celso y la mirada respetuosa del jefe de la casa lo dejaban más a la voluntad.

El antiguo religioso reflexionó cuan enormes habrían sido las aflicciones caídas sobre aquel hombre tenaz que el escuchaba atentamente, pero envejecido en la experiencia y en el dolor, calló las indagaciones en su interior, para solo expandirse en cariño y tolerancia, bondad y comprensión.

Al final de una hora de sano entendimiento, atendiendo a los ruegos de la enfermita, el anciano pronunció, en voz alta, la oración dominical:

- *Padre Nuestro, que estás en el Cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la Tierra como en los Cielos; el pan nuestro de cada día dánoslo hoy, perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, no nos dejes caer en la tentación y líbranos de todo mal, porque tuyo es el reino, el poder y la gloria para siempre. Así sea.*

El viudo de Helena escuchó la rogativa, mudo y emocionado, conmoviéndose con la dulce confianza de los hijos que la repetían, palabra por palabra.

Era su primer contacto con algún recuerdo de Cristo que nunca pudo comprender.

Delante de aquél cuadro constituido por un viejito que nada más esperaba del mundo sino la paz del túmulo, y por dos criaturas que se hallaban investidas del derecho de esperar todo de la Tierra, identificados en la misma vibración de alegría y de fe, no pudo impedir que el llanto le humedeciese los ojos.

Escuchó, con respeto, todos los apuntes del huésped y, cuando Énio se despidió atento, le rogó no olvidase a los hijos. Blandina y Celso eran cristianos fervorosos y él, en la posición de padre, no les contrariaría los sentimientos.

La enferma lo miró jubilosa

Inexpresable serenidad envolvió la casa en aquella noche inolvidable. Como si hubiera sorbido un delicioso calmante, la pequeña se adormeció tranquilamente. Taciano, a su vez, se entregó al sueño pesado y sin sueños...

Al amanecer del día siguiente, con todo, despertó con indefinible tristeza turbándole en lo íntimo.

Recordó que la hija en la víspera asumiera compromiso moral con la nueva fe y, por eso, sólo buscó la imagen de Cibeles, existente en un oratorio particular, anexo al cuarto de Blandina.

Por primera vez, después de muchos años, repitió a solas, consigo mismo, su rogativa habitual a la Gran Madre.

Nunca se viera inmerso en tamaño frío espiritual. Jamás se sintió tan angustiosamente sólo. Tenía la impresión de que él era el único oficial vivo en un tempo de dioses muertos...

Aún así, no renunciaría a la fe pura de la infancia.

Amaría a Cibeles, rendiría culto a Baco y esperaría por Júpiter, el gran señor.

No podía cambiar.

Oró con lágrimas y, después de abrazar a los hijos, se dirigió para el circo, donde prepararía el carro de su propiedad para las carreras de la tarde.

Más tarde, volvió al hogar para un leve refrigerio y, no obstante de ver los padecimientos de Blandina singularmente agravados, volvió a la ciudad para la gran lucha.

En el umbral del crepúsculo, el local desbordaba de gente.

Literas alineadas daban noticia de la expresión aristocrática de la fiesta. Bigas y cuadrigas desfilaban, a prisa, aquí y allí... Músicos disfrazados de faunos tocaban citaras y trompetas, laúdes y panderos, animando a la turba que no se fatigaba en la reproducción de rugidos salvajes. Cortesanas admirablemente trajeadas y disolutas desprendiendo aromas perturbadores, matronas y vírgenes de Roma y

de las Galias, exaltadas y semidesnudas, gritaban los nombres de los favoritos.

Taciano contaba con la simpatía general.

Después de formar en la línea inicial de la competición, se vio aclamado por centenas de voces, que partían, no solamente del pueblo, sino también de las galerías de honra donde se acomodaba el Propretor con su vasto sequito vistoso y alegre.

En aquél día, con todo, el predilecto de la multitud parecía sordo e indiferente.

Con el pensamiento dirigido hacia la hija bien amada, debatiéndose con la muerte, no esbozó el mínimo gesto de reconocimiento en la dirección de la masa que lo saludaba, delirantemente...

A la señal de partida, aflojo las doradas riendas y los caballos fogosos se dispararon. El candidato a la victoria, sin embargo, no se sintió seguro como otras veces...

Después de algunos instantes de galopar desenfrenado, notó que la cabeza como que se le desequilibrara en los hombros. Se esforzó para retomar el comando de la biga a desvariarse, veloz, pero se le turbó la visión, repentinamente. Dejó de escuchar los gritos de la masa frenética, teniendo la impresión de que un vacío se le formaba en el cerebro e, incapaz de controlarse, se inclinó hacia delante, apoyándose en los bordes del carro sin dominio.

Los animales, con todo, plenamente desbocados, lanzaron el vehículo contra una enorme columna de uno de los arcos ornamentales de la pista, convirtiéndolo en pedazos.

Cogido entonces de improvisto, Taciano sufrió una tremenda caída, yendo a caer sobre los hierros

retorcidos, que le hirieron de frente, golpeándole fuertemente los ojos.

Ante el griterío de la multitud, algunos servidores de los juegos públicos lo socorrieron rápido, retirándolo ensangrentado.

El valeroso campeón se hallaba descontrolado. Y mientras dos obedientes esclavos lo llevaban, cuidadosamente de retorno a la casa, las mismas voces que antes le aplaudían ahora se burlaban con palabras e ingratas observaciones.

Los jugadores que habían perdido importantes apuestas se volvían, desesperados, contra el ídolo de la víspera...

El patricio, aún incapaz de razonar, aunque ya pudo gemir, fue colocado en el lecho bajo la mirada de angustia de Quinto Celso.

El rapaz se esmeró en ocultar el acontecimiento doloroso a Blandina y prestó al padre adoptivo los cuidados asistenciales a su alcance. Reconociéndose, sin embargo, infinitamente sólo para resolver por cuenta propia, se valió del caballo que acostumbraba a servirlo y corrió al amparo de los cristianos.

El viejo Énio escuchó las noticias, compadecido.

Celso volvió al hogar y tomo un carro para llevar al herido. En poco tiempo, asumía la dirección de la casita del bosque por la fuerza de las circunstancias.

Llevó consigo los ungüentos curativos de que disponía y, provisto de paños de lino, comenzó a limpiar las heridas que aún sangraban, pero lleno de penosas aprensiones, verificó que Taciano estaba ciego. El orgulloso patricio que la vida parecía castigar paulatinamente, despojándolo de todos los privilegios que lo hacían temido y respetado, se veía ahora

dilacerado en el propio cuerpo. Nunca más volvería a las competiciones de la arena, y difícil le sería conseguir trabajo y sustentarse con el esfuerzo de las propias manos...

Mientras meditaba, reparó que el herido recuperaba integralmente la razón. Aumentaban los gemidos sofocados.

El viejecito le dirigió algunas palabras estimulantes, explicando que los hematomas se hallaban debidamente medicados.

Reconociendo al benefactor, Taciano agradeció y pidió que la luz se encendiese, pues se sentía incómodo, afligido, en aquella oscuridad.

El manto de la noche realmente había caído sobre aquel día infortunado, pero en el cuarto dos antorchas ardían, brillantes.

- Señor – dijo el anciano, profundamente pesaroso - , la cámara está iluminada, entre tanto, vuestros ojos...

La frase se perdió, reticente, en el aire.

Un indescriptible pavor asomó al semblante del herido.

El hijo de Varro llevó las manos a la cabeza y comprendió la extensión del desastre.

Énio y Celso que lo seguían, ansiosos, creyeron que el infortunado romano explotaría en una crisis de desesperación y de dolor, pero el viudo de Helena se calmó incomprensiblemente... De las órbitas apagadas y sangrientas, gruesas lágrimas resbalaron abundantes. Como si debiese dar informaciones de sí mismo al hijo y al amigo, exclamó con voz conmovedora:

- ¡Estoy ciego! ¡Pero los dioses me conceden aún, la gracia de llorar!...

Enseguida, tanteando y tropezando, se dirigió a la cámara de Blandina, pidiendo a Énio que, antes de entrar, dejase el cuarto a oscuras.

Se aproximó a la hija, acariciándole los cabellos.

La enferma le dio noticia de los dolores que la atormentaban y, en un supremo esfuerzo, el padre la consoló, rogando disculpas por haber tardado tanto...

Velado por las tinieblas, le describió la fiesta de la tarde. Le contó que cientos de mujeres habían mostrado trajes originales de gran belleza. El espectáculo fue magnífico. Imaginó sorprendentes novedades para el encanto de la enferma que se habituó a recibirle las narraciones del regocijo público.

Blandina le besó las manos, declaró alegrarse con la presencia de Pudens y se acomodó tranquila.

El anciano y Celso acompañaron la escena, conmovidísimos.

La fuerza moral de Taciano los impresionaba.

Y, noche tras noche, como si estuviese regresando de las funciones en el circo, el genitor abrazaba a la hijita, a oscuras, conversando con ella largamente, de manera a sustentarle la impresión de que todo transcurría en un clima de paz y seguridad.

La dolorosa situación se prolongó por unos quince días de preocupaciones y amarguras.

Ningún amigo de otro tiempo, apareció siquiera.

Ningún admirador de la arena se acordó de la gentileza de una visita.

Solamente el viejo Pudens alimentó, firme, la amistad que llegó a tenerles. Uniéndose al joven Quinto Celso, cual si fuesen viejos amigos, providenciaban juntos, la solución de todas las necesidades domésticas, aliviando a Taciano tanto como les era posible.

El rapaz se dedicó al padre adoptivo, con admirable cariño. Lo sustituía en todas las actividades caseras, le leía los libros predilectos, le describía el paisaje, lo rodeaba de ternura...

Con el consentimiento del jefe de la casa, Énio pasó a dormir en la sencilla residencia, atento a la posición de Blandina que reclamaba asistencia cuidadosa. Aquella flor de bondad y mansedumbre se marchitaba lentamente al soplo de la muerte.

En efecto, en una noche fría y nublada, espiró de repente.

El anciano comprendió que el fin había llegado y rogó que Taciano viniese rápido a abrazar a la hija, para que no le faltase el confort de la presencia paterna en la hora extrema.

Taciano, después de que quedase ciego, juzgó que no sufriría tanto con la pérdida de Blandina, cuyo amor constituía inapreciable tesoro. Y pensaba: ¿No será más justo alegrarse por verla exonerada del encargo de soportarle las rudas pruebas? ¿Por qué conservarla presa a un inválido? ¿Cómo alegrarse, en la expectativa de sentirla esclavizada a la pobreza y a la miseria?

Con todo, aquella llamada, dentro de la avanzada noche, tuvo para él el efecto de una puñalada mortal.

Acudió, afligido, tambaleante...

Se sentó en el lecho humilde y, auxiliado por Énio, acarició a la agonizante, que no le escucharía más las palabras de amor y llamamiento... La apretó contra el pecho, como si desease prenderla al propio cuerpo, pero, como si apenas le esperase el calor reconfortante, Blandina reposo, al fin, con la placidez de un ángel que adormece.

Desesperado, el hijo de Varro gritó, desconsolado, profiriendo amargas lamentaciones que se perdían en el seno de la noche...

Al día siguiente, bajo el patrocinio de Pudens, los funerales fueron efectuados como la joven deseaba.

El infortunado genitor, apoyándose ahora en el hijo adoptivo, no obstante en desacuerdo íntimo con los cristianos, acompañó los despojos de la joven y permaneció en las dependencias de la iglesia, sin el coraje de volver a la antigua casita.

Agarrado a la memoria de la hija, mandó hacer una lápida de mármol, en la cual se destacaban en relieve dos corazones entrelazados, con la hermosa inscripción: *Blandina vive.*

Amparado por Celso, él mismo quiso ayudar a la colocación del recuerdo sobre el sencillo túmulo y, al término del servicio, palpó la inscripción expresiva, hizo el gesto de quien se abraza al sepulcro y, en seguida, suplicó de rodillas:

- ¡Blandina, hija querida! ¡Donde estuvieras, sé de nuevo mi luz! ¡Estrella, enciende tus rayos para que yo pueda caminar! ¡Estoy sólo en la Tierra! ¡Si otra vida existe, más allá del campo frío que te guarda implacable, compadécete de mí! ¡No permitas que las tinieblas me envuelvan! ¡Muchos vi partir para el extraño laberinto de la muerte!... ¡Nunca sentí una sensación tan grande de abandono!... ¡Hija bendita, no me dejes jamás! ¡Líbrame del mal! ¡Enséñame a resistir contra los monstruos de la inconformidad y del desánimo!... ¡Muéstrame la bendita claridad de la fe! ¡Si he cometido errores bajo la oscura inspiración de la vanidad y del orgullo, ayúdame a encontrar la verdad! ¡Adoptaste una creencia para la cual no me preparé... ¡Escogiste un camino diferente del

nuestro, todavía, hija inolvidable, no podrías engañarte! Si encontraste al Maestro que esperabas, renuévame el corazón para que me ponga también a Su encuentro... ¡No conozco a los dioses, en cuya existencia aún creo, pero tuve la felicidad de conocerte y en ti confié infinitamente!... ¡Ampárame! ¡Levanta mi alma abatida! ¡Vuelve Blandina! ¿No ves que ahora tu padre está ciego? ¡Mientras permanecías en el mundo, tuve la presunción de guiarte!... ¡Hoy, sin embargo, soy un mendigo de tu apoyo! ¡Hija bien amada, vive conmigo para siempre!...

Se calló su voz en la estrecha necrópolis, ahogada por un temporal de lágrimas...

Fue entonces que Celso lo recogió en los brazos amorosos, lo besó con indecible cariño y habló, confiado:

- Padre mío, el señor nunca estará sólo...

Amparándose en él, Taciano, amargado de dolor, se apartó del sepulcro, trémulo e inseguro.

No lejos, una pequeña asamblea entonaba himnos cristianos, en las oraciones vespertinas...

El desventurado ciego, a pesar de haber encontrado allí el espontáneo acogimiento de los aprendices del Evangelio, reconocía que su existencia no podía encerrarse en aquél santuario de principios diferentes a los de él y concluyó que el destino inexorable lo invitaba a caminar...

VII

Fin de la lucha

Después de algunos días de meditación, en la dependencia de la iglesia, Taciano se entendió con el viejo Énio, que le anotó las ponderaciones, atento.

Aunque ciego, no se conformaba ser un peso en el presupuesto de la institución. No sabía como agradecer la dedicación de Pudens, que se hizo acreedor de su mejor cariño. Si pudiese, allí permanecería a su lado, para servirlo con dedicación y respeto, hasta el fin de los días que le restasen en la Tierra. Entre tanto, no estaba sólo. Necesitaba cuidar del futuro de Quinto Celso y, por esa razón, no le cabía demorarse.

Con todo, acentuaba triste, no deseaba volver a la casita del bosque. Las reminiscencias de la hija le asaltaban el corazón. La ausencia de Blandina le trajo un vacío irremediable.

Confiaría, de ese modo, a Énio los valiosos archivos de basilio y vendería la residencia, los carros y los caballos. Con el producto de la transacción, pagaría las deudas en que se empeñó, trasladándose con el hijo para Roma.

Tenía por allá a la hija mayor. Lucila nunca se afinó integralmente con él, pero esto no lo llevaría a traicionar la voz de la sangre. Era rica y seguramente se compadecería de la situación a la que fue arrojado. Indudablemente no le negaría la protección, cuando viese su penuria.

Pretendía, así, colocarse bajo el patrocinio de ella, en compañía del hijo adoptivo, cuya edad reclamaba atención.

En Roma, con las relaciones de que aún creía disponer, situaría al rapaz en condiciones honrosas para aguardar dignamente el futuro...

Pudens escuchó los planes y no se opuso a la realización de ellos.

Le reiteró, sin embargo, su amistad y simpatía, ofreciéndole sus servicios. ¿Por qué la aventura de tan largo viaje para recomenzar la vida? La iglesia podría incumbirse, discretamente, de la educación de Celso, y él mismo, Taciano, no estaría sin trabajo. Había enfermos para consolar, inmensidad de servicios para realizar...

El viudo de Helena, con todo, no renunció, del todo, al orgullo de la clase. Alcanzó alguna tolerancia, pero se hallaba aún lejos del verdadero desprendimiento de sí mismo. No expondría a Celso al flagelo de las persecuciones periódicas. Lo amaba bastante para arrojarlo sin defensa, a la desconsideración social. Lo sentía más seguro en la gran metrópolis.

Poseía en Roma no solo a la hija, que, ciertamente, les garantizaría la subsistencia, sino también poderosos amigos, con gran influencia en la corte.

Contaría con los lazos del pasado para encaminar al hijo adoptivo en la vida pública.

Quinto Celso era señor de primorosa inteligencia. Se unió a él por los más íntimos lazos de cariño y de confianza. Lo estimaba con excesos de celo, de ternura... Desde el instante en que lo recibiera de las manos de Livia, en la partida para las regiones de la muerte, en él descubrió una joya valiosa para el escribano vivo de su alma. Habitualmente, reflexionaba en el

misterio de la comunión sublime y perfecta en que se entrelazaban. Tenía la idea de haber reencontrado un amor celeste que el tiempo no conseguiría apagar. Oyéndolo, embebecido, creía, muchas veces, que recuperara la compañía paternal. Aquella sensatez en la apreciación de la vida, aquella cultura polifórmica y aquellas facilidades de expresión, características de la conversación del hijo adoptivo, le recordaban las inolvidables conversaciones con Quinto Varro en los jardines de la residencia del padrastro. La gracia y la lógica, la comprensión y la sabiduría innata eran las mismas. Inexplicablemente, pasara a razonar por la cabeza del joven, en los grandes momentos de lucha. Buscaba en él, instintivamente, la palabra final en los asuntos graves y la orientación adecuada en el camino espinoso. Lo amaba con todos los recursos afectivos de su alma obstinada y bravía, pero leal y sincera. Solamente por él quería ahora vivir y porfiar en las lides amargas del mundo.

¿Cómo relegarlo, pues, al incierto destino en Lión?

Enio verificó que no le competía argumentar. El Cristianismo aún estaba considerado fuera de la ley. Las represalias de orden político caían invariablemente de sorpresa sobre el ánimo de los adeptos. No sería lícito, pues, forzar una solución tendente a favorecerle los puntos de vista.

Celso, convidado a opinar, aseguró que solamente le interesaba la alegría paterna. Seguiría a Taciano con la misma fidelidad que siempre.

El infortunado patricio, de ese modo, pasó del plan a la acción.

Vendió la casa, las bigas y los animales que le pertenecían al nuevo señor de la antigua Villa Veturio,

entre tanto, el dinero recibido de Alcio mal llegó para el pago de los débitos contraídos. Le restaba apenas lo suficiente para el viaje.

Aún así, no modificó el proyecto.

Lión lo asfixiaba.

La nostalgia de Blandina y la ceguera inesperada le constreñían el corazón. Deseaba retirarse de allí, expandirse, desalojar el propio pensamiento y olvidar todo.

Pudens, no obstante, generoso y precavido, se entendió con Celso y le dio una carta para un amigo humilde, pero sincero, que vivía en la vía de Ostia. El padre adoptivo llevaba reducidas posibilidades. Tal vez precisasen del concurso de alguien, antes del primer contacto con la viuda de Galba. Así en cualquier hipótesis de dificultad, podrían recurrir a Erato Marcelino, viejo cristiano abandonado por la familia, que se refugió en la fe, viviendo entre la renuncia y la caridad.

El rapaz recogió las instrucciones plácidamente. De ese modo, no estaría sólo para superar los obstáculos. Para no preocupar al padre, guardó cuidadosamente la misiva, y las despedidas se hicieron conmovedoras.

Zarpando de Masilia, una ligera galera los dejó en Ostia, que aún ostentaba los bellos monumentos del puerto de Trajano.

El ciego, apoyándose en el joven, respiraba los aires de la patria con manifiesta alegría.

Los recursos escaseaban. Con todo, oyendo las entusiastas referencias de Celso en cuanto a la hermosa bahía hexagonal que el mencionado emperador mandara construir, recomendó al hijo adoptivo que buscara el domicilio de Fúlvio Espéndio, un compañero de la

juventud que, según informaciones recibidas en la Galia, allí se recogiera en una soberbia granja.

Espéndice naturalmente los recibiría de buen agrado.

Recordaba su figura imponente en los juegos y la alegría espontánea con que se entregaba a las bebidas, después de los concursos bien ganados.

El reencuentro le sería valioso.

Seguramente, el amigo les daría posada digna y proveería adecuada conducción que los llevase confortablemente a Lucila...

Mientras meditaba, conversando consigo mismo, Celso, dirigido por los esclarecimientos de varios transeúntes, llamó a la entrada de una graciosa villa, enclavada en el centro de un tranquilo pomar.

Un esclavo bien puesto vino a atenderle.

Esperanzado, Taciano tomó la palabra y preguntó por el amo, anunciando su posición de compañero del pretérito que no lo abrazaba hacia largos años.

En unos momentos, un patricio de rostro menos simpático, tipo acabado por la decadencia, apareció, pacífico y descuidado.

Miró a los visitantes detenidamente y, después de estampar una fría expresión de desprecio que heló a Quinto Celso, indago, irritado:

- ¿Qué desean?

¡Oh! ¡Es la misma voz!... – gritó el hijo de Varro, extendiendo instintivamente los brazos. – Fúlvio, amigo mío, ¿me reconoces? Soy Taciano, el viejo aliado de las competiciones...

El romano retrocedió aborrecido y grito:

- ¡Que insolencia! ¡Por Júpiter, nunca te vi!... No comulgo con la peste...

Ilusionado por la propia confianza, el recién llegado, retomando el apoyo en los hombros del hijo, se explicó un tanto desalentado:

- ¿No te recuerdas de nuestros ejercicios en casa de Veturio, mi padrastró y mi suegro? Tengo aún la impresión de verte manejando el látigo reluciente o comandando la biga ligera, que volaba al galope de tus bellos caballos blancos...

- ¡No pasas de ser un impostor! – respondió Espéndio encolerizado. – Taciano es un hombre de mi condición. Vive honradamente en las Galias. Es un patricio. Jamás aparecería en tu execrable miseria. ¡Galés imbécil! ¡Con certeza, abusaste de mi antiguo compañero para robarle informaciones con que invadirme la residencia y asaltarme!... ¡Buitre! ¡Vagabundo! ¡Debes ser algún nazareno extraviado, conducido hasta aquí por este joven ladrón!... ¡Fuera! ¡Fuera!... ¡Salgan de aquí, para fuera!... ¡para fuera!...

Fúlvio, poseído, les indicaba la plaza pública, mientras el amigo arruinado enjugaba el llanto copioso que le fluía de los ojos muertos.

Cuando el portón metálico fue cerrado por el dueño de la casa con gran violencia, el desilusionado viajante volvió sobre los mismos pasos en que se había dirigido hasta allí...

El joven, adivinando su dolor, lo abrazó, con más ternura, como para reafirmarle que él, Taciano, no estaba sólo.

Agradecido, el infortunado padre de Blandina, esbozando la resignación y la humildad en el rostro, observo:

- En verdad, hijo mío, ahora no tengo otro amigo más que tu. El oro y la posición acostumbran a mostrar

la amistad, donde la amistad no existe... Es imposible que Fúlvio no me reconociese... Hoy soy, sin embargo, una sombra en el campo social. Perdí todo... El dinero, la juventud, la salud y el renombre familiar... Sin tales cualidades, dudo que la propia hija me reconozca...

Ante la dolorosa modificación de aquella voz, el rapaz intento encaminarse por el camino del optimismo y de la esperanza.

Que el padre no se inquietase. El, Celso, era joven y fuerte. Trabajaría para ambos. Nada les faltaría. En cuanto al hospedaje por algún tiempo, traía recomendaciones de Pudens para un viejo amigo de éste. Érato, según los esclarecimientos del benefactor de Lión, debía vivir en un punto muy próximo. Si Taciano estuviese de acuerdo, no precisarían recurrir a la protección de la viuda de Galba. Vivirían sencillamente los dos. Conseguirían alguna casita humilde en donde pudiesen recomenzar. Las relaciones de Énio en Roma podrían auxiliarlos, con la necesaria seguridad...

El padre adoptivo consintió, reconfortado, explicando que lo seguiría con el mayor placer, entre tanto, nada podría asentar en definitiva, mientras no se entendiese convenientemente con Lucila, para dirigirse dentro de los nuevos rumbos.

No sería justo alejarse de la hija.

Si encontrase en ella el acogimiento que esperaba, suavizarían las amarguras de la suerte y Celso obtendría los maestros que el idealizara en sus paternas esperanzas. Con todo, en la hipótesis de que la hija se mostrase endurecida e ingrata, se rendirían ambos a las circunstancias y reiniciarían la lucha, conforme a las aflicciones que el destino les dictase.

Mientras conversaban, el joven lo guiaba, camino a fuera, como si fuera viejo conocedor de la vía de Ostia.

Deseoso de amenizarle las amarguras, el rapaz procuraba distraerlo describiéndole las magnificencias de la puesta del Sol y todos los aspectos interesantes que se le deparaban.

Taciano sonreía.

Tenía la impresión de ver por los ojos de la memoria el paisaje bañado en la luz crepuscular.

Avanzaron largo trecho de camino, cuando se acercaron a un mísero edificio en ruinas restaurado.

Atento a los informes de Énio, el mozo se convenció de que habían llegado al domicilio de Érato.

Entre tanto, se sintió como quien ya hubiera estado allí antes. Las paredes humildes, el techo inclinado hacia el suelo, la puerta rústica, todo le parecía familiar.

Aquél era el mismo tugurio de Lisipo de Alejandría, donde Quinto Varro encontró a Corvino por primera vez. El viejo Lisipo conoció igualmente la palma del martirio, partiendo, como tantos, al encuentro del Maestro de la Cruz, pero la pequeña construcción aunque pasase de cristiano a cristiano, continuaba siendo una bendita oficina de servicio a la fe.

En el pasado, Varro no pudo llevar al hijo querido a las reuniones evangélicas, como pretendía, puesto que Cintia ejercía sobre él la vigilancia materna... Sufrió largos años de nostalgia y flagelación moral, atravesó el sacrificio y la propia muerte, pero supo resignarse y esperar.

El tiempo le premiaba la constancia...

Por la misericordia del Señor, volvió a la existencia corpórea, retomó el vehículo de la carne, y Espíritu eterno metamorfoseado en Quinto Celso, reasumiría la

dirección del destino Taciano induciéndolo hacia Jesús, en consonancia con su antiguo ideal...

Cerca de cuarenta y cuatro años habían pasado desde que Taciano renaciera... y el trabajo del amor continuaba, diligente y sublime.

La cabaña de Lisipo, cual punto marcante de su batalla espiritual, era la misma... Simple como la serenidad inalterable de Cristo y acogedora como su doctrina de luz...

Extasiado, Celso describió para el ciego la belleza pura de aquél nido de humildad y, tan emocionado se reveló, que el padre adoptivo supuso convencido haber encontrado en aquél lugar un minúsculo palacio, escondido bajo la copa de una florida arboleda...

Extrañamente feliz, el rapaz llamó a la puerta.

Un viejo de semblante sereno vino a abrir.

El joven hizo una muda señal, dándole a entender su condición de adepto al Evangelio, y el rostro del anciano se abrió, en una larga y luminosa sonrisa.

Abrazo a los recién llegados con palabras de cariño e hidalgo acogimiento.

Y, mientras Celso se refería a las noticias de Énio Pudens, Taciano se sentó en un banco rústico, sintiéndose envuelto por una tranquilidad que, hacia mucho desconocía.

La brisa fresca, penetrando por las ventanas, parecía un acariciador mensaje de la Naturaleza.

Dos sobrinos de Érato, Berzélío y Máximo, ambos escultores, presentes en la sala humilde, participaban de la conversación.

El dueño de la casa leyó la misiva de Énio y se regocijaba. Era un compañero de muchos años. Se conocían desde la infancia.

Se hallaba a disposición de Celso y Taciano en todo lo que les pudiese ser útil.

El jovencito explicó entonces que el padre y él necesitaban de asilo hasta el día siguiente, cuando se entrevistarían con una parienta que tal vez pudiese ayudarlos. Pretendían fijar residencia en la gran metrópolis, pero se veían naturalmente desorientados.

El anfitrión mandó servir una ligera comida de pan, aceite y legumbres y en la conversación prosiguió fraternal.

El yerno de Veturio, que íntimamente no se adhiriera al cristianismo, para alegrar al hijo adoptivo escuchaba los comentarios, sonriendo. Observaba a Celso tan inexplicablemente entusiasmado que, de modo alguno, se animaría a perturbarlo. El viejo, los sobrinos y el rapaz se afinaban con tal perfección que daban la idea de ser viejos conocidos en el más íntimo reencuentro.

Máximo y Berzélío abnegados cultores de la Buena Nueva, destacaban las dificultades de la vida en Roma. Surgió nueva crisis de violencia e inquietud. La derrota del emperador Valeriano, escandalosamente aprisionado por los persas, creó una atmósfera amenazadora para los núcleos cristianos.

Ignacio Galieno, el hijo del emperador humillado, subió al poder. Personalmente, tenía simpatía por el Cristianismo torturado, del cual, poco después, ofrecería pública demostraciones. Pero, en rigor de los conflictos sociales, el nuevo imperante debía inclinarse a los deseos de las clases dominadoras. La fuerza de los edictos de los años 257 a 258, que generaron una tremenda y cruel represión a los servicios del Evangelio, reapareció con bastante vigor. Potentados y autoridades, como de costumbre, atribuían los desastres políticos del

Imperio a la ira de los dioses, sublevados con el intenso proselitismo cristiano.

La furia de los perseguidores, sin embargo, se amainaba, frente a las familias cristianas más importantes, para recrudescerse ante de los pobres y de los pequeños.

Las cárceles estaban repletas.

El anfiteatro de Vespasiano ofrecía funciones sucesivas.

Los ancianos y mentores de la Iglesia recomendaban particularmente a los esclavos y a los plebeyos pobres que evitasen juntarse en la vía pública.

Innumerables señores, congregados en el afán de cohibir la expansión evangélica, no vacilaban en denunciar a los servidores menos favorecidos como enemigos del orden público, exigiendo represalias y puniciones.

Considerando la probabilidad de acciones subversivas, los tribunales se desbordaban de magistrados y demagogos.

Según la opinión del patriciado en decadencia, los cristianos que predicaban la fraternidad eran censurados de responsables por la onda de pensamiento renovador.

Las fiestas en honor de Galieno se demorarían aún por tiempo indeterminado.

El gobierno, por sus dignatarios más representativos, deseando entretener al pueblo impresionado con las victorias de Sapor, promovió variadas exhibiciones.

Además de las oraciones públicas, ante la imagen de Júpiter, del sacrificio de animales en el Capitolio, de las grandes distribuciones de aceite y de trigo, de las carreras electrizantes y de las luchas feroces entre

gladiadores celebres, la matanza de cristianos menos clasificados en las esferas sociales proseguía en siniestros espectáculos nocturnos.

¿No sería más aconsejable que permaneciesen los dos viajeros de la Galia convenientemente recluidos, hasta que la tormenta cesase?

Ante la pregunta del anfitrión, que permanecía en el aire, Taciano recordó la necesidad de llegar al centro urbano, sin demora. Le competía aparecer, en el Aventino, en la mañana del día inmediato.

Y porque Máximo preguntase a Quinto Celso cual era su opinión, el mozo respondió, bien humorado:

- Nada temo. Tengo dos grandes amores: Jesús y mi padre. Como no pretendo perder a mi padre, estaré muy feliz con la voluntad de Nuestro Señor que nos unió. Si realizamos nuestros deseos, estaremos juntos y, si algún sufrimiento aparece en el camino, no nos separaremos.

La observación conquistó la sonrisa de todos y el propio Taciano, feliz por haber encontrado en el mundo alguien que lo amaba así tanto, mostró en el semblante señales inequívocas de confort y alegría.

Llegó la noche, y el cielo se recubrió de un sin fin de estrellas.

A la claridad de dos antorchas, la reducida asamblea comentó, aún, por bastante tiempo, el respeto de los arduos caminos de la Buena Nueva, deteniéndose en consideraciones especiales sobre los mártires que, por más de dos siglos, venían inclinándose en servicio a la Humanidad.

Taciano, en silencio, escuchaba todo, con discreción y respeto, hasta que Marcelino ofreció a los

huéspedes la cama limpia y modesta, en la que debían reposar.

A la mañana siguiente, se pusieron ambos en camino.

Avanzaron esperanzados por la vía Ostiense y estaban prestos a entrar en la ciudad, cuando, en las adyacencias de la Pirámide de Cestio, Celso vio una multitud de personas agrupadas. Dos pobres mujeres habían sido presas, bajo una enorme algazara popular. Los gritos: “a las fieras”, “a las fieras”, partían de la turba amenazadora.

El mozo abrazó al padre, con el cuidado de quien se proponía defender un tesoro, y atravesaron la masa.

De información en información, llegaron al Aventino y tomaron la dirección del Templo de Diana, en cuyos alrededores no tuvieron dificultades para localizar el magnífico palacete de Lucila.

Taciano sentía el corazón precipitado, en la atormentada caja del pecho...

¿Cómo sería recibido? ¿Se apiadaría la hija del infortunio en que el destino lo arrojó?

Relacionó algunos pormenores de la aristocrática vivienda de Veturio, donde pasó la juventud, y Celso le confirmaba las reminiscencias, entre curioso y preocupado.

Atendidos en el portón de acceso por uno de los esclavos que se encargaban de la jardinería, fueron por él encaminados al atrio.

El viudo de Helena indago acerca de servidores que allí conociera, en otro tiempo, mas los viejos lazos afectivos habían desaparecido.

Solicito la presencia de la señora, pero, pasados algunos instantes de espera, un mayordomo irreprochable

vino a avisarle que Lucila estaba ocupada, en el ensayo de bailes importantes y que, por eso mismo, no recibía visitas.

Taciano, sin embargo, insistió.

Se refirió a su condición de padre y pronunció nombres de familia que obligaron al interlocutor a reconsiderar la recepción desatendida.

El siervo volvió a la intimidad doméstica y, transcurrido algunos minutos, Lucila apareció en compañía del tribuno Cayo Perciliano, algo pálida, pero con indisfrazable expresión de ironía e indiferencia marcándosele en el rostro castigado de cosméticos.

Celso observó el sarcasmo y tuvo miedo.

Aquella no podría ser la mujer que buscaban.

Lucila era el retrato de la crueldad femenina, enmarcado en la imprudencia.

Ella miró al ciego, comprimiendo los músculos de la cara, enlazó al amante en un gesto felino y habló, burlona:

- ¿Con que soy buscada por ilustres parientes?

Solamente al oírla percibió el genitor cuan modificada debería encontrarse para dirigirle la palabra con tanta malicia en la voz.

Aún así, en un sacrificado esfuerzo para identificarse, rogó, conmovedoramente:

- ¡Hija mía!... ¡Hija mía!... ¡Soy yo, tu padre!... ¡Estoy ciego!... ¡Recurro a tu protección como un náufrago!...

Ella, todavía, no notó el dolor que envolvían aquellas frases suplicantes. Lanzó una fría carcajada y dijo al compañero:

- Cayo, si yo no supiese que mi padre está muerto, naturalmente me engañaría.

- ¡No Lucila! ¡No morí! ¡No me desconozcas!... – grito el genitor, angustiado - ¡ahora estoy sólo! ¡No me abandones!... ¡Ayúdame por la memoria de Blandina, que también ya partió!... ¡Vine de Lión para buscarte... ¡He sufrido bastante! ¡Acógeme por piedad! ¡Por amor a los dioses, por devoción a Cibeles que siempre patrocinó nuestra casa!...

La viuda de Galba no se engañó.

Con increíble dureza de corazón, habló al tribuno intrigado:

- Este viejo debe ser algún loco de la tierra en que nací. Blandina era realmente mi hermana, que descansó bajo el amparo de los inmortales, según noticias que recibimos hace días.

Y, con significativo tono, prosiguió:

- Mi padre murió en Bahías, justamente cuando tuve la infelicidad de perder a mi madre.

El ciego, entre tanto, se arrodilló y suplicó:

- ¡Hija, huye a la injusticia y a la maldad!... ¡En nombre de nuestros antepasados, despierta la conciencia! No permitas que el dinero y los placeres te anestesien los sentimientos!...

Exasperada, Lucila le cortó la palabra, gritando a un esclavo que se hallaba próximo:

- ¡Cróton! ¡Date prisa! ¡Trae el perro guardián!... ¡Expulsa de aquí a estos ladrones galeses!...

Inmediatamente, un salvaje martín apareció feroz.

Se precipitó rápido sobre Quinto Celso que abrazaba a Taciano, buscando preservarlo, pero, cuando una pequeña herida surgió, sangrando en el brazo del rapaz, Perciliano, incomodado, interfirió recogiendo a la fiera.

Mirando a los visitantes que se retiraban, cabizbajos, el mozo cuchicheo a los oídos de la amante:

- Querida, no transformemos esto en un tribunal. Procedamos con sabiduría. Esta bella vivienda no es para los desagradables misterios de la justicia. Tranquilízate. Si estos vagabundos conocen a tu familia, pueden realmente amenazarnos la ventura. Serán corregidos a tiempo...

Y, despidiéndose, acrecentó:

- Serán presos. El anfiteatro, en las grandes fiestas, es nuestra máquina de limpieza.

Lucila sonrió con la expresión de una gata reconocida y Cayo pasó a acompañarlos.

Taciano, sorprendido e indignado, no tuvo lágrimas para llorar. El deseo inútil de venganza le obcecaba el pensamiento. El amor que aún consagraba a la primogénita se transformó de repente, en odio feroz. Si pudiese – pensaba -, mataría a la propia hija, creyendo que ese era el único recurso para quien como él había ayudado a generar un monstruo.

Celso, sin embargo, abrazándole la cabeza mientras caminaban, lo inducía a la calma y al perdón. Volverían a casa de Marcelino. Comenzarían la lucha de otro modo.

Escuchándolo, el desventurado patricio poco a poco sosegó la propia mente y recordó el día en que él mismo mandó soltar un perro bravío sobre el propio padre que lo visitaba cariñosamente.

En la acústica de la memoria, escuchó de nuevo, los gritos de Silvano, pidiendo socorro y, en la tela íntima, como si las retinas ahora funcionasen para dentro, volvió a ver la fisonomía angustiada de Quinto Varro implorándole, en vano, entendimiento y misericordia.

El retorno al pretérito le dolía al corazón...

Enojado, registraba las palabras de Celso que le impelían a la bondad y al olvido del mal y, admitiendo estar bajo el guante de la justicia celeste, por fin desahogó en lágrimas la opresión del alma.

El recuerdo del pasado le alteró, sin embargo, lo íntimo. Algo le renovó el campo mental.

Con sorpresa para sí mismo, pasó del odio a la conmiseración.

Reconoció que Lucila, tanto como él mismo en la juventud, traía el sentimiento intoxicado de negras ilusiones.

¡Pobre hija! – reflexionaba amargado – ¿quien le servirá de instrumento para el dolor necesario del futuro?

Descendían los dos, abrazados y tristes, vigilados por la astucia de Perciliano; pero cuando se mostraron suficientemente distantes de la principesca residencia, el tribuno, invocando el auxilio de pretorianos en la vía pública, los denunció como cristianos rebeldes y contumaces ladrones, asegurando que le habían asaltado el domicilio.

Cogidos de sorpresa, Taciano y el joven fueron detenidos sin consideración.

Intentando restablecer la verdad, el ciego levanto dignamente la cabeza y clamó:

- ¡Guardas, rápido! Yo soy un ciudadano romano.

Uno de los asalariados de Cayo irrumpió en carcajadas y observo:

- ¡Que valioso payaso para el teatro! Representaría admirablemente el papel de algún patricio degradado.

No valieron frases fuertes del irreconocible yerno de Veturio.

En breves instantes, la multitud burlona y perezosa los envolvió. Ironías e improperios fueron vociferados a montones.

Humillados y mudos, Taciano y Celso, con el cuerpo fatigado y dolorido, fueron encerrados en viejos subterráneos del Esquilino, que estaban repletos de esclavos cristianos y mendigos infelices, considerados como tráfugas sociales.

Para Taciano, que tenía los ojos apagados en nocturna sombra, los cuadros exteriores no se mostraban fundamentalmente transformados, pero Celso, aunque firme en la fe, vio asombrado, toda la angustia de aquellos corazones relegados al laberinto de las cárceles, evaluando la extensión de sus padecimientos.

Aquí y allí, viejos acostados gemían dolorosamente, hombres escuálidos se apoyaban en las paredes ennegrecidas cubriendo el rostro con las manos, mujeres andrajosas abrazaban criaturas semimuertas...

Todavía, por encima de los gemidos unidos al olor fétido, cánticos en voz baja se elevaban armoniosos.

Los cristianos agradecían a Dios la gracia del dolor y de la flagelación, regocijándose con la palma del sufrimiento.

Celso encontró suave encanto en aquellos himnos, y Taciano, entre la rebeldía y el tormento moral, se preguntaba a sí mismo de qué milagroso poder estaría revestido el profeta galileo para sustentar, por encima del tiempo, la fidelidad de millares de criaturas que sabían alabar, en pleno infortunio, con absoluto olvido de la miseria, de la aflicción y de la muerte...

Dos guardas corpulentos, provistos de faroles y varas con puntas de hierro, conduciéndolos a un cubículo, conversaban animados.

- Felizmente todos los prisioneros serán liquidados mañana – informaba uno de ellos - la fiebre maligna reapareció. ¡Hoy tuvimos treinta muertos!

- Ya lo sé – respondió el otro – los sepultureros están alarmados.

Y, sarcástico, acentuó:

- Admito que las propias fieras rechazaran tanta pestilencia.

- Las autoridades están actuando con sabiduría - dijo el interlocutor - el espectáculo, como sabes, contará con algunos animales africanos, entre tanto, para que el pueblo no se impresione con los enfermos, tenemos postes y cruces, en donde los enfermos sean aprovechados con antorchas vivas.

Taciano desesperado, intento aún la última reacción.

- Soldados – clamó, dignado -, ¿no existen, acaso, jueces en Roma? ¿Es posible prender a los ciudadanos sin motivo justo y condenarles sin juicio?

Uno de los soldados inmediatamente le respondió a la pregunta con un violento empujón, encerrándolos por fin, en una estrecha y húmeda celda.

Quinto Celso, auxiliado por los mortecinos rayos de la luz que de las galerías apartadas llegaba hasta ellos, encontró algunos trapos que se amontonaban en el suelo, a los pies de la cama, y rogó al padre adoptivo que descansase un poco.

En unos instantes, un carcelero de fisonomía salvaje vino a traer la ración del día, algunos pedazos de pan negro y agua sucia que el rapaz, sediento, bebió a sorbos largos.

Conversaron ambos, largamente, refiriéndose el joven a los imperativos de la conformidad y de la

paciencia, que el ciego escuchaba, constreñido, como si debiera sorber la hiel de la más descarada injusticia, sin derecho a la mínima reacción.

Mucho más tarde, cuando creyeron que había llegado la noche, durmieron enlazados uno al otro, tocados de inquietantes perspectivas...

En el día inmediato, sin embargo, Celso amaneció febril.

Acusaba dolores en todo el cuerpo, tenía sed y cansancio.

Taciano, afligido, llamó al carcelero, suplicándole medicación adecuada, pero no obtuvo sino agua lodosa que el mozo tragaba con deseo.

El hijo de Varro, de alma ansiosa, paseó el pensamiento por los tiempos pasados, recordando la casa harta y los días venturosos, reflexionando, entre tanto, con más intensidad, en las duras pruebas que le habían castigado los padres queridos. ¿Cómo pudo el genitor sobrevivir, por tantos años, las tempestades morales que le desmoronaron sobre el destino?

Experimentó un inmenso remordimiento por los días que perdiera, entronizando a si mismo en el mentiroso altar de la vanidad...

¿Cómo pudo creerse superior a los otros hombres?

Ponderó el martirio de cuantos como él mismo estarían recluidos en aquellos subterráneos infectados, golpeados por la persecución que no merecían...

Aunque no le fuese posible aceptar el Cristianismo, ¿por qué no se decidía a penetrar el desventurado campo de la miseria de su tiempo? ¿Cuántos esclavos había visto, amargados en pavorosas aflicciones, junto a los hijitos enfermos o casi muertos? ¿Cuántas veces profirió órdenes inicuas, tiranizando a enfermos, en el

servicio rural? Tuvo la impresión de que viejos servidores se levantaban, en su propia mente, y se reían ahora de su dolor...

La respiración sofocante de Celso lo apenaba.

¿Por qué la fiebre le esquivaba su cuerpo, prefiriendo al hijo de su corazón? ¿Por qué no nació él, Taciano, entre esclavos misérrimos? La servidumbre hubiera sido un bálsamo. Entonces, se hallaría eximido de los terroríficos recuerdos que le infernaban la conciencia.

Con las lágrimas que le saltaban de los ojos, acariciaba a Celso, consolándolo...

Pasaron algunas horas, marcando expectación y tortura, cuando todos los reclusos recibieron orden de trasladarse.

Abiertas las verjas, salieron, grupo a grupo, bajo los gritos de los guardas que les escupían maldiciones e insultos. Los más fuertes venían maniatados con grandes heridas en las muñecas, la mayor parte de ellos estaba formada por enfermos cansados, de mujeres desnutridas, de criaturas esqueléticas y viejos trémulos.

Aún así, todos los prisioneros sonreían contentos... Es que volvían al sol y al aire puro de la Naturaleza. El viento fresco en la vía pública los reanimaba...

Celso sintió prodigiosamente reavivadas las energías. Recobró el buen ánimo y guiaba al padre con la ternura de siempre. Contagiado por la sublime esperanza que transparencia del rostro de todos los compañeros, reveló al ciego la irradiante y general alegría.

Nadie ignoraba el destino próximo.

Sabían que, a semejanza de un rebaño encaminado al abatimiento, no les cabía aguardar sino el extremo

sacrificio en el matadero. Pero, revelando la certeza en una vida más alta, los cristianos avanzaban con la cabeza erguida y serena, con la humildad y el perdón estampándoseles en el semblante, pareciendo extraños a las frasees escarnecedoras de los soldados, verdaderos matarifes empedernidos en el oficio de la muerte.

Después de la marcha forzada, avanzaron para el anfiteatro, donde un inmundo recinto los aguardaba para el espectáculo nocturno.

Celso, deslumbrado, contempló el Anfiteatro Flaviano, que se erguía imponente, después de una valiosa restauración mandada a efectuar por Alexandre Severo.

La fachada, dividida en cuatro pisos, se adornaba en los tres primeros con medias columnas dóricas, jónicas y corintias, entre las cuales se habría arcos, que en los dos pisos del medio alojaban primorosas estatuas. Todo prestaba una austera grandeza a aquél monumento arquitectónico.

Carros suntuosos, literas, cuadrigas y bigas rodeaban el edificio.

Quien observase, desprevenidamente, semejante coloso que podría inmortalizar la gloria de una raza, no sospecharía que allí, un gran pueblo no sabía sino cultivar la ociosidad y la orgía, la brutalidad y la muerte.

Un tribuno de fisonomía execrable leyó algunas ordenes a los sentenciados del día, mientras pretorianos de corazón endurecido amenazaban a los viejecitos cuyo paso se hacia más lento en dirección a la cárcel.

Los seguidores del Evangelio, con todo, parecían extremadamente distantes del cuadro que inspiraba rebeldía y sufrimiento.

Hombres andrajosos se abrazaban felices y mujeres de facciones macilentas besaban a los hijos con el entusiasmo de quien se preparaba para el encuentro con la felicidad perfecta.

No habían podido cantar en el trayecto entre la mazmorra y el anfiteatro, pero así que se vieron unidos en una celda enorme, de la cual debían marchar hacia la muerte, entonaron hosannas a Cristo, con el júbilo de criaturas elegidas para el esplendor del triunfo supremo, en el que irían a recibir la corona de la inmortalidad.

De otras prisiones llegaron nuevos contingentes. Y de entre los recién llegados, Celos, feliz, descubrió Érato Marcelino.

El amigo de Énio fue detenido, en la noche de la víspera, cuando escuchaba el Evangelio en el cementerio de Calixto.

El reencuentro era una bendición.

Hasta incluso Taciano, que se mantenía circunspecto y angustiado, experimentó un súbito confort.

El anciano de la Vía Ostiense narraba, con la felicidad sonriéndole en los ojos, como fue recogido en la mazmorra, y reafirmaba su reconocimiento al Cielo por la gracia de serle permitido recibir la victoria espiritual a través del martirio.

Ante la curiosidad alegre de todos los que lo rodeaban, exhibió un pequeño fragmento de un rollo machado y leyó las bellas palabras de la primera misiva del apóstol Pablo a los tesalonicenses:

- "Regocijaos siempre"

Bien humorado, informó, contento:

- Hermanos, de mi existencia de casi ochenta años, este trozo de las Sagradas Escrituras es todo lo que me resta...

Y acentuó:

- ¡Alegrémonos!... Quien vive en el Evangelio encuentra la Divina Alegría... ¡De los millones de llamados en este siglo, nosotros fuimos de los escogidos! ¡Alabemos la gloria de morir a la manera del óleo que se quema en la mecha para que la luz resplandezca! ¡Los árboles más nobles son reservados para la formación del pomar, el mármol más puro es destinado por el artista a la obra prima!...

En un arrobo del alma, observó:

- ¡Los granos más sanos de la fe viva se transforman, en los dientes de las fieras, en blanca harina para que no falte el pan de la gracia en la mesa de las criaturas!... Crezca en nosotros la esperanza, pues está escrito: "Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida". (22)

Aquellas anotaciones provocaron una radiante floración de felicidad en todos los semblantes.

La asamblea andrajosa y extática parecía tomada de infinita ventura.

Érato, levantando el ánimo de Celso con sus palabras de coraje, erguía la voz, asociándose a los cánticos de regocijo.

Taciano, silencioso, preguntaba a sí mismo, por qué motivo fue traído al testimonio de los cristianos, cuando en verdad, nunca aceptara sus compromisos...

¿Qué irresistible destino le arrebatava, así, para aquel Cristo del que siempre huyó, deliberadamente? ¿Por qué se enredó con los "galileos" de tal suerte que no le quedaba otra alternativa sino la de comulgar con ellos en el sacrificio? ¿Por qué decisión de los inmortales se encariñó tanto a Quinto Celso que, en el fondo, era un

(22) Apocalipsis, 2:10. – (Nota del Autor espiritual.)

rapaz de origen anónimo, pasando a amarlo y a quererlo, como si fuera el hijo de su corazón?

Concentrado, reconstituía el pretérito, indagando, indagando...

No disponía, entre tanto, de mucho tiempo para el soliloquio mental.

Allá fuera se aglomeraba la multitud.

La noche se aproximaba, fría y sin nubes.

Comenzara el vocerío en la plaza del monumental edificio, retumbando en los alrededores.

A la medida que se adensaban las sombras, crecía rumoroso, el movimiento popular.

Se elevó, gradualmente, el griterío de la masa que, mezclándose con la música de aludes, timbales y panderetas, parecía ensordecer.

Los prisioneros, sin embargo, que solamente deberían comparecer en la arena, al final del espectáculo, oran y cantaban, cuando alguno de ellos, más esclarecido, no ocupaban la atención de los oyentes con exhortaciones conmovedoras y enfáticas, recordando la gloria de Jesús Crucificado y el ejemplo de los mártires en la fe.

Después de variados juegos, en que muchos luchadores perdieron la vida, y enseguida a las danzas exóticas, el escenario se modificó.

Postes y cruces, revestidos de sustancias resinosas, fueron levantados ante casi cien mil espectadores delirantes.

Los cristianos enfermos fueron separados de aquellos que debería tomar parte en la exhibición con movimientos libres y, de entre ellos, Quinto Celso, por su aspecto enfermizo, fue violentamente arrancado de las manos paternas.

Con ojos confiados, el mozo pidió a Érato que guiase a Taciano hasta el poste donde él se encontrase y, mientras dos ríos de lágrimas se deslizaban por el rostro del hijo de Varro, a este recomendó el joven, intrépido:

- ¡Coraje, padre mió!... Estaremos juntos... ¡La muerte no existe y Jesús reina para siempre!...

Después de pesados minutos de expectación, los presos fueron traídos rumbo a la arena festiva, pero, como si un extraño poder celeste les vibrase en las cuerdas del alma, alababan al Señor que los esperaba en el Cielo.

Hombres de rostro áspero, y viejos tambaleantes, lisiados y mendigos, ancianas aureoladas de nieve y mujeres en quien la maternidad se revelaba exuberante, jóvenes y niños de semblante risueño cantaban felices, firmemente esperanzados en el sermón de las bienaventuranzas.

Apoyado en los hombros frágiles de Érato, Taciano registraba en sí mismo una inesperada y sublime renovación.

Aquellas almas dilaceradas por la injusticia del mundo realmente no adoraban a dioses de piedra.

Para inspirar semejante epopeya de amor y renuncia, esperanza y felicidad, ante la muerte, Jesús debería ser el Enviado Celeste, para reinar soberanamente en los corazones.

El alma se le sumergía en misteriosa alegría...

Sí, finalmente reconoció, en aquellos instantes supremos que, semejante a prolongado y tremendo temporal, el tiempo pasó por él, destruyendo los ídolos mentirosos del orgullo y de la vanidad, de la ignorancia y de la ilusión...

El fuerte viento del sufrimiento le dejó las manos vacías.

Perdió todo...

Estaba sólo.

Mas, en aquellos breves momentos, encontró la única realidad digna de ser vivida – Cristo, como el ideal de humanidad superior que le cabía ir al encuentro y alcanzar...

Se acordó de Blandina, de Basilio y de Livia, teniendo la impresión de que los tres se hallaban allí, extendiéndole los brazos con sonrisas de luz.

Recordó a Quinto Varro, con indecible cariño.

¿Reencontraría al genitor, más allá de la muerte?

Nunca experimentó tamaña nostalgia de su padre como en aquel minuto rápido... ¡Daría todo para volver a verlo y para afirmarle la ternura que, por aquellos instantes de la muerte, la vida, efectivamente, no le fuera vana!...

¡Lloraba sí! Mientras tanto, por primera vez, lloraba de comprensión y reconocimiento, emotividad y alegría...

Recordó a cuantos le habían herido el corazón, en el curso de la existencia y, como si estuviese reconciliándose consigo mismo, a todos envió pensamientos de jubilosa paz...

Los estrechos pasos de aquella redentora caminata de algunos metros habían, sin embargo, terminado...

Amparándose en Marcelino, escuchó los gritos salvajes de los espectadores, que se apiñaban en las bancadas del podio, en las galerías, y en los descansillos de las escaleras.

Millares y millares de voces animalescas reclamaban, a coro:

- ¡A las fieras! ¡A las fieras!...

Con todo, íntimamente renovado, Taciano sonreía...

Después de una ligera búsqueda, Érato encontró el poste en que Celso fue atado para el sacrificio y cumplió lo que prometió, reaproximando a padre e hijo para el instante supremo.

- ¡Hijo mió! ¡Mi hijo!... – sollozaba Taciano feliz, tanteando el cuerpo de Celso, cuyas manos de carne no podrían acariciarlo más – ¡yo sentí el poder de Cristo en mí!... Ahora, yo también soy cristiano...

Gozando de satisfacción íntima, por haber alcanzado la realización del mayor y del más bello sueño de su vida, Celso gritó:

- ¡Loores sean entonados a Dios, mi padre! ¡Viva Jesús!...

En ese mismo instante, soldados ebrios encendieron el fuego de los leños, que se inflamaron fácilmente.

Gemidos, llamadas discretas, rogativas de socorro y oraciones que partían desde varios puntos, se hicieron oír por entre las llamas crecientes que, al crepitar de la madera, se desdoblaban en el aire, semejantes a serpientes inquietas, proclamando la victoria de la iniquidad, mientras leones, panteras y toros bravos penetraban en la espaciosa arena, incentivando el furor de la turba, sedienta de sensaciones y de sangre.

Arrodillándose delante de Quinto Celso que lo contemplaba, embebecidamente, el ciego comprendió que el fin había llegado y rogó:

- ¡Hijo mió, enséñame a orar!...

Las llamas, sin embargo, llegaban al cuerpo del rapaz, contorsionándolo.

Celso, con todo, reprimiendo el propio sufrimiento, hablo, calmo, lleno de paz:

- ¡Padre mió, hagamos la oración de Jesús, que Blandina pronunció!,... Padre nuestro que estás en los Cielos... oremos en voz alta...

Las fieras hambrientas mordían cuerpos y extraían vísceras humanas, aquí y allí, pero como si viviese ahora tan sólo para la fe que lo iluminaba en la última hora, Taciano, arrodillado, repetía la conmovedora oración:

¡Padre nuestro que estas en los Cielos, santificado sea tu nombre... Venga a nosotros tu reino, sea hecha tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo; el pan nuestro de cada día dánoslo hoy, perdona nuestras deudas, así como perdonamos a nuestros deudores... no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal, porque tuyo es el Reino el Poder y la Gloria para siempre... ¡Así sea!...

El romano convertido no oyó más la voz del hijo.

La cabeza de Celso se inclino hacia delante, desgobernada...

Taciano iba a levantar la voz, cuando unas patas irresistibles lo arrojaron al suelo de la arena.

Se le turbó el cerebro, pero, enseguida al choque rápido, como si Cristo le enviase una milagrosa claridad a las pupilas muertas, recupero la visión y se vio al lado de su propio cuerpo, que yacía inmóvil en una poza de arena sanguinolenta.

¡Buscó a Quinto Celso, mas ¡oh! ¡Divina felicidad!... Vio que del poste de martirio emergía, no el hijo adoptivo, sino su propio padre, Quinto Varro, que le extendía los brazos, murmurando:

- ¡Taciano, hijo mió, ahora podremos trabajar, en loor de Jesús, para siempre!...

Deslumbrado, reparó que las almas de los héroes abandonaban el despojos, envueltas en túnicas de luz por entidades que más se asemejaban a hermosos arcángeles aéreos.

Beso las manos paternas como alguien que saciaba nostalgias terriblemente sufridas e intentaba decir algo, cuando vio a Blandina, a Basilio, a Livia y a Rufo, cantando de alegría en el grupo de espíritus venturosos que formaban Corbino, Lucano, Hortensia, Silvano y otros paladinos de la fe, todos le dirigieron sonrisas de confianza y de amor...

Por encima del cuerpo negro del anfiteatro, desafiando las tinieblas, centenas de almas radiantes portaban un lirial estandarte, donde brillaba la salutación enternecedora y sublime:

- ¡Ave, Cristo! ¡Los que van a vivir para siempre te glorifican y saludan!

Un deslumbrante camino se abría en los cielos...

Embragado de júbilo, Quinto Varro atrajo al hijo contra el pecho y, rodeado por la gran asamblea de los amigos, avanzó para lo alto, como un luchador victorioso que consiguiera sustraer al pantano de la sombra un diamante castigado por los cinceles de la vida para hacerlo brillar a plena luz.

Acá abajo, la crueldad gritaba, en regocijo.

La chusma deliraba en la contemplación de los cuerpos incendiados, en el siniestro banquete de carnicería y muerte, pero, a lo lejos, en el firmamento ilimitado, cuya paz retrataba el amor inalterable de Dios, las estrellas fulguraban, apuntando a los hombres de buena voluntad un glorioso porvenir...
